



La **PROMESA**
DE UNA *Dama*

TRIXIE GEORGE

LA PROMESA DE UNA DAMA

TRIXIE GEORGE

Primera edición: octubre 2020
Copyright © 2020, Trixie George
© Imagen original de la portada: Period Images.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

[PRÓLOGO](#)
[CAPITULO 1](#)
[CAPITULO 2](#)
[CAPITULO 3](#)
[CAPITULO 4](#)
[CAPITULO 5](#)
[CAPITULO 6](#)
[CAPITULO 7](#)
[CAPITULO 8](#)
[CAPITULO 9](#)
[CAPITULO 10](#)
[CAPITULO 11](#)
[CAPITULO 12](#)
[CAPITULO 13](#)
[CAPITULO 14](#)
[CAPITULO 15](#)
[CAPITULO 16](#)
[CAPITULO 17](#)
[CAPITULO 18](#)
[CAPITULO 19](#)
[CAPITULO 20](#)
[CAPITULO 21](#)
[CAPITULO 22](#)
[CAPITULO 23](#)
[CAPITULO 24](#)
[CAPITULO 25](#)
[CAPITULO 26](#)
[CAPITULO 26](#)
[CAPITULO 27](#)
[CAPITULO 28](#)
[CAPITULO 29](#)
[CAPITULO 30](#)
[CAPITULO 31](#)
[CAPITULO 32](#)
[CAPITULO 33](#)
[CAPITULO 34](#)
[CAPITULO 35](#)
[CAPITULO 36](#)
[CAPITULO 37](#)
[CAPITULO 38](#)
[CAPITULO 39](#)
[CAPITULO 40](#)
[CAPITULO 41](#)
[EPÍLOGO](#)

PRIMERA PARTE

“EL REGRESO”

PRÓLOGO

Londres, 1773

La piedra era alta y lisa y proyectaba su sombra sobre la hierba, convirtiendo aquel rincón apacible en un lugar sombrío donde ni siquiera se oía el canto de los pájaros. Aquel era el punto más alejado del jardín, casi en el límite del bosque, y ni siquiera el jardinero se aventuraba por allí tal y como demostraban las malas hierbas que crecían en libertad. Era el lugar ideal para evitar miradas y preguntas indiscretas.

Jocelyn se sentó sobre la hierba sin prestar atención a la humedad que brotaba del suelo y empapaba sus faldas hasta llegar a su piel. Sus ojos recorrieron la piedra con avidez, a pesar de que con el paso de los meses había llegado a saberse de memoria cada irregularidad en la roca, cada diminuta mancha.

No había ningún tipo de inscripción. Ella lo prefería así y, de todos modos, las palabras de duelo estaban grabadas a fuego en su corazón, tan hondas como hechas con un cuchillo afilado. Sintió que los ojos le escocían y se los frotó con rabia, dejando un rastro de lágrimas sobre sus mejillas. Era tan injusto. Sus dedos no tendrían que estar acariciando aquella fría piedra sino a él, sus manos deberían estar recorriendo su mandíbula cuadrada y su ancha espalda. Y debería estar escuchando su voz, esa voz profunda y refinada que la había encandilado, en lugar de estar hablando a solas ante una lápida bajo la cual no había nada más que tierra, pues su cuerpo yacía en algún lugar en el fondo del océano, irrecuperable para siempre.

Daniel. Daniel Redfern. Su primer y único amor. El hombre que había amado con todas sus fuerzas y al que le había hecho una promesa: que le esperaría pasase lo que pasase.

Una promesa que no había sido capaz de cumplir.

Pensó con tristeza en los acontecimientos de los últimos meses. El día que había despedido a Daniel antes de su viaje había sido el último día feliz de su vida. Después, los días y las noches se habían vuelto grises, llenos de añoranza, hasta que la peor de las noticias había llegado para agitar la plácida vida de los nobles londinenses: el Marie Therese, el barco de la Corona Británica en el que viajaba Daniel, había sido atacado por piratas frente a las costas de Tortuga. Toda la tripulación había sido pasada a cuchillo. Nadie había sobrevivido. Esa noticia había supuesto para Jocelyn el fin de su alegría. Durante las semanas siguientes había vivido en una especie de neblina en la que el llanto y la tristeza habían sido los protagonistas. Puesto que había mantenido en secreto su relación con Daniel casi en secreto, no podía desahogarse con nadie y su palidez, su desánimo y las enormes ojeras que lució durante semanas fueron achacados por todos a un virus estomacal. Lo cierto es que Jocelyn se sentía físicamente enferma, con náuseas y cansancio, y si bien al principio ella misma atribuyó estos síntomas a su infinita tristeza, pronto la verdad se impuso: una nueva vida había comenzado a formarse en su interior: su hijo, el hijo de Daniel. Un hijo que ya jamás podría conocer a su padre. Un bebé que, en cuanto naciese, condenaría a Jocelyn al desarraigo social, puesto que los miembros de la aristocracia londinense jamás aceptarían un hijo fuera del matrimonio y se apresurarían a condenarla al ostracismo.

A partir de ahí, todo había ido de mal en peor. Desesperada, había tomado una de las peores decisiones de su vida: aceptar la proposición de matrimonio de Edward Balfour, un hombre vil que le prometió que se haría pasar por el padre de la criatura a cambio de adquirir el control sobre su dote. Los pocos meses que duró su matrimonio con Balfour habían sido un infierno para Jocelyn. Él era un hombre cruel y sin escrúpulos que no dudaba en humillarla y despreciarla a cada instante, recordándole el vergonzoso secreto que llevaba en sus entrañas. Cuando Jocelyn despertó una mañana en una cama empapada de sangre comprendió que todo había terminado: la naturaleza había seguido su curso y el hijo de Daniel Redfern jamás llegaría a nacer. Durante meses, se arrastró por los pasillos de su mansión como un alma en pena, sintiéndose anclada a una vida sin sentido. Su esposo murió poco después en una pelea y aunque su muerte la liberó de sus insultos y maltratos, Jocelyn ni siquiera sintió alivio. Regresó a la casa de sus padres convertida en una viuda joven y triste que ya solo deseaba vivir el resto de sus días a solas y en paz.

El silencio del jardín se vio alterado de repente por un lejano tañido de campanas. Jocelyn se estremeció. Era un sonido hondo, triste y no anunciaba una boda o un bautizo sino algo mucho más tenebroso: una ejecución. No era un día cualquiera: Jack *el Rojo*, el pirata cuya tripulación había atacado el Marie Therese, había sido apresado al fin frente a las costas de Francia e iba a ser ajusticiado públicamente junto con todos sus hombres. Ese era el motivo por el que Jocelyn había acudido tan temprano a ese rincón del jardín: deseaba hallarse en ese lugar exacto cuando la horca se ciñese por fin en torno al cuello de aquel que le había robado la alegría. La ejecución de esos criminales era para ella un recordatorio de que no había vuelta atrás, de que el destino de Daniel hacía tiempo que había sido sellado.

Jocelyn sacó de entre los pliegues de su falda una cajita de nácar que contenía un diminuto jubón hecho a mano, con una hilera de minúsculos botones de perlas. Lo había tejido ella misma cuando se enteró de su embarazo y era la primera y única ropita que jamás tendría aquel bebé que nunca llegó a nacer. Tragándose las lágrimas, colocó la caja al pie de la lápida, tapándola con varios puñados de musgo para que nadie la encontrase.

Allí estaban, para siempre juntos, los dos recuerdos de los dos amores que había tenido y perdido y la habían dejado hueca y vacía.

Ahogando un gemido, se puso en pie y comenzó a caminar hacia la casa con la cabeza gacha.

CAPITULO 1

Londres, un año antes

Gregory Redfern, cuarto vizconde de Dunnam, miró a su hijo Daniel con los ojos entornados y exhaló un suspiro de frustración. Llevaban horas discutiendo y ambos estaban agotados y se habían quedado sin voz ni argumentos.

—¿Estás decidido a hacerlo?

—Lo estoy. No pienso cambiar de idea.

El viejo vizconde sirvió un vaso de brandy para cada uno y meneó la cabeza con pesar. Daniel era terco y obstinado, por sus venas corría la férrea determinación de los Redfern. Eso era algo que los dos tenían en común.

—¿Acaso no tienes aquí en Londres todo cuanto puedas desear? Muchos matarían por estar en tu posición. Tienes un título, fortuna, buenos amigos. Las puertas de los mejores clubs de la ciudad se abren de par en par para ti. ¿Por qué ese empeño en viajar de un lado a otro como un vagabundo? Si tu hermano estuviera aquí...

—Pero él ya no está aquí —interrumpió Daniel con expresión de dolor—. John jamás volverá y los dos lo sabemos.

Padre e hijo volvieron a sumirse en un silencio triste, contemplando las llamas que crepitaban en la chimenea. Daniel sintió que el corazón se le hacía pesado en el pecho ante el recuerdo de John, su hermano mayor, que había muerto el año anterior víctima de unas fiebres. John era el heredero, había nacido para ostentar el título de vizconde y se movía con desenvoltura entre las cadenas de favores e intrigas políticas de la vida cortesana. Daniel era muy diferente. Odiaba el concepto de superioridad innata de la nobleza y los añejos títulos que pasaban de familia en familia, cargados de pompa y obligaciones, le repelían. La muerte de John, además de sumirlo en una honda tristeza, lo había situado a él como nuevo heredero y lo había condenado a una vida de apariencias y tedio. Él no quería ser vizconde. Odiaba Londres, la política de salón le abrumaba y los bailes y partidas de caza le resultaban asfixiantes. Él soñaba con espacios abiertos, con un mar infinito extendiéndose ante él y con tierras exóticas e inexploradas. Envidiaba a hombres como Thomas Cook o Daniel Solander, cartógrafos y exploradores de la Corona que tenían libertad para viajar a las Indias Orientales o al Nuevo Mundo, lugares lejanos y vibrantes, tan diferentes de la gris Inglaterra. En lugar de asistir a los clubs privados de caballeros, él prefería frecuentar las conferencias y reuniones que los exploradores y naturalistas celebraban para los curiosos en la Royal Society. Sentando entre el público, bebía sus palabras como un sediento hartándose del agua más pura. Hubiera dado la mitad de su fortuna por estar en su lugar.

Durante una de esas reuniones había conocido a Adam Montgomery, un empleado de la Compañía Británica de las Islas Orientales que había hecho fortuna llevando a Inglaterra cargamentos de canela de Ceilán, nuez moscada y todo tipo de especias exóticas. Sentados los dos ante una botella de brandy, con el humo de los cigarrillos humeando entre ellos y la lluvia inglesa arreciando tras las ventanas, Daniel había escuchado con atención sus historias sobre los

atiborrados mercados de Calcuta y Goa y los barcos que surcaban los mares desde la India llevando cargamentos de corteza de casia. Era una vida dura, plagada de libertad; una vida que Daniel hubiera querido vivir él mismo. Tras sus aventuras en las Islas Orientales, Montgomery estaba ahora decidido a explorar nuevas rutas de comercio. El Caribe se había convertido en un emplazamiento próspero para la Corona Británica y las plantaciones de azúcar o tabaco en islas como Tortuga, Nueva Providencia o Barbados eran fuente de grandes riquezas para los hombres que sabían aprovechar su potencial.

—Los ingenios azucareros son el futuro —decía Montgomery con gran excitación—. Así les llaman a esas grandes extensiones de tierra que son ideales para extraer melaza. Las destilerías de ron pagan muy bien por ella. ¡Cualquier hombre puede hacerse rico si sabe cómo!

Contagiado por su entusiasmo, Daniel había aprovechado sus contactos como hijo de un vizconde para ayudarlo a obtener la concesión real necesaria y Montgomery, en agradecimiento, le había ofrecido una participación en las acciones de la plantación, además de un pasaje en el Marie Therese, uno de los barcos de su compañía naviera. Sin consultarlo con nadie, Daniel tomó una decisión: partiría en ese viaje. Sería como el canto del cisne; su último coqueteo con la libertad y la aventura antes de asentarse en Londres y hacerse cargo de las obligaciones de su título.

Y ahí estaba ahora, enfrentándose al mal trago de comunicarle sus intenciones a su padre. El viejo vizconde era un hombre discreto que durante toda su vida había tenido que callar mucho y sonreír todavía más para hacerse un hueco en la corte del rey Jorge^[1], llena de alimañas y mentiras. La muerte de su primogénito lo había sumido en la melancolía y su única esperanza era que Daniel hiciese honor a su apellido y caminase por la senda que John no había podido recorrer.

—Sé que no aprueba mi decisión, padre —repitió Daniel—. Sé que lo considera una locura.

El anciano lo miró entornando los ojos.

—¡Cualquiera con un mínimo de seso convendría conmigo en que te has vuelto loco! Además, ¿qué hay de esa muchacha, la hija de Berkeley? Sé que te has fijado en ella. ¿Le has dicho ya que te marchas?

Daniel dio un respingo tan violento que los hielos de su vaso tintinearón. Le asombraba la astucia de su padre. El vizconde había tocado deliberadamente su fibra más sensible, ya que dejar atrás a Jocelyn, la joven que le había robado el corazón y poblaba todos sus sueños, era la única mancha negra en su decisión. Si existían unas manos capaces de atarlo a tierra firme, esas eran las de Jocelyn Berkeley.

—Ella lo comprenderá —dijo rechinando los dientes.

—¿Estás seguro? Las mujeres tienen su corazón puesto en un único objetivo: casarse y tener hijos. La muchacha estará deseando que pidas su mano formalmente y en lugar de eso pretendes anunciarle tu partida. ¿Y si no te espera? ¿Y si en tu ausencia se compromete con otro?

Daniel apretó tanto los puños que estuvo a punto de hacer estallar el vaso. Imaginarse a Jocelyn en brazos de otro hombre le hacía hervir la sangre. Ella era suya, tan suya como la piel que recubría sus huesos. Amaba a Jocelyn Berkeley con todas sus fuerzas, a pesar de que antes de conocerla estaba convencido de que las mujeres, en especial las insulsas debutantes educadas por y para el matrimonio, eran molestos estorbos que uno debía evitar a toda costa si quería conservar su libertad. Ella le había hecho cambiar de opinión. La imagen de su rostro pálido y cremoso inundó su mente y experimentó una mezcla extraña de frío y calor, de alegría y miedo. Su padre tenía razón. ¿Cómo reaccionaría Jocelyn al enterarse?

—Tengo que irme. —dijo poniéndose en pie bruscamente—. Padre, intente comprender que mis sueños no son peores que los suyos, aunque sean distintos. Y si no puede comprenderme, al

menos intente perdonarme.

El anciano no contestó. Se giró hacia la chimenea encendida con la cabeza gacha, evitando la mirada de su hijo. Intentando no fijarse en la curva derrotada de sus hombros, Daniel llamó a un criado y le ordenó que preparase un carruaje.

—A la mansión de los Berkeley. Deprisa —ordenó en cuanto el cochero estuvo instalado en el pescante.

Se recostó contra los asientos de cuero con los ojos cerrados. Tenía que ver a Jocelyn de inmediato, explicárselo todo. ¿Lo comprendería? ¿Lo esperaría?

Comenzó a rememorar la noche que se habían conocido, siete meses atrás:

Era una noche cálida de verano y Daniel había acudido con un amigo a una de las tediosas fiestas de lord y lady Kent. Acababa de regresar a Londres por orden de su padre, tras dos semanas de viaje por tierras escocesas y el olor del brezo de las Highlands todavía impregnaba sus fosas nasales. Pasarse la velada en el atiborrado salón, estrechando manos e intercambiando cumplidos con jóvenes debutantes le parecía un plan desastroso. Cuando no pudo soportarlo más, dejó a su amigo coqueteando con una joven y se escurrió por una puerta lateral.

El jardín de los Kent estaba oscuro y solo se oía el murmullo de las fuentes de agua. Daniel dobló la esquina hacia la parte trasera de la mansión, se impulsó en la barandilla de la terraza y apoyando los pies en los canalones para el agua subió al tejado con agilidad. Oteó el horizonte, dejando vagar la mirada por las copas de los árboles que se balanceaban con la brisa. Por un momento, se imaginó que el cielo era un océano infinito y las estrellas las crestas plateadas de las olas. Cerró los ojos y el rumor de las ramas de los árboles le pareció el vaivén de las velas de un navío que viajaba hacia lugares inexplorados...Suspiró, sintiéndose de pronto muy fuera de lugar ¿Por qué era incapaz de comportarse de acuerdo a su rango, como un caballero, tal como su padre no se cansaba de repetirle? ¿Por qué esas ansias de ver mundo, esa sed de aventura, como si sus pies no pudiesen quedarse quietos en ningún sitio?

Una vibración en el aire a su lado le hizo abrir los ojos de par en par. Le pareció ver una sombra que se deslizaba por los mismos canalones por los que él había ascendido ¿Un gato? No, era mucho más grande ¿Un ladrón? Escuchó un susurro de sedas y sus fosas nasales se inundaron de un perfume de orquídeas. Una mujer. Se giró con un movimiento rápido y la sombra, asustada, estuvo a punto de perder el equilibrio. Daniel impidió que cayese por el borde agarrándola por un brazo firme y suave. El brazo de una dama. Alzó la vista y se encontró con unos ojos claros y rasgados que lo contemplaban con una mezcla de miedo y curiosidad.

La observó en silencio. Era muy joven y vestía un espléndido vestido de seda azul pálido con adornos de hilo dorado. El corpiño se le ajustaba al busto y revelaba un escote discreto a través del que se adivinaba una piel lechosa y suave. No llevaba joyas, salvo un par de pendientes de plata en forma de corazón que brillaban como luceros en sus diminutas orejas. Tenía los ojos azules, al igual que Daniel, pero de una tonalidad mucho más clara, como olas estallando en la arena de una cálida playa. Su cabello rubio y fino caía sobre sus hombros como una cascada exuberante. Vista de lejos, hubiera podido pasar por la típica belleza inglesa: pálida, rubia y espigada, pero al tenerla delante se percató de que había algo más en ella; una frescura que era difícil de encontrar en las demás. Sus labios eran demasiado carnosos para los cánones y se curvaban en una mueca entre irónica y tozuda. Tenía una hilera de pecas que se extendían por su nariz y la parte superior de sus mejillas, como un reguero de

huellas.

Daniel sintió que la boca se le secaba. Tuvo que apretar los puños para evitar el impulso de recorrer con los dedos esas manchas diminutas. ¿Qué demonios hacía aquella dama, sin duda de buena familia, paseándose por los tejados?

—Hace una noche espléndida —saludó él con su mejor flema británica, como si se hubiesen encontrado en mitad del salón de baile en lugar de en un sitio tan extravagante. Ella asintió y sus ojos brillaron de diversión.

—Excelente, en efecto, lord Redfern.

Daniel afiló la mirada. De modo que la joven le conocía. Él, sin embargo, no tenía ni idea de quién era ella. No solía fijarse en las bandadas de jovencitas que pululaban como gorriones en los bailes. Pero aquella... aquella era diferente. Por algún motivo le intrigaba.

—¿Quién eres? —preguntó abruptamente.

Los labios de la joven se curvaron en una pequeña sonrisa que ella trató de ocultar tras su mano enguantada.

—No creo apropiado tener una conversación a solas con un caballero en un lugar tan apartado —dijo con un tono remilgado nada convincente—. Lo mejor será que regrese al salón de baile.

—Espera. —Daniel la sujetó por la muñeca. Su perfume de orquídeas volvió a inundarle las fosas nasales—. ¿Qué haces en el tejado? No estarías pensando en arrojarte al vacío, ¿verdad? —La idea lo sobresaltó de repente. Algunas personas eran propensas a la histeria. Aquella muchacha no parecía triste ni deprimida, pero nunca se sabía. La miró con preocupación y la muy desvergonzada tuvo la desfachatez de reírse en sus narices, una risa fresca como un sonido de cascabeles.

—Pierda cuidado, milord. No tengo la más mínima intención de entretener a los invitados de lord Kent con un espectáculo tan sangriento. Ahora, si me hiciera el favor de soltarme la mano...

Él la soltó a regañadientes.

—Darás un espectáculo de todos modos si no te andas con cuidado —gruñó—. Tu vestido no es apropiado para andar trepando por ahí, esas faldas podrían engancharse en cualquier saliente del tejado. Si no te hubiera sujetado habrías dado con tus huesos en el suelo.

Ella rio de nuevo. Esa extraña mezcla entre candor y desvergüenza lo volvía loco.

—Eso es porque usted me sorprendió. No esperaba encontrar a nadie aquí y me sobresalté, de lo contrario no hubiera tropezado. Trepo como una ardilla.

Para demostrarlo, comenzó a caminar peligrosamente cerca del borde, levantándose ligeramente las faldas para que no se arrastrasen por el suelo. Sus tobillos eran finos, cubiertos por unas medias blancas tornasoladas. Daniel tragó saliva.

—¡Todavía no me has dicho por qué has subido! —reclamó al ver que ella tenía intención de marcharse.

—¿Acaso no está claro? —Ella giró el cuello para mirarle de reojo— ¡Para contemplar las estrellas! ¿No es eso lo que estaba haciendo usted también?

Su risa cristalina volvió a llenar el aire. Se aferró al canalón y empezó a deslizarse hacia abajo.

—¡Espera! ¿Cómo te llamas? —Daniel se precipitó en su dirección como una mosca atraída por el olor de la miel, pero la muchacha era realmente ágil y pronto estuvo fuera de su vista, dejando tras de sí solo el rastro del perfume de orquídeas como un recordatorio de que aquel extraño encuentro se había producido de verdad.

Daniel sacudió la cabeza como para librarse de un hechizo. Estaba a punto de ir tras ella, pero algo en el suelo llamó su atención: un pequeño saquito de arpillera que relucía bajo la luz de la luna. Cuando lo tomó, el perfume de orquídeas volvió a inundar su nariz; estaba claro que se le había caído a la misteriosa muchacha. Dentro había al menos dos docenas de piedras de diferentes tamaños: guijarros de río, cantos rodados, pequeños trozos de cuarcita y otros de roca forrada de musgo que parecían haber sido recogidos en lo más profundo del bosque. Todas tenían una sola cosa en común: tenían forma de corazón. Pensativo, Daniel las hizo girar en la palma de su mano. ¿Quién demonios era aquella joven extraordinaria que vestía como una marquesa, trepaba como un gato, reía como un puñado de cascabeles y coleccionaba piedras en forma de corazón? Estaba dispuesto a averiguarlo.

Comenzó a buscarla en cuanto entró de nuevo en el salón de lord Kent. Sus ojos revolotearon sin descanso entre la multitud, deteniéndose en todas las muchachas rubias vestidas de azul —y había muchas, pues el azul era el color de la temporada—, pero ninguna era ella. ¿Dónde se había metido? La frustración lo devoraba por dentro. ¿Acaso había tenido un encuentro con un hada en lugar de con un ser humano?

Estaba a punto de empezar a preguntar por ella cuando por fin la vio. La fiesta estaba llegando a su fin y los invitados comenzaban a despedirse del anfitrión entre cumplidos, para después dirigirse a los carruajes que esperaban en la puerta. La muchacha del tejado estaba colocándose una capelina de seda sobre el vestido, mientras reía y charlaba animadamente con otra joven de su edad. A su lado había un matrimonio mayor que Daniel reconoció de inmediato; lord Harold Berkeley, conde de Pinecrest, y su esposa. Sonrió para sí, satisfecho. El misterio estaba resuelto; la joven tenía que ser su hija menor, Jocelyn. Sus amigos le habían hablado de las dos hermanas Berkeley, dos muchachas muy hermosas pero con fama de excéntricas. Dejó sobre un mueble la copa que tenía en la mano y comenzó a avanzar hacia ella en línea recta, como un depredador cercando a su presa.

—Lady Jocelyn —susurró en su oído cuando estuvo a su lado.

Ella se estremeció visiblemente, como si el aire a su alrededor hubiese comenzado a vibrar.

—Me ha descubierto usted, milord —dijo con una burlona reverencia.

Él le dedicó una mirada divertida antes de dirigirse a sus padres, que lo observaban con curiosidad.

—Excelencia, Condesa —Saludó a lord Harold con una impecable inclinación de cabeza y tomó las puntas de los dedos de lady Berkeley para besárselos. El conde, que tenía amistad con el padre de Daniel, le miró con aire bonachón.

—Querido muchacho, me alegro de verte. Tenía entendido que estabas en Escocia.

—Regresé ayer, señor, justo a tiempo para la temporada.

—Ah, los jóvenes y su afición por los bailes. —El conde le palmeó la espalda—. También yo fui un amante de los placeres mundanos en mi juventud, antes de sentar la cabeza... Por cierto, creo que no conoces a mis dos hijas. Charlotte, Jocelyn, os presento a Daniel Redfern, futuro vizconde de Dunnam.

Daniel saludó con una inclinación a las dos jóvenes. Charlotte, la hermana mayor, era una joven morena de aire desenvuelto y rizos indómitos que le hizo un par de comentarios amables. Daniel contestó con cortesía, pero sus ojos no se separaron ni un instante de los de Jocelyn. El ligero temblor de la mano de la muchacha cuando la tomó para besarle el dorso y el evidente rubor de sus mejillas le hicieron sonreír con regocijo.

—Un placer conocerla.

—El gusto es mío, milord.

Tras intercambiar algunas cortesías, Daniel se despidió de los condes de Pinecrest. En otras circunstancias, al estar interesado en una dama, hubiera pedido permiso a su padre para visitarla tal y como mandaba el decoro. Sin embargo, no lo hizo. Con la bolsa de piedras en el fondo del bolsillo apresuró el paso hacia el vestíbulo sintiendo en su espalda la mirada de Jocelyn. Tenía otros planes.

Durante la semana siguiente, Daniel no perdió el tiempo e hizo más averiguaciones. Su mozo de cuadra tenía relaciones con una de las doncellas de los Berkeley y bastaron un par de monedas y unas palabras persuasivas para hacerse con una relación pormenorizada de todos los movimientos de la menor de sus hijas. Así, se enteró de que Jocelyn solía pasear un rato a solas todas las tardes en el jardín de su mansión, sin la compañía de su doncella. Ahora solo tenía que actuar.

La propiedad de los Berkeley estaba a las afueras de Londres. El jardín era un vergel plagado de árboles y parterres muy bien recortados, pues la condesa seguía a rajatabla la moda inglesa de no dejar ni una sola hierba a su libre albedrío. Era muy amplio, y su parte trasera lindaba con una zona boscosa que en otoño se utilizaba como coto de caza. Allí encontró a Jocelyn leyendo a la sombra de un árbol, tan quieta y pálida como las estatuas que adornaban la fuente.

—Milady.

Ella se sobresaltó y lo miró con esos ojos casi transparentes que parecían absorber la luz del sol.

—Lord Redfern, ¿qué está haciendo aquí? Me temo que no le han anunciado. Mi doncella...

—Deja a la doncella en paz. He entrado a través del seto.

—Eso es evidente, puesto que tiene bayas de endrino enredadas en el pelo —dijo ella alargando la mano para quitárselas. —Un comportamiento nada apropiado para un caballero —le regañó con una sonrisa que desmentía sus palabras.

—Tú tampoco eres una dama común. Las que yo conozco coleccionan vestidos y sombreros, las más atrevidas incluso amantes. Pero es la primera vez que me encuentro con una que colecciona piedras.

Jocelyn se puso en pie con tanta precipitación que el libro se le cayó al suelo.

—¿Las has encontrado? —preguntó con ansiedad, tuteándolo por primera vez. Por toda respuesta, Daniel se sacó del bolsillo el saquito de arpillera y se lo entregó.

—¡Gracias! —Su rostro se iluminó en una sonrisa tan radiante que él hubiera querido congelar ese momento para siempre—Ya las daba por perdidas. ¡Y me ha costado años reunir las!

—¿Por qué las coleccionas? —preguntó él, intrigado.

—Porque son únicas. Cada una de ellas es distinta y especial —Lo miró como si lo retara a burlarse de ella.

—Creo que tienes toda la razón.

—Te agradezco que hayas venido hasta aquí solo para devolvérmelas.

—En realidad no he venido solo para eso, Jocelyn. —Daniel acortó la distancia que los separaba y comprobó con placer que sus mejillas volvían a ruborizarse—. Me gustaría...

—¿Qué te gustaría? —El brillo burlón había vuelto a sus ojos—. ¿Pedirle permiso a mi padre para visitarme? ¿Tomar el té por las tardes en nuestro salón mientras mi madre te observa de arriba abajo calibrando si eres o no un buen partido para mí?

—No. —Daniel sonrió también—. Lo que iba a decir es que me gustaría besarte.

—¡Besarme! —Jocelyn fingió escandalizarse—¡Qué atrevimiento!

—Eres única y especial, al igual que tus piedras El otro día, cuando te encontré caminando por los tejados llegué a pensar que no eras real, que me había topado con un hada o una princesa encantada.

—Pues te aseguro que soy de carne y hueso, Daniel Redfern.

Como si quisiera comprobar su teoría, él alargó la mano y acarició con reverencia uno de los mechones rubios que se le habían escapado del peinado. Ambos se miraron expectantes. Estaban tan cerca uno del otro que sus respiraciones parecían entrelazarse en un remolino invisible. Con solo inclinarse un poco más hubiera podido llegar a sus labios, pero Daniel no se movió. Inmerso en aquella tensión que conseguía que el mundo se detuviese, esperó a que ella le diese alguna señal.

—¿De verdad creíste que era una princesa encantada? —preguntó ella con un hilo de voz.

—De verdad.

—¿Cómo esas de los cuentos que solicitan de sus príncipes arriesgadas misiones, como desencantar reinos o matar dragones?

—¿Deseas que mate un dragón por ti, mi preciosa Jocelyn?

—No será necesario. Pero tengo una misión para ti. Existe cerca de la plaza de Hannover una iglesia en la que me he fijado algunas veces. Sus muros están revestidos de piedras muy antiguas. Muy arriba, casi en el campanario, hay una muy pequeñita de color rojo, en forma de corazón, que me encantaría tener en mi colección.

Daniel irguió la espalda.

—Profanaría cualquier iglesia por ti, dulce Jocelyn. ¿Me dejarás besarte si te la traigo?

La mirada que ella le dirigió fue toda la respuesta que Daniel necesitaba. Al día siguiente, Jocelyn despertó con un inusitado presente sobre la bandeja del desayuno: una cajita de terciopelo que había llegado con un mensajero y que el ama de llaves no dejaba de observar con suspicacia. En su interior había una diminuta piedra rojiza, en forma de corazón.

Ese fue el comienzo de su historia de amor.

Embebido en estos recuerdos, Daniel apenas se dio cuenta de que el carruaje se detenía frente a la mansión de los condes de Pinecrest. Tal como era su costumbre, entró en el jardín a través del frondoso seto y comenzó a deambular como un león enjaulado por entre los parterres. Faltaba poco para las cuatro de la tarde, esa hora que precedía al ritual del té y que Jocelyn y él habían adoptado para sus encuentros secretos en el jardín. Desde el inicio de su relación, aquel rincón sombrío lleno de flores y fuentes ornamentales había sido testigo de palabras ardientes, caricias furtivas y besos apasionados entre los dos.

Unos pasos leves en el camino le avisaron de que Jocelyn se acercaba, tan hermosa como un ángel, con esa expresión de amor y plena confianza que reservaba solo para él. Llevaba puesto un vestido ligero con bordados de hojas de hiedra que resaltaba la cremosidad de su piel y su pelo rubio caía en una cascada de rizos sobre sus hombros. Había venido corriendo y tenía las mejillas sonrosadas y la respiración agitada. Daniel se mordió los labios; era deliciosa y era suya. Un foganazo de culpabilidad por lo que iba a hacer le golpeó el pecho.

Jocelyn le tendió los brazos y él rodeó su pequeña cintura con las manos para atraerla hacia su pecho. Esa era una de las cosas que más le gustaban de ella: su entera confianza en él, su abandono. Ante los demás se mostraba dulce y tímida, pero a Daniel le dejaba ver su carácter apasionado. Jamás había recelado de estar a solas con él, pese a que de ser descubiertos su reputación se vería comprometida. La mayoría de las jóvenes nobles se mostraban discretas y esquivas con sus pretendientes, permitiendo apenas un roce de labios sobre sus manos enguantadas hasta que el compromiso estuviese sellado; y aún entonces eran solo las más

atrevidas (o las más enamoradas) las que consentían un beso robado aquí y allá. Era lo que se esperaba de ellas y para lo que habían sido educadas. Jocelyn, sin embargo, se había mostrado receptiva a sus besos, a las caricias que los dejaban a ambos anhelantes y deseando más.

Jocelyn apoyó la cabeza en su hombro, pero no tardó en percibir la rigidez de su cuerpo y se apartó. Sus grandes ojos azules lo miraron con preocupación.

—Te pasa algo. —afirmó.

—Hay una cosa que debo decirte. —Él cogió sus manos entre las suyas y tomó aliento—. El Marie Therese parte hacia el Caribe la semana próxima. Es uno de los barcos de mi amigo Montgomery. Me ha ofrecido una participación en su plantación azucarera y... y un pasaje.

La observó mientras el significado de sus palabras penetraba en su mente y sus ojos se oscurecían ante la noticia. Su reacción no se hizo esperar: Jocelyn le soltó la mano y retrocedió dos pasos.

—No... —dijo con voz entrecortada—. Vas a marcharte.

—Lyn. —Él intentó cogerle de nuevo la mano, pero ella la retiró, veloz—. Solo serán unos meses. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—¿Cómo puedes decir eso? —Su voz rezumaba tanto dolor que él tuvo de nuevo la sensación de que estaba cometiendo el mayor error de su vida—. ¿Cómo puedes irte y dejarme? ¿Por qué, Daniel?

Él se pasó la mano por el pelo, nervioso. Era una pregunta difícil para la que por desgracia no tenía respuesta. ¿Cómo explicar sus ansias de ver mundo, esa fiebre que lo atormentaba sin cesar?

—Es una oportunidad única —dijo débilmente—. Un negocio muy prometedor. Tengo que hacerlo, Jocelyn.

—Tú no necesitas negocios prometedores. Tienes tu herencia. Eres el hijo del vizconde de Dunnam, no un grumete que necesita embarcarse para poder comer. No tienes que hacerlo, Daniel. Quieres hacerlo.

Daniel buscó una respuesta sin encontrarla. Sabía que ella tenía razón.

—Te prometo que este será el último viaje —farfulló—. Te prometo que cuando regrese no habrá más barcos, ni plantaciones, ni aventuras. Nos casaremos, tendremos hijos, no volveré a salir de Inglaterra si eso es lo que deseas. Te lo prometo, Lyn.

—Promesas —dijo ella con una voz tan seca y tensa que no parecía la suya—. Promesas vacías que ni siquiera sabes si podrás cumplir. Cualquier cosa puede pasar en una travesía tan larga: naufragios, enfermedades...—La voz se le rompió de pronto y se llevó la mano a la cara para ocultar las lágrimas. Antes de que Daniel tuviera tiempo de detenerla echó a correr hacia la pequeña verja que separaba el jardín del bosque.

Daniel se lanzó tras ella. A pesar de que sus largas faldas le dificultaban los movimientos Jocelyn corría como un gamo, sin importarle que el mantillo le ensuciase el vestido ni que las ramitas se le enredasen en el pelo. Corría a ciegas, adentrándose en el bosque cada vez más y desoyendo las llamadas de Daniel. Mascullando una maldición, él quebró sin miramientos las ramas que se interponían a su paso, ansioso por alcanzarla.

—¡Para! ¡El bosque es peligroso y te estás adentrando demasiado! —Su voz quedó ahogada por un grito estridente. Alcanzó a ver el rostro aterrorizado de Jocelyn antes de presenciar cómo se hundía y desaparecía bajo tierra.

—¡Jocelyn!

Con el corazón rebotando en su pecho, Daniel llegó hasta ella. Jocelyn había caído en un hondo agujero forrado de musgo y tierra, una amplia trampa para corzos que alguien había excavado en la maleza. Por fortuna, no parecía herida, aunque sí muy furiosa.

—¡Te lo advertí! ¿A quién se le ocurre correr por el bosque con esas faldas?

—¡Cállate y sácame de aquí!

Daniel cortó con su navaja una rama larga y flexible y se la acercó para tirar de ella usándola como polea. Jocelyn estaba sudorosa y desaliñada, con el vestido lleno de manchas de tierra y las mejillas enrojecidas por la ira y el esfuerzo. Daniel la atrajo hacia sí sin miramientos y aunque al principio ella se resistió acabó por abandonarse a su abrazo. Hundió la nariz en su pecho y él aspiró su aroma floral tan característico. Cuando notó que sus hombros empezaban a sacudirse se dio cuenta de que estaba llorando y la idea le resultó insoportable.

—Por favor...no llores. —La sujetó por la barbilla y le limpió las mejillas con los dedos dejando un rastro de suciedad—. Escucha, no me iré. Te lo prometo. No quiero que sufras por mi culpa. Olvidemos ese viaje. Esta tarde iré a ver a Montgomery y le diré que lo anule todo.

Cada palabra que pronunciaba se clavaba como una daga en su corazón, pero siguió adelante. Su madre solía decirle que no había mayor prueba de amor que renunciar a un sueño por la felicidad de la persona amada. En ese momento se dio cuenta de que sería capaz de renunciar a todos sus sueños solo por borrar las lágrimas del rostro de Jocelyn.

Ella inspiró hondo y colocó la palma de la mano contra su pecho, justo encima de su corazón.

—Late a toda velocidad —comentó alarmada.

—Me asusté cuando te vi desaparecer tragada por la tierra. Jamás me perdonaría que te pasase algo malo. —La besó en la frente—. Me quedaré, Jocelyn. Me quedaré contigo.

Ella alzó la cabeza y sus labios se encontraron, sus lenguas se buscaron y se enredaron con ansia. Daniel la acercó más a su cuerpo y la levantó del suelo con facilidad, sus cuerpos estaban tan juntos que parecían uno solo. Incluso sus corazones descontrolados latían a la par. Finalmente, Jocelyn le puso las manos en los hombros para separarlo un poco.

—Está bien —dijo—. De acuerdo.

—¿De acuerdo? —repitió Daniel sin comprender.

—Sé que deseas con todas tus fuerzas subir a ese barco. —Bajó la mirada como para reunir fuerzas para lo que iba a decir—. Sé que Londres te asfixia y que sueñas con mares anchos y tierras desconocidas. De acuerdo. Ve. Cumple tu sueño. Ayuda a Montgomery a poner en marcha su plantación y llénate las retinas de paisajes exóticos. Cuando regreses, yo estaré aquí, esperándote.

Daniel apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¿De verdad? —susurró esperanzado.

—De verdad. Pero tienes que prometerme que volverás.

—Volveré, lo juro. Prométeme que me esperarás.

—No podría dejar de hacerlo, Daniel. Mi corazón te pertenece para siempre.

Él la estrechó entre sus brazos. Sintió la firme suavidad de sus senos contra su tórax, la caricia de sus dedos entrelazados en su nuca. Se apoderó de su boca y disfrutó sin barreras de sus labios voluptuosos, tratando de saciar un hambre que no hacía más que acrecentarse con cada caricia y cada suspiro. Quería hacer que aquel momento durase para siempre, besar a Jocelyn, amarla y perderse dentro de ella hasta que el mundo desapareciese a su alrededor. Deslizó una mano tentativa por la suave piel de su escote y acarició la parte superior de sus pechos, trazando pequeños círculos que le arrancaron gemidos. Enardecido, Daniel se separó de ella para tomar aliento. Si no se detenía no iba a ser capaz de controlarse.

—No pares —susurró ella contra sus labios—. No hace falta que te detengas. Quiero que me ames, Daniel, quiero que...

—¿Estás segura? —Él habló con voz ronca, el corazón desbocado, todo su cuerpo

transformado en roca viva.

—Lo estoy.

Daniel se apoderó de nuevo de su boca con un beso apasionado, saboreándola como si se tratase de una fruta exótica. Ella se aferró a sus anchos hombros con una necesidad que rivalizaba con la suya. Con movimientos firmes y delicados a la vez, él subió sus largas faldas hasta su cintura con una mano mientras con la otra desataba su corpiño y descubría sus blancos pechos, coronados por pezones rosados que se endurecieron al instante. Daniel los acarició con manos enfebrecidas, los lamió hasta dejarlos relucientes como el cristal. Ambos se dejaron caer sobre la hierba, que los recibió como un lecho mullido, y él notó que Jocelyn se arqueaba contra su cuerpo, haciéndole saber que estaba dispuesta. Cuando notó que su suave mano tanteaba su erección a través de la tela de sus pantalones estuvo a punto de estallar. Daniel luchó con los botones, enardecido de placer y a la vez tratando de contenerse para no abrumarla. Entró en ella de una estocada lenta y firme, demorándose para que el cuerpo de la joven tuviese tiempo de acostumbrarse a aquella desconocida invasión. Notó que ella se tensaba por un momento y esperó a que su respiración se acompasase antes de comenzar a moverse con cautela. Jocelyn gimió dulcemente en su oído, llevándole al borde de la locura. Exploraron sus cuerpos hasta que el placer los alcanzó a ambos en oleadas, dejándolos sudorosos y agotados. Después, se quedaron recostados en la hierba, con las manos entrelazadas.

—Prométeme que esperarás —susurró Daniel en su oído.

—Prométeme que volverás.

—Te lo prometo —pronunciaron los dos a la vez, con sus miradas ancladas en un juramento que parecía irrompible.

Una semana después, Daniel partió a bordo del Marie Therese. Su padre lo despidió en el malecón con rostro pétreo, al igual que un par de amigos que acudieron a ofrecerle sus buenos deseos. Puesto que no estaban oficialmente comprometidos, Jocelyn no acudió a despedirlo. A esa hora ella se encontraba en el salón de té de la casa de sus padres, sentada muy tiesa entre matronas y debutantes que desmenuzaban con idéntica avidez los bollos de canela y los últimos cotilleos de Londres.

Ninguna de ellas advirtió que la menor de las hijas de los condes de Pincrest tenía las manos apretadas en puños sobre el regazo, ni que en una de ellas sostenía una piedra roja en forma de corazón.

CAPITULO 2

Meses después, en algún lugar del Océano Pacífico

Daniel inspiró hondo y sus pulmones se llenaron de ozono y yodo. Hacía un día magnífico y el Marie Therese avanzaba a buena velocidad sobre un mar que se agitaba como el pecho de un enfermo afiebrado. Acodado sobre la baranda, podía escuchar las voces ásperas de los marineros y el sonido de la piedra pómez que el grumete estaba utilizando para dejar la cubierta limpia y lisa.

Soltó un suspiro de satisfacción. Hasta el momento el viaje había salido a pedir de boca. Todavía tenía grabadas en la retina las maravillas que había visto en los puertos en los que habían echado ancla: los bulliciosos mercados, el olor de las especias, la estridente algarabía de las junglas, las bandadas de monos que los observaban curiosos desde los árboles, todo tan caótico y diferente a la uniformidad de los jardines de Hyde Park.

Sacó papel y una pequeña pluma del bolsillo de su chaleco y comenzó a escribirle una carta a Jocelyn. Le había escrito varias desde su partida, misivas que solía entregar en los puertos para que los paquebotes, los veloces barcos correo, se encargasen de llevarlas a Inglaterra. Se la imaginaba leyéndolas bajo el cenador de su jardín, su pelo rubio cayendo sobre su rostro como una cascada de aguas doradas. Lo cierto era que la echaba muchísimo de menos y no podía esperar a estrecharla entre sus brazos.

Querida Lyn...

Hizo una pausa con la plumilla en el aire, buscando las palabras, y en ese momento un gran estruendo estalló a su alrededor. Parecía como si las puertas del infierno se hubiesen abierto de repente. El Marie Therese se tambaleó como un barco de papel manejado por un niño y algo silbó en el aire junto a su oído. Reconoció el sonido de las balas. Daniel se tiró al suelo por instinto, cubriéndose la cabeza con las manos y arrastrando consigo al grumete, un chiquillo de apenas doce años que se había quedado paralizado de terror. Oyó los gritos de alarma de los marineros, entremezclados con los graznidos asustados de las gaviotas. Vio pasar corriendo al capitán Hobbs y le tiró de la manga. El hombre tenía los ojos desorbitados y su escaso pelo se le erizaba en la nuca.

—¿Qué sucede?

—Nos atacan. Nos han disparado. ¡Cerrad las vías de agua! —vociferó dirigiéndose a la aterrorizada tripulación.

Adam Montgomery apareció en cubierta, pálido y desenchajado. Perlas de sudor cuajaban su frente. Le arrancó al capitán el catalejo de la mano y miró a través de él. El barco que les había disparado se acercaba a ellos a gran velocidad, con el viento a favor. Era una goleta de tres palos que Daniel ya había visto esa mañana y a la que no había dado importancia, pues al estar cerca de la costa no era raro que se cruzasen con otros navíos. Sin embargo, ahora pudo distinguir que

habían arriado la bandera inglesa que llevaba horas atrás y habían izado en su lugar una enseña negra con el dibujo de las tibias y la calavera.

—¡Piratas! —masculló Hobbs—. Tiene que tratarse de Jack *el Rojo*, pues esa es su estrategia. Fingen navegar bajo un estandarte honorable para pillar a sus víctimas desprevenidas ¡Debemos repeler el abordaje!

Los hombres se dispersaron por la cubierta, agarrando los arcabuces y mosquetes. Montgomery se volvió hacia Daniel, que seguía agazapado en el suelo.

—Póngase a cubierto, milord. Escóndase en la bodega, si puede. Habrá mucha sangre.

Un terrible cañonazo retumbó en el aire. Los oscuros proyectiles barrieron la cubierta y el aire se llenó con el olor metálico de la sangre. Daniel vio caer a Montgomery como un muñeco desmadejado, con una mancha escarlata en su pecho que se iba extendiendo por su camisa cada vez más. Ni siquiera tuvo tiempo de procesar la muerte de su buen amigo. A su lado, el grumete gemía de terror hecho un ovillo, las lágrimas resbalando por sus sucias mejillas. Daniel lo abrazó por los hombros y consiguió arrastrarlo consigo hasta escudarse tras unos barriles.

A su alrededor, todo era caos. Vio cuerpos con brazos desmembrados, cadáveres que se apiñaban en la cubierta. Vio al capitán Hobbs precipitarse al agua con un brusco chapoteo. ¿Habría caído o se había tirado a propósito? No podía asegurarlo. Se sentía mareado y la sangre se le agolpaba en los oídos con un rugido ensordecedor. Nuevos gritos se sumaron a los alaridos de dolor de los marineros; esta vez eran gritos de victoria. Los piratas habían llegado. Desde su escondite, Daniel observó cómo se descolgaban con agilidad en el combés. Eran muy numerosos, decenas de hombres rudos de rostros atezados y largas melenas enmarañadas por la suciedad. Vio torsos llenos de tatuajes, dientes negros mostrados en desagradables sonrisas, manos que blandían el aire empuñando cuchillos. Paralizado de terror, trató de arrastrarse con el grumete para intentar llegar a la bodega. Apenas había avanzado unos centímetros cuando una bota negra cayó sobre su mano, aplastándole tres dedos que se rompieron con un crujido. Soltó un alarido. Sobre su cabeza resonó una risa burlona y desagradable y una mano de uñas largas le levantó la barbilla y le obligó a mirarlo.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo el pirata, de rostro moreno y cráneo tan pelado como una bala de cañón—. Todo un señorito, por lo que veo. Un señorito llorón. ¡Jack!

Otro pirata apareció corriendo, con la mejilla manchada de sangre. Era enorme, casi un gigante de puro músculo y su pelo desgreñado, del color de las amapolas, caía en mechones sucios por su cara. Jack *el Rojo* hacía honor a su nombre y rezumaba peligro y maldad por cada poro de su piel. Observó a Daniel, fijándose en su ropa de buena calidad y deteniéndose en sus manos finas y bien cuidadas.

—Todo un par de Inglaterra por lo que veo ¿Un segundo hijo en busca de fortuna? ¿Un fugitivo? ¿O solo un tonto en busca de aventuras?

Escupió en su dirección y le alcanzó en la frente. Daniel sintió como la furia lo colmaba peligrosamente, impulsándolo a dejar de lado la cautela. Su voz resonó entre los gritos y el fragor de la batalla:

—¡Soy Daniel Redfern, hijo del vizconde de Dunnam y pagaréis con vuestra sangre lo que estáis haciendo!

Nada más decirlo supo que había sido una estupidez. ¿Qué suponía un título nobiliario ante la barbarie y la ley del más fuerte? ¿Qué importaban sus privilegios en mitad del mar? Las carcajadas burlonas de los piratas retumbaron sobre su cabeza y solo tuvo tiempo de ver unos dientes negros y podridos antes de que un puño se estampase en su cara y la sangre le cegase.

Sintió que lo levantaban en volandas y su cabeza se tambaleó de un lado a otro, como la de un

muñeco de trapo. Trató con todas sus fuerzas de patear y retorcerse, de aferrarse a la vida, pero ellos eran más y mucho más fuertes.

Los gritos de dolor del pequeño grumete fueron el último sonido que oyó antes de rendirse a la inconsciencia.

CAPITULO 3

Daniel despertó en la penumbra. El barco se mecía arrullado por una suave brisa. No sabía el tiempo que había transcurrido desde que lo habían arrojado a aquella bodega minúscula y oscura, pero calculaba que habían pasado muchos meses, quizá casi un año. Había intentado llevar la cuenta apuntando mentalmente el número de veces que un pirata gruñón y apestoso les llevaba escudillas llenas de un guiso nauseabundo que tanto él como el grumete devoraban en cuclillas, tratando de calmar los gritos de sus estómagos. Pronto se dio por vencido. ¿Qué importaba el día que fuese? Todo su ser se había reducido a unas manos encadenadas a unos grilletes en la pared.

El grumete estaba encadenado a su lado. Según le había contado a Daniel, se llamaba Teddy y solo tenía doce años. Había entrado al servicio del capitán Hobbs después de que su padre lo entregase a un estibador del puerto para pagar una deuda de juego. Era pequeño para su edad, con enormes ojos castaños en un rostro huesudo que, a pesar de sus pocos años, ya parecía cansado de vivir.

A veces Daniel pensaba que la muerte habría sido más piadosa que el sufrimiento al que estaba sometidos e incluso deseaba haber compartido destino con el resto de la tripulación del Marie Therese, que ahora yacía en el fondo del mar. Suponía que mantenían vivo a Teddy, que era apenas un niño, con intención de venderlo como esclavo en algún puerto lejano pero, ¿por qué no lo habían matado a él? ¿Acaso pretendían pedir algún rescate? Lo dudaba. Por los rumores que había oído en Londres sobre el célebre Jack *el Rojo* sabía que el pirata prefería obtener su oro de pillajes y saqueos.

Como miembro de la aristocracia, Daniel se había criado entre algodones y jamás había tenido ocasión de experimentar el lado más oscuro de la naturaleza humana. Los ataques que se producían en los refinados salones de Londres no eran con espadas y mosquetes, sino a base de habladurías y lenguas afiladas. Ahora había sido despojado de un plumazo del crédito asociado a su título. Ya no era un noble de Inglaterra y a veces sentía que ya ni siquiera era un hombre. Dependía de los piratas como un animal o un esclavo.

Para evitar enloquecer pensaba en Jocelyn continuamente, evocando su pelo sedoso, el sabor de su piel, su carácter chispeante y bondadoso. A veces, sumido en el doloroso sopor en el que pasaba sus noches, sus labios resquebrajados se entreabrían para pronunciar su nombre una y otra vez.

Un retumbar de pasos fuera de la bodega lo sacó de sus oscuros pensamientos y le hizo aguzar el oído. Percibió el ruido metálico de la cerradura y una luz mortecina se coló en aquel agujero inmundo hasta hacerle daño en los ojos. Un pirata diferente al que solía traerles la comida se abalanzó sobre él y abrió sus grilletes y los de Teddy.

—¡Rápido! ¡En pie, ratas inmundas, o acabaréis como alimento de los peces!

Les obligó a levantarse y subieron casi a rastras por la escala. Sobre la cubierta el sol brillaba tanto que la fuerte luz obligó a Daniel y al grumete a taparse los ojos. El pirata los empujó sin miramientos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ni una palabra!

Daniel avanzó a trompicones mirando a su alrededor. Algo extraño sucedía, una agitación que evocaba peligro. Los hombres de Jack *el Rojo* corrían de un lado a otro y sacaban brillo a sus armas, como preparándose para una nueva batalla. De pronto, un fuerte estruendo sacudió el aire y Daniel divisó un galeón de velamen cuadrado que se acercaba desde el oeste. La bandera inglesa ondeaba en su popa. ¿Un barco amigo? ¿Sería posible? Trató de gritar, pero una mano le tapó la boca y sintió el filo de un cuchillo en su cuello.

—Ni una palabra, maldito inglés.

En ese momento llegaron las balas, cortando el aire. Las primeras se hundieron en el agua, pero la segunda andanada alcanzó la vela mesana que se rasgó como si fuera de papel. El barco atacante viró con agilidad mostrando sus cañones de hierro fundido. Un hombre gritó desde la cubierta:

—¡Alto en nombre de la Corona de Inglaterra! ¡Rendíos, perros!

Los piratas respondieron con disparos y el aire se llenó con el olor de la pólvora. Daniel cayó al suelo de rodillas y una ola de agua salada le dio en pleno rostro. Tosiendo y escupiendo, vio por el rabillo del ojo que Teddy se había encogido a su lado, gritando. Envuelto en el fragor de una nueva batalla, el barco se agitaba violentamente mientras las balas silbaban sobre sus cabezas. Daniel sintió un dolor muy agudo en la pierna derecha, como si se la hubiesen ensartado con miles de cuchillos a la vez. Se llevó la mano a la pantorrilla y la retiró empapada de sangre. Comprendió que alguna de las balas, amiga o enemiga, lo había alcanzado. La vista se le nubló. Percibió como entre sueños que Teddy intentaba hacerle un torniquete con su propia camisa e intentó hablar, pero sentía la lengua acartonada contra los dientes. Evocó el rostro níveo y sonriente de Jocelyn antes de sumirse de nuevo en la oscuridad.

Cuando al fin volvió en sí, le pareció que estaba soñando. Había un rostro de mujer ante él, un rostro lozano y atractivo que lo observaba con preocupación. ¿Era ella? ¿Era Jocelyn? No, era imposible. Afinó el oído y percibió el rumor de los remos contra el agua y el golpeteo de las olas contra la madera. Seguían en el mar. Intentó hablar, enfocando sus ojos en la misteriosa mujer.

—Yo soy... yo soy...

—Un completo desastre, eso es lo que eres —respondió ella con voz cantarina—. Bienvenido al mundo de los vivos.

CAPITULO 4

Incluso antes de abrir los ojos Daniel se dio cuenta de que algo había cambiado. El bamboleo propio de un barco en movimiento, ese vaivén que había llegado a convertirse en una tortura para él, había desaparecido. A su alrededor todo era quietud y silencio. ¿Dónde demonios estaba? Lo sucedido fue volviendo a su mente poco a poco: la batalla, los gritos, el sonido de sus grilletes al romperse, la metralla hiriéndole la pierna, los piratas apresados, la misteriosa joven que había visto como en un sueño. Abrió los ojos esperando encontrar oscuridad, pero una luz brillante le hizo soltar un gemido. Sentía un dolor lacerante en la pierna derecha, como si un enjambre de avispas se estuviese ensañando con su pantorrilla.

Trató de incorporarse, pero alguien se lo impidió poniéndole una mano en el pecho. Era una mano nudosa y delgada como una ramita. Pertenecía a una mujer mayor de ojos amables y barbilla afilada que llevaba un amplio delantal blanco.

—Al fin ha despertado. Nos tenía preocupados —dijo en un inglés teñido de un ligero acento extranjero.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?

—Me llamo Mireille. Está usted en Francia, en la ciudad de Nantes.

Daniel exhaló un suspiro de alivio. Nantes, con su gran puerto marítimo era la puerta de entrada a Europa del algodón, el azúcar y las especias procedentes del Nuevo Continente. Sin duda sus muelles estarían llenos de barcos dispuestos a trasladarlo a Inglaterra.

Intentó incorporarse de nuevo, rechinando los dientes ante el dolor de la pierna. Estaba tumbado sobre sábanas blancas que su piel de aristócrata reconoció como lino de la mejor calidad y los muebles que lo rodeaban eran de roble macizo. Lo habían afeitado e incluso alguien se había tomado la molestia de recortarle las uñas que durante el cautiverio habían acumulado varias capas de roña.

—Todavía está un poco débil —comentó la mujer al ver sus esfuerzos—. Esa herida de la pierna nos tenía muy preocupados. Al parecer la metralla le alcanzó el músculo. El doctor ha dicho que fue una suerte no tener que amputar.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

Mireille le sirvió un vaso de agua de una jofaina y se lo acercó a los labios.

—Beba... con cuidado, eso es... Está usted en casa del señor William Landish. Uno de sus barcos fue el responsable de la captura de los piratas y de su rescate. Yo soy su ama de llaves.

—¿William Landish? Ese nombre es inglés, ¿me equivoco?

—No se equivoca, *monsieur*. Inglés de pura cepa. Mi señor se hizo con una pequeña fortuna a través del comercio marítimo y lleva muchos años establecido en Francia. Ha sido una suerte para usted que su barco lo encontrase.

Desde luego que había sido una suerte. Daniel apenas podía creer en su buena fortuna ¡Por fin los astros volvían a sonreírle!

—¿Qué ha sido del muchacho? —preguntó recordando de pronto a Teddy—¿Se encuentra bien?

—¡Oh, sí! Está perfectamente. Lo hemos puesto a ayudar en las cocinas y debo decirle que ese

chico tiene el apetito de tres hombres juntos.

—¿Y la mujer que me rescató? Una muchacha muy joven

—No sé nada de ninguna muchacha. Quizá lo soñó usted.

—¿Y los piratas?

—Capturados. Todos han sido enviados a Inglaterra custodiados por hombres de armas. Puesto que la mayoría de sus ataques fueron contra barcos de la Corona Inglesa, corresponde que sean juzgados y ahorcados allí.

Esas palabras trajeron un horrible pensamiento a la mente de Daniel. Si las noticias de la captura de los piratas habían llegado ya a Inglaterra, Jocelyn y su padre estarían convencidos de que él había muerto también con el resto de la tripulación. Llevaba días desmayado y nadie conocía su identidad, de modo que nada sabían sobre su rescate. Pensar en la desesperación de sus seres queridos le dio nuevas fuerzas y luchó por levantarse de la cama.

—Debo ver a tu señor, a William Landish. He de mostrarle mi agradecimiento y además necesito escribir una carta y enviarla a Inglaterra. Mi familia ignora que he sobrevivido.

—Lo comprendo, lo comprendo —Mireille le dio unas palmaditas amables en el dorso de la mano—. El señor lo recibirá en cuanto le notifiquemos que se ha despertado ya. Todos en la casa hemos estado haciendo cábalas acerca de su identidad.

—Soy Daniel Redfern, hijo del vizconde de Dunnam.

Mireille sonrió.

—Ya suponía yo que era de alta alcurnia. Bajo toda esa roña se escondían unas manos de aristócrata y esa complexión suya es propia de un lord inglés. Pues bien, milord, cada cosa a su tiempo. Ahora tómese esta sopa con tostadas y así reunirá fuerzas para hablar con mi amo. No proteste. No admitiré un no por respuesta.

Daniel comprendió que no tenía elección. Tras tomarse la espesa sopa con tropezones de pescado y comer unos trozos de pan tuvo que admitir que se sentía mucho mejor. Después de repetirle varias veces a Mireille que no olvidase avisar a su señor, esperó a que la mujer se hubiese marchado con los platos vacíos y se incorporó con cautela. La pierna le dolía mucho, pero era capaz de caminar cojeando. Se lavó con el agua de la jofaina y después se vistió con las ropas que Mireille había dejado allí para él: una camisa, pantalones de franela y zapatos de cuero con gruesas lengüetas que le iban algo grandes. Incluso le habían dejado un cayado de madera de roble que le serviría como muleta.

Estaba terminando de arreglarse cuando un criado llamó a la puerta y le indicó en un mal inglés que el señor Landish estaba listo para recibirle. Daniel le siguió cojeando por un pasillo ricamente alfombrado. Pudo apreciar que la casa, si bien era modesta en comparación con las suntuosas mansiones de la nobleza londinense, estaba amueblada con tapices bordados a mano, esculturas de inspiración griega y altas escalinatas de mármol. Un despliegue quizá un poco excesivo para el sobrio gusto inglés de Daniel, pero hermoso al fin y al cabo. Tuvo la impresión de que William Landish era un hombre que gozaba con la ostentación.

El criado le cedió el paso a la biblioteca y Daniel se encontró cara a cara con su salvador. William Landish tendría unos cincuenta años y era ancho de espaldas, con un cuerpo robusto y a la vez musculoso propio de alguien acostumbrado a pasar mucho tiempo ejercitándose al aire libre. Su cabello entrecano enmarcaba un rostro de piel morena y sus ojos oscuros escrutaban a Daniel con atención. Vestía a la francesa, con elegante casaca azul y guirindola de encaje que apenas parecía capaz de contener su cuello ancho y fornido.

—Me alegro de verlo más recuperado —dijo como saludo—. Tiene mucho mejor aspecto. Cuando le sacamos del mar estaba medio muerto.

—Señor, permítame mostrarle mi agradecimiento por salvarme la vida y rescatarme. —Daniel se adelantó para estrecharle la mano—. Si no llega a ser por sus hombres no sé qué habría sido de mí. Estoy en deuda con usted.

William hizo brillar un diente amarillento en un amago de sonrisa.

—Cumplí con mi deber de caballero y de súbdito inglés al apresar a esos criminales para entregarlos a la Corona. Y me alegro de haber rescatado a un compatriota. Debo decirle que a pesar de que estaba usted inconsciente adiviné desde el primer momento que era usted inglés. Sus rasgos son típicos de nuestra patria.

—Soy inglés, desde luego —confirmó Daniel—. Perdóneme, me doy cuenta de que todavía no me he presentado. Soy Daniel Redfern, hijo de Gregory Redfern, cuarto vizconde de Dunnam. Jack *el Rojo* me hizo prisionero durante el ataque al Marie Therese, el barco en el que viajaba. Me mantuvieron atado en su bodega hasta que sus hombres me rescataron.

Landish no respondió. Encendió un cigarro y lo observó cautelosamente entre el humo oscuro. A Daniel le pareció que su mirada se volvía astuta.

—¿Puede probarlo? —preguntó con brusquedad.

—¿Disculpe?

—Que si puede probar que es quien dice ser. Como comprenderá, señor mío, no puedo fiarme solo de su palabra.

—No tengo ningún papel ni carta que acredite mi identidad, si es eso a lo que se refiere. —Daniel titubeó—. Pero en cuanto esté de regreso en Inglaterra mi familia y amigos confirmarán quien soy sin asomo de duda.

—Quizá no tengamos que esperar tanto para averiguar la verdad —dijo Landish—. Hizo sonar una campanilla que tenía sobre la mesa y casi al instante sonaron dos golpes en la puerta. Entraron dos hombres jóvenes con paso desenvuelto. El primero era flaco y desgarrado y tenía un rostro estrecho coronado por una cabellera oscura tan relamida que parecía el ala de un cuervo. Sus ojos oscuros eran idénticos a los de Landish, al igual que su frente amplia y abombada. Era evidente que se trataba de su hijo.

Daniel apenas le dedicó un breve vistazo, pues estaba demasiado ocupado observando al segundo individuo. Su apariencia era impresionante y no precisamente en el buen sentido: era casi un gigante, fornido y musculoso, de cráneo muy rubio casi rasurado y diminutos ojillos azules que miraban a su alrededor con brutalidad animal. Su rostro achatado estaba plagado de pequeñas marcas, como si hubiera padecido la viruela y las cicatrices no hubiesen sanado del todo.

—Mi hijo Patrick —presentó Landish señalando al hombre moreno—. Y su acompañante es Harek. Llegó a estos puertos como mercenario extranjero, procedente del Norte. Es nuestro mejor criado y uno de los más eficientes a la hora de cumplir órdenes.

Con expresión pétrea, Harek se situó al lado de su señor con la espalda muy rígida. Daniel pensó que parecía un lobo amaestrado. Un lobo capaz de las mayores brutalidades.

—Este caballero afirma que es Daniel Redfern, el hijo del vizconde de Dunnam —continuó Landish dirigiéndose a su hijo—. Quizá tú puedas ayudarme a verificar su identidad.

—Lo siento, pero temo que no nos conocemos... —apostilló Daniel con desconcierto, observando al joven Patrick.

—¡Ah! Pero si usted es hijo de un vizconde se habrá formado en Eton, ¿no?

—Tanto mi hermano John como yo estudiamos allí —admitió Daniel—. Pero no recuerdo... —Su voz se apagó mientras observaba como Patrick daba vueltas a su alrededor con el aire de una hiena. Lo contempló de cerca, como estudiándolo. Daniel frunció el ceño, incómodo ante su insistente mirada.

—Conque Dunnam, ¿eh? Sí, recuerdo muy bien a los hermanos. Dos jóvenes muy bien educados. El mayor tenía madera de líder y el pequeño era más introvertido, parecía estar siempre pensando en las musarañas. Disculpe si le ofendo...

—No me ofende —repuso Daniel cada vez más sorprendido.

—Recuerdo que el menor de los hijos tuvo un accidente en una ocasión durante una práctica de equitación. El caballo lo lanzó sobre una cerca. Si es usted, debe tener una cicatriz en el brazo izquierdo.

Sin decir palabra, Daniel se remangó la camisa para mostrar la larga y estrecha cicatriz que se había producido tal como Patrick acababa de relatar. Durante la media hora siguiente, respondió a las preguntas del joven acerca de Eton, las familias más pudientes de Londres y muchos de los jóvenes que habían compartido pupitre con él durante sus años de estudio. Patrick tenía grandes dotes de observación y parecía conocerlos bien a todos.

—Bien, creo que no hay duda. Este caballero es quien dice ser, padre.

William Landish se levantó y rodeó la mesa para estrecharle la mano a Daniel.

—Me alegro de conocerle, milord. Y por favor, disculpe mi desconfianza. Como comprenderá, tenía que asegurarme. Estos puertos están infestados de tramposos y advenedizos.

—Lo comprendo, señor. No se disculpe —respondió Daniel esforzándose por sonreír. A pesar de que los modales de Landish habían sido impecables en todo momento, había algo en él que le provocaba antipatía—. Pero hay algo que me asombra. Usted parece saberlo todo sobre Eton —dijo mirando a Patrick—. Sin embargo, yo no consigo recordarle por mucho que me esfuerzo.

—Es normal que no me recuerde —respondió Patrick con una sonrisa tensa—. Yo no era un estudiante, sino un simple mozo de cuerdas. Ningún aristócrata se hubiera fijado en mí.

—Así es —afirmó William—. Mi familia ha tenido que labrarse su fortuna, puesto que nacimos sin ninguna. Todos hemos tenido que trabajar muy duro para llegar a donde estamos. Me complace decir que nuestros negocios han prosperado hasta el punto de que ahora somos nosotros los que tenemos lacayos, en lugar de servir a otros.

—Me alegra oír eso —respondió Daniel con amabilidad—. El duro esfuerzo siempre obtiene su recompensa.

—Aunque nunca podremos comprar el prestigio que aporta un título nobiliario —continuó Landish con voz cavernosa—. Esa arrogancia que ustedes arrastran desde la cuna, esa fe en la propia superioridad... Los hombres lo tenemos más difícil, por supuesto. Las mujeres siempre pueden medrar a través del matrimonio tal como prueba el ejemplo de mi hermana, que logró casarse hace años con un barón, el viejo Ettington. ¿Quizá ha oído hablar de él? Falleció hace años, dejándola viuda.

Daniel asintió. Ettington había sido un noble con fama de avaro y gruñón. No lo conocía bien, pero su padre y él habían cazado juntos en alguna ocasión.

—Espero poder casar a mi hija igual de bien —continuó Landish.

—¿Tiene usted una hija?

—Caroline. Solo tiene once años. Es la menor, su madre falleció al traerla al mundo.

—Estoy seguro de que logrará casarla espléndidamente cuando llegue el momento —aseguró Daniel deseando interrumpir aquella charla sobre prestigio y linajes—. Pero si no le molesta, me gustaría pedirle un favor. Debo escribir cuanto antes a Inglaterra. Mi familia no ha tenido noticias de mi supervivencia y estarán convencidos de que perecí durante el ataque.

—¡Oh! Por supuesto. Dunnam se alegrará mucho al enterarse de que su hijo resucita de entre los muertos —. Landish se rio de su propio chiste—. Aquí tiene —añadió acercándole papel y pluma—. Escriba ahora mismo y me encargaré de que su misiva salga en el próximo paquebote,

que soltará amarras en dos horas.

—¡En dos horas! Quiero partir en él.

—¡Imposible! —Landish lo miró como si se hubiera vuelto loco—. Su pierna todavía necesita ungüentos y cuidados. ¿Y si se gangrena durante la travesía? Los paquebotes son barcos de correos, no de pasajeros. No irá ningún médico a bordo. Vamos, hombre, sea razonable. Escriba esas cartas y tranquilice de momento a sus seres queridos. Le garantizo que en cuanto sane, partirá en el próximo navío inglés que salga de estos puertos.

Daniel tuvo que admitir que los argumentos de Landish parecían razonables. Sintiéndose un poco incómodo bajo su mirada, escribió una breve nota para su padre y otra para Jocelyn poniéndoles al corriente de los últimos acontecimientos.

—Me aseguraré de que se envíen sin dilación —aseguró Landish alargando la mano hacia ellas.

Daniel abandonó el despacho tras reiterarle su agradecimiento, sintiendo clavados en su nuca los ojos agudos del comerciante. Este esperó a que la puerta se cerrase tras de sí para soltar un largo silbido.

—Así que el heredero del vizconde de Dunnam. Parece que hemos pescado un pez gordo en esas aguas turbulentas...

Patrick sonrió de medio lado.

—Eso parece. Y conociéndote como te conozco, padre, puedo afirmar que ya estás pensando qué beneficio podemos sacar de esta situación.

—Veremos. —Landish observó a contraluz los sobres que Daniel acababa de entregarle y después los guardó en un cajón, que cerró con llave—. De momento estas cartas se quedarán conmigo en lugar de partir hacia Inglaterra. Cuando a uno le cae un bacalao de este calibre en las manos nunca se sabe cuando tendrá la oportunidad de ponerlo en salazón...

Patrick meneó la cabeza, divertido.

—El pobre piensa que se ha librado de un gran peligro al huir de los piratas. Lo que todavía ignora es que a cambio ha venido a parar al mayor nido de serpientes de todo Nantes.

CAPITULO 5

Londres

*La pequeña Miss Muffet.
estaba sentada sobre su taburete
comiendo su requesón y suero
vino una araña
y se sentó a su lado*^[2]

Las voces cantarinas llegaron desde el fondo del pasillo, acompañadas de risitas y pasos veloces. Esbozando una sonrisa, Jocelyn se apresuró en dirección a los niños, fingiendo buscarlos tras las cortinas y bajo las peanas de los jarrones. Esta actuación suya siempre provocaba carcajadas de alborozo, sobre todo cuando los encontraba por fin con grandes exclamaciones de fingida sorpresa.

Libbie y Paul eran unos niños encantadores. Tenían cuatro y cinco años y eran los nietos de la señora Bowen, el ama de llaves. Como sus padres habían muerto, ambos vivían con su abuela en las habitaciones del servicio. Al principio, la buena mujer se había mostrado apurada al ver a los chiquillos alternando con la hija de sus señores con tanta familiaridad, pero Jocelyn la había tranquilizado, asegurándole que le encantaba pasar tiempo con ellos. Y era cierto. Sus travesuras infantiles y sus risas tenían el poder de atenuar su tristeza en sus peores días. Y sí, quizá jugar con los hijos de la servidumbre no fuese apropiado para una verdadera dama, pero desde la muerte de Daniel, su breve y trágico matrimonio y su posterior viudez, a Jocelyn no podían importarle menos las convenciones sociales. Además, de alguna forma, los tiernos rostros de aquellos niños le hacían más llevadera la ausencia del hijo que ella había perdido y que imaginaba rubio y rosado, con los ojos tan claros como el cielo. El hijo de Daniel.

En ese momento dos caritas sonrientes emergieron tras una esquina.

—¡Lady Jocelyn! Estamos aquí...

—¡Vaya! ¿Pero qué tenemos aquí? —Ella se llevó la mano al pecho, fingiendo sorpresa—. Dos diablillos escurridizos y... ¿pegajosos? —añadió mirando los rostros cubiertos de azúcar de los dos niños.

—La cocinera nos ha dado pan con mermelada—informó Libbie—¡Nos lo hemos comido todo!

—Susan es un ángel. A mi hermana y a mí también nos daba dulces a escondidas cuando éramos pequeñas —rememoró Jocelyn con una sonrisa—. Le encantan los niños.

—Sin embargo, ella no tiene ninguno —constató Paul con el ceño fruncido.

—Sí tiene, tonto. Millie, la que le ayuda en las cocinas —le recordó su hermana.

—Millie no es una niña. ¡Si es así de alta! —Paul elevó una mano por encima de su cabeza—.

Es una mujer.

—¡No lo es!

—Millie tiene catorce años —informó Jocelyn tratando de apaciguar los ánimos—. Ya ha

dejado de ser una niña, pero todavía no es una mujer del todo.

—Pero usted sí es una mujer del todo, milady —dijo Paul como si la idea se le hubiera ocurrido de repente— ¿Por qué tampoco tiene niños?

—Shhhh... ¿Es que no sabes que es de mala educación preguntarle eso a una dama? —Libbie regañó a su hermanito con los brazos en jarras—. Además, ¿Cómo va a tener niños lady Jocelyn, si no está casada?

Un poco aturdida, Jocelyn dejó a los pequeños enfrascados en su discusión y se alejó por el pasillo. Las palabras de Paul habían despertado en ella tristes recuerdos. ¿Cómo habría sido su vida si Daniel hubiera vuelto, si hubieran podido casarse y su embarazo hubiera llegado a buen puerto? Jamás podría averiguarlo. Iban tan cabizbaja que no advirtió que otra persona caminaba a su encuentro, y antes de poder darse cuenta unos brazos la habían rodeado con cariño y alguien le había estampado un beso en mitad de la frente.

—¡Charlotte! —Su tristeza se evaporó como por ensalmo al ver a su querida hermana. Charlotte se había desposado meses atrás con el duque de Bainbridge y ya no vivía en la casa familiar. Se apartó un poco para observarla. Estaba muy hermosa, con su oscuro cabello recogido sobre la nuca y un vestido de muselina que evidenciaba su estado de gestación.

—¡Estás encantadora! —dijo con una sonrisa— ¡Nadie me ha avisado de tu visita!

—Decidí presentarme por sorpresa para tomar el té. Cuando me vaya al norte ya no tendremos muchas ocasiones de vernos.

Jocelyn asintió con tristeza. Charlotte y su esposo tenían intenciones de trasladarse a las propiedades del duque en Escocia en las próximas semanas. Dado el avanzado estado de gestación de Charlotte, no se esperaba que regresasen hasta que el bebé hubiese nacido.

—Te echaré mucho de menos —admitió— ¡Muchísimo!

—No tanto como yo a ti, hermanita —Charlotte le tomó las manos.

—¿No ha venido tu esposo contigo?

—Benjamin ha tenido que asistir una de esas tediosas reuniones con su administrador. El colmo de la diversión para él, ya sabes.

Jocelyn sonrió ante el tono irónico de su hermana. Benjamin Thomson, su esposo, había sido uno de los mejores amigos de Daniel y al igual que este aborrecía los negocios y los clubes londinenses. No pudo evitar pensar qué distinto sería todo si Daniel hubiese regresado sano y salvo. Ambas estarían casadas con los hombres que amaban y quizá ambas serían madres. Pero el destino había jugado sus cartas y solo su hermana había encontrado el amor y la felicidad. Se alegraba mucho por ella, pero a veces no podía evitar el pinchazo de los celos.

Con la perspicacia que la caracterizaba, Charlotte notó el cambio en su estado de ánimo y le acarició el brazo.

—Sé que todo esto es muy duro para ti. Después de lo mal que lo has pasado y ahora yo estoy esperando un bebé...

—¡Oh, no creas que no estoy feliz por tu embarazo! Estoy deseando conocer a mi sobrino o sobrina. ¡Seré la tía más consentidora del mundo!

—Jocelyn. —Charlotte la interrumpió. Sus ojos castaños rezumaban cariño—. No debes disculparte por estar triste. Pero no lo olvides: la rueda de la fortuna nunca deja de girar. Sé que algún día volverás a sonreír y a sentirte dichosa.

Jocelyn asintió, pero en el fondo no creía las palabras de su hermana. ¿Qué importaba las vueltas que diese la rueda de la fortuna si Daniel ya no estaba en ninguno de sus engranajes?

—Vamos —instó Charlotte—. Ya han servido el té y me estoy muriendo de hambre. Además, padre y madre tienen invitados.

—¿Invitados? Nadie me ha dicho nada de eso.

Siguió a su hermana hasta el salón de té. La mesa estaba dispuesta con el servicio de porcelana y plata que sus padres solían sacar para las visitas. Entre las tazas adornadas con diminutas florecillas había varios platos con emparedados y bollos, así como potes de mantequilla y confitura. En los cómodos butacones se sentaban dos invitados: una dama ya mayor de rostro muy empolvado y un hombre de unos veinticinco años que parecía muy aburrido. Tanto él como el conde se levantaron con cortesía cuando Charlotte y Jocelyn hicieron acto de presencia.

—Pasad, queridas hijas —dijo la condesa—. Venid a conocer a nuestros invitados. Lady Theresa, baronesa viuda de Ettington y su hijo Dominic Guisbert.

Jocelyn y Charlotte saludaron con una graciosa reverencia. Jocelyn sintió la mirada de la baronesa viuda clavada en ella y se dio cuenta de que estaba algo desaliñada por sus juegos con los niños y una mancha de azúcar con la forma de una pequeña mano, probablemente la de Libbie, destacaba en la falda de su vestido. En otros tiempos le hubiera agobiado presentarse así ante una visita, pero hacía ya mucho que habían dejado de importarle las normas de cortesía. Charlotte, que jamás las había tenido demasiado en cuenta, saludó a los invitados con una graciosa inclinación de cabeza y comenzó a untar un panecillo con grandes cantidades de mantequilla y mermelada.

—Hija, te vas a atragantar —advirtió la condesa.

—¡Oh! Es muy natural en su estado. —La baronesa viuda esbozó una tensa sonrisa—. Yo también tenía un hambre de lobo cuando estaba a punto de dar a luz. Los hijos son la mayor bendición. ¿No les parece?

Jocelyn agachó la cabeza y removió su té con energía. ¿Es que acaso estaba condenada a oír hablar de embarazos y bebés durante todo el día?

Exhaló un suspiro y alzó los ojos, percatándose de que el joven barón la miraba fijamente. Era un hombre elegante y atractivo, de espeso cabello negro y rostro pulcramente afeitado. Tenía un aspecto típicamente inglés, lánguido y despreocupado. Sin embargo, bajo la superficie yacía algo más: una pátina de tristeza e insatisfacción que se evidenciaba en su boca curvada hacia abajo y en la leve arruga de su entrecejo. Tenía el aspecto de un hombre que guardaba una gran tristeza. Con un escalofrío, Jocelyn pensó que quizá ella misma tenía un aspecto similar. Incómoda, alargó la mano para coger una tartaleta y trató de prestar atención a la conversación. Al parecer, su madre estaba invitando a los Ettington a quedarse una temporada con ellos en su mansión de la campiña.

—Será muy agradable tener compañía. Se acerca la temporada de la perdiz y he oído que Dominic es un experto cazador —decía la condesa con tono amable—. Y estoy segura de que Jocelyn disfrutará de la compañía. Ha estado tan aislada desde que enviudó...

—Pobrecilla —se compadeció lady Theresa con voz meliflua.

Jocelyn apartó la mirada, incómoda. Odiaba las alusiones a su desagradable pasado. A pesar de que la opinión pública no sabía lo mucho que había sufrido, la repentina muerte de su esposo y el descubrimiento de sus malos negocios la habían dejado en una posición muy delicada^[3]. Todos habían sido muy amables con ella, pero era consciente de que las matronas y las jóvenes casaderas la consideraban una especie de paria. Algunos la miraban con desconfianza y las invitaciones a bailes y veladas sociales habían disminuido. A Jocelyn no le importaba su falta de vida social; la muchacha despreocupada y candorosa que había sido una vez yacía ahora en el fondo de mar junto a los huesos de Daniel. Lo único que deseaba era una vida tranquila, con sus libros y su jardín, lejos de intrigas y sobresaltos. A pesar de todo, sabía que sus padres sufrían al verla tan sola y no habían perdido la esperanza de encontrarle un nuevo pretendiente. Jocelyn entornó los ojos, mirando a su padre que mordía un bocado. ¿Acaso pretendían emparejarla con el

barón...? Su madre, desde luego, estaba haciendo todo lo posible por agradar al joven Dominic.

—Estas tartaletas las ha hecho la propia Jocelyn —decía en ese momento con tono zalamero—. Deliciosas, ¿verdad? Rivalizan con las de nuestra cocinera.

—¡Oh!... Sí, desde luego... —Dominic parecía muy azorado. Alargó la mano para coger un dulce y Jocelyn se fijó en que le temblaba un poco. Había visto anteriormente ese temblor en las manos de su esposo cuando abusaba del alcohol, casi siempre acompañado de una mirada turbia y unas mejillas coloradas. Este hombre, sin embargo, era demasiado pálido para ser un alcohólico. Frunció el ceño, intrigada.

—Hemos remodelado los establos y tenemos potros nuevos —continuó su madre sin darse por vencida—. Quizá al barón le agrade visitarlos. ¿Por qué no se los enseñas, Jocelyn?

—Es una idea excelente —aprobó lady Theresa con entusiasmo.

—Me temo que no tengo tiempo para ello, madre —espetó Jocelyn sin miramientos—. Me espera una tarde muy ocupada.

—¡Oh! —La condesa enrojeció ante su descortesía y lady Theresa le dirigió una mirada airada.

—No se preocupe, Condesa —Dominic le dedicó una sonrisa cortés pero firme. Parecía haber advertido la incomodidad de Jocelyn—. No quisiera estorbar las ocupaciones de lady Jocelyn. Seguro que alguien más puede enseñarme los establos.

—Yo lo haré —decidió Charlotte poniéndose en pie con desparpajo—. ¿Nos acompaña, baronesa? Tenemos también una nueva camada de mastines.

Lady Theresa, que parecía no haberse recuperado aún de la grosería de Jocelyn, les siguió en silencio. Ella se quedó sentada a la mesa, mirando a sus padres con exasperación.

—¿En serio, madre? ¿Ejerciendo de casamenteros a estas alturas? —preguntó enfadada.

El conde se escudó tras las hojas de un periódico, sin duda juzgando conveniente dejar que su esposa se encargase del asunto. La condesa compuso una expresión de culpabilidad.

—Vamos, Jocelyn, no me mires así. Has estado tan triste y tan sola...

—¿Acaso les conocéis bien? En mi vida he oído hablar de los Etington.

—En el pasado hice algún negocio con el difunto barón —reveló su padre emergiendo tras las páginas del diario—. Era un hombre algo hosco, mucho mayor que su esposa. Tenía reputación de ser un buen terrateniente, pero algunos rumoreaban que frecuentaba a otras mujeres. El joven Dominic ha tenido que hacer frente a un montón de deudas tras su fallecimiento.

—¡Vaya! —Jocelyn resopló con sorna—. Parece una familia ejemplar...

Su padre se encogió de hombros sin decir nada y ella se mordió los labios, arrepentida de su exabrupto. Ella mejor que nadie debería saber que los juicios de valor eran peligrosos.

—No te estamos pidiendo que te desposes con él —dijo su madre con ternura poniéndole una mano en el brazo—. Tan solo que no te cierres en banda, date a ti misma la oportunidad de conocerle.

Esa misma noche, horas más tarde, Jocelyn despertó en la oscuridad con el corazón latiéndole en el pecho como un martillo. La mansión estaba sumida en la penumbra y en la chimenea de su cuarto solo se apreciaban los rescoldos del fuego ya extinguido. Afuera, estallaba la tormenta. Un trueno retumbó y la luz del rayo traspasó las cortinas. Desvelada, Jocelyn se puso una bata sobre el camisón y encendió una vela sobre una palmatoria. Sabía que no sería capaz de volver a dormirse. Las tormentas le causaban gran desasosiego porque no podía evitar comparar el fragor de los truenos con el feroz ataque al barco de Daniel.

Con la vela en la mano, salió de la habitación. Recorrió el pasillo y bajó al primer piso con el fin de colarse en las cocinas y prepararse un cuenco de leche tibia que le ayudase a tranquilizarse. Cuando pasó ante las puertas del salón de visitas vio que un fuego crepitaba en la chimenea. ¿Se lo habrían dejado encendido los criados? Parecía un descuido nada propio de la eficaz ama de llaves. Le pareció ver una figura encorvada en un sillón de orejas y estuvo a punto de soltar un grito al reconocer el perfil aguileño de Dominic. Se asomó con curiosidad. ¿Qué hacía el barón allí a aquellas horas, a solas y a oscuras en el salón de sus anfitriones? Un leño saltó de la chimenea y pudo ver que él tenía una expresión de infinita tristeza. A sus pies, en una mesita de cristal tallado, había una botella de brandy a la que solo le faltaban dos dedos y una serie de objetos pequeños que no reconoció a primera vista. Como advirtiendo su mirada, el barón giró la cabeza en su dirección y ambos quedaron mirándose fijamente; los ojos oscuros y tristes de él pegados a los azules y curiosos de ella.

—Disculpe. No quiero que piense que estaba espiándolo —Jocelyn tartamudeó.

—No se disculpe, milady. Soy yo el que debe pedir perdón por tomarme estas libertades en la casa de mis anfitriones.

La miró, nervioso. A pesar de su halo de tristeza y misterio, había algo en él que la atraía, quizá su aura de cachorro desvalido. Jocelyn sintió que una corriente de simpatía se extendía entre ambos.

—¿La tormenta no te deja dormir? —preguntó él, dejando de lado el tratamiento.

Jocelyn negó con la cabeza y caminó hacia la chimenea.

—Nunca puedo conciliar el sueño cuando hay rayos y truenos —admitió.

—Entonces ya somos dos.

Jocelyn se sentó frente a él en una otomana. Era una situación muy extraña: dos desconocidos casi a oscuras mientras fuera rugía la tormenta. Dominic echó un nuevo tronco a la chimenea y el fuego crepitó, envolviéndolos en una luz amarillenta. Solo entonces se fijó Jocelyn en los objetos que había sobre la mesa y que antes le habían llamado la atención. Había una pequeña pipa de cazoleta redonda tallada en madera de brezo y, junto a ella, una piedra de contornos irregulares de un color irisado entre dorado y blanco. A pesar de que había vivido una vida muy recogida, Jocelyn era muy observadora y la reconoció de inmediato: era una piedra de opio. Había visto otras similares en el despacho del doctor Bernstein, el médico de la familia, y sabía que se utilizaba contra el insomnio, las contracciones uterinas y los trastornos gástricos. También sabía que desde que se había impulsado el comercio con Oriente, muchos hombres sucumbían a la adicción a esa sustancia que tenía efectos narcóticos y relajantes.

—Crearás que soy un hombre débil —dijo Dominic advirtiendo su mirada.

Jocelyn no respondió. De golpe, comprendió las causas de su palidez y del temblor de sus manos. No era un alcohólico, sino un adicto.

Él removió de nuevo las llamas con un atizador.

—Es solo que a veces... siento la necesidad de huir del mundo.

—Todos necesitamos huir del mundo de vez en cuando —Jocelyn se inclinó sobre la mesita y se sirvió un dedo de brandy en un vaso—. No seré yo quien te juzgue.

De nuevo volvió a extenderse entre ellos esa corriente de simpatía. De pronto, Jocelyn estalló en carcajadas. Dominic alzó una ceja.

—Estaba pensando qué pensarían todos si nos vieses aquí y ahora. Sería un auténtico escándalo.

Dominic sonrió también.

—El heredero de la baronía de Ettington fumando opio a altas horas de la noche...

—Y la hija del conde de Pinecrest a su lado entregándose al brandy...

—Sin carabina...

—Y a oscuras...

—En camisón...

—Escandaloso... Desde aquí puedo ver tus tobillos.

Ambos volvieron a estallar en carcajadas, tapándose la boca con las manos para no hacer ruido.

—Disculpa a mi madre y sus empalagosas atenciones, por favor —dijo Jocelyn cuando se recuperó de su ataque—. Supongo que tiene prisa en volver a casar a la oveja negra de su familia.

—Quizá mi madre también esté deseando colocar a la suya —respondió él.

Jocelyn asintió. Se sentía como si alguien acabase de quitarle un gran peso de los hombros. Le parecía haber encontrado en aquel hombre la horma de su zapato: ambos eran dos parias de la alta sociedad, tolerados pero no plenamente aceptados en ella. Dos ovejas negras, como ella había dicho.

—Al menos nosotros no escondemos nuestras imperfecciones —dijo Dominic—. Inglaterra está llena de hombres y mujeres que tratan a toda costa de ocultar las suyas mientras se pavonean como gallos.

Durante la hora siguiente, los dos conversaron de temas banales en la penumbra del salón, calentándose las manos ante el fuego mientras los truenos retumbaban tras las ventanas. Cuando por fin se levantaron para irse, la tormenta había cesado y estaba amaneciendo.

—¿Te importaría...? ¿Puedo pedirle permiso a tu padre para visitarte? —Él tragó saliva, azorado—. No con intenciones de ir a mayores, por supuesto, pero...

—Me encantaría —interrumpió Jocelyn con una gran sonrisa—. Me vendría muy bien tener un amigo.

—Creo que a ambos nos vendría muy bien.

Jocelyn emprendió el camino hacia su habitación sintiéndose mucho más animada que el día anterior. A pesar del halo de tristeza que lo envolvía, el barón era inteligente y encantador y su conversación era amena e interesante. La perspectiva de pasar tiempo en su compañía la llenaba de dicha. Un amigo fiel, eso era lo que necesitaba. Y, lo mejor de todo era que nunca tendría que preocuparse por llegar a amarlo.

CAPITULO 6

Nantes

Daniel se asomó a la ventana y dejó vagar la mirada por el bosque de mástiles que se elevaba en el puerto de Nantes. Había barcos de distintas procedencias y nacionalidades, tantos que era casi imposible contarlos ¿Cuál de ellos sería el que lo llevaría por fin a casa? Estaba ansioso por irse y apenas podía contener su impaciencia. La pierna ya estaba mucho mejor y aunque todavía cojeaba, la gangrena no se había extendido. Cada día se preguntaba si su padre y Jocelyn habrían recibido sus cartas. Quizá lo esperaban ya, tan ansiosos por abrazarle como lo estaba él.

Se llevó la mano al bolsillo donde guardaba una nueva piedra con forma de corazón. La había encontrado en un rincón del patio de Landish la primera vez que el médico le permitió salir a respirar aire puro. Era diminuta, del tamaño de un guisante, y del color azul más puro que había visto en su vida. Le recordaba a los ojos de Jocelyn. Uno de los criados de Landish le había dicho que se trataba de apatita, un raro mineral que a veces se encontraba entre las rocas de la zona.

Daniel la hizo girar entre dos dedos, contemplándola a trasluz. Era preciosa, casi como un augurio de que su suerte por fin había comenzado a mejorar.

Dos ligeros toques sonaron en la puerta y él se apartó de la ventana. Una de las doncellas de Landish entró con una jofaina de agua limpia para sustituir a la que había usado esa mañana para afeitarse. La observó con atención, seguro de que la había visto antes. Ella le sonrió con timidez y entonces recordó: era la muchacha que le había tomado la mano cuando lo rescataron del barco. Ahora que podía verla bien se dio cuenta de que era muy joven, con larga melena oscura y nariz respingona. Cuando le dio los buenos días, su inglés sonó impecable. Daniel se acercó a ella, mirándola fijamente.

—¡Eres real! He llegado a pensar que había soñado contigo.

Ella le sonrió.

—Me alegro de verte tan recuperado, milord.

—Gracias por haberme cuidado tras el rescate ¿Trabajas aquí? ¿Qué hacías en aquel barco de comerciantes?

—Al señor Landish le gusta que sus camisas estén perfectamente planchadas incluso en mitad del mar y le encanta comer bien. Se me dan bien las labores hogareñas y el salario es muy bueno.

—¿No te da miedo?

—No temo a los piratas ni a los mercenarios. He visto cosas peores. Sé defenderme —dijo alzando la barbilla.

A Daniel le hizo gracia el coraje de la muchacha.

—¿Cómo te llamas?

—Bridget, milord.

—Y eres inglesa, ¿verdad? ¿Qué haces tan lejos de tu hogar?

—El señor prefiere criados que hablen su idioma. Además, no tengo a nadie en Inglaterra que

me espere.

Daniel asintió, comprendiéndola. Los ojos de Bridget se posaron sobre el escritorio donde había una carta para Jocelyn a medio escribir, además de la piedra azul en forma de corazón.

—No puede decirse lo mismo de usted, ¿verdad, milord? Usted si tiene a alguien que le espera.

Daniel asintió, sonriendo ante el atrevimiento de la joven.

—La piedra y la carta son para mi prometida. Le gusta coleccionar estos guijarros, siempre que tengan forma de corazón.

Bridget asintió con el rostro un poco arrebolado. Daniel pensó que quizá se sentía azorada por haber mostrado curiosidad en presencia de un aristócrata. Con una ligera reverencia, la joven abandonó la habitación llevándose la jofaina de agua sucia. En el pasillo se cruzó con otra criada, que la miró con expresión expectante.

—¿Has podido verlo?

—Sí —asintió Bridget—. Los cotilleos de la vieja Mireille son ciertos: es un verdadero lord inglés.

—¡Oh! ¡Qué emocionante! ¿Y es atractivo?

Bridget se encogió de hombros.

—Es rubio y muy refinado.

—¡Qué suerte has tenido de que te hayan ordenado encargarte de sus habitaciones! ¡Podrás verlo siempre que quieras!

Bridget hizo un gesto de indiferencia y continuó su camino con la jarra en la mano. Solo cuando su compañera ya no podía verla su rostro adquirió una expresión pensativa y sagaz.

—He tenido suerte, sí —murmuró para sí misma—. No imaginas cuánta.

CAPITULO 7

Londres

De pie ante el espejo, Jocelyn trenzó sus rubios cabellos y los sujetó con dos pasadores de nácar cuyo brillo armonizaba perfectamente con su vestido de raso estampado con amapolas diminutas.

Desde su cuarto podía oír el trajín en la planta de abajo, pues su madre había ordenado airear todas las habitaciones de su mansión en la campiña y sustituir los pesados cortinajes de terciopelo por tapices de tejido ligero, más apropiado para el verano. La temporada estival acababa de comenzar y los Berkeley iban a celebrar un picnic campestre al que habían invitado a la flor y nata de la sociedad. Los gritos de la señora Bowen resonaban a través de las paredes mientras regañaba a las doncellas porque se les habían reblandecido las pastas de limón que iban a servir con el té. Jocelyn reprimió una sonrisa. Dominic se alegraría ya que detestaba las pastas de limón, aunque era demasiado educado para comentarlo en voz alta ante sus anfitriones.

El barón Ettington se había convertido en un visitante habitual y Jocelyn tenía que reconocer que disfrutaba mucho de su compañía. Su amistad se había ido estrechando con el paso de los meses de un modo plácido y tranquilo. Eran muy pocas las personas en las que Jocelyn podía confiar y con las que se sentía cómoda, pero Dominic se había convertido en una de ellas, por algún motivo le resultaba muy fácil confiar en él. Se había revelado como un hombre interesante, nada pagado de sí mismo, amable y discreto. Su posición de viuda permitía a Jocelyn relacionarse sin una vigilancia tan estrecha como la que había tenido cuando era una debutante, y esa soledad facilitó que ambos se fuesen conociendo cada vez mejor.

No habían vuelto a mencionar el asunto del opio y, tras aquella primera noche, Jocelyn no había vuelto a sorprenderlo fumando, aunque a veces acudía a su encuentro pálido y ojeroso, como si se hubiese pasado la noche en vela. Pero siempre estaba lúcido y sus modales eran impecables. Jocelyn no podía comprender por qué un hombre tan inteligente y juicioso como él necesitaba recurrir a los opiáceos, aunque intuía que, al igual que ella, llevaba en su interior una herida que necesitaba expurgar de vez en cuando. Ella también ocultaba sus secretos y no le había hablado de Daniel, ni del bebé perdido, ni de su desgraciado matrimonio. Ambos se esforzaban por vivir el momento presente.

Los invitados de los Berkeley se protegían del calor bajo los pabellones estratégicamente colocados en el jardín. A su alrededor, varios criados se afanaban llevando jarras de limonada helada y platos de entremeses fríos. La merienda campestre estaba siendo un éxito y Jocelyn tuvo que reconocer que se estaba divirtiendo. Se habían organizado juegos para los más jóvenes y enérgicos: partidas de críquet, combates amistosos de esgrima e incluso una competición de tiro al blanco para los jóvenes caballeros.

—Deberías participar, Dominic —le dijo a su amigo en tono de broma. Con su complexión de galgo y sus ademanes lánguidos, Dominic no se parecía en nada a los robustos lores que amaban el deporte al aire libre. Por eso el asombro de Jocelyn fue inmenso cuando él asintió y se puso en pie para tomar la ballesta. Algunos de los participantes rieron en voz baja, pero él se mantuvo serio, con la mirada fija en la enorme calabaza madura que habían puesto como reclamo. Sin pensárselo dos veces tensó la cuerda y disparó, dividiendo el fruto en dos con un flechazo certero y desparramando jugo por todas partes. Jocelyn gritó de sorpresa y aplaudió con alborozo, mientras los demás caballeros lo miraban con una mezcla de envidia y asombro.

—¡Ha sido fantástico! —exclamó cuando él se sentó de nuevo a su lado—;¿Dónde has aprendido?

—Suerte de principiante.

—No me lo creo.

Él enrojeció y se mesó la barbilla.

—Mi tío me enseñó cuando era un niño —confesó al fin—. Él siempre decía que el secreto reside en vaciar la mente de todo excepto del lugar exacto donde quieres que se clave la flecha. El tiro al blanco es una habilidad que requiere paciencia, esfuerzo y sangre fría, pero cuando lo dominas la flecha pasa a ser como un tercer brazo para ti. Un sirviente fiel.

—Tu tío parece un hombre admirable.

—Es un hombre peligroso. Hace años que no lo veo, desde que se trasladó a vivir al continente. —Dominic dio un gran mordisco a un emparedado de pasta de pescado.

—¿Tienes algún otro talento oculto que yo no conozca? —preguntó Jocelyn con curiosidad.

—Solo la música. Me gusta tocar el violín.

—Me encantaría oírte tocar algún día.

—Quizá.

Se quedaron en silencio durante un rato, observando con desinterés el partido de criquet que algunas damas habían improvisado sobre el césped. Una indolente quietud se cernía sobre el jardín y algunos convidados dormitaban bajo la sombra de los árboles.

—Envidio esa habilidad tuya —dijo Jocelyn tras un momento.

—¿Tocar el violín?

—Manejar la ballesta. Poder controlar una flecha de ese modo. Disponer de ese sirviente fiel, para ser utilizado cuando es necesario. Poder defenderte de tus enemigos...

—Es solo un deporte, Jocelyn. —Él la miró, serio—. Nadie va por ahí con una ballesta para defenderse en los tiempos actuales. Nadie de nuestra posición social, al menos.

Ella se quedó callada. Eran muy pocos los aristócratas que sabían manejar armas con la destreza de sus antepasados medievales. La mayoría entendían la esgrima o el tiro al blanco como deportes inofensivos.

—Enséñame a disparar —pidió de repente. A Dominic se le cayó el trozo de emparedado de la boca.

—¿Cómo dices?

—Quiero aprender.

—No es afición propia de una dama.

—No me gusta ser una dama —espetó ella—. Y me gustaría tener la posibilidad de defenderme en caso de que... si alguna vez me acecha algún peligro.

Dominic la miró con intensidad. La tomó por la barbilla, un ademán que le recordó a cuando Daniel lo hacía justo antes de besarla. En el caso de Dominic, no había romanticismo en su gesto, solo sincera preocupación.

—Has sufrido mucho en el pasado, ¿verdad? —preguntó.

Jocelyn suspiró. Tragó saliva dos veces y después las palabras empezaron a fluir. Le habló de Daniel, de ese amor que para ella había sido el primero y el único. Le habló de su malogrado embarazo, de su matrimonio para ocultarlo, de lo cruel que su esposo había sido con ella y de cómo tras su muerte había sentido que podía volver a respirar de nuevo. Le habló de las pesadillas que tenía de cuando en cuando, de las que despertaba sudorosa tras visiones de Daniel acuchillado por los piratas o ahogándose tragado por una enorme ola.

Cuando terminó, ambos volvieron a sumirse en el silencio. Se dio cuenta de que le había contado detalles que nadie más sabía, ni siquiera su madre o su hermana. Dominic le tomó una mano con discreción y se la apretó en un gesto cariñoso y suave que le resultó reconfortante.

—De acuerdo —concedió—. Te enseñaré a manejar la ballesta.

Comenzaron al día siguiente. Escogieron un claro en el jardín alejado de miradas indiscretas, en el que las flores y la maleza crecían salvajes. Jocelyn recordó sus encuentros con Daniel en el frondoso jardín de su casa de Londres y la coincidencia le provocó un escalofrío. Dominic le puso la ballesta entre las manos.

—Debes cogerla con mucha suavidad y después... —Disparó hacia el manzano y la flecha fue a clavarse justo en el centro de uno de los frutos—. Todo consiste en practicar y no rendirse.

Con más voluntad que pericia, Jocelyn se dedicó a asaetear los manzanos de su padre hasta provocar un remolino de hojas y ramas. Después, Dominic y ella se sentaron apoyados en su tronco y se comieron los frutos que habían caído al suelo.

—Acabarás aprendiendo —le aseguró él.

Practicaron día tras día, siempre en el mismo claro del jardín al que acudían con la excusa de dar un paseo. Dominic era un instructor hábil y poco a poco Jocelyn fue familiarizándose con el peso del arco sobre su hombro, la vibración de la cuerda, el modo correcto de colocar la flecha antes de dispararla en un movimiento firme y veloz.

El día que por fin logró atravesar el corazón de la manzana, los dos gritaron alborozados y Dominic la levantó en volandas y la hizo girar como una peonza. En ese momento Jocelyn se dio cuenta de lo importante que su amistad era para ella.

Con el paso de los días, su puntería mejoró, su vista se agudizó y su confianza en sí misma aumentó conforme crecía su destreza. Las lecciones de tiro se habían convertido en su momento favorito del día.

Varias semanas después, Jocelyn se encontraba dentro de su casa tejiendo unos mitones de invierno para los nietos de la señora Bowen cuando sus padres entraron a toda prisa en el salón. El conde agitaba en el aire una carta recién abierta.

—¡Jocelyn! Hija mía, nunca adivinarías lo que ha sucedido. Acaba de llegar el correo y...

—¿Qué ocurre? ¿Se trata de Charlotte? ¿Les ha pasado algo a ella o al bebé?

—No, no es Charlotte. —Su madre se apoyó en el respaldo de una silla para recuperar el aliento—. Hemos recibido una misiva del abogado de tu tía abuela Emily. Ha fallecido.

—¡Oh! Lamento oír esa noticia. —Jocelyn frunció el ceño. Hacía muchos años que no veía a su tía abuela Emily. Era una mujer ya muy anciana, que había enviudado hacía casi cincuenta años y

pasaba sus días recluida en la quietud de su casa de Staffordshire. Por supuesto, la noticia era triste, pero la pareció que el nerviosismo de sus padres tenía que deberse a algo más.

—¡Te lo ha dejado todo a ti! —barbotó su padre—. ¡Su herencia! ¡Más de setenta mil libras!

Jocelyn abrió mucho los ojos. Se había quedado muda. Jamás había tenido una relación estrecha con la anciana, no más que cualquier otro de sus sobrinos. Emily había sido una mujer muy adinerada, poseedora de extensos terrenos e ingentes sumas de dinero. Lo esperable era que, a su muerte, sus bienes se repartiesen entre sus muchos parientes. Sin embargo, la había escogido a ella.

—Pero... ¿por qué a mí? —preguntó con asombro.

Su madre meneó la cabeza.

—Emily se casó siendo muy joven, casi una niña. Enviudó pronto pero mientras duró su matrimonio fue muy desgraciada. Su esposo era un hombre muy cruel. Quizá pensó que tú... bueno... —Se detuvo, azorada. Jocelyn comprendió. La anciana se había enterado de su desgraciado matrimonio y quizá se sintió identificada con ella. Sabía lo mucho que había sufrido.

Nerviosa, apretó la mano de su madre, tratando de asimilar la noticia. Nunca se había preocupado por lo material y era una joven de gustos frugales, pero esa herencia representaba una gran diferencia. Ahora tenía más dinero del que nunca se había atrevido a soñar y... ¡era suyo! Al fin podría vivir la vida a su manera, sin depender de sus padres o de un esposo.

Dobló la carta y se la guardó en un bolsillo. *Gracias, tía Emily*, pensó agradecida.

No podía esperar a ver a Dominic para contarle la noticia.

CAPITULO 8

Nantes

Daniel parpadeó cuando la luz del sol le dio de lleno en los ojos. Era la primera vez desde su rescate que se aventuraba por las bulliciosas calles de Nantes. El doctor le había dado permiso para ejercitar su pierna más en serio y le había asegurado que si no surgía ningún contratiempo podría partir hacia Inglaterra en el próximo barco de pasajeros que saliese del puerto. Daniel se sentía optimista y feliz por primera vez en muchos meses. No podía evitar sonreír cuando pensaba que pronto abrazaría de nuevo a su padre y tendría a Jocelyn entre sus brazos, sin nada que se interpusiera entre sus labios y su piel. Se vio a sí mismo acariciando de nuevo sus senos, mordisqueando sus carnosos labios, percibiendo esa enloquecedora humedad entre sus piernas... ¡Cómo la amaba! Jamás había deseado con tanto ardor a una mujer.

Avanzó por las estrechas calles que conducían a los muelles. En el aire, el olor a pescado se entremezclaba con los aromas de especias y tabaco que los estibadores descargaban de las bodegas de los barcos. Los burdeles y las casas de juego brotaban como hongos en todas las esquinas, dispuestas a satisfacer las necesidades de los marineros y mercenarios recién desembarcados.

Daniel apretó el paso alejándose del bullicio, hasta llegar a una escarpada cresta de acantilados que la mano del hombre había respetado. Desde ese punto podía verse un océano brumoso, más allá del cual estaba Inglaterra. Se acomodó sobre un saliente para dejar descansar la pierna, que le palpitaba tras el esfuerzo de la caminata, y dejó vagar la mirada por el oleaje.

Un sonido como de campanas llamó su atención. Alguien cantaba. Era una voz clara y delicada de mujer. Por un instante, Daniel imaginó que era una sirena, uno de esos seres míticos de los que hablaban las leyendas. Intrigado, se inclinó sobre la roca hasta que su vista abarcó la diminuta cala de arena que se extendía más abajo, al nivel del mar. Había una mujer bañándose desnuda cerca de la orilla, una joven de larga melena oscura y piel rosada que el sol hacía brillar como si fuera de nácar. Era Bridget, la doncella de Landish. Daniel distinguió sus largas piernas, sus senos redondos y erguidos, su estrecha cintura y la maraña de rizados castaños entre sus piernas. Tras tantos meses de abstinencia, su miembro experimentó la reacción natural al contemplar a una mujer hermosa. Apartó la mirada, avergonzado. No era ese el cuerpo que él deseaba estrechar entre sus brazos.

Empezó a alejarse de allí pero otro ruido, esta vez de pasos pesados y furtivos, le hizo detenerse en seco. Había alguien más vigilando a Bridget, alguien cuyas intenciones no eran tan honorables como las suyas. Un hombre salió de entre las rocas y Daniel reconoció el rostro tosco y lujurioso de uno de los empleados de Landish. Daniel ya lo había visto varias veces en el patio, molestando a las criadas y bebiendo vino a escondidas. El hombre comenzó a descender por el acantilado, con la determinación de un gato montés persiguiendo a un ratón. Antes de que Daniel tuviera tiempo de reaccionar, ya se había abalanzado sobre Bridget y ambos chapoteaban en un torbellino de brazos y piernas mientras los gritos de la muchacha resonaban en el aire.

Daniel se precipitó tras él, ignorando las dolorosas punzadas en su pierna herida y lamentando no tener un cuchillo o una pistola. Antes de su captura había gozado de una buena forma física pero ahora, con una pierna herida y ante un enemigo que era puro músculo y lujuria, se sentía impotente. Recordó un consejo que su padre solía darle: «Solo es lícito atacar por la espalda cuando se lucha por una causa justa». Sin dudarlo, se lanzó sobre la espalda del hombre, derribándolo. El malhechor lanzó un alarido de ira y sorpresa y trató de sacárselo de encima, como un caballo descontento con su jinete. De pronto, sus ojos se pusieron en blanco y su boca se aflojó, cayendo de bruces sobre el suelo con Daniel todavía a horcajadas sobre él.

—Maldito bastardo —Bridget resopló de ira, sujetando todavía en la mano la piedra con la que le había golpeado en la cabeza.

—¿Está muerto? —Daniel se enderezó con dificultad.

—No. Tiene la cabeza demasiado dura. Solo dormiré durante un rato. —Ella cogió el vestido que había dejado sobre las rocas y empezó a ponérselo.

—¿Estás bien? ¿Te ha lastimado? No es muy prudente bañarse a solas en un lugar tan apartado.

—Estoy bien. Gracias por tu ayuda, milord, aunque ya tenía controlado a ese malnacido. Cuando llegaste estaba a punto de quitármelo de encima—Bridget levantó la barbilla en su gesto que Daniel ya empezaba a intuir que era propio de ella.

—¿No me digas? —Daniel rio ante su arrogancia—¿Tú sola contra este gigantón? ¿Y cómo pensabas arreglártelas?

Bridget le dirigió una extraña sonrisa.

—Con esto —respondió mostrándole una mano. En uno de sus dedos brillaba un pequeño anillo, una joya humilde y sencilla que parecía más de acero que de plata. Al presionarla, emergió de una ranura una diminuta daga tan fina como una aguja. Daniel la observó admirado. Estaba tan afilada que hubiera podido cortar limpiamente una hoja de papel.

—Si hubieras tardado un minuto más ese canalla tendría esto clavado en el corazón —aseguró Bridget. Lo dijo con fiereza y la ira brilló en sus ojos agitanados. Con un último gesto de despedida, comenzó a trepar por el acantilado, camino de los muelles. Daniel se quedó mirándola, asombrado.

—¿Quién eres? —gritó—. ¡No pareces una criada común y corriente!

No obtuvo respuesta.

Dos horas después, el atacante gemía atado de pies y manos en un rincón del patio de Landish, mientras otro criado trataba de aplicarle una cataplasma en la cabeza. Sus gritos y maldiciones eran tan fuertes que se colaban a través de la ventana del comedor, donde todos estaban reunidos para el almuerzo. William Landish le hizo una seña a un lacayo para que cerrase las ventanas y se volvió hacia Daniel.

—Su intervención le honra, por supuesto —dijo con voz suave—. No soy hombre que aliente la violencia entre su servidumbre. Aunque dudo que la vida de una simple criada valga más que la de un mercenario fuerte.

—¿Qué quiere decir? —Daniel lo miró con el ceño fruncido.

—Ese hombre podría haber muerto tras el golpe en la cabeza. Estos puertos son inhóspitos, milord. Como comerciante, necesito brazos fuertes, todos los que pueda conseguir.

—¿Está diciéndome que debí haber dejado que se saliese con la suya? —Daniel alzó el tono de voz.

—Vamos, amigo mío. Ya sabe usted como son estas mujeres que se dedican a oficios bajos. La moralidad no es tan importante para ellas como para usted o para mí.

Daniel no podía dar crédito a sus oídos. ¿Qué clase de hombre era Landish? Quizá para prosperar había tenido que dejar sus principios éticos por el camino, pero él no podía comprenderlo. Apartó el plato, se le había quitado el apetito de pronto.

—Ninguna mujer debería convertirse en víctima. Espero que este hombre reciba su castigo —dijo con firmeza.

—Lo recibiré, por supuesto. No crea que soy un hombre sin escrúpulos. —Landish suavizó su tono y le sirvió más vino, tratando de apaciguarlo—. Cambiando de asunto, le agradeceré saber que uno de los barcos de mi compañía, el Bonaventure, partirá hacia Inglaterra dentro de dos semanas. Ya le queda poco para reunirse con sus seres queridos.

—Esa es una gran noticia —dijo Daniel. Su humor acababa de mejorar notablemente—. Apenas puedo esperar a que pasen los días.

—Quizá yo pueda contribuir a que la espera se haga menos aburrida —dijo Landish con voz suave—. Verá, me gustaría pedirle un favor. He recibido una misiva del ayuda de cámara de Su Majestad. Me comunican que cierta dama alemana, prima de la reina Carlota^[4] tiene previsto trasladarse a Inglaterra para formar parte de su séquito de damas. Como súbdito británico, se me ha pedido que la recoja en la frontera con Alemania y la escolte hasta el puerto de Nantes donde debe embarcar sana y salva. El problema es que yo no hablo alemán y temo que la dama se sienta cohibida al no poder comunicarse con nadie durante su estancia en este país. Usted sí lo habla, ¿no es así? Sé que en Eton son muy rigurosos con la enseñanza de idiomas.

—Hablo alemán, en efecto —confirmó Daniel, intrigado.

—Entonces es usted el hombre que necesito. Me gustaría que nos acompañase hasta Estrasburgo e hiciese funciones de intérprete. ¿Qué me dice? ¿Está de acuerdo? Estará de vuelta a tiempo para coger el barco que le llevará de vuelta a casa.

—Acepto. Iré con ustedes —confirmó Daniel. A pesar de sus recelos hacia Landish, el hombre le había salvado la vida y acceder a su petición era lo mínimo que podía hacer por él. Además, no le desagradaba la idea de un viaje por el país para hacer el paso del tiempo más llevadero hasta su partida.

Landish asintió sonriendo. Mantuvo la sonrisa en su cara mientras Daniel se excusaba y abandonaba el comedor. Una vez que la puerta se hubo cerrado tras él su expresión se descompuso, soltó un gruñido de exasperación y lanzó la servilleta sobre la mesa.

—Te juro que a veces se me hace imposible soportar la arrogancia y complacencia de estos aristócratas —rezongó.

Su hijo le miró a través de la mesa, sorbiendo su vino.

—Estás de mal humor hoy, padre.

—Han llegado noticias de Inglaterra. Mi hermana, tu tía Theresa, me ha escrito—Landish extrajo una carta de su bolsillo—. Tu maldito primo es un botarate.

—¿Qué ha hecho Dominic esta vez? —Patrick se recostó en su asiento.

—Según tu tía, el muy inútil ha conseguido entablar por fin relaciones con una joven dama. Amistad, más bien, lo cual ya es mucho decir teniendo en cuenta su falta de carisma. Sin embargo, la muchacha es un gran partido; heredó hace poco una enorme suma de dinero.

—¿Y cuál es el problema? —Patrick se encogió de hombros—. Si ella es rica, un matrimonio así sería ventajoso para toda nuestra familia. Y bien sabes que necesitamos el dinero con urgencia. Nuestros negocios no van bien.

—El problema es que esa muchacha no se casará con tu primo. —Landish descargó un puño

sobre la mesa—. No si alguien se le adelanta.

—¿Y quién haría eso?

—El lord inglés. El maldito Daniel Redfern. La chica es su prometida.

A Patrick le tembló la mano y unas gotas de vino rojizo cayeron sobre el mantel, extendiéndose como gotas de sangre.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Leí las cartas que él escribió para sus familiares y los datos coinciden.

Patrick silbó por lo bajo.

—Conociéndote, seguro que estás arrepentido de no haberlo tirado por la borda en lugar de rescatarlo. Faltan apenas dos semanas para que él regrese a Inglaterra y las esperanzas de mi tía se dispersarán en el aire antes de verse cumplidas.

—No si yo puedo evitarlo. —Landish esbozó una retorcida sonrisa—. Las cartas que escribió a su prometida y a su padre descansan aún en el fondo de un cajón de mi escritorio. Mi intuición me dijo que debía retenerlas y, como ves, he acertado. Por lo que sabemos, la muchacha todavía cree que Redfern es un cadáver en el fondo del mar.

—¿Qué piensas hacer? —Patrick se inclinó hacia su padre con interés—. ¿Mandar lo asesinar? Es una jugada arriesgada. Los criados de la casa ya saben quién es, por no hablar de muchos respetables ciudadanos de Nantes. Podríamos acabar con nuestros cuellos en la guillotina.

—Algo mejor que eso. —Landish bajó la voz—. ¿Te has fijado en ese heroico episodio con la criada? Al parecer, el pequeño lord es de los que disfrutaban rescatando damiselas en apuros. Eso puede ser su perdición...

—Me temo que no te entiendo, padre.

—No puedo matarlo, pero puedo arruinarlo para siempre. —Landish se inclinó sobre el oído de su hijo y le susurró unas palabras. Este esbozó una sonrisa astuta que en nada tenía que envidiar a las de su progenitor.

—En verdad no te asusta vender tu alma al propio Diablo para lograr tus propósitos.

—¿Vender mi alma? —William Landish miró a su hijo con ojos turbios—. No estoy seguro de si algún día la tuve, hijo mío. No estoy seguro.

CAPITULO 9

Londres

Jocelyn alzó una ceja entre exasperada y divertida. Su madre se había vuelto loca, no había otra explicación. Ante ella se extendía un mar de rasos, muselinas y sedas, crujientes puntillas y vaporosas enaguas de encaje, abanicos de concha y de marfil... Había género suficiente para vestir a medio Londres.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con los brazos en jarras.

La señora Bowen le dedicó una sonrisa cómplice, sin dejar de doblar camisolas de batista con las que ya había hecho un pequeño montón sobre la cama.

—Han llegado esta mañana. Al parecer la señora condesa ha decidido que necesitabas un nuevo vestuario para esta primavera.

—Con esto podré vestirme las próximas cincuenta primaveras —Jocelyn tomó un sombrero adornado con grandes plumas de papagayo. Pesaba tanto que haría falta tener un cuello muy grueso para poder llevarlo con comodidad— ¿Es que acaso piensa dilapidar la herencia de tía Emily en ropa?

El ama de llaves la miró con cariño.

—Tu madre sabe todo lo que has sufrido. Solo trata de compensarte a su manera. Cualquier joven se sentiría extasiada con un guardarropa tan lujoso.

Jocelyn suspiró. Cualquier joven, sí, pero no ella. Quizá años atrás los hermosos vestidos y las medias de seda hubieran bastado para hacerla feliz pero ahora... ahora llevaba en su interior un vacío tan hondo que nada podría llenarlo jamás. Todo había cambiado desde la muerte de Daniel.

Una doncella se asomó tras llamar a la puerta con timidez.

—El barón Ettington la espera, milady. Ha traído el carruaje —anunció.

Jocelyn salió de la habitación y bajó las escaleras a paso ligero. Por el camino se cruzó con Susan, la cocinera, que tenía cara de haber visto un fantasma. Su rostro bonachón estaba pálido y ojeroso y Jocelyn habría jurado que tenía arrugas que no estaban allí el día anterior ¿Quizá estaba sobrecargada de trabajo? Ya no era joven y el reuma solía atacarla varias veces al año. Además, su hija Millie no era una gran ayuda, pues solía escaquearse todo lo que podía. Jocelyn se propuso hablar con su madre al respecto. Quizá deberían contratar a alguien más.

Dominic la esperaba listo para salir en el carruaje. Durante la temporada estival los nobles apenas salían del campo, pero ese día tenían previsto ir a Londres, concretamente a Hyde Park, donde se iba a celebrar una carrera de caballos en la que participarían los mejores ejemplares de las cuadras del rey Jorge. Tanto Dominic como ella ya habían escogido a sus favoritos para apostar.

El día era soleado y Hyde Park era un hervidero de gente. Tras presenciar las carreras, Jocelyn y Dominic pasearon por las soleadas avenidas, muy conscientes de todas las miradas que recaían sobre ellos. Estaba claro que todos opinaban que pronto se anunciaría un compromiso entre ellos y muchos caballeros observaban a Dominic con envidia. La noticia de la cuantiosa

herencia de Jocelyn había corrido como la pólvora y muchos lores empobrecidos lamentaban no haberse adelantado. También muchas de las damas que antes la habían mirado con lástima y desprecio por su condición de viuda ahora trataban de hacerse íntimas amigas suyas. En los últimos días le habían llovido invitaciones al té, a la ópera y a más bailes de los que podría asistir en todo el año.

—Me siento como un mono de feria —comentó Jocelyn.

—El dinero es la medicina más potente que existe —respondió Dominic con una sonrisa—. Cura celos y desprecios muy rápido. Pero como todas las medicinas ha de tomarse en pequeñas dosis para no intoxicarse.

—Trataré de recordarlo cuando me convierta en una anciana solterona rodeada de gatos persas —respondió Jocelyn con sorna.

—¿Es eso lo que vas a hacer con el dinero? ¿Criar gatos persas?

—Todavía no lo he pensado. Quizá me dedique a cultivar flores como tía Emily. Creo que venderé su propiedad en el norte y compraré aquí una casa para mí. Puedo instalar un pequeño invernadero, un huerto... —Se detuvo, dudosa. Por algún motivo, ninguno de los planes que enumeraba le resultaba satisfactorio. Tenía que haber mejores formas de emplear el dinero.

Lo malo era que no se le ocurría ninguna.

Seguía pensando en el asunto cuando Dominic la dejó de nuevo en su casa poco antes de la hora de comer. Tras la caminata matinal, Jocelyn estaba hambrienta, pero parecía que ese día todo era caos en las cocinas. Los platos llegaron con retraso a la mesa, el asado estaba quemado, las verduras crudas y el pudding era una masa insípida flotando en una salsa demasiado dulce.

—Lo siento mucho, Condesa —se disculpó el ama de llaves mirando a la madre de Jocelyn con rostro enrojecido—. Susan ha tenido un mal día hoy. La pobre no se encuentra bien.

—¿Acaso está enferma? —La condesa apartó su plato y la miró preocupada—. Quizá deberíamos llamar al médico...

—¡Oh, no! Susan está perfectamente de salud. En realidad, se trata de otro tipo de preocupación. Su hija...

—¿Le ha sucedido algo a Millie?

—Verá...Perdóneme, señora. —La señora Bowen luchó por encontrar las palabras—. La joven Millie se ha metido en un problema. Ya me entiende. Un problema gordo. Un problema *de esos*.

—¡Oh! Comprendo... —La condesa se retorció las manos, nerviosa— ¿Y qué hay del muchacho responsable? Confío en que se hará cargo de la criatura...

—¡Pues claro que no lo hará! —La señora Bowen se puso lívida de ira—. Es un tunante, un golfillo sin oficio ni beneficio que Millie conoció en el mercado. Susan está muy disgustada, como comprenderá. La chica solo tiene catorce años. Su madre esperaba conseguirle un buen partido, una unión decente con algún muchacho honrado, pero ahora... ahora nadie la querrá. Es una pena, pero en el mundo siempre ha habido muchachas tontas y jóvenes desvergonzados y siempre los habrá—. El ama de llaves terminó su discurso meneando la cabeza con pesar.

La condesa suspiró con tristeza.

—Hablabamos con Susan, ¿verdad, Harold? —Quizá podamos conseguirle una colocación en el campo, en un lugar donde no se vea sometida a las habladoras.

Jocelyn dejó a su madre enfrascada en la conversación con el ama de llaves y salió del comedor. Ahora comprendía la expresión de zozobra de Susan esa mañana. En los poderosos círculos de la aristocracia en los que ella se movía, el matrimonio y los hijos se consideraban un deber y una bendición, la prolongación de una honrosa estirpe. Algo similar sucedía para las clases bajas: todas las madres soñaban con casar a sus hijas con un hombre honrado y trabajador,

algún granjero al que no le faltase grano durante el invierno o un comerciante próspero. Sin embargo, y ella lo sabía muy bien, no había nada más deshonroso para una mujer, rica o pobre, que llevar en el vientre un hijo concebido fuera del matrimonio; una vida que aún no había empezado a latir pero que tenía el potencial de arruinar la propia. Con un escalofrío, Jocelyn recordó las oscuras semanas en las que había descubierto que llevaba un hijo de Daniel en su interior. Recordaba los largos días de llanto e incertidumbre y su precipitada decisión de casarse con un hombre vil con el fin de mantener su reputación y salvaguardar su honra frente a la opinión pública. ¡Qué desvalida se había sentido! ¡Y qué injusto era que el fruto del amor más puro y sincero fuese tratado como el peor de los crímenes!

Ahora, la joven Millie se veía en un aprieto similar. Jocelyn se preguntó si habría amado de verdad al muchacho que la había dejado embarazada. Sus mundos eran totalmente opuestos, pero en aquel momento se sintió muy cercana a la muchacha. Comprendía su miedo y su dolor demasiado bien.

Ensimismada, se encaminó a la planta baja, que albergaba la cocina, la despensa y las habitaciones del servicio. Quizá podría hacer algo por Millie, hablar con ella, decirle que la comprendía... En ese momento, un grito desgarrador la hizo dar un respingo y le llenó la espalda de sudor frío. Siguiendo el sonido llegó a una diminuta estancia en la que una mujer yacía en un lecho, gimiendo entre estertores de dolor. Era Millie. Una anciana andrajosa de mal aspecto se afanaba a su alrededor, escurriendo sobre una palangana un trapo manchado de sangre.

Jocelyn comprendió de inmediato lo que tenía ante sus ojos. Había oído contar historias de mujeres que recurrían a métodos poco ortodoxos para deshacerse de un embarazo no deseado. Las más pudientes contrataban a médicos sin escrúpulos, pero las pobres como Millie tenían que conformarse con parteras de escasa higiene y conocimientos.

—¡Milady!

Jocelyn vio ante sí el rostro de Susan, una copia más avejentada del de su hija. La cocinera se lanzó a sus pies, presa de un dolor incontrolable.

—¡Mi pobre niña! ¡Se ha desangrado, lady Jocelyn, se ha desangrado!

Observando el rostro cerúleo de Millie, Jocelyn, se dio cuenta de que su madre tenía razón. La muchacha estaba más allá de toda ayuda. La vida se le escapaba en jadeos de agonía y las sábanas de la cama eran un mar de sangre.

Jocelyn abrazó a la cocinera, luchando por contener sus propias lágrimas. ¿Por qué tenían que pasar por eso las mujeres? ¿Por qué un bebé fruto de la pasión o el amor era causa de tanto sufrimiento?

El entierro de Millie tuvo lugar al día siguiente, una ceremonia humilde a la que los criados asistieron murmurando en voz baja sobre la desgracia de la muchacha. Esa misma tarde, Jocelyn salió a pasear acompañada de una doncella. La visión de los bosques y los verdes prados que componían la campiña inglesa le resultaba tranquilizadora. Pasó ante una pequeña escuela, a través de cuya ventana abierta se filtraban las voces cantarinas de los niños. La asaltó un triste recuerdo: la joven Millie había aprendido a leer en esa escuela no muchos años atrás; su hijo o hija ni siquiera tendría esa oportunidad. Sumida en la tristeza, bordeó los muros de una antigua rectoría, de altas paredes recubiertas de hiedra. Era un edificio desangelado y vetusto, abandonado desde hacía muchos años. Todo el mundo conocía la propiedad como Los Cedros, ya que estaba rodeada de esa clase de árboles. Una idea comenzó a tomar forma en su mente. De pronto, lo vio todo tan claro y transparente como el cristal.

Acababa de descubrir a qué iba a dedicar la herencia de tía Emily.

Dos días después, Jocelyn estaba sentada en el despacho del señor Horace Abelard, el abogado de la familia. El hombre se mostró muy complacido al verla y se apresuró a ordenar que le sirvieran té.

—Si le soy sincero, esperaba su visita, lady Jocelyn.

—¿Me esperaba?

—Desde luego. Acaba de recibir usted una herencia considerable. Debe resultar abrumador para una joven como usted. Es muy natural que tenga dudas y busque asesoramiento.

—En realidad no tengo dudas. —Jocelyn sonrió dulcemente—. Ya he decidido en qué voy a emplear el dinero.

El abogado parecía no haberla oído. Puso un fajo de papeles sobre la mesa.

—Su tía abuela, que Dios la tenga en su Gloria, participaba en varias obras de caridad, colaboraba con la Iglesia y era miembro de varias sociedades de damas. También le gustaban mucho las flores. Un buen invernadero es siempre un consuelo para una mujer, sobre todo si no se cuenta con un esposo. Usted es todavía joven, por supuesto, pero...

—Quiero fundar una Casa de Mujeres —interrumpió Jocelyn.

—¿Disculpe?

—Una especie de maternidad pero que vaya más allá de eso. Un lugar seguro donde las mujeres sin familia o recursos puedan dar a luz a sus hijos en condiciones higiénicas y seguras. Un centro donde los niños se críen con buenos alimentos y un techo sobre sus cabezas...

—¿Una especie de Hospital de Misericordia? —Abelard se animó—. Creo que es una idea excelente. La Corona siempre está en busca de fondos para ese tipo de cosas. Sin duda Su Majestad sabrá mostrar su agradecimiento si decide hacer una donación. Yo podría ayudarla con los trámites y...

—Quiero administrarla yo misma —dijo Jocelyn con rotundidad.

A Abelard se le cayó el monóculo.

—Pero, milady...

—No deseo hacer una simple donación. No quiero un orfanato lleno de niños apiñados como los que hay por todo Londres. Quiero impedir que las mujeres se vean obligadas a separarse de sus hijos, quiero que los niños aprendan a leer y las madres reciban formación en oficios que les ayuden a ganarse la vida. Y deseo estar al tanto de todo, por ello lo más natural es que yo misma me implique en el proyecto.

—Eso es imposible, milady. —El abogado se frotó la frente—. El Rey jamás le concedería los permisos necesarios. Usted es una mujer, hágase cargo.

—¿Y qué importa eso?

—Los negocios son cosa de los hombres. Siempre ha sido así —añadió ante su gesto de desdén—. Si quiere emplear su dinero en un proyecto de tal magnitud, necesitará a alguien que vele por sus intereses, que sea su voz para hacer efectivos todos los trámites. En otras palabras... necesitará usted un esposo, milady.

CAPITULO 10

A las afueras de Estrasburgo

Daniel rechazó con un gesto al mesonero que le ofrecía más carne asada. La posada, una hostería de dos plantas y ancho zaguán hervía de actividad y los hombres de Landish aprovechaban la ocasión para emborracharse y divertirse tras las duras jornadas de marcha. Daniel no participaba en la algarabía. Quedaban al menos dos etapas más para regresar a Nantes, dos días tras los que el Bonaventure lo estaría esperando en el puerto para llevarlo a casa.

La caravana de Landish, compuesta por tres coches de colleras con criados, doncellas y hombres de armas había cruzado Alsacia siguiendo las riberas de Rin y había llegado a Estrasburgo sin contratiempos. Allí habían recogido a la prima de la reina, lady Renate Jenssen, una dama robusta con la piel tan blanca como la mantequilla. Tal como William había previsto, apenas hablaba inglés y se había mostrado muy complacida al tener a Daniel como intérprete. Con ella viajaba su doncella personal, una joven llamada Helga que solía rehuir la mirada de todos.

—¿Más vino? ¿Algo más que pueda hacer por usted? —Una de las criadas de la posada se inclinó sobre él, dejando colgar sus grandes pechos frente a su nariz. Su tono y sus intenciones eran evidentes. Daniel negó con un gesto y se puso en pie. Se sentía asfixiado por el ambiente, por la mezcla de alcohol y olores corporales y el estruendo de las risotadas de los borrachos. Buscó su pañuelo para enjuagarse el sudor, pero se encontró con que sus bolsillos estaban vacíos. Eso lo irritó todavía más. La prenda había sido un regalo de Jocelyn y era uno de los pocos objetos que los piratas no le habían arrebatado.

Advirtió la fugaz mirada de Landish, sentado con su hijo Patrick al otro extremo de la mesa. Sus ojos agudos e inteligentes siguieron cada uno de sus movimientos. Le saludó alzando su jarra de cerveza y Daniel correspondió al gesto. A pesar de que el hombre le había salvado la vida seguía sin encontrarlo simpático. Había algo indefinible y oscuro que le prevenía en su contra.

—¿Ya se retira, milord? —preguntó William.

—Sí, me duele un poco la cabeza.

—Quizá le venga bien un paseo a la luz de la luna para despejarse. Hace una noche espléndida.

Daniel pensó que no era mala idea. Un buen paseo le ayudaría a conciliar el sueño. Tras despedirse salió de la taberna y comenzó a caminar por el estrecho camino rodeado de viñedos que conducía al bosque. Había llovido el día anterior y la hierba desprendía un olor a humedad. Daniel se llenó los pulmones de aire puro, agradecido de huir del ambiente cargado de la posada.

De pronto, un grito como el de un cachorro herido llamó su atención. ¿Algún corzo habría caído en una trampa? Otra voz se unió a la primera, esta más ronca y profunda. Gemidos, gruñidos y suspiros. Daniel se dio cuenta de que eran voces humanas y supuso que se trataba de alguna pareja que había buscado un rincón oculto para dar rienda suelta a su pasión, quizá uno de los hombres de Landish con una de las muchachas de la posada. Estaba a punto de retirarse cuando volvió a oírlo. Había algo en los gemidos de la mujer que no sonaba bien, que no evocaba placer. Más bien evocaba dolor. Un nuevo grito agudo resonó en el aire, acompañado de llanto. No,

definitivamente esa mujer no estaba disfrutando.

Con una maldición, Daniel se precipitó hacia la espesura. Había tenido el buen juicio de encajar un cuchillo en su cinto y lo empuñó sin dudar. Cuando llegó al claro del bosque del que provenían los sonidos la sangre se le heló en las venas: la escena que tenía ante sus ojos era la de una carnicería.

Una mujer yacía inerte sobre la hierba, con las ropas rasgadas esparcidas a su alrededor. Tenía un ojo del color de una granada y la nariz convertida en un bulto ensangrentado. De su boca escapaba un leve gemido. Aún vivía, pero Daniel comprendió con horror que no le quedaba mucho tiempo. El salvaje que la había atacado se había ensañado con ella sin mostrar ni un ápice de misericordia.

Daniel avanzó en su dirección. Un rayo de luna iluminó las facciones de la mujer y se dio cuenta de que se trataba de lady Renate Jenssen. La pobre desgraciada no había tenido ocasión de alejarse mucho de las fronteras de su país.

Un crujido entre la maleza lo puso en guardia. Un hombre estaba de pie entre las sombras, amenazante y erguido, con la camisa remangada y los antebrazos todavía manchados de la sangre de la dama alemana. Daniel sintió un escalofrío al reconocer a Harek, el criado de Landish. Bajo la luz de la luna se parecía más a una bestia que a un ser humano.

Harek giró su rostro picado de viruelas hacia Daniel; no parecía sorprendido por su presencia ni asustado porque lo hubieran sorprendido en la escena del crimen. Al contrario, sus ojos tenían un brillo burlón y su boca un rictus de desprecio. Algo brilló a su costado y Daniel se dio cuenta de que acababa de desenvainar un puñal fino y largo, una especie de daga como las que usaban en Oriente.

—¿Has venido a por tu ración, pequeño lord? —siseó con su marcado acento.

Daniel se aferró a su propio puñal. No había tenido tiempo de conocer bien a lady Renate ni de tratar con ella, pero verla convertida en un despojo humano a los pies de aquel desalmado era más de lo que podía soportar. Estaba harto de sangre, dolor y muerte. Con un alarido de furia, se lanzó hacia el hombre y le cruzó el estómago de lado a lado con el agudo filo de su puñal.

Sorprendido por el ataque, Harek se tambaleó un poco y después tanteó el corte rojizo de su abdomen, del que empezaba a manar la sangre. Contraatacó con fuerza sobrehumana, lanzando un golpe que hubiera partido en dos a Daniel si no hubiera logrado esquivarlo.

—Estás a punto de conocer el infierno, inglés —siseó.

—Eres tú el que irá a parar allí de cabeza —repuso Daniel.

Harek rio, con una carcajada desagradable y tétrica, como si supiese algo que Daniel ignoraba. Siguieron girando en círculos, midiéndose con las miradas. Daniel estaba a punto de atacar de nuevo cuando se oyeron voces y pasos entre los árboles. El brillo rojizo de una antorcha les advirtió que se acercaba gente: era Landish con un grupo de hombres, entre ellos el posadero. Daniel observó el estupor en sus rostros al ver la escena, la palidez en el rostro de William, el sudor que perló su labio superior al advertir a su criado de confianza con las manos empapadas de sangre. Varios de sus acompañantes se precipitaron hacia el cuerpo caído de lady Renate, lanzando exclamaciones de horror.

—Demasiado tarde. No se puede hacer nada por ella —dijo Daniel con sequedad—. Esta bestia la ha destrozado.

Los hijos del posadero rodearon amenazantes a Harek, que no hizo ademán de negar la acusación ni de defenderse. Simplemente se quedó allí en pie, con las manos aun goteando sangre, sus ojos fijos en los de Landish como los de un perro fiel en los de su dueño.

—Debemos llamar a la guardia real. Este hombre ha de ser puesto en custodia.

—Atadlo con cuerdas, que no escape...

—Yo me encargaré de él, caballeros. —La voz firme de Landish se alzó por entre las demás—. Es un criado de mi casa. Déjenlo en mi custodia y lo pondré a disposición de la guardia. No saldrá impune de un crimen así, se lo aseguro.

Los hombres asintieron. Daniel pensó que bajo la autoridad de su amo, Harek había perdido su aspecto amenazador para convertirse en un perro apaleado. Abatido por lo que acababa de presenciar, comenzó a alejarse de aquella escena horrible, camino de la posada.

Lo último que vio antes de retirarse cabizbajo a su habitación fueron los ojos de la doncella de lady Renate, enrojecidos y llorosos, clavados en los suyos.

No se percató de la presencia de otra mujer, de cabello rizado y frondoso, que lo observaba entre las sombras del pasillo, aferrando en la mano el pañuelo que él había dado por perdido.

CAPITULO 11

Londres

Jocelyn tensó la cuerda de la ballesta y la flecha salió disparada hasta atravesar limpiamente una de las manzanas del árbol.

—¡Bravo! —Dominic aplaudió— ¡El mismo Guillermo Tell se sentiría orgulloso!

Hacía un día inesperadamente bochornoso y ambos se habían guarecido bajo la sombra de los árboles del jardín. Pese al calor, Jocelyn no había podido resistir la tentación de probar su nueva ballesta, una hermosa pieza de madera decorada con figuras en relieve que parecía adaptarse a su mano como anillo al dedo. Había sido un regalo de Dominic, que en tono de broma le había dicho que ahora que era una dama rica, no debía escatimar en armas para protegerse.

—Es cierto que he mejorado mucho —admitió Jocelyn con orgullo. Tomó la manzana partida y le dio la mitad a su amigo—. Es una lástima que no pueda decirse lo mismo de los avances de sir Horace con el tema de Los Cedros.

Dominic la miró con expresión interrogativa.

—¿De qué me sirve haber heredado todo ese dinero si ni siquiera puedo administrarlo como yo quiero? —Jocelyn se apartó el pelo de la frente—. Sería maravilloso poder ayudar a esas mujeres, a esos pequeños en los que nadie piensa y a los que nadie quiere. Un proyecto así me haría sentir útil. Mi vida volvería a tener un propósito.

—¿Crees que salvar a esas mujeres ayudaría a cerrar la herida causada por la muerte de Daniel y de vuestro hijo? —preguntó Dominic con ternura.

Jocelyn dio un respingo. Solo un amigo tan cercano como Dominic se hubiera atrevido a hacer una pregunta tan cruda y personal. Y solo a él se lo habría permitido ella.

—Una herida tan grande nunca se cierra —respondió con honestidad—. Jamás dejará de sangrar. Pero respondiendo a tu pregunta: sí, creo que sería como aplicar un bálsamo que calmase un poco el dolor.

—Te comprendo.

—Pero no es posible, el abogado ha sido muy claro al respecto y la Corona jamás dará su brazo a torcer. A todo lo que puedo aspirar es a financiar un proyecto que gestionarán otros, pero no quieren a una mujer metiendo las narices en asuntos de dinero. Según él, sería un mal ejemplo.

—Así que si quieres participar en la gestión de Los Cedros tienes que...

—Tengo que encontrar un marido, sí. Un hombre que a todos los efectos ponga su nombre y su firma.

—Bueno, hazlo entonces; cástate. —Dominic se encogió de hombros—. Como suele decirse, si no puedes vencerlos lo mejor es que te unas a ellos.

—Imposible. —Jocelyn negó con un vigoroso gesto de cabeza—. Sé que jamás volveré a enamorarme.

—Eres demasiado joven para hablar así...

—No. —La voz de Jocelyn sonó tajante—. Yo ya amé con todo mi ser y perdí a esa persona.

Mi corazón es como un erial, jamás podrá volver a latir por nadie más.

—Quizá tengas razón. —Dominic compuso una expresión pensativa.

—¿Y qué me dices de ti? ¿No deseas buscar a una dama que conmueva ese corazón tuyo?

—Yo soy un maníaco gruñón. ¿Quién iba a quererme? —bromeó él.

—No seré yo quien niegue la parte de gruñón. —rio—. Pero estoy convencida de que algo te sucedió en el pasado que te hace tener ese carácter tan hosco y melancólico. Y deberías contármelo. Yo te he hablado de Daniel.

Dominic se quedó mirándola. Sus ojos oscuros parecían dos lagos profundos y, por un momento, Jocelyn temió asomarse a ellos.

—Me llevaría toda la tarde hablarte de mi vida.

—Tenemos tiempo. —Ella se acomodó mejor con la espalda recostada contra el manzano.

—Está bien. Empezaré hablándote de la historia de mi familia. Mi madre, lady Theresa, no proviene de una familia noble como la tuya; mi abuelo era un simple pescadero que tenía un puesto junto al Támesis, y tanto mi madre como mi tío se criaron en las calles de Londres y, cuando mi abuelo murió en una pelea callejera, en hospicios y orfanatos. Fueron dos de esos niños a los que nadie quiere.

Jocelyn asintió, cada vez más interesada. Era la primera vez que le oía hablar de su pasado.

—William, el hermano de mi madre, es uno de esos hombres llenos de coraje que persiguen sus deseos sin descanso; la determinación y la energía rezuman de cada uno de los poros de su piel. Es todo lo contrario que yo.

—No digas eso...

—Es la verdad. En todo caso, desde muy joven tomó la decisión de salir de la pobreza. Y lo consiguió: primero fue mozo de cuerdas y después logró hacer fortuna como comerciante. Su propósito se convirtió en el motor de su vida. Tenía una única obsesión: llegar a emparentar con la nobleza algún día, conseguir que su estirpe, que había nacido entre el fango, se codease con la flor y nata en los más prestigiosos salones de Londres. Irónicamente, él no lo logró, pero su hermana sí. Mi madre conoció al barón Ettington cuando servía en su casa y él se enamoró perdidamente de ella. Emparentó con la nobleza, tal y como su hermano había deseado. Tuvieron un único hijo; yo mismo, destinado a heredar todas las posesiones de mi padre. En apariencia, la vida me sonreía como jamás lo había hecho con mis antepasados. Sin embargo...

—¿Sin embargo...?

—Cuando era un muchacho me enamoré de una de las doncellas que servían en nuestra casa. Se llamaba Bertha y tenía mi edad. A pesar de los orígenes de mi madre, desde el principio supe que nuestra relación estaría llena de dificultades.

Jocelyn asintió, animándole a seguir.

—Bertha y yo nos limitábamos a vivir el momento. Yo confiaba en que algún día lograría vencer los prejuicios que nos rodeaban; no concebía casarme con nadie que no fuera ella. Éramos apenas unos niños, no teníamos más de catorce años. Pero un día...

—¿Qué sucedió?

—Su madre también servía en nuestra mansión, era una mujer callada y amable a la que yo apreciaba mucho. Un día la sorprendieron robando unas joyas de mi madre; al parecer llevaba muchos meses apropiándose de objetos de valor. La denunciaron y fue ajusticiada. Y Bertha desapareció.

—¿Qué? —Jocelyn dio un respingo, sorprendida ante el cariz que había tomado la historia.

—Se esfumó de la noche a la mañana, sin dejar rastro. Traté de indagar y de preguntar por ella, pero nadie parecía saber nada. Nuestro mayordomo me dijo que quizá habría huido con algún

rufián, dispuesta a seguir los pasos de su madre. Como ves, es una historia triste y sórdida.

—Pero no has podido olvidarla —repuso Jocelyn. No era una pregunta; la respuesta estaba muy clara en la expresión cabizbaja de su amigo.

—No he podido olvidarla —confirmó él—. Siempre pienso que quizá hubiera podido hacer más por ella, quizá evitar que se marchase. No era propio de ella huir así. Es algo que todavía me impide dormir por las noches... —Se detuvo, de nuevo perdido en su melancolía. Jocelyn trató de buscar en su interior algún argumento para consolarle: que llegaría el día en que amase de nuevo, que no debía anclarse al pasado... Pero todas esas excusas sonaban banales en su mente; ella conocía muy bien la descarnada obsesión que nace de un amor prohibido. Ambos guardaron silencio durante un rato y después Jocelyn se encogió de hombros, entre triste e irónica.

—Vaya par somos. Dos tontos incapaces de olvidar los amores del pasado.

—Condenados a la soledad, a la soltería...

—A la cría de gatos persas...—rio.

—Bueno, en tu caso, no debes abandonar tan pronto la idea de Los Cedros. Todavía puedes encontrar algún modo de hacer que funcione.

—No pienso volver a casarme —dijo Jocelyn, tajante—. No pienso volver a los bailes a buscar candidatos, a someterme al escrutinio de decenas de desconocidos como un pedazo de carne.

Dominic la miró mesándose la barbilla, pensativo.

—Quizá no sea necesario.

—¿Cómo?

Él se inclinó hacia delante y le tomó la mano.

—Casémonos nosotros —barbotó él ante su asombro—. No, no me mires con esa cara. Esta no es una propuesta al uso; no me pondré de rodillas ni te besaré las puntas de los dedos mientras tú te ruborizas. Sería un plan perfecto para ambos: gozaríamos de nuestra mutua compañía y tendríamos algo a lo que muy pocas parejas de nuestra posición pueden aspirar: una amistad sincera.

Jocelyn lo miró sin decir nada, incapaz de salir de su asombro.

—Yo actuaría como administrador de Los Cedros, pero solo nominalmente —continuó él—. El proyecto sería completamente tuyo, para organizarlo a tu manera. Tendrías mi firma, pero jamás mi autoridad.

Jocelyn reflexionó en sus palabras. En esos meses había aprendido a conocer bien a Dominic, el tono risueño de su voz cuando estaba alegre y el rictus amargo de su boca cuando se mostraba alicaído. Conocía sus gestos, sus pequeñas manías, sus gustos y sus animadversiones. Nunca había pensado en la opción de casarse con alguien a quien no amase y sin embargo su propuesta le resultaba tentadora. Él tenía razón: los dos se entendían y les unía una amistad sincera.

—Está bien —dijo con tono agudo, sorprendiéndose a sí misma—. Me casaré contigo.

Él se quedó mudo de sorpresa por un momento. Después sonrió.

—¿De verdad? ¿No lo consideras una locura?

—Es una locura, pero... ¿quién puede afirmar que tú y yo estamos cuerdos?

Él asintió.

—Hablaré con tu padre lo antes posible.

—Estoy segura de que se llevará una alegría. —Jocelyn se puso en pie con torpeza para marcharse. Se había despedido muchas veces de Dominic en aquel mismo lugar, pero ahora todo parecía distinto, como si la decisión que acababan de tomar lo cambiase todo. Él también parecía un poco azorado cuando se inclinó sobre su mano para besarle los nudillos.

Muy consciente de sus pasos sobre la hierba húmeda, Jocelyn se dirigió hacia la casa. Un solícito criado la recibió en el vestíbulo con un vaso de limonada helada y la bandeja con el correo.

—Han llegado estas cartas para usted, milady.

Ella las tomó con gesto distraído. Desde que la herencia se había hecho pública, no dejaban de llegar invitaciones a eventos y reuniones. Sin mucha esperanza, estudió los sobres uno por uno por si había nuevas noticias del abogado, pero se detuvo ante uno de gran tamaño que parecía más pesado que los demás. Su nombre estaba escrito en él, pero no llevaba remitente alguno. Jocelyn lo abrió con curiosidad y las manos le fallaron. El corazón pareció detenerse en su pecho y el contenido del sobre resbaló de sus manos y cayó a sus pies. Se agachó para recoger el objeto y lo examinó con atención: era un pañuelo de hilo delicadamente ribeteado que reconoció al instante. Ella misma lo había bordado años atrás.

Escrita sobre él con tinta oscura, había una fecha a dos semanas vista y también un nombre: Bonaventure, junto a la miniatura de un barco de vela.

Bajo la inscripción, alguien había dibujado un diminuto corazón, que al instante le recordó a las piedrecillas que solía coleccionar. Lo repasó con las puntas de los dedos y supo en ese momento que jamás se casaría con Dominic.

Aquel diminuto corazón de tinta era un recordatorio del hombre al que pertenecía el suyo.

CAPITULO 12

Dos semanas después

Jocelyn se sumergió en el agua caliente y se frotó el cuerpo con un paño de lino empapado. Tenía los hombros tensos y un dolor de cabeza que ni siquiera los vapores del baño habían sido capaces de disipar. Con un suspiro, enrolló su largo cabello en una trenza y salió de la tinaja. Se secó con una toalla perfumada y entró en el dormitorio para cubrirse con la camisola de gasa blanca que la señora Bowen acababa de dejar sobre la cama. El ama de llaves le sonrió con aprecio.

—Esta tarde han llegado dos nuevas invitaciones. Los Perkins van a dar una fiesta por el cumpleaños de su hija y a lady Rogers le complacería mucho que asistieras al baile de la semana que viene.

Jocelyn hizo una mueca. Había pasado los últimos días como una reclusa, encerrada a cal y canto en la casa y sin responder a ninguno de los compromisos sociales que requerían su presencia. También había rehuido a Dominic pretextando dolor de cabeza, indigestión, agotamiento y un montón de dolencias a cada cual más disparatada. No habían vuelto a verse desde la peculiar petición de mano y lo cierto era que Jocelyn no se sentía con fuerzas de enfrentarse a él. Aquel día en el jardín le había parecido una buena idea casarse con Dominic, su buen amigo en quien tanto confiaba, pero la aparición del pañuelo lo había cambiado todo. ¿Quién lo había enviado? ¿Acaso pretendían burlarse de ella? Alguien con un sentido del humor muy macabro que conocía su historia de amor y deseaba verla sufrir... Tenía que tratarse de eso, porque la otra opción era tan imposible que apenas se atrevía a creer en ella.

—Responde a los Perkins que no me encuentro muy bien. Estoy segura de que Arabella sabrá comprenderlo. Y di a lady Rogers que la semana que viene tengo otro compromiso —le dijo al ama de llaves.

La señora Bowen la miró con los brazos en jarras.

—Te conozco desde que abultabas menos que esta silla y sé perfectamente que algo te sucede ¿Vas a decidirte a contármelo? Llevas días encerrada y bien sabe Dios que no adoleces de ninguna enfermedad. Al menos, no de una que afecte al cuerpo.

Jocelyn evitó la mirada de la buena mujer. Trató de colocarse una horquilla en el pelo, pero las manos le fallaron.

—No me sucede nada. Estoy perfectamente.

—¿Tiene que ver con el barón Ettington? Antes erais uña y carne y esta semana te has dedicado a rehuirle como a la peste. ¿Acaso ha hecho o dicho alguna inconveniencia?

—¡Claro que no! Dominic es todo un caballero. De verdad que estoy bien, Aggie. No te preocupes.

—Está bien. —La mujer se dio la vuelta para marcharse, poco convencida.

—Espera. Hay algo que me gustaría preguntarte. —Jocelyn la detuvo con un gesto—. ¿No sabrás por casualidad si algún barco extranjero ha llegado hoy al puerto de Londres?

—Pues ahora que lo mencionas, sí. Una de las doncellas tiene relaciones con un estibador y comentó esta mañana que tenían muchísimo trabajo con las descargas. Es un barco enorme y con un nombre muy hermoso: el Bonaventure. Un nombre que parece inspirar buena suerte, ¿verdad?

Jocelyn no fue capaz de responder. Reunió fuerzas para musitar una excusa y salió de la habitación ante la preocupada y ceñuda mirada del ama de llaves.

Durante la comida, apenas probó bocado y en cuanto pudo escaparse salió al jardín. Notaba como la sangre le palpitaba en los oídos y los pies le flotaban en el aire. Caminó por entre las flores, sorteando los lechos de coles que había plantado el jardinero hasta llegar a la arcada cubierta de flores situada al fondo del jardín, frente al pequeño invernadero. Distinguió la figura del hombre que estaba allí antes de poder descifrar los rasgos de su cara, difuminados por el sol. Sin embargo, había algo en su postura que... No, era imposible. No podía creerlo.

En ese momento, él se giró y la miró. Durante un momento ambos se quedaron muy quietos. Después caminaron el uno hacia el otro como atraídos por una fuerza sobrehumana.

—Yo... jamás creí... —Jocelyn trató de encontrar las palabras, pero parecía que le faltaba el aire. Él alzó una mano hacia su mejilla y un ardiente escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Soy yo. He regresado.

Escuchar su voz ronca y conocida provocó que se le erizara la piel. Jocelyn dejó escapar un gemido ahogado. Era él, Daniel; y era cierto: había regresado. Había cambiado mucho en todo ese tiempo. Su pelo se había aclarado por efecto del sol hasta parecer casi blanco, su rostro estaba más flaco y una sombra de barba le cuajaba las mejillas. Su cuerpo parecía más duro, más musculoso. Sin embargo, sus ojos eran los mismos; quizá con una pizca menos de inocencia en ellos, pero la miraban con el mismo ardor de siempre. Recorrió con el índice la línea de su mandíbula y el contacto los hizo temblar a ambos.

—No puedo creer que estés aquí. ¡Vivo! —dijo ella, aún maravillada.

—Te prometí que regresaría. Los Redfern siempre cumplimos nuestras promesas. —Daniel la abrazó y ella se sumergió en su aroma tan conocido, al borde de las lágrimas—. Recibiste mi carta, ¿verdad? —preguntó él con la nariz hundida en su melena.

Jocelyn pensó que «carta» era una extraña manera de referirse a un simple pañuelo metido en un sobre, pero los besos de Daniel en su cuello y en el lóbulo de su oreja la distrajeron de hacer ningún comentario. Su cuerpo se estremecía y vibraba, víctima de una gran necesidad. Tenían mucho que contarse, pero antes ambos debían saciar otro tipo de anhelo. Daniel la tomó por la barbilla y sus labios se encontraron por fin en un beso hambriento y casi doloroso. Incapaces de contenerse, devorados por el deseo retenido durante tanto tiempo, ambos se buscaron con avidez, con manos que volaban y acariciaban. Jocelyn sintió contra su vientre la dureza de la excitación de Daniel que se tensaba bajo la tela de los pantalones. Ambos gimieron al unísono cuando ella le ayudó a liberarse de la tela y su mano tateó aquella carne ardiente y palpitante. Daniel la despojó de su vestido con ansia, sin ningún cuidado hacia la delicada tela que se rasgó sin remedio. Su lengua recorrió las puntas rosadas de sus senos y su mano se hundió entre sus piernas, frotando y explorando y haciéndola casi perder el sentido. Con un gruñido de excitación, él se abrió camino en su interior, sujetándola por las nalgas para acercarla más a él, como si desease fundir su cuerpo con su propia carne. Jocelyn se abandonó al placer, arqueando la espalda, sin despegar la mirada de los ojos turbios y anhelantes de Daniel. Se amaron sobre la hierba, llenos de deseo, alternando los besos apasionados con los mordiscos juguetones y las caricias tiernas. Cuando él culminó en su interior, ella se dejó ir también en oleadas de placer que parecían borrar de un plumazo los largos meses de nostalgia, lágrimas y padecimientos. Con un último gemido, él se derrumbó sobre ella, sudoroso y exhausto, y ambos descansaron sobre la hierba sintiendo que por fin estaban a

salvo. Él le acarició el cabello con ternura.

—Me parece un milagro estar aquí contigo después de todo lo que ha pasado... —Su mirada se oscureció al pronunciar estas palabras y su boca se curvó en una mueca tensa. A Jocelyn le dio la impresión de que recordaba dolores y padecimientos del pasado y le apretó la mano con afecto. Pensó que cuando estuviera listo, él se lo contaría, del mismo modo que ella le hablaría del bebé y de su desgraciado matrimonio. No le cabía duda de que ambos habían atravesado inmensos escollos para llegar a ese reencuentro. Sin embargo, por tortuosa que fuera, su historia de amor tenía un final feliz: estaban juntos de nuevo y ya nada podría separarlos. Inclino el rostro hacia él y Daniel la besó como si quisiera empaparse de ella.

—He llegado a tener miedo de que no me esperases —dijo con una voz ronca—. Durante todo este tiempo, una de mis peores pesadillas era regresar para encontrarme con tu rechazo o, peor aún, tu olvido.

—Jamás. Jamás dejé de esperarte, Daniel. Sin embargo, han sucedido muchas cosas durante tu ausencia.

—Yo también tengo mucho que contarte. —Él le perfiló los labios con el dedo índice—. Pero ahora tenemos toda la vida para ponernos al día. No veo la hora de recuperar mi vida anterior. En cuanto vea a mi padre...—Su voz murió en un susurro al percatarse del rictus de dolor que crispaba el rostro de Jocelyn— ¿Ocurre algo?

—Tu padre ya no está con nosotros, Daniel —dijo ella con suavidad.

Daniel se cubrió el rostro con las manos.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace tres meses. Una pulmonía fulminante. —Jocelyn le acarició el rostro. No quiso añadir que el viejo vizconde se había negado a luchar contra la enfermedad, abatido por la pérdida del único hijo que le quedaba.

—He perdido demasiadas cosas en este viaje. Todo por mi absurda tozudez —admitió Daniel con voz taciturna.

—A mí nunca me perderás. Jamás. Lo prometo. Y ya sabes que siempre cumplo mis promesas.

Daniel la obsequió con una sonrisa triste. De pronto, hincó una rodilla en el suelo ante ella y le tomó la mano.

—Te amo, Jocelyn Berkeley. Te he amado siempre y nunca dejaré de hacerlo y me harías inmensamente feliz si aceptases convertirme en mi esposa.

Boquiabierta, Jocelyn observó como él introducía la mano en su bolsillo y le tendía un anillo. No era una joya ostentosa, sino una simple arandela de plata en la que se había engarzado una piedra azul en forma de corazón.

—La encontré en Francia —aclaró él—. Y durante la travesía de regreso hice amistad con un orfebre que me hizo el favor de engazarla. No es gran cosa, pero durante todo este tiempo la he guardado para ti. Si prefieres algo más convencional iré a Londres y...

—Es perfecta. —Jocelyn contuvo las lágrimas mientras él deslizaba el anillo en su dedo—. Y nada me hará más feliz que pasar el resto de mi vida contigo.

Daniel la abrazó con tanta fuerza que le dio la sensación de que los latidos de su corazón resonaban dentro del pecho de él.

—Este es mi mayor triunfo tras todos mis padecimientos —murmuró contra su pelo—. Pasar el resto de mi vida contigo, haciéndote feliz. Hablaré cuanto antes con tu padre y organizaremos la fiesta de compromiso para la próxima semana, ¿de acuerdo?

Jocelyn asintió, feliz. Se sentía tan dichosa que le parecía que el mundo tenía colores más brillantes que antes.

—He de ir a Londres. —Él se separó a regañadientes—. Debo escribir al Rey anunciando mi regreso y tengo que reunirme con el abogado de mi familia para organizar la cesión de los títulos de mi padre. Además, tengo un muchacho esperándome en el camino con el carruaje y...

—¿Un muchacho?

—Un grumete que sobrevivió al cautiverio conmigo. Teddy. Es un diablillo encantador. Te gustará.

—Seguro que sí —sonrió Jocelyn.

Con un último beso apasionado, él se despidió con la mano y salió del jardín atravesando el seto. La última imagen que Jocelyn grabó en sus retinas, su última imagen feliz en mucho tiempo, fue la del hombre que amaba lanzándole un beso al aire, con sus ojos rebosantes de felicidad y una gran sonrisa brillando en su rostro.

CAPITULO 13

Jocelyn atravesó el jardín tan deprisa como si a sus pies le hubiesen crecido alas. Era tan feliz que le parecía que el pecho estaba a punto de estallarle. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que el peso que había llevado dentro se había desintegrado, dejándola libre y ligera como una pluma. Daniel había vuelto. ¡Había vuelto! Y el futuro aparecía ante ella brillante y reluciente, sin sombras, sin tristezas.

Entró en la casa como una exhalación, deseosa de compartir con alguien la buena noticia. Sus padres llevaban todo el día fuera visitando a familiares, pero estaba segura de que la buena señora Bowen se alegraría casi tanto como ella misma. Empezó a subir las escaleras cuando un ligero carraspeo del mayordomo la hizo detenerse en seco.

—Disculpe, milady. Hay un hombre en el salón que desea hablar con usted. No se ha identificado y la simplona de Mary, la doncella, le ha dejado pasar. No sé muy bien que debo hacer. ¿Desea que lo expulse?

—No te preocupes, Banks. Yo me ocupo —dijo Jocelyn. Estaba segura de que se trataba de Daniel que se había demorado para decirle algo más o robarle otro beso. Había cambiado y adelgazado tanto que no le extrañaba que el pobre Banks dudase de que fuese un caballero.

—Está bien, pero estaré en el pasillo por si me necesita —repuso el mayordomo no muy convencido.

Jocelyn se dirigió al salón a paso ligero.

—¿Desea mi futuro esposo otra sesión de besos o una nueva confesión de lo mucho que lo amo y lo deseo? —empezó de decir antes de entrar—. Te he echado tanto de menos que... ¡Oh! —Se detuvo bruscamente y la sonrisa murió en su boca. El hombre que aguardaba sentado en un sillón no era Daniel, sino un desconocido de gran estatura, pelo claro y un rostro tosco surcado de cicatrices. Le dirigió una mirada burlona.

—Cuánta ternura. Disculpe que no me sonroje, milady.

Jocelyn se detuvo en el umbral, petrificada. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Había algo turbador en aquel hombre; y no solo porque su rostro parecía haber sido recortado por la mano de un niño torpe. Eran sus ojos, acerados y brutales, los que le daban miedo. Era la mirada de un animal salvaje. Sintió como si alguien hubiese robado de pronto todo el aire de la habitación.

—¿Quién es usted? Le ruego que se marche. No le conozco, y no es apropiado que se presente así en mi casa.

Él se puso en pie y comenzó a dar vueltas a su alrededor como una fiera cercando a su presa. Tenía un cuerpo robusto, hecho de puro músculo, y Jocelyn no pudo dejar de advertir la gastaada empuñadura de la daga que asomaba de su cinturón. Tragó saliva, cada vez más asustada.

—Veo que ahora se muestra usted digna. Casi me convencería, si no supiera que se trata de una fachada. No es usted una joven inocente, milady, y lo que acaba de hacer con Daniel Redfern, recién llegado de entre los muertos, entre los arbustos del jardín, da prueba de ello.

Jocelyn sintió que las mejillas se le teñían de escarlata.

—Márchese ahora mismo —dijo intentando que no le temblase la voz—. Llamaré a mi mayordomo para que le expulse.

—Yo no lo haría —El desconocido meneó la cabeza de un lado a otro—. Creo que le interesará lo que tengo que decirle. O, mejor dicho, lo que tengo que mostrarle.

Con parsimonia, extrajo un papel plegado de su bolsillo y se lo tendió. Jocelyn lo tomó con dedos tímidos y comenzó a leer. El desconocido no despegó la vista de ella ni un solo segundo y una sonrisa cruzó su rostro cuando su frente se perló de sudor y las manos que sujetaban el documento comenzaron a temblar de un modo incontrolable; y sonrió todavía más cuando las primeras lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas y ella adoptó la expresión de una mujer cuyos sueños acababan de hacerse trizas a sus pies.

CAPITULO 14

Desde el rincón de aquella calle londinense, Daniel observó con pesar la casa en la que había pasado su infancia. Todo en ella, desde sus paredes de ladrillo rojizo hasta la verja de hierro macizo que el solía trepar de niño, le traía recuerdos dulces y amargos a la vez. En esa casa, en la que ahora vivían unos desconocidos, había jugado con su hermano y había crecido hasta hacerse un hombre. Era la casa que hubiera debido heredar junto con el título al convertirse de pleno derecho en vizconde de Dunnam. Masculló una maldición y una oleada de pena y culpa lo hizo tambalearse. Su pobre padre había muerto solo y desconsolado, sin llegar a averiguar que su hijo había sobrevivido y que su linaje aún tenía posibilidades de pervivir. Se mordió un puño y Teddy, a su lado, lo miró alarmado.

—¿Ocurre algo, milord?

—Nada.

Le revolvió el pelo con simpatía. El niño no se había separado de él ni un momento. Era listo, leal y hacendoso y Daniel le había tomado un gran cariño. En cuanto escribiese al Rey y recuperase su título y sus tierras le daría un buen puesto en su casa y se ocuparía de que se formase adecuadamente.

Dejándose llevar por sus pensamientos, Daniel recordó todo lo sucedido antes de su regreso a Inglaterra, tras el brutal ataque de Harek a lady Renate. Aquella noche en la posada de Estrasburgo había sido una auténtica pesadilla. Si cerraba los ojos aún podía ver el cuerpo ensangrentado y roto de la mujer y la brutalidad en los ojos del mercenario. Landish había asegurado que lo entregaría a la guardia y, durante los días previos a su partida en el Bonaventure, Daniel apenas había visto al comerciante o a su hijo. Parecían esconderse de todo y de todos, como osos hibernando. Daniel suponía que, en cierto modo, se sentían responsables del crimen cometido por su criado contra la prima de la Reina, que estaba bajo su protección. Sin duda el Rey se sentiría muy airado y exigiría explicaciones.

—Vámonos —le dijo a Teddy echándole un último vistazo a la casa—. Ya no hay nada que nos ate aquí.

Mientras se alejaban por las calles bañadas en la penumbra, Daniel pensó que, por muy cruel que hubiera sido con él el destino, al menos aún tenía la oportunidad de ser feliz con Jocelyn. Ella le había esperado, había cumplido su promesa. Haberla visto de nuevo y haber podido estrecharla entre sus brazos había sido maravilloso, como alcanzar un tesoro tras meses de esfuerzo y penurias. La había encontrado diferente, más madura, lejos ya de la jovencita ingenua que un día había sido. También él había cambiado, pero en el fondo seguían siendo los mismos. Su amor era como las piedras de su colección: resistente e inalterable.

Ardía en deseos de volver a estrecharla entre sus brazos. Teddy y él habían pasado solo una noche en Londres y todavía quedaba mucho por hacer: reunirse con los abogados de la familia, tramitar el retorno de sus títulos y encontrarse con viejos amigos; pero la larga caminata le había dado hambre y sed y Teddy también parecía cansado. Daniel decidió hacer un alto en una taberna que recordaba bien: un establecimiento que servía comidas y refrigerios a las gentes acaudaladas

de Londres y que era famosa por sus asados. El local los recibió a ambos con vaharadas de aire cálido y el apetitoso olor de la carne a la brasa. Escogieron una recia mesa de roble bajo un ventanal y, mientras esperaban a que les sirviesen, Daniel se dedicó a mirar a su alrededor. Su vista recayó en dos hombres que comían en la mesa de al lado. Se trataba de dos jóvenes bien vestidos cuyos rostros le resultaban familiares; por sus ropas y su actitud estaba claro que pertenecían a la clase alta. Daniel recordó de pronto: eran los hermanos Morgan, los dos hijos menores de un barón rural. Sus rostros le sonaban porque solían coincidir en bailes y eventos de temporada. Estaba claro que ellos no lo habían reconocido a él: sus ropas y su rostro enflaquecido lo distanciaban demasiado del caballero que había sido en tiempos pasados. Mientras Daniel se preguntaba si debía levantarse para saludarlos, algunas palabras sueltas de su conversación llegaron hasta él:

—De modo que esta noche te has librado de aburrirte en una velada en casa de tus futuros suegros. Tu prometida no se lo tomará a bien...

—Prudence ni siquiera se percatará de mi ausencia. Está demasiado entusiasmada con su invitación a la fiesta en la mansión campestre de los condes de Pinecrest.

La mención a los padres de Jocelyn hizo que Daniel alargase el cuello y aguzase el oído.

—Por lo visto el conde se dispone a hacer algún anuncio —siguió diciendo el joven—. Prudence estaba muerta de curiosidad. Se rumorea que la hija menor, la que enviudó hace meses, va a anunciar un nuevo compromiso de boda...

—Ah, ¿sí? Me pregunto quién será el afortunado. Ahora que se ha convertido en una mujer rica...

Daniel se levantó de un modo tan brusco que la jarra de agua se derramó sobre la mesa. Los dos hombres se quedaron mirándolo, asombrados.

—Discúlpennos, caballeros. —Él tragó saliva. El corazón había empezado a latirle muy deprisa—. No he podido evitar oír su conversación. Hablaban ustedes de la hija de Pinecrest. Han dicho que enviudó. ¿No se habrán confundido de dama?

—¿Conoce a la familia? —El hombre lo miró de arriba abajo con escepticismo—. Hablábamos de la hija menor de Pinecrest, lady Jocelyn. Enviudó hace meses.

—¿Jocelyn viuda? —Daniel negó con firmeza—. Debe tratarse de algún error.

—Parece que ha estado usted mucho tiempo alejado de Londres, ¿verdad? —El hombre recorrió con la mirada su tez bronceada por el sol—. En su momento estuvo en boca de todo el mundo; fue un asunto bastante turbio. El esposo murió en una pelea y hubo muchos rumores. Desde entonces, ella ha vivido bastante recluida. Recientemente ha heredado una gran fortuna.

—Ah... ¿sí? —Daniel notaba la garganta seca y los pies como de plomo.

—Me pregunto quién será el afortunado que la despose de nuevo —continuó el hombre—. Supongo que nos enteraremos esta misma noche...

Daniel no respondió. Haciéndole un gesto a Teddy, se apresuró a salir del local a paso ligero. El apetito se le había quitado de repente. *Matrimonio, viudez, pelea, herencia sustanciosa...* Las palabras del joven se agolpaban en su mente, palabras que no parecían encajar con la mujer enamorada que se había entregado a él en el jardín el día anterior.

No podía ser cierto. Y si lo era... tenía que haber una explicación razonable para ello, aunque él fuese incapaz de verla en el momento.

Con la mente dispersa, se apresuró con Teddy hacia el lugar donde había dejado el carruaje de alquiler.

CAPITULO 15

La noche era cálida y el cielo estaba lleno de estrellas. Decenas de carruajes formaban una ordenada fila en las inmediaciones de la mansión campestre de los condes de Pinecrest. Los miembros de la alta sociedad, ávidos de nuevos cotilleos que animasen la temporada, murmuraban unos con otros mientras los lacayos los conducían hasta el vestíbulo. La invitación a esa fiesta los había pillado a todos por sorpresa, con muy pocas horas de margen, algo que era muy poco habitual e incitaba su curiosidad. ¿Qué importante anuncio se disponía a hacer el conde? Los más maliciosos aseguraban que Jocelyn estaba en estado y por eso debía apresurar sus nupcias. ¿Quién sería el misterioso pretendiente? Que ellos supieran, no se había anunciado un cortejo formal, a pesar de que se la había visto en muy buenas relaciones con el barón Ettington. Las lenguas no cesaban de murmurar.

Ajenos a tanta especulación, los condes de Pinecrest recibían a sus invitados en la puerta principal, intercambiando gentilezas pero rehuyendo cualquier pregunta indiscreta. Ambos estaban sonrientes, pero cualquiera que los conociese bien podría notar sus sonrisas tensas y sus miradas confusas, como si todo aquello los hubiese pillado a ellos también por sorpresa.

Jocelyn cruzó el salón en ese momento para reunirse con sus padres. Llevaba un vestido sencillo pero elegante, con bordados en hilo de plata que combinaban con los pasadores de nácar que adornaban su recogido. Su atuendo despertó miradas de interés y admiración entre los invitados.

—¿Estás segura de esto, hija mía? ¿No es demasiado precipitado? — Su padre le hizo la pregunta con voz apremiante, aprovechando una pausa entre invitado e invitado.

—Claro que estoy segura —respondió Jocelyn apretando los labios.

Sus padres la miraron con expresión de duda. La joven se había pasado el día anterior dando vueltas por su habitación como una fiera enjaulada, sollozando y murmurando palabras sin sentido. Cuando por fin salió y les anunció sus intenciones ambos creyeron que se había vuelto loca. ¿A qué venían tantas prisas? Un anuncio así, hecho de un día para otro...era una locura. Trataron de disuadirla, pero ella se mostró más firme que nunca y no dio su brazo a torcer. Llegó a asegurarles que si no la apoyaban se escaparía a Gretna Green para casarse por su cuenta. Finalmente, terminaron por ceder.

—Estoy segura —repitió Jocelyn, aunque los labios le temblaban—. Ya no soy una niña ni una debutante, padre.

—Lo sé. Si lo fueses, no te permitiríamos semejante demencia.

—Todo irá bien —Jocelyn le dedicó una sonrisa tensa.

Dándole la espalda a sus padres, oteó entre la multitud en busca del hombre que esperaba ver. La mayor actuación de su vida iba a comenzar.

Daniel le hizo un gesto con la mano a Teddy para que guardase silencio. Estaban los dos de pie

entre las sombras, mirando a la casa brillantemente iluminada al otro lado del jardín. Podían oír el zumbido lejano de las conversaciones y la brisa les llevaba el sonido de los violines que tocaban en el interior. La fila de carruajes aparcados parecía interminable. Daniel frunció el ceño. Aquello no era un baile informal ni una pequeña reunión de amigos. Era una fiesta por todo lo alto. ¿Por qué Jocelyn no le había dicho nada? A pesar de que los comentarios de los jóvenes de Londres seguían pareciéndole absurdos, un escalofrío corrió por su espina dorsal. Había algo que no encajaba. *Esta fiesta no debería estar celebrándose*, dijo una funesta voz en el interior de su cabeza.

Como respondiendo a sus pensamientos, la música se detuvo en ese momento. Hubo un breve silencio y después aplausos. Seguido por Teddy, Daniel avanzó hacia el primer tramo de escaleras. Buscó con la mirada a un mayordomo o un lacayo para anunciarse, pero no parecía haber ninguno cerca.

Desde su posición podía ver ahora el vestíbulo iluminado. Bajo las altas puertas del salón de baile pudo distinguir las figuras de los condes de Pinecrest y Jocelyn a su lado, elegantemente vestida. A su derecha había un hombre alto y espigado. Desde donde estaba, Daniel no podía ver muy bien sus rasgos, pero distinguió su aristocrática nariz y su boca curvada en una sonrisa.

Lord Harold Berkeley, el padre de Jocelyn, hizo un aspaviento con la mano para hacer callar a los invitados. Daniel comprendió que se disponía a dar un discurso. Se inclinó hacia delante para poder escuchar sus palabras.

—Hoy es un gran día para todos nosotros —dijo el conde—. Es un gran placer para mí anunciar el compromiso de mi hija menor, lady Jocelyn, con uno de los hombres más honorables que ha dado Inglaterra: Dominic Guisbert, barón Ettington. Como padre, no puedo estar más feliz por este compromiso y le deseo a la pareja muchos años de dicha...

No. No. No. El cerebro de Daniel era apenas capaz de procesar lo que sus oídos estaban escuchando. Quería gritar, moverse, alcanzar al conde y taponarle la boca, pero sus sentidos estaban alentados y sus músculos se negaban a obedecerle.

—Os pido a todos que os unáis a nuestra alegría alzando vuestras copas en un brindis —terminó el conde. Los vítores y los aplausos se sucedieron mientras el hombre alto y moreno al que Daniel ya odiaba con todas sus fuerzas tomaba la mano enguantada de Jocelyn para depositar un beso en sus nudillos.

—No... —La voz le salió por fin, entrecortada como un graznido, pero entre la algarabía reinante nadie fue capaz de oírlo. Intentó tomar aliento, sin despegar los ojos de Jocelyn. Aquello no podía estar sucediendo. ¿Cómo podía Jocelyn estar comprometiéndose con otro? Era a él a quien amaba, a él a quien había esperado durante largos meses, a él a quien se había entregado el día anterior en el jardín. Comenzó a avanzar torpemente, con piernas que parecían bloques de madera, sintiendo que el corazón se le resquebrajaba. En ese momento, ella giró la cabeza en su dirección. Los ojos de ambos se encontraron y los de la joven se tiñeron de algo que él no fue capaz de interpretar: ¿miedo? ¿culpa? ¿ira? El hombre con el que acababa de comprometerse le dijo algo y ella apartó los ojos de Daniel para responderle, dejándole con una sensación de frío y desamparo difícil de explicar.

Estaba a punto de lanzarse en su dirección para exigir una explicación cuando sintió que unos brazos robustos tiraban de él hacia atrás y lo hacían caer tras unos espesos matorrales, en la zona menos iluminada del jardín.

—¿Qué...? —Horrorizado y asombrado, Daniel buscó el rostro de su agresor y se encontró con la mirada de piedra de William Landish. Harek le guardaba las espaldas, como un enorme mastín custodiando a su dueño. Patrick, unos pasos detrás de ellos, miraba a un lado y a otro como para

asegurarse de que nadie les había visto.

—¡Usted!

William le miró casi con pena.

—Lo siento, Daniel. Todo ha terminado.

Daniel trató de ponerse en pie, pero los firmes brazos de Harek se lo impidieron.

—¡Dígale a su perro que aparte las manos de mí! No sé qué pretende, ni qué hace en Inglaterra cuando se suponía que estaba en Francia, pero no tengo tiempo ahora para sus disparates. Debo entrar ahí dentro.

—No entrarás. —La voz de Landish sonó tajante—. Ya no existes, Daniel. Has muerto en el naufragio del Marie Therese.

—¿Qué tipo de locura es esta? —Daniel sintió un ramalazo de miedo. Los ojos de Landish eran como dos pozos muertos. A una señal suya, casi imperceptible, Harek se llevó la mano al costado y Daniel distinguió el destello metálico del cuchillo, blandiendo el aire en dirección a su pecho. Giró sobre sí mismo, tratando de huir, pero la pesada bota de Landish cayó sobre su mano como un cepo. Escuchó el sonido de los nudillos al quebrarse y la hoja del puñal se hundió en su costado, provocándole un dolor terrible. Gritó, pero en el fondo sabía que nadie iba a oírle. La brisa arrastraba hacia ellos los ecos de la fiesta: risas, aplausos, el entrecuchar de las copas en los brindis. El contraste entre la celebración a solo unos pasos de distancia y lo que le estaban haciendo era macabro.

—¡Señor, dejadle! —El sonido de una voz conocida penetró en su cerebro abotargado por el dolor. Teddy se acercaba a la carrera, con el rostro pálido de miedo. Sin duda había presenciado todo lo ocurrido oculto entre los árboles. Daniel trató de hacerle un gesto para que huyese, para que pidiese ayuda; pero era demasiado tarde. Harek lo pescó por el cuello de la camisa, como un lobo zarandeando en el aire a un conejo. El niño chilló. Desde el suelo, incapaz de moverse, Daniel presenció como la hoja del cuchillo penetraba en el delgado cuerpo del chiquillo, una y otra vez, con tanta facilidad como si cortase mantequilla. Su cuerpo tembló una vez y después quedó inmóvil sobre el suelo, como un muñeco roto. La sangre goteó y comenzó a formar ríos a su alrededor. Daniel trató de levantarse, pero la herida de su propio costado era profunda y la camisa estaba empapada de sangre. El jardín daba vueltas a su alrededor. Trastabilló y se derrumbó, con la mirada torva de Landish fija en él.

Muy despacio, como en un sueño, vio como el cuchillo de Harek se acercaba a su rostro, brillante y amenazador.

Estoy muerto, pensó. Después, el dolor fue tan terrible que se rindió a una oscuridad espesa que lo tragó por completo.

Landish contempló impasible como su esbirro limpiaba el ensangrentado filo del puñal en la camisa de su víctima. Después, entre Harek y Patrick tomaron los cadáveres por las axilas y los hicieron rodar por un empinado terraplén cercano a la propiedad de los Berkeley; una zona árida que lindaba con el bosque y en la que apenas nadie se aventuraba.

—Ya está. Un problema menos. —zanjó William.

Se alejaron de allí a paso raudo. Ninguno de ellos advirtió a la persona que lo había presenciado todo entre los matorrales y que ahora corría con desesperación hacia los cuerpos ensangrentados.

CAPITULO 16

Pasaba de la medianoche y los últimos invitados abandonaban la fiesta en sus carruajes, con los pies doloridos de tanto bailar. Jocelyn, con el rostro atravesado por una sonrisa tan tensa que parecía una cuerda, despidió a Dominic y a lady Theresa y después echó a correr escaleras arriba. Los últimos resquicios de fingimiento que la habían mantenido en pie durante toda la velada se quebraron como fina porcelana. Sentía que no podía soportarlo más. A duras penas llegó a su habitación y se dejó caer llorando sobre la cama. Las náuseas la asaltaron con violentos espasmos y vomitó sobre la jofaina de porcelana hasta que su estómago quedó tan vacío y dolorido como lo estaba su corazón.

—Daniel —susurró—. Daniel, ¿por qué? ¿por qué?

Sus palabras resonaron en la habitación sin obtener respuesta. Jocelyn sentía que moría por dentro, que su corazón había estallado hasta convertirse en un mar de cristales diminutos. ¿Cómo podía ser posible pasar tan deprisa del más hermoso de los sueños a la peor pesadilla? Recordó los ojos de Daniel cuando sus miradas se encontraron a través del jardín iluminado, justo después de que su padre hubiese hecho el anuncio de su compromiso. Jamás olvidaría la expresión de su rostro, llena de desesperación y de ira. Por un momento, había llegado a creer que estaba a punto de correr hacia ella, de detener aquella farsa y ofrecerle una explicación. Había llegado a creer que todo se aclararía como por arte de magia. Pero entonces, había retirado la vista durante un instante y cuando lo había buscado de nuevo ya no estaba.

Se había ido.

¿Era su huida la prueba de que las palabras del extranjero con la cara llena de cicatrices eran ciertas? Jocelyn no quería ahondar en ese pensamiento.

Con el corazón reducido a cenizas, caminó hacia el cajón de su escritorio donde el día anterior había escondido el papel que el extranjero le había entregado. Estaba arrugado, mojado de sus lágrimas. Lo tomó y lo leyó de nuevo con ojos desorbitados:

Yo, Helga Meyer, de veintidós años de edad, nacionalidad alemana, de oficio dama de compañía al servicio de la familia Jenssen con domicilio en Westfalia, juro que lo que aquí afirmo es cierto y verdadero: que presencié con mis propios ojos como mi señora lady Renate Jenssen era ultrajada, violentada y posteriormente asesinada por el caballero inglés de nombre Daniel Redfern, hijo del vizconde Dunnam, que viajaba con nuestra caravana en calidad de traductor. Mi inferioridad física me impidió acudir en socorro y ayuda de mi señora y hube de contemplar impotente su ataque y agonía.

Y para que conste que lo que aquí digo es seguro y cierto, así lo firmo de mi propio puño y letra.

Helga Meyer.

Jocelyn arrugó el papel, dejando que gruesas lágrimas resbalasen por sus mejillas. La primera vez que lo había leído se había negado a creer en esas infames palabras y así se lo había hecho

saber a aquel gigante feroz que la miraba burlona.

—Márchese de aquí. Esto no es más que una pila de infamias —había exclamado.

—¿Está segura, milady? —Él la había contemplado con sus ojos pequeños y astutos.

—Completamente. Daniel sería incapaz de algo así.

El hombre había dirigido su atención de nuevo al documento.

—Es una declaración jurada, con todas las firmas en regla y sellada con el membrete de un abogado de Londres. Es totalmente legítima.

—Legítima quizá, pero no verdadera.

Él se encogió de hombros como si ese detalle no fuese relevante.

—El Rey no se detendrá a pensar en esas menudencias. La dama asesinada era prima de su esposa; Su Majestad está ávido de venganza y justicia. Necesitan a su culpable y esta doncella alemana está dispuesta a proporcionárselo. En cuanto esta confesión llegue a palacio, su prometido dejará de ser un hombre libre para convertirse en un futuro ajusticiado. A menos que...

—¿Qué?

—A menos que siga usted con el plan que tenía antes de enterarse de que Daniel Redfern vive. Despótese con el barón Ettington y le prometo que destruiré este papel y Redfern podrá huir del país y evitar una muerte segura.

—¡Jamás! —Jocelyn lo miró horrorizada.

—Si no se aviene, enviudará no una, sino dos veces. Piénselo, milady.

—¿Acaso está Dominic al corriente de todo esto? ¿Le ha enviado él?

—¿Ettington? ¡Ni hablar! —El hombre esbozó una sonrisa despectiva—. Yo sirvo a alguien mucho más peligroso que ese necio con pintas de galgo.

Jocelyn se retorció las manos, desesperada. ¿Quién estaba detrás de todo esto? ¿Quién quería destruir a Daniel? Tenía que haber algún modo de solucionarlo. Necesitaba verlo, hablar con él. Juntos buscarían una solución a esas horribles acusaciones...

Como adivinando sus pensamientos, el hombre se inclinó hacia ella, observándola con sus ojos maliciosos.

—Si está pensando en que puede haber otra salida a su problema, olvídalo. —Blandió el papel ante ella—. Esta confesión sellada y firmada es un arma más poderosa que cualquier otra que Redfern y usted puedan esgrimir. Tengo un caballo aguardando en la puerta y no tardaré ni dos horas en presentarme en palacio para entregársela al mayordomo real. Sea razonable, milady. Si le ama, déjele ir como un hombre libre. Anuncie su compromiso con Ettington.

—Pero... ¿cómo? —Jocelyn sintió que las fuerzas le fallaban.

—Tome papel y pluma y redacte una nota para los periódicos anunciando una fiesta para mañana por la noche. Su padre debe anunciar el compromiso.

—¡Mañana! Pero apenas queda tiempo... Y Dominic no sabe nada de esto.

—Ha de hacerse de este modo —dijo el hombre, implacable—. Dominic hará lo que su madre le aconseje. Escoja: o redacta ahora mismo esa nota y la entrega a su mayordomo o la confesión acabará en manos del Rey antes de que termine el día.

Derrotada y hundida, así lo había hecho. Después de despachar a Banks con la nota para los periódicos, había enviado un mensaje a Dominic, que se había mostrado muy desconcertado pero dispuesto a plegarse a sus deseos. Durante todo el día Jocelyn había mantenido la esperanza de que Daniel se presentase para aclarar las cosas, de que todo se arreglaría y aquel repugnante chantaje quedaría solo en el recuerdo. Incluso durante la fiesta de compromiso, mientras su padre pronunciaba aquellas palabras que se le clavaban en el alma y Dominic la observaba entre receloso y confuso, ella no había dejado de mirar a su alrededor, buscándolo.

Y lo había visto. Sus miradas se habían encontrado entre la multitud y después... en lugar de aclararlo todo él había desaparecido de su vista.

Se había marchado. Había huido.

¿Podría ser que al fin y al cabo hubiera parte de verdad en las acusaciones de esa doncella? No, Jocelyn no quería ni pensarlo.

Con el rostro arrasado de lágrimas, Jocelyn salió al balcón y se agarró a los barrotes de hierro, dejando vagar la mirada por el cielo estrellado.

—Daniel... —murmuró en un quejido lastimoso—. Daniel, ¿dónde estás?

CAPITULO 17

Daniel recobró el sentido envuelto en un manto de dolor. Todo su cuerpo era una herida palpitante; sentía como un millar de diminutas cuchilladas desde la frente hasta los pies. Intentó hablar, pero de su garganta solo surgió un estertor ronco, como el ruido de una puerta muy oxidada. Notó que estaba acostado sobre algo blando, tal vez un colchón, pero era incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí. Sus recuerdos terminaban con la brutal mirada de William, el cuchillo de Harek acercándose a su cara, a su ojo...

Su ojo. Se dio cuenta de que algo cubría la mitad derecha de su rostro, una venda rígida y almidonada. Debajo, la oscuridad más total y absoluta. Parpadeó lentamente con el ojo izquierdo y distinguió los contornos de una cómoda y una silla de madera tosca que no le eran familiares.

Sus oídos embotados distinguieron el roce de una llave en la cerradura. Alguien se acercó y él hizo un esfuerzo para enfocar. Una melena larga y oscura. Una nariz respingona.

—Bri... Bridget —llamó con una voz similar al croar de una rana.

—Bienvenido al mundo de los vivos. Parece que esto de rescatarte medio muerto se está convirtiendo en una costumbre. —La joven se inclinó sobre su rostro y Daniel vio lástima y simpatía en sus ojos oscuros, pero también algo más, un rastro de dureza que no había percibido antes.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Más de una semana. Cuando te encontré no estaba segura de que lograses sobrevivir. Esos desgraciados se ensañaron contigo y estabas lleno de sangre, tan agujereado como un colador. Has tenido suerte de que la herida del costado no llegase a infectarse, porque el cuchillo te atravesó la carne varios centímetros. Esa herida fue la peor de todas. Además del ojo, claro.

El ojo. Daniel abrió y cerró el izquierdo. Ese movimiento tan natural le provocaba ahora sensaciones extrañas. Con absoluta certeza, supo en ese instante que había perdido el ojo derecho.

—Podemos decir que has tenido mucha suerte. Conseguí traerte hasta aquí en la parte trasera de un carro y mandé recado a uno de los hombres de MacKellaig. No es médico sino barbero, pero sabe lo que hace. Te ha cosido muy bien. ¿Puedes incorporarte?

¿Uno de los hombres de MacKellaig? Daniel no tenía ni idea de quién era ese MacKellaig, pero el dolor le impedía pensar con claridad. Trató de levantarse trabajosamente y ella le ayudó sujetándolo por los hombros, manejándolo con tanto cuidado como si fuese una criatura recién nacida. Daniel se dejó hacer, apretando los dientes ante las nuevas oleadas de dolor. Llevaba tanto tiempo tumbado que se mareó y tuvo que sujetarse la cabeza con las manos. De pronto recordó algo más.

—¿Teddy? —graznó—. ¿Dónde está Teddy?

Bridget negó con la cabeza y bajó los ojos. Daniel recordó el cuerpo flaco del chiquillo atravesado por el puñal de Harek, su sangre manchando la tierra. Una oleada de náuseas lo inundó, mezclada con algo más, algo que iba creciendo en su interior y que amenazaban con hacerse más grande, con devorarlo. Era ira. De un modo intuitivo, Daniel supo que tendría que agarrarse a aquella ira con uñas y dientes para sobrevivir. Haciendo un esfuerzo sobrehumano

sacó los pies de la cama y se incorporó apoyándose en Bridget, como un anciano muy débil. De la mano de la muchacha caminó hacia la sencilla cómoda de madera, presidida por un espejo. Contempló su propio reflejo y no pudo evitar espantarse ante lo que vio. El ojo que no tapaba la venda estaba desorbitado, rodeado de ojerías inflamadas. Tenía el pelo sucio y enmarañado y había adelgazado tanto que se le notaban los pómulos afilados. Muy despacio, con una mano que temblaba, se levantó la camisa. Su costado estaba surcado de cicatrices, desde el esternón hasta la ingle, enormes marcas de color púrpura y negro, bordeadas de carne rosada. Sus ojos recorrieron su vientre maltratado y después dejó caer la camisa de golpe. Todavía le faltaba por ver lo peor. Retiró despacio la venda que le cubría medio rostro y cuando volvió a mirarse no pudo evitar un gruñido horrorizado. Aquella carnicería era ahora su rostro: donde antes había estado su ojo derecho, azul y avispado, había ahora una cuenca vacía como la carcasa de un barco roto. Rechinó los dientes, embargado de odio y furia. Lo habían convertido en un monstruo.

Notó como en un sueño que Bridget se acercaba por detrás y le ponía una mano firme sobre un hombro.

—Al menos estás vivo —le dijo—. No han conseguido vencerte del todo.

Daniel no respondió. Vivo, quizá, pero también destrozado. Todo su mundo había estallado en pedazos. Todo lo que había amado había desaparecido. Teddy. Jocelyn. Pensar en ella le provocó una ira fría y afilada como un cuchillo. Pronunció su nombre con voz entrecortada, buscando los ojos de Bridget a través del espejo.

—Se ha prometido en matrimonio con el sobrino de Landish, el barón Ettington. —Bridget le dio la respuesta que él ya sabía con la mirada baja—. Supongo que ese es el motivo de que Landish quisiese deshacerse de ti. Ella acaba de heredar una enorme fortuna y los negocios de Landish no van bien. Se beneficiará del dinero, no te quepa duda.

Daniel apretó los labios. Una herencia. Así que todo había sido por dinero. El ataque, la muerte de Teddy. Y ella, ¿había estado de acuerdo, la mujer que se había entregado a él dulcemente en el jardín, que lo había recibido con honor había participado en tamaño ultraje? Apenas podía creerlo. Pero los hechos estaban ante sus ojos, desnudos y claros; ¿cómo seguir negando?

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó a Bridget—. No tenía ni idea de que habías regresado a Inglaterra; te creía en Francia.

—Me embarqué en el mismo navío que los Landish, una goleta que zarpó de Nantes solo unas horas después del Bonaventure. Jamás me fie de William ni de sus intenciones hacia ti y jamás dejé de observarlo entre las sombras. Cuando me di cuenta de que no había entregado a Harek a la guardia francesa, sino que, muy al contrario, lo había hecho embarcar con él como un hombre libre, empecé a sospechar que estaban tramando algo muy oscuro. Fue una suerte que mi instinto me hiciese seguir sus pasos y diese contigo tan rápido.

Daniel asintió. Un sexto sentido le hacía pensar que había algo más en las palabras de la muchacha, algo que aún se le escapaba. Decidió no insistir por el momento.

Sus manos se cerraron en dos puños tensos, tan apretados como su mandíbula. Torció el rostro al recordar el frágil cuerpecillo de Teddy desangrándose en el suelo, la mirada de odio de William Landish, la brillante sonrisa de Jocelyn hacia su prometido en el jardín, una sonrisa dulce que no escondía más que veneno.

—Me vengaré —aseguró con una voz cavernosa que le sorprendió a él mismo—. Acabaré con todos los que me han hecho esto.

Los ojos de Bridget, ardientes y oscuros, se encontraron con los suyos.

—Yo te ayudaré.

—¿Tú? ¿Cómo?

—Un día me dijiste que yo no era una criada normal y corriente. Tenías razón. Mi estancia en Nantes se debió a otros motivos, no a mi necesidad de servir en casa ajena —Alzó la barbilla, orgullosa—. Soy Bridget Ladd, miembro de la Cofradía del Norte.

—¿La qué? Jamás he oído ese nombre.

Ella rio como si hubiese dicho algo muy gracioso.

—Desde luego que no lo has oído. Nos movemos entre las sombras, lejos del alcance de los ojos y oídos de los hombres y mujeres de tu rango. MacKellaig, a quien pronto conocerás, es nuestro líder. Somos la organización de ladrones más importante de Inglaterra.

Daniel estuvo a punto de caer redondo al suelo de la impresión. ¡Una ladrona! De pronto, varios rasgos que le habían llamado la atención en la muchacha empezaron a cobrar sentido: la daga que se ocultaba en su anillo, su facilidad para aparecer y desaparecer sin previo aviso, su determinación y su coraje.

—Veo que te ha impresionado mi confesión —dijo ella, mirándolo—. Te has escandalizado, como corresponde a un lord respetable.

Daniel volvió a enderezarse. Miró a la muchacha fijamente, tratando de dotar a sus palabras de la mayor convicción posible.

—El lord está muerto —aseguró.

CAPITULO 18

Jocelyn bajó del carruaje y avanzó hacia la iglesia del brazo de su padre. Su vestido de novia la envolvía como un manto y le pesaba como un sudario. Era una pieza de terciopelo color mármol, con un velo de finísimo encaje y la falda salpicada de luminosas perlas. Nunca en su vida había estado tan hermosa y nunca en su vida se había sentido tan triste.

Caminó por el frío pasillo con los ojos fijos en las losas del suelo. Junto al altar la esperaba Dominic, muy elegante con chaleco de seda y camisa con puños festoneados. La miraba con intensidad, tratando de leer su expresión, pero ella rehuyó sus ojos. Toda la confianza que habían tenido parecía haberse desvanecido como por arte de magia. Se sentía desfallecer y las manos le temblaban tanto que el ramo parecía tener vida propia.

La letanía del sacerdote comenzó a resonar en sus oídos y Jocelyn se mordió los labios. Los ojos de Daniel mirándola a través del jardín, como dos brasas candentes, ocupaban todos sus pensamientos sin dejar lugar para nada más. Daniel, Daniel... ¿Cómo había podido sucederles eso?

Captó los rostros de sus padres, sentados en los bancos principales de la iglesia. Su madre le dedicó una sonrisa alentadora. Tras ellos estaban los familiares de Dominic: lady Theresa y el hermano de esta, William Landish, que acababa de llegar con sus dos hijos del continente. Jocelyn no había tenido ocasión de tratar demasiado con él, pero parecía un hombre de carácter serio y dominante. Apartó la mirada de él y estrechó los ojos al fijarse en su futura suegra. Durante las últimas semanas, se había convencido a sí misma de que era lady Theresa la que estaba detrás de todo; ella la que había orquestado aquella confesión de la doncella alemana, ella la que había enviado al extranjero de la cara picada a intimidarla. Era una mujer implacable, codiciosa, deseosa de mantener su posición social. La herencia de tía Emily, cuyos réditos ahora podría administrar su hijo como cabeza de familia, le garantizaría eso y más.

Te odio, pensó Jocelyn fulminándola con la mirada.

El sacerdote les indicó que intercambiasen los anillos. Jocelyn observó como la fría alianza entraba en su dedo poco a poco, centímetro a centímetro. Era muy fina, de plata, muy diferente al vistoso anillo con una piedra corazón que Daniel le había regalado en el jardín. Reprimió el impulso de echarse a llorar

—Y lo que Dios ha unido que ningún hombre lo separe. Milord, ya puede besar a su esposa.

Dominic se inclinó hacia ella y sus labios rozaron su boca con ternura. Fue un beso delicado y cariñoso que a ella le partió el corazón. Aquella boda era un error, una traición tanto a sí misma como al pobre Dominic, ignorante de los complots que se cocían a sus espaldas. No albergaba ninguna duda acerca de la inocencia de su amigo en todo aquel disparate.

Las rodillas le fallaron y hubiera caído si Dominic no la hubiese sujetado delicadamente por los hombros. Lo miró agradecida y se aferró fuertemente a su brazo para salir de la Iglesia.

El banquete de bodas fue opíparo, pero para Jocelyn transcurrió como en un sueño. Al igual que en la fiesta de compromiso, atendió con corrección a sus invitados y bailó con Dominic y después con su padre. Se comportó como una perfecta anfitriona. Sin embargo, estaba muerta por

dentro.

Más tarde se trasladaron a la que iba a ser su nueva casa: Vanhill Park, una mansión en plena campiña, de encantadoras ventanas circulares, tejados picudos y un inmenso jardín atravesado por un arroyo. Era un paraíso adquirido con parte del dinero de tía Emily, y en otras circunstancias Jocelyn hubiera estado encantada de convertirla en su hogar, pero ahora era incapaz de encontrar belleza en ella. Se retiró a sus habitaciones pretextando cansancio y rechazando la ayuda de su doncella. Estaba secándose las lágrimas con un pañuelo cuando su esposo apareció de improvisto en la habitación, en mangas de camisa y con expresión preocupada. Jocelyn se puso tensa. Había dado por sentado que dormirían en habitaciones separadas; no había nada romántico en su relación y ahora, menos que nunca, estaba dispuesta a consentir que lo hubiera. ¿Acaso el barón pensaba exigir sus derechos conyugales? Se quedó mirándolo con expresión pétrea mientras él hincaba una rodilla en el suelo y le tomaba la mano con delicadeza.

—Bien. ¿Vas a explicarme ahora a qué ha venido todo esto?

—No te entiendo... —Ella rehuyó su mirada.

Dominic meneó la cabeza.

—Después de mi... bien, de mi petición de mano te pasaste días evitándome y de pronto enviaste un mensaje avisándome de que deseabas anunciar nuestro compromiso de un modo atolondrado y presuroso, nada propio de ti. Algo ha tenido que pasar para actuar así. Me he dejado llevar por tus deseos, sin preguntas ni reproches. ¿No crees que me merezco una explicación?

Ella lo miró con pena. Era cierto, se había comportado como un buen amigo, siguiéndola en su locura de anunciar un compromiso tan precipitado. No se merecía su silencio. Y, sin embargo... ¿cómo confiar en él? No podía. No aún. No se sentía preparada para recordar en voz alta lo sucedido en los últimos días.

Sabiendo que se estaba comportando de un modo injusto, le puso la mano sobre el hombro.

—Algún día lo haré, te lo juro, Dominic. Pero no hoy.

Él la miró durante largo rato. Después, con un suspiro, la besó en la mejilla y se levantó.

—Está bien. Acepto tu decisión y no insistiré. Sé que el amor no está presente en nuestro matrimonio, pero la amistad debe estarlo siempre. Mañana nos reuniremos con Abelard para poner en marcha el proyecto de Los Cedros. Te apoyaré en tu sueño, tal como te prometí. Y jamás te forzaré a hacer nada que no quieras. Y cuando digo nada, es nada. Vi tu cara de susto cuando entré en esta habitación.

Jocelyn sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No se merecía a aquel hombre amable y comprensivo que estaba dispuesto a hacer su camino más llevadero.

—Gracias —murmuró. Él comenzó a alejarse y ella lo detuvo en la puerta—. ¿Podrías quedarte esta noche conmigo?

—Por supuesto.

Se recostaron juntos en la cama, mirando al cielo estrellado. Una vez más, Jocelyn se sintió admirada del modo en que su presencia lograba tranquilizarla. Había sido criada para creer que entre un hombre y una mujer solo podía existir la pasión o la indiferencia, que damas y caballeros no podían compartir alcoba sin sentirse asaltados por deseos lujuriosos; pero con Dominic solo se sentía protegida. Adivinó que a él le sucedía algo similar: ambos tenían la mente muy lejos de allí y en su mutua compañía solo podían encontrar consuelo.

Mucho más tarde, casi de madrugada, Jocelyn entreabrió los ojos, a medio camino entre el sueño y la vigilia. Dominic dormía a su lado con las facciones relajadas, respirando profundamente. Le pareció distinguir una sombra de pie frente a los rescoldos del fuego de la

chimenea, pero cuando se incorporó para mirar, esta ya se había desvanecido. Había sido solo un sueño, uno de tantos cuyo destino era quedar reducidos a cenizas.

CAPITULO 19

La recuperación de Daniel fue lenta y laboriosa. Las heridas cerraron y se convirtieron en cicatrices largas y rojizas que apenas le incomodaban ya cuando las veía en un espejo. Se habían convertido en parte de él, en un recordatorio de que ahora su único propósito era la venganza.

Las heridas internas tardaron mucho más en sanar. Pensar en Jocelyn le dolía tanto que apenas podía soportar pronunciar su nombre en voz alta. La mujer que había amado, aquella por la que había atravesado océanos para regresar a su lado, lo había traicionado del modo más vil y rastroso. Seguía sin comprender sus motivaciones. Su encuentro en el jardín le había parecido real, sus abrazos y sus caricias tan apasionadas como siempre ¿Cómo podía vivir con eso sobre sus hombros? Daniel ni siquiera se atrevía a plantear una respuesta para esa pregunta.

Bridget lo atendía solícita, lavando sus heridas y dejándole a solas cuando la ira y la frustración lo dominaban y solo era capaz de vagar por los alrededores de la cabaña gritando hasta quedar extenuado. Ella cazaba y pescaba y se encargaba de la supervivencia de ambos. Daniel no comprendía por qué aquella muchacha tan peculiar había decidido ocuparse de un lord caído en desgracia, pero le estaba muy agradecido.

—¿Sabes qué me resulta más difícil de perdonar? —confesó Daniel una noche mientras asaban un conejo en las ascuas de una hoguera—. El hecho de que han acabado con la persona que yo era. Antes, incluso en los peores momentos de mi cautiverio en la bodega de los piratas, yo era capaz de conservar la esperanza. Ahora no queda ni un resquicio de aquel Daniel inocente y confiado. Donde antes nacía mi amor por Jocelyn ya solo queda un páramo yermo incapaz de alimentar nada que no sea el odio más puro.

Bridget lo miró pensativa, mordisqueando un hueso.

—A veces odiar no es malo —dijo como para sí—. El amor nos adormece, pero el odio es un fuego tan abrasador que nos mantiene alerta, no nos deja descansar hasta que logramos nuestro objetivo.

—Mi único objetivo es la venganza.

Bridget se inclinó hacia él, como si hubiera estado esperando ese momento para hacerle una confidencia.

—Ayer, cuando fui a por provisiones alguien me entregó un mensaje de MacKellaig. Sabe que estás casi recuperado y quiere verte. Está en Edimburgo con algunos de sus hombres. Si alguien puede ayudarte en tu objetivo, si alguien puede alentar ese fuego que tienes y convertirlo en una gran hoguera, es él.

—Parece que le tienes en gran estima.

—No soy la única. Los que se cuentan entre sus amigos son pocos y de los que le han traicionado...no creo que quede en Inglaterra ninguno para contarle. A mí me recogió de las calles cuando solo era una mocosa asustada y me enseñó todo lo que sé. Ha sido como un padre para mí.

Daniel se puso en pie. No tuvo que pensar demasiado para tomar su decisión.

—Está bien.

Se pusieron en camino dos días después. Bridget había conseguido dos monturas en algún lugar; un par de caballos no muy jóvenes, pero aún fuertes y resistentes. Daniel llevaba sobre el ojo derecho un parche hecho con un trozo de sábana vieja y al principio le resultó extraño manejarse con un solo ojo, como si el mundo de pronto se hubiera empequeñecido. Sin embargo, el aire puro y la marcha le sentaron bien. Atravesaron los verdes campos de Inglaterra, adentrándose a través de bosques y terrenos de labor y deteniéndose a descansar en humildes fondas al pie del camino. Daniel supo que habían atravesado la frontera escocesa cuando comenzaron a ver brezales mezclados con bosques tan frondosos que apenas dejaban pasar la luz, colinas cubiertas de musgo y rebaños de ovejas que pastoreaban entre las brumas. Antes de que pudiera darse cuenta, estaban atravesando las murallas de la ciudad, adentrándose por callejas más oscuras y estrechas que las de Londres.

Bridget hizo detenerse a los caballos ante una taberna por cuya puerta entreabierta se colaban voces y carcajadas. Tenía sobre la fachada un destartelado cartel que mostraba el dibujo de un cerdo de afilado hocico al que le faltaba una pata.

—El Jabalí Cojo —informó Bridget—. El peor antro de todo Edimburgo. Si entrases tú solo, te rebanarían el cuello y te vaciarían los bolsillos antes de que pudieras abrir la boca para pedir socorro.

El interior era oscuro y asfixiante y estaba a rebosar de borrachos, prostitutas con los pechos al aire, malhechores y desharrapados. Hedía a vino barato. Muchas miradas se fijaron en ellos, turbias y amenazantes, pero por algún motivo la presencia de Bridget era lo bastante disuasoria y nadie los molestó.

La muchacha lo guio hasta el fondo de la taberna. Subieron por una estrecha escalera y llegaron hasta un sucio corredor lleno de cuartuchos reservados para los clientes. Bridget empujó una puerta y entraron en una sala en la que había varios hombres en torno a una gran mesa de madera, todos dando buena cuenta de grandes jarras de cerveza negra cuya espuma rebosaba hasta formar charcos en el suelo. Su aparición causó conmoción. Por un momento, todos se quedaron petrificados, pero al instante un hombre pelirrojo de cuerpo nervudo se levantó de un salto y un cuchillo emergió de su cinturón como por arte de magia. Tomó a Daniel por el cuello y él sintió la frialdad del acero justo encima de su yugular.

—¡Maldito seas, Malcolm! ¿Qué crees que haces, necio? —Bridget golpeó la mejilla del hombre con el dorso de la mano, dejando una marca escarlata en su piel pálida. Por un momento, ambos se miraron furibundos.

—¿Qué crees que haces tú, trayendo a este petimetre a nuestra guarida? ¡Salta a la vista que es un inglés, y uno de alta alcurnia, nada menos, a juzgar por esas manos tan pálidas y finas! Aunque lleve un parche de corsario, es un noble, se nota.

—¡Silencio todo el mundo! —bramó otra voz desde la mesa.

Todos se giraron hacia el que había hablado. Daniel observó que se trataba de un anciano encorvado, de piel cetrina similar al cuero curtido y ojos verdes, claros e inteligentes que lo observaban con expresión impenetrable. Había algo en él que exudaba autoridad. Era flaco y pequeño, y no le llegaría a Daniel ni a la barbilla, pero a su lado sobre la mesa descansaba una daga de empuñadura de plata y Daniel tuvo la completa seguridad de que el hombre sabía como usarla.

—Explícate, Bridget. ¿Quién es este desconocido que nos traes? —solicitó con voz ronca.

—Es de confianza, MacKellaig. Se trata del hombre del que te hablé, Daniel Redfern, vizconde Dunnam.

—Lo que yo decía. Un repelente aristócrata —escupió Malcolm entre dientes.

—Aristócrata, sí, pero es de fiar —repitió Bridget con voz firme—. Debéis oír su historia antes de juzgarlo.

—Lo haremos, no te quepa duda —atajó MacKellaig—. Pero primero vayamos a lo importante. Bridget, ¿qué nos traes hoy?

Daniel contempló como la joven sacaba de su zurrón un puñado de monedas de oro y joyas de lo más variopinto: collares de plata, medallones de oro, broches e incluso un cáliz que debía haber pertenecido a alguna iglesia. Boquiabierto, reconoció entre el botín varias pulseras de cuentas que recordaba haber visto adornando las manos de la dueña de una fonda en la que se habían detenido durante su viaje. No cabía duda de que la habilidad de Bridget como ladrona era incuestionable.

—¡Ah!... Maravilloso, querida. —Las manos de MacKellaig se cerraron como garras en torno a las joyas—. Este es el diezmo de la Cofradía —añadió dirigiéndose a Daniel. Todos nuestros miembros han de aportarlo a cambio de nuestra protección. Ahora, sentaos los dos y oigamos lo que tenéis que decir.

Durante la hora siguiente, Daniel y Bridget se turnaron para contar toda la historia. Le hablaron a MacKellaig del abordaje, el cautiverio de Daniel, su rescate, su estancia en Nantes, la traición y el ataque que había sufrido. El anciano permaneció en silencio, con las manos juntas sobre la mesa, rodeado por aquellos hombres que no escondían lo que eran: malhechores, hombres de miradas torvas vestidos con remiendos o, como en el caso de Malcolm, con los torsos desnudos y brillantes de sudor.

Cuando terminaron su relato MacKellaig se quedó un largo rato en silencio, acariciando con un dedo nudoso el filo de su daga.

—¿Y qué quieres de nosotros, lord Redfern? —preguntó al fin.

—Venganza. Quiero ver caer a todos los que me hicieron esto. —Daniel no titubeó en su respuesta.

—¿Y por qué habríamos de ayudarte? No nos relacionamos con los de tu clase. Bien es cierto que algunos de los tuyos llaman de vez en cuando a mi puerta cuando desean encargar algún trabajo... delicado. —Hizo brillar sus dientes en una sonrisa torcida—. Pero los miembros de la Cofradía no confiamos en la aristocracia; en sus filas se ocultan las peores alimañas de todo el Reino.

—MacKellaig... —Bridget trató de formular una objeción, pero el anciano alzó una palma callosa para hacerla callar, sin apartar la mirada de Daniel.

—¿Tienes oro? —le preguntó—. Como hijo de un lord, has de tener una bolsa bien surtida y el oro mueve voluntades. ¿Por qué no recurres a la justicia para tratar de reparar el agravio que te han hecho? Sin duda la Corona de Inglaterra no se negaría a escuchar los alegatos de uno de sus pares.

Daniel meditó su respuesta. Intuía que debía pensar muy bien qué iba a decir, pues de sus palabras dependería que le ayudasen o le expulsasen con cajas destempladas.

—No tengo oro ni propiedades, puesto que mi herencia está ahora en manos de un familiar lejano. Quizá, como dices, podría luchar por recuperar lo mío, pero no deseo hacerlo. He perdido la confianza en los de mi clase. Como bien has dicho, entre sus filas se esconden las peores alimañas de Inglaterra y no tengo el más mínimo deseo de continuar engrosándolas. Como ves, no puedo pagaros por vuestra ayuda, pero si me dais vuestro apoyo, obtendréis a cambio mi lealtad. Siempre podréis contar conmigo y os serviré en todo lo que requiráis de mí. Os lo juro por mi honor.

El anciano le sostuvo la mirada durante lo que a Daniel le parecieron horas. Sus ojos agudos y

astutos parecían querer leerlo por dentro. Finalmente, tomó una decisión.

—La Cofradía ha de pronunciarse —zanjó barriendo con la mirada a sus hombres—. La decisión debe ser unánime. ¿Quién vota que sí?

Un rumor sordo recorrió al grupo de hombres. Daniel los contempló nervioso, esperando que votasen por el sistema de mano alzada, pero al parecer ellos tenían sus propias reglas. Bridget fue la primera en actuar. Extrajo de su bota un puñal y lo lanzó a la pared de enfrente con un impulso certero. El arma quedó clavada entre dos tablas. Al parecer, eso era un sí.

—¿Cómo sabemos que no nos delatará si lo incluimos? —preguntó un hombre de anchas espaldas y cabello ensortijado

—¿Confías en mí, Angus? —preguntó Bridget.

—Sabes que sí.

—Entonces yo respondo por él. No nos traicionará, te lo aseguro.

Tras un ligero titubeo, el puñal de Angus fue a clavarse en la pared junto al de Bridget. Siguieron tres más. Otro de los hombres, un joven desgarbado de mejillas curtidas, miró a Daniel con desconfianza.

—¿En qué podrías sernos útil, inglés? ¿Sabes manejar la espada, el hacha, la daga acaso?

—No sé nada de eso —admitió Daniel—. Pero conozco por dentro a la nobleza. Sé cómo piensan, conozco sus motivaciones. He sido uno de ellos durante mucho tiempo.

—Una habilidad singular, sin duda —corroboró MacKellaig en voz baja desde su rincón.

—Y sabe de letras y números, como buen hijo de lord —añadió Bridget—. Eso también es útil, Craig.

—Con un solo ojo, no sé yo si podrá hacer muchas cuentas —rezongó Craig, pero aun así su cuchillo cruzó el aire para reunirse con los demás. Uno tras otro, el resto de los miembros de la Cofradía lanzaron sus armas, declarando con ello su aceptación. Solo Malcolm se demoró unos instantes más, observando de reojo a Daniel.

—Esta bien —dijo al fin—. Pero debe pasar el bautismo de sangre, como hemos hecho todos —añadió mirando a MacKellaig.

—Lo hará, no te quepa duda. —El anciano hizo una mueca—. Bienvenido a la Cofradía del Norte, Daniel Redfern. Tienes mucho que aprender y si contribuyes, llegado el momento la Cofradía te ayudará en tu venganza.

Los hombres se adelantaron para estrecharle la mano y palmearle la espalda. Alguien le puso una jarra de cerveza en la mano. Para Daniel, fue un momento muy extraño que jamás había imaginado que llegaría a vivir. Él, que había vivido entre la pompa y el boato, compartía ahora bebida con aquellos desharrapados que le prometían su ayuda. Con Bridget a su lado, bebiendo cerveza como una más, se sintió parte de algo por primera vez en mucho tiempo.

Al día siguiente, tras haber pasado la noche en uno de los incómodos catres de la fonda, Daniel despertó con unos fuertes golpes que hicieron retumbar las paredes. Cuando se levantó a abrir, somnoliento, se encontró con Malcolm al otro lado de la puerta. Su pelo zanahoria brillaba y parecía haberse afeitado a golpe de navaja. Tenía un aspecto menos torvo que la noche pasada, pero en otros tiempos lo hubiera evitado de cruzárselo en un callejón oscuro.

—Vamos. MacKellaig te espera. El bautismo de sangre va a comenzar.

Daniel no había podido dejar de preguntarse en qué consistiría esa prueba de nombre tan tétrico. Se vistió lo más rápido que pudo y lo siguió por las retorcidas escaleras. Por el camino, Malcolm le ofreció una petaca de cuero.

—Bebe. Te será útil para aligerar el miedo.

—No tengo miedo.

—¿Seguro? —Su voz era burlona, pero también había una traza de amabilidad. Daniel aceptó el trago, un licor fuerte que le hizo lagrimear.

El zaguán estaba desierto, a excepción de los taberneros y algunos borrachos que aún dormían. MacKellaig lo esperaba junto a la puerta, y Daniel se sintió levemente decepcionado al no ver a Bridget con él.

—¿En qué consiste el bautismo de sangre? —preguntó al anciano.

—Ahora lo verás.

Acompañados de Malcolm, salieron a la calle neblinosa. Era una mañana fría y el sol parecía no decidirse a salir. Caminaron juntos por callejuelas tan laberínticas que Daniel no hubiera sido capaz de encontrar el camino de regreso hasta llegar a una plaza que acogía un bullicioso mercado tras cuyos puestos y paradas se ofrecían sacos de avena y alfalfa, pescado seco, hortalizas y pastelillos de carne de cerdo. La mezcla de olores en el aire era apabullante y las voces de clientes y vendedores retumbaban. Era la primera vez que Daniel contemplaba tan de cerca un mercado de pobres y se quedó aturdido por un momento, mirando a un lado y al otro.

MacKellaig le hizo volver en sí dándole un codazo en las costillas.

—Mira bien a ese hombre que se acerca por tu izquierda —siseó—. El de alzacuellos grisáceo y nariz aguileña.

Daniel obedeció. Se trataba de un sacerdote rechoncho, de sucia sotana y gesto avinagrado que avanzaba entre la multitud abriéndose paso con sus manos amplias como palas.

—Tiene algo que no le pertenece. Un anillo de oro. Y debes recuperarlo.

—¿Te lo ha robado? —A Daniel le costaba creer que ese hombre hubiera podido burlar a alguien como MacKellaig.

—A mí, no. Ese anillo pertenece a una buena mujer que conozco y aprecio. Es una pobre anciana que lo perdió todo tras quedarse viuda y esta era la última joya familiar que le quedaba. Ese párroco, que era su confesor, se lo arrebató sin miramientos y se burló de ella. Cuando ella intentó que se hiciera justicia... En fin, ¿quién iba a creer a una pobre mujer contra un miembro de la Iglesia?

Daniel apretó los labios. Al parecer, las injusticias se sucedían por doquier.

—¿Qué debo hacer? ¿Robárselo?

Una daga tan fina como una aguja de coser emergió del bolsillo de MacKellaig.

—Puedes robárselo sin más, si lo deseas. Tú decides. Pero recuerda que las mentiras de los poderosos pesan más que las verdades de los pobres. Algunas lenguas es mejor silenciarlas.

Con un escalofrío, Daniel comprendió de pronto por qué a aquella prueba se le llamaba «bautismo de sangre». Tomó la daga. Los nervios se le acumulaban en el estómago, pero su determinación era mayor. Comenzó a avanzar por entre la riada de gente, aguzando su único ojo para no perder de vista su objetivo. Cuando lo tuvo a pocos pasos, aparentó tropezar y chocó de bruces contra su grueso estómago. Mascullando una disculpa, le sujetó la mano izquierda y extrajo el anillo de un tirón. De inmediato, vio brillar la alarma en los ojos del cura y su mano voló bajo la sotana, donde abultaba un arma. Daniel fue más rápido: su brazo se movió como impulsado por una fuerza que nacía de su odio y la afilada daga se hundió en el vientre de su víctima con tanta facilidad como si atravesase un bloque de manteca. Sintió que el cuerpo del cura se volvía flojo contra él y antes de verlo caer al suelo continuó su marcha a través del mercado a toda velocidad. Pronto oyó los gritos a sus espaldas.

—¡Auxilio! Lo han apuñalado.

—¡Ha sido él! ¡El hombre del parche!

Daniel apresuró el paso. Algunos hombres fueron tras él con palos y garrotes, dispuestos a

capturarlo y entregarlo. De pronto, un puesto de naranjas se derrumbó a sus espaldas y los frutos rodaron por todas partes, haciendo que sus perseguidores tropezasen y cayesen entre los gritos iracundos del tendero. Daniel aprovechó para escabullirse a un callejón oscuro, con el corazón martilleándole en el pecho. Antes de perderse en las sombras, distinguió la pelirroja cabellera de Malcolm, que le hizo un saludo jovial sujetando todavía el cuchillo con el que había cortado las cuerdas que sujetaban el puesto de naranjas.

MacKellaig tenía razón: los miembros de la Cofradía se ayudaban entre ellos.

El anciano lo esperaba en la puerta de la taberna y aceptó el anillo con gesto impasible.

—Lo he conseguido.

—Ahora ya eres uno de nosotros.

Durante las semanas siguientes, Daniel esperó a que el arrepentimiento por lo que había hecho hiciese mella en él. Esperó durante días y noches, pero jamás llegó.

Supo entonces que Daniel Redfern, el heredero del vizcondado de Dunnam, había muerto del todo.

SEGUNDA PARTE

“LA VENGANZA”

CAPITULO 20

Ocho años después

Apenas había amanecido, pero Jocelyn ya llevaba despierta varias horas. Sentada junto a la ventana, bordaba un enorme mantel en punto de filigrana. Años atrás solían aburrirle ese tipo de labores, pero ahora encontraba una extraña paz en el vaivén de la aguja. Eso era a todo a lo que aspiraba: una vida rutinaria, sin sobresaltos ni cambios. Una vida melancólica y tranquila.

La aguja se le clavó en el dedo haciendo brotar una gota de sangre y ella suspiró y apartó la labor. Los primeros rayos de sol se filtraban por la ventana. Jocelyn levantó la mirada y captó su propio reflejo en el espejo. Su rostro estaba más delgado que antes y parecía más pétreo que nunca. Era la expresión de alguien que ya lo había perdido todo.

Se acercó al escritorio de palisandro y abrió un minúsculo cajón del que sacó un paquetito envuelto en tela de raso. Lo desenvolvió y el anillo con la piedra azul en forma de corazón que Daniel había deslizado en su dedo ocho años atrás quedó a la vista en la palma de su mano. Una lágrima se deslizó por su mejilla y cayó sobre la alhaja. A su lado en el cajón, cuidadosamente doblada, estaba la chaquetita que había tejido tanto tiempo atrás para el bebé que se había malogrado, la misma que había estado oculta en el jardín de sus padres y que ella había desenterrado para llevarla consigo tras su boda con Dominic. Aquellos dos objetos representaban sus sueños perdidos, sus ilusiones marchitas. Eran la memoria de Daniel Redfern, a quien había amado y perdido no una, sino dos veces. Había sido una burla cruel del destino haberlo recuperado solo por unas pocas horas para tener que desprenderse de él de un modo tan brutal. Se sentía como la protagonista de una mala partida de cartas en la que siempre le tocaba la peor mano.

Cerró el cajón y respiró hondo. Tras la puerta, los ruidos de la servidumbre comenzando sus tareas diarias le recordaron que comenzaba un nuevo día en Vanhill Park y la rutina reclamaba su presencia como señora de la casa. Lo cierto era que los últimos ocho años habían sido para ella como un erial en el que, más que vivir, se había limitado a dejarse llevar por la corriente. Dominic y ella no habían vuelto a compartir lecho desde aquella primera noche y un gran abismo plagado de silencios se había ido abriendo poco a poco entre ellos. Dominic seguía siendo el mismo hombre dulce, amable y amistoso pero la facilidad que habían tenido antes para hacerse confidencias parecía haberse disipado. Se trataban como dos hermanos, corteses y distantes. Jocelyn sabía que la adicción al opio de su esposo había aumentado durante los últimos años, que se refugiaba cada vez más en la falsa sensación de calma y consuelo que otorgaba la droga. Ella, perdida en su propia melancolía, no sabía como ayudarlo. El dolor que la embargaba tras la huida de Daniel, la incertidumbre sobre su paradero, eran su propia maldición. En los meses siguientes a su boda había intentado hacer averiguaciones, lanzando preguntas discretas aquí y allá e incluso pagando a hombres de confianza para que buscaran por todo Londres. Todo había sido en vano. Lady Theresa había muerto víctima de unas fiebres solo tres meses después de la boda de su hijo, llevándose a la tumba lo que Jocelyn todavía consideraba como una gran traición por parte de su

suegra. En cuanto a Daniel, parecía haberse esfumado de la faz de la tierra.

Había tratado de evadirse con su labor en Los Cedros. El hogar para mujeres y niños llevaba varios años en marcha y le había proporcionado muchas satisfacciones; había visto nacer a decenas de niños y a sus madres prosperar y conseguir empleos en la comarca, como doncellas o cocineras. Sin embargo, en los últimos meses, también Los Cedros se había convertido en una fuente de preocupaciones pues los fondos con los que contaba para su financiación y buen funcionamiento habían comenzado a escasear. Al principio de su matrimonio, Dominic se había ocupado con buen juicio de las finanzas familiares, administrando la herencia de tía Emily y tratando con los arrendatarios de la finca. Pero muy pronto, el barón había comenzado a delegar sus funciones en su tío William, que no había regresado al continente tras la boda y había alquilado una propiedad cercana a Vanhill Park en la que vivía con sus dos hijos. Dominic confiaba mucho en el criterio de su tío, a pesar de su lastimosa tendencia a aventurarse en extravagantes negocios que habían hecho desaparecer buena parte del patrimonio familiar. Con los años, Jocelyn había aprendido a aborrecer a William Landish y si soportaba su presencia era solo por Caroline, su hija menor, una jovencita dulce y tímida que se había convertido en una gran amiga para ella. La última locura de Landish había sido la compra de varios solares en Londres en los que esperaba construir para transformarlos en una atractiva zona comercial que rivalizase con Mayfair; un proyecto para el que todavía precisaba inversores.

Y mientras tanto, Los Cedros adolecía de falta de fondos, recordó Jocelyn con amargura.

Sentada ante el escritorio, estudió las últimas cifras de la contabilidad del centro hasta que los números comenzaron a bailar ante sus ojos. Cada día que pasaba había más deudas. ¿Cómo era posible que el chorro de la herencia de tía Emily hubiera menguado hasta convertirse en un tenue hilillo?

Sonaron dos leves golpes en la puerta y la señora Bowen entró llevando una bandeja con el desayuno.

—Sabía que te encontraría repasando esos papeles. Te vas a dejar los ojos, si sigues así.

—Tengo que conseguir cuadrar estas cuentas. —Jocelyn levantó las manos, exasperada—. Tengo que encontrar una solución, Aggie. Hay tablas sueltas en casi todos los cuartos y el alero se está viniendo abajo. Y necesitan leña para el próximo invierno.

—Come. —La mujer depositó la bandeja sobre la mesa—. Se piensa mejor con el estómago lleno. ¿Por qué no te ayuda tu esposo con esos asuntos?

Jocelyn le dirigió una mirada elocuente. Si alguna vez Dominic había tenido habilidades para gestionar el patrimonio, se habían diluido tiempo atrás en un mar de apatía y melancolía. Y en cuanto a Landish, se empeñaba en vivir como si todavía pudieran permitirse extravagancias.

—No es esta la vida que querías vivir, ¿verdad? —le dijo con cariño el ama de llaves.

—No, pero quizá sea la que merezco.

—No digas eso.

—Hablemos de otros temas, Aggie. —Jocelyn forzó una sonrisa—. Sé que ayer estuviste en la ciudad. ¿Hay algún cotilleo jugoso? Tienes oídos capaces de atravesar paredes.

—Los compromisos, duelos y cortejos de siempre. —Aggie titubeó—. Aunque...

—¿Sí?

—Me he enterado de que alguien ha comprado por fin la antigua mansión del vizconde Dunnam.

Jocelyn dio un respingo. La casa de la infancia de Daniel, que había pasado a manos de un pariente lejano, llevaba años en venta pues su dueño se había trasladado a Gales.

—¿Quién va a vivir en ella? —preguntó mirando fijamente al ama de llaves.

—No lo sé. He oído rumores de que un extranjero ha hecho una magnífica oferta, pero no estoy bien enterada.

A Jocelyn se le encogió el corazón. Si aquella horrible confesión de la doncella alemana nunca hubiera existido, esa habría sido la casa donde Daniel y ella habrían vivido y criado a sus hijos. Ahora pasaba a manos extranjeras que jamás sabrían lo cruel que había sido el destino con su antiguo dueño.

Tratando de sobreponerse, dejó la taza vacía sobre la mesa y salió de la habitación. No merecía la pena pensar en las miserias del pasado: el presente tenía ya suficientes problemas que resolver. En el pasillo se cruzó con William Landish, que caminaba con aires de gran dueño con el periódico en la mano. Jocelyn frunció el ceño; a pesar de que el tío de su esposo tenía su casa a pocas millas, no desaprovechaba la oportunidad de visitar su mansión cada vez que podía, e incluso desayunaba y cenaba con ellos varias veces por semana. Jocelyn solo toleraba su presencia por la amistad que le unía a la joven Caroline.

—Buenos días, sobrina —saludó él con ese tono untuoso que tan poco le gustaba—. Tienes mala cara. ¿No has dormido bien? Yo llevo horas despierto, esta tarde iré a cazar con lord Ashton.

Jocelyn hizo una mueca. Patrick Landish, el primo de Dominic, había logrado encandilar (o más bien engatusar, tal como Jocelyn prefería decir) a lady Lillian Ashton, una joven muy inocente y poco agraciada que había caído sin remedio en sus redes. Tenían previsto casarse el mes siguiente y William Landish no cabía en sí de gozo: por fin había conseguido para su hijo uno de sus mayores deseos: emparentar con la aristocracia local.

—¿Dónde está mi esposo? —preguntó Jocelyn con sequedad sin responder a su saludo.

—Todavía en su recámara. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Las cuentas de Los Cedros van de mal en peor —dijo ella en tono acusatorio—. Necesitamos más fondos para hacer frente al próximo invierno y el dinero parece escasear cada vez más.

William se encogió de hombros con desinterés.

—Ese proyecto es como un colador, querida. Está lleno de agujeros. Si quieres mi opinión, mi sobrino fue un necio al consentir poner en marcha tal majadería.

—El proyecto se financió con *mi* dinero —reprochó Jocelyn llena de furia.

—Por supuesto, por supuesto. —Landish hizo un ademán conciliador—. Pero ya sabes que según las leyes del Reino corresponde a los esposos administrar el patrimonio familiar. Intenta no preocuparte demasiado, querida. Además, pronto cambiará nuestra suerte. He conocido a un inversor que hará que nuestros problemas de fondos desaparezcan como por ensalmo.

—¿Un inversor? —Jocelyn lo miró con escepticismo.

—Un escocés muy rico que piensa apoyar nuestros negocios. Confía en mí, sobrina. Con lo que ganemos, podremos convertir esa casa tuya en un verdadero palacio.

Se alejó por el pasillo y Jocelyn reprimió el impulso de propinarle una patada en sus engreídas posaderas. Se puso una chalina sobre los hombros y salió de la casa. Empezó el camino hacia Los Cedros bajo un sol agradable, recorriendo caminos llenos de flores que le levantaron el ánimo. La construcción apareció ante su vista nada más doblar un recodo. Año tras año, ella se había esforzado por hacer de la vieja rectoría un lugar habitable, y su corazón se llenó de orgullo al verla, a pesar de que las carencias de los últimos tiempos comenzaban a notarse en sus paredes desconchadas y en el jardín poco arreglado.

La señora Morton, la directora, le salió al encuentro muy agitada.

—Milady, cuánto me alegro de verla...

—¿Algún problema, Juliet?

—Nada fuera de lo habitual. Bueno, el pequeño Paddy ha vuelto a escaparse y...

Jocelyn resopló. El pequeño Paddy era uno de los huérfanos que vivían en Los Cedros. Su madre había fallecido en el parto y el niño se criaba allí a la espera de conseguirle un oficio cuando creciese. Era un niño adorable pero muy terco, que tenía tendencia a escaparse aprovechando cualquier distracción y pasaba horas vagando por el campo hasta que se decidía a volver. Ni las regañinas ni las buenas palabras parecían tener efecto alguno con él.

—Esperemos que regrese antes de la cena. Está empezando a refrescar —comentó Jocelyn con preocupación.

Unas voces que resonaban al otro lado de la colina llamaron su atención. Para su sorpresa, Paddy regresaba ya de buen grado y no lo hacía solo, sino de la mano de una mujer morena de cabellera ensortijada.

—¡Oh! Esa es nuestra nueva maestra. ¡Es una suerte que lo haya encontrado! —dijo la señora Morton.

—¿Nueva maestra? Creí que no podíamos permitirnos contratar a nadie más.

—Ha aceptado un salario muy bajo y nos viene muy bien otro par de manos... —La señora Morton encaró al chiquillo con los brazos en jarras—. ¿Ya estás aquí, diablillo? ¿Qué vamos a hacer contigo?

—El niño ha prometido que no volverá a escaparse. Y acaba de aprender que las promesas siempre han de cumplirse, ¿verdad, Paddy? —preguntó la nueva maestra con un guiño y una sonrisa.

—Sí, señora. Por supuesto, señora. —El pequeño la miraba con veneración—. No volveré a escaparme, milady —agregó dirigiéndose a Jocelyn.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. —Jocelyn contempló como Paddy se alejaba hacia la casa con la señora Morton y después se volvió hacia la recién llegada. Era una mujer joven de brillante cabello azabache, ojos expresivos y labios gruesos que exhibían una mueca de determinación y seguridad en sí misma.

—Bueno, no sé cómo lo has hecho, pero lo tienes comiendo de tu mano. Y es un niño muy tozudo. Se nota que conoces tu trabajo.

La nueva maestra hizo una ligera reverencia.

—Sin duda, milady. Siempre me enorgullezco de hacer bien mi trabajo.

—Bienvenida a Los Cedros ¿Cuál es tu nombre?

La mujer sonrió.

—Bridget, milady. Me llamo Bridget Ladd.

CAPITULO 21

Anocheceía en Londres y la calle estaba envuelta en brumas. Dos ladronzuelos que no tendrían más de catorce años atisbaban desde un rincón con ojos ávidos, en busca de alguna presa fácil. Un hombre que caminaba solo llamó su atención. Era alto y espigado y seguro que entre sus caras vestiduras se escondía una bolsa llena de oro. Tenía el pelo rubio y rizado recogido en la nuca y una barba del mismo color. Los pilluelos se dieron codazos entre sí, presagiando un buen golpe. Entonces el hombre se acercó más y ellos se quedaron paralizados. Quizá fue su pose arrogante que rezumaba peligro e inspiraba respeto, o quizá su rostro curtido por el sol en el que destacaba un parche de fino terciopelo que le cubría el ojo derecho. El izquierdo miraba al frente, de un azul cobalto, y a los ladronzuelos esa mirada les dio escalofríos.

Sin necesidad de hablar entre ellos, se lo pensaron mejor y pusieron pies en polvorosa.

Daniel observó la maniobra de los rateros y esgrimió una sonrisa torcida. Listos muchachos, habían actuado bien, o de lo contrario, ahora estarían rogando por su vida. Parecían tener olfato y quizá llegasen lejos, del mismo modo que había hecho él.

En los últimos ocho años, lord Daniel Redfern, vizconde de Dunnam, había desaparecido por completo. En su lugar había surgido un hombre nuevo, que había sobrevivido y prosperado en los bajos fondos. De la mano de MacKellaig había forjado una voluntad de hierro y un carácter inexorable. Había luchado en combates cuerpo a cuerpo, había aprendido a luchar con los puños y con puñales, a disparar, y adoptado como suyo el código de conducta de la Cofradía: vivir con valentía, luchar con honor y morir de pie.

A base de esfuerzo, se había ganado el respeto del resto de los miembros de la Cofradía y MacKellaig había llegado a confiar en él para encargarle golpes importantes. Había viajado sin cesar y, a menudo, pensaba que era irónico que sus ansias de ver mundo se hubiesen cumplido de ese modo: como un hombre que vivía al margen de la sociedad.

Gracias a su buena cabeza para los números, había logrado acumular un gran capital procedente de sus botines, aún descontando el diezmo que como miembro de la Cofradía debía entregar a MacKellaig. Había levantado un pequeño imperio y, lo mejor de todo, lo había hecho arrebatándole sus bienes a los ricos y poderosos, a los arrogantes, a los de esa clase alta y ufana a la que él había pertenecido una vez.

Y a lo largo de los años, jamás había perdido de vista su objetivo: la venganza.

Y por fin había llegado el momento.

Sopesó en la mano la llave de la mansión que había sido de su infancia y cuya adquisición acababa de cerrar con el vendedor. Todo era suyo de nuevo: la casa, la finca, los terrenos. Todo excepto, por supuesto, el título que hubiera debido heredar y que ahora ostentaba su primo lejano. A Daniel no le importaba. Ya no le interesaba recuperar ese título.

Recordó que su padre solía decir que un hombre nunca sabe, cuando se levanta por la mañana, si ese día será el último de su vida o el que traerá algo que lo cambie todo: un amor, una batalla o una aventura. A pesar de los años transcurridos, las palabras resonaron en su mente como si el viejo vizconde estuviese de pie de nuevo ante él. Su recuerdo le envió un ramalazo por la espina

dorsal, un ramalazo que había experimentado a diario los últimos ocho años: el odio y el deseo de venganza.

—Padre, hoy es el día —dijo en voz baja—. Hoy empieza mi venganza.

CAPITULO 22

Sentado en uno de los extremos de la mesa del comedor, Dominic jugueteaba con desgana con la cazoleta de su pipa, con la mirada perdida en los bordados del mantel. Jocelyn se sentó en el extremo opuesto y lo contempló con fastidio. Su esposo se parecía cada vez más a un fantasma: pálido, mudo, impasible. Su desapego de los asuntos mundanos era cada vez más evidente. El opio lo consumía, se aferraba a él con manos invisibles. Y cuánto más control tomaba William de sus asuntos más se replegaba él.

Unos pasos firmes que se acercaban interrumpieron el chorro de sus pensamientos. *No hay nada como pensar en el Diablo para que este asome por la puerta*, pensó Jocelyn con disgusto. William acababa de hacer su entrada en el comedor, seguido a corta distancia por sus dos hijos. Patrick, con su oscura melena pegada al cráneo, saludó con una burlona inclinación de cabeza. Su hermana Caroline le dedicó a Jocelyn una sonrisa a la que ella correspondió. A sus diecinueve años, era una joven tímida y tranquila de cabello castaño y sus grandes ojos oscuros siempre tenían una expresión entre asustada y expectante. Jocelyn la compadecía, pues crecer con William Landish como padre no era ninguna bendición.

Un criado llevó a la mesa los platos del desayuno y el apetitoso olor del tocino lo impregnó todo. Jocelyn observó con fastidio que Dominic apenas probaba bocado y le temblaba la mano con la que sostenía su taza de té. Seguramente se había pasado toda la noche fumando.

—¿Qué planes tienes hoy? —preguntó ella.

Él la miró como si le hubiera hablado en un idioma extranjero

—Lord Wilson comentó el otro día que deseaba solicitar tu opinión sobre el semental que acaba de adquirir para sus cuadras. Podrías visitarle y almorzar con él. Te vendría bien tomar el aire —animó Jocelyn.

—No hay necesidad de molestar a mi sobrino con esas minucias. Patrick ya se ha encargado de eso —terció William con la boca llena.

—¿Disculpa? —Jocelyn se le quedó mirando con la taza de té a medio camino hacia la boca.

—Estuve ayer con Wilson —intervino Patrick con una sonrisa maliciosa—. Una visita de cortesía entre vecinos que culminó con la visita a sus establos. Agradeció mucho mis opiniones sobre su nuevo ejemplar.

Jocelyn se mordió los labios, furiosa. Ni Patrick ni William tenían la menor idea de caballos, pero estaba claro que no desaprovechaban ocasión de tratar de entrometerse en el delicado entramado de relaciones sociales y alianzas de la aristocracia. Y los Wilson ya habían sufrido bastante en el último año como para además tener que soportar las tonterías de los Landish, pensó con disgusto. Su hija mayor, Emma, se había fugado de su hogar el año anterior y la búsqueda desesperada de su familia no había dado ningún fruto. Todos habían murmurado al respecto y la opinión más popular era que la pobre se había topado en su huida con algún desalmado y sus huesos yacían ahora en lo más profundo del bosque.

—Cambiando de tema. —William comenzó a untar una tostada con mantequilla—. Dentro de dos semanas tendremos un huésped. Le conocí hace un mes en Londres, en un club. Su nombre es

Douglas Montrose y es un noble escocés. Está buscando negocios en los que invertir parte de su herencia y confío en que podré convencerle de apostar por el nuestro.

Jocelyn bufó en voz baja. Ese tal Montrose debía ser el extranjero del que William le había hablado. Aborrecía a los hombres con los que los Landish se relacionaban, tan arrogantes y rudos como ellos mismos.

—Me he permitido el lujo de invitarle a alojarse aquí, en Vanhill Park—continuó Landish—. Hay mucho más espacio que en mi propia casa y se sentirá más cómodo.

Jocelyn miró a Dominic con las cejas alzadas. ¿Iba a permitir que les obligasen a alojar a un extraño? Como era de esperar, su esposo no puso ninguna objeción, se limitó a asentir distraído y Jocelyn sintió de nuevo que le hervía la sangre. ¿Cómo podía William Landish ejercer un dominio tan grande sobre él? ¿Por qué no era capaz de salir de su apatía? Como mujer, ella no tenía más remedio que avenirse a las decisiones de su esposo, por mucho que la casa se hubiese adquirido con su propia herencia. Apretó los puños bajo el mantel bordado, sintiéndose impotente. Se sentía enjaulada en una cárcel sin barrotes, en una vida opaca en la que ella misma se había metido como el ratón en la ratonera. Siempre se había considerado a sí misma una mujer con redaños, su proyecto de Los Cedros lo demostraba. ¿Por qué no era capaz de salir ahora de esa vida gris?

—Caroline, necesito hablar contigo de un asunto —dijo Landish dirigiéndose a su hija—. Haz el favor de venir a mi despacho.

Jocelyn contempló con el ceño fruncido como la muchacha daba un respingo y se ponía en pie de forma automática, tensa y cohibida ante las palabras de su padre. Los vio a ambos abandonar el comedor; él tan presuntuoso como un gallo de pelea y ella sumisa y cabizbaja. Apartó su plato, desganada. Detestaba el dominio que Landish ejercía sobre todos ellos, aprovechándose de las debilidades de cada uno como una serpiente. Tomó un último sorbo de té y se levantó, con la intención de salir al jardín en busca de un poco de aire puro. Aquel ambiente tan tóxico tenía el poder de asfixiarla.

Al pasar frente a la puerta entreabierta del despacho escuchó la voz airada de William y los débiles gemidos de Caroline que trataba de apaciguar a su padre. A pesar de que no le gustaba escuchar tras las paredes, se detuvo en seco. Había algo en la voz de la muchacha que le resultaba turbador, el tono sumiso y suplicante que le hacía parecerse a un animalillo asustado.

—¿Cómo te has atrevido? ¿Cómo has osado ofenderme de ese modo? —La voz de Landish sonaba tan airada que a Jocelyn se le pusieron los pelos de punta.

—Pero padre, solo fue un paseo por el campo. Yo no pensé... —Caroline se excusaba con un tembloroso hilo de voz.

—¡Por supuesto que no pensaste! De haberlo hecho, incluso una cabeza de chorlito como tú se hubiera dado cuenta de que pasear con un hombre sin carabina puede dar lugar a murmuraciones y arruinar para siempre tus perspectivas de casarte bien. ¿Es que no lo comprendes? ¿Después de todo lo que he luchado para encumbrar a nuestra familia?

—Lo siento —balbuceó Caroline al borde de las lágrimas.

—¿Lo sientes? ¿Es eso todo lo que tienes que decir? —Un seco chasquido vibró en el aire y Caroline soltó un grito de dolor. Con un nudo en la garganta, Jocelyn espío por la puerta entreabierta y vio como la joven se llevaba una mano a la mejilla, donde comenzaba a extenderse una mancha de color escarlata. Apretó los puños, furiosa. ¿Cómo se atrevía ese bruto a golpearla?

—No quiero volver a verte con ese tal Hugh Darnell ¿entendido? Él no es de clase alta. Cuando te cases, lo harás con quién yo elija y será un buen partido que nos ayude a medrar, al igual que ha hecho tu hermano relacionándose con lady Ashton.

—Sí, padre.

—Ahora, fuera de aquí. Y no vuelvas a decepcionarme.

Caroline se apresuró fuera de la estancia todo lo rápido que sus largas faldas le permitían. Su rostro se tiñó de vergüenza cuando estuvo a punto de chocar con Jocelyn en el pasillo y comprendió que lo había escuchado todo.

—Nadie debería tratarte así —Jocelyn la tomó de la mano y la condujo al salón de coser, vacío y tranquilo a aquellas horas—. Deberías ponerte hielo en esa mejilla, para bajar la inflamación.

Caroline se tocó el cardenal con dos dedos. Sus labios temblaban y sus ojos estaba mustios.

—Mi padre tiene razón. No debería comprometerme de ese modo. Es solo que...

—Es solo que amas a Hugh Darnell, ¿verdad?

Caroline dejó que las lágrimas fluyesen libremente por sus mejillas.

—Lo amo, sí. Sé que está mal porque mi padre no lo aprueba, pero no puedo evitarlo.

Jocelyn asintió. Hugh era un joven muy agradable, el segundo hijo de un terrateniente sin títulos. Bastaba con ver como miraba a Caroline para saber que era amor sincero lo que fluía entre ellos. Rechinó los dientes. Landish era un animal.

—Debes luchar por lo que te hace feliz —la animó—. El amor verdadero es como una perla, muy difícil de encontrar entre conchas vacías. No te resignes, Caroline.

La muchacha meneó la cabeza, derrotada.

—Ojalá pudiera. Pero yo no soy fuerte como tú —murmuró—. Creo que me iré a mi cuarto. Tengo una labor de bordado que me gustaría terminar...

Jocelyn no insistió. Rozó la mejilla de la joven con los nudillos y observó como se alejaba cabizbaja. Sus palabras aún resonaban en su mente: *Yo no soy fuerte como tú*. Recordó su vieja ballesta, ahora criando polvo en el armario de su recámara. Desde que se había casado no había vuelto a practicar con ella, como si el coraje que un día le hizo aprender su manejo se hubiera disipado como polvo en el aire.

Si tú supieras, Caroline, pensó. Si tú supieras.

CAPITULO 23

Estaba anocheciendo y una suave brisa agitaba las ramas de los árboles del jardín. Los habitantes de Vanhill Park, vestidos con sus mejores galas, aguardaban la llegada de su importante invitado. Caroline llevaba un vestido color verde hiedra que acentuaba el color pardo de sus ojos, mientras que Jocelyn había escogido un modelo lavanda con chalina a juego que se ceñía perfectamente a su cintura. William y Dominic llevaban atuendos apropiados para una cena formal: camisas de seda y jubones ricamente guateados.

Todos giraron la cabeza ante el sonido del carruaje que avanzaba por el camino bordeado de tilos. Un lacayo se adelantó a abrir la puerta y lord Douglas Montrose descendió del carruaje. Jocelyn sintió que el aliento se le petrificaba en la garganta. Aquel escocés era un hombre imponente. Sin ser alto en exceso, había algo en él que imponía respeto. Todo en él emanaba poder y autoridad. Llevaba el cabello largo y recogido en la nuca y su rostro era de color cobrizo, con una sombra de barba rizándose sobre su mandíbula cuadrada. Su ojo derecho estaba cubierto por un parche de terciopelo y el izquierdo era azul y brillante. Vestía una larga capa gris que ondeaba a la altura de los tobillos y cuando se la quitó para dársela al lacayo, Jocelyn percibió que sus pantalones oscuros y su camisa de un blanco deslumbrante se ajustaban perfectamente a su musculoso cuerpo. Exudaba una mezcla entre fiereza y refinamiento que a ella le resultó abrumadora. Su rostro se tiñó de escarlata sin poder evitarlo.

En ese momento, él fijó en ella su único ojo. No fue una mirada cortés ni amable como la que un invitado dirigiría a la esposa de su anfitrión, sino oscura y amenazante, la mirada de un depredador hacia una presa. Jocelyn se estremeció. Había algo muy extraño en ese hombre, algo que la advertía de que se mantuviese en guardia y al mismo tiempo la impulsaba hacia él. Algo en sus movimientos, en su postura, en la línea de sus hombros le resultaba familiar. Pero no, era imposible. Estaba segura de que jamás había visto a ese hombre; lo hubiera recordado.

William avanzó solícito a saludarle.

—Es un placer recibirle, lord Montrose. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Todo lo bueno que se puede desear. —El recién llegado tenía un marcado acento escocés y una voz aterciopelada y profunda que para Jocelyn fue como una caricia. Estaba segura de que jamás había oído antes ese acento, pero aun así... ¿a quién le recordaba esa voz?

—Me alegro de conocerle, barón. —Montrose le tendió una mano a Dominic—. Su tío me ha hablado mucho de usted—. Jocelyn notó que a pesar de que su esposo era más alto, cuando se estrecharon las manos la de Dominic pareció desaparecer entre los fuertes nudillos del escocés.

—Y estas encantadoras damas han de ser las señoras de la casa. —Montrose se giró hacia ellas y su ojo azul pareció atravesarlas. Jocelyn se dio cuenta de que Caroline, muy tiesa a su lado, se ponía roja como la grana.

—Le presento a mi esposa, la baronesa Ettington y a mi prima, la señorita Caroline Landish — introdujo Dominic.

Montrose besó la mano de Caroline, que tembló como una hoja, y después tomó con delicadeza la de Jocelyn. Ella volvió a tener la sensación de que le recordaba a alguien. Pero... ¿a quién? Un

hombre tan imponente, con ese aspecto de determinación y fiereza, no podía haber formado parte de su pasado. Cuando al fin le soltó la mano, se percató de que sus dedos estaban sudando bajo el fino guante de raso.

Tras el intercambio de cortesías pasaron al comedor, ricamente iluminado y con las mesas dispuestas para una suntuosa cena. Bien entrenados, los lacayos no se demoraron en servir toda una serie de deliciosos platos: sopa cremosa, asado, pasteles y frutas confitadas.

—Es un placer volver a sentir en mis carnes la hospitalidad inglesa —comentó Montrose sorbiendo su copa de vino—. Y tener unos anfitriones tan atentos. Pero me pregunto dónde está mi otro anfitrión, su hijo Patrick. Trabaja en sus negocios con usted, ¿me equivoco?

Una sombra rojiza tiñó las mejillas de Landish.

—Asuntos de gran urgencia lo han retenido en la ciudad esta noche —comentó escueto—. Pero mañana se unirá a nosotros.

Jocelyn soltó un resoplido que intentó disimular bebiendo un sorbo de agua. Patrick estaba en Londres, cierto, pero dudaba mucho de que fueran sus negocios los que lo retenían allí. Probablemente estaría pasando la velada en alguna taberna, emborrachándose y apostando para terminar la noche en brazos de una prostituta.

Montrose no comentó nada más al respecto y la conversación pasó a temas ligeros y corteses. Jocelyn apenas consiguió picotear un par de bocados. Se sentía azorada, y no ayudaba el hecho de que cada vez que levantaba la vista de su plato tenía el ojo de Douglas Montrose clavado en ella. A su lado, Caroline también parecía fascinada por el recién llegado y lo miraba con ojos de cordero degollado.

—¿Le agradan los guisantes confitados, milord? —preguntó la hija de Landish—. Son tempraneros. Yo misma los recogí en el huerto... —Se detuvo, cohibida ante la mirada severa de su padre.

—Mi hija es todavía muy joven —terció William—. Y parece que le cuesta comprender que las flores son mejor entretenimiento para una señorita que las hortalizas.

—Sí, padre. —Caroline agachó la cabeza.

—A mí me parece un entretenimiento muy útil para una joven juiciosa —halagó Montrose provocando que las mejillas de la joven se pusieran coloradas—. Y usted, baronesa, ¿también disfruta de la horticultura?

—Me temo que no tengo mucho tiempo para eso —respondió Jocelyn.

—Mi esposa está muy ocupada con Los Cedros, un centro para mujeres sin recursos que fundamos hace años —explicó Dominic—. Realiza una labor encomiable.

—Eso me han dicho. —Le dirigió una dura mirada y Jocelyn tembló ante aquel ojo azul y agudo que más bien parecía una daga. Casi le resultaba menos intimidante fijar la mirada en su parche de terciopelo.

—Me mira usted el parche, milady. ¿Acaso desea saber cómo me hice esta herida? —preguntó él sin dejar de observarla.

—¡Oh! Le ruego que me perdone.

—No se disculpe. Su curiosidad es natural. Me la hice durante una pelea.

—¿Y la ganó? —preguntó Caroline ganándose otra mirada severa de su padre.

Montrose sonrió, como si todo aquello le resultase muy divertido.

—Puede decirse que se trata de una batalla todavía en curso —dijo de modo críptico—. Pero jamás libro una contienda que no pueda ganar.

Como dando por zanjado el asunto, tomó un vaso de la mesa y dio un largo trago. Jocelyn advirtió que en lugar de coger su propio vaso había echado mano del de ella, y que sus labios se

habían posado justo en el mismo lugar del que ella había bebido antes. Mientras sorbía, su único ojo no se separaba de los suyos. Esa mirada le recordaba a algo... a alguien...

Pero no. No podía ser.

Jocelyn dejó escapar un suspiro de alivio cuando llegó por fin a la intimidad de su habitación. La cena se le había hecho eterna y cuando los hombres se retiraron al salón de fumar para hablar de negocios, huyó escaleras arriba lo más deprisa que pudo. Estaba tan tensa como la cuerda de un arco y era incapaz de desprenderse de la abrumadora impresión que Douglas Montrose le había causado. Bajo su mirada se había sentido expuesta, desnuda y vulnerable. En un impulso, cerró los pesados cortinajes de la ventana, como si temiese que él pudiera estar entre las sombras del jardín, acechándola.

Retiró las horquillas que sujetaban su peinado y dejó que sus rizos cayesen sueltos sobre la espalda. Después comenzó a desabrocharse los botones de perla que cerraban el escote de su vestido. En ese momento llamaron a la puerta con dos firmes toques y ella murmuró un «adelante», convencida de que se trataba de la doncella que venía, como todas las noches, a ayudarla a quitarse el vestido y el corsé.

Una mano fuerte empujó la puerta y Jocelyn se quedó petrificada. Era él, el mismísimo Douglas Montrose. Allí de pie, enmarcado por el dintel, parecía más alto e imponente que nunca, como un gigante salido de un libro de mitos. Su presencia hacía que la habitación pareciese más pequeña. Jocelyn recorrió con la mirada su bronceado rostro, su cabello aclarado por el sol, sus anchos hombros que parecían a punto de hacer estallar las costuras de la camisa. Su postura, con las piernas ligeramente separadas y los brazos a los costados, le resultaba familiar y le traía lejanos recuerdos. Sacudió la cabeza, como para desprenderse de una ensoñación. No... no podía ser.

—Señor, estas son mis habitaciones privadas —farfulló—. Márchese, por favor.

Él la miró con expresión burlona.

—Te has vuelto muy remilgada, Jocelyn Berkeley —pronunció su nombre como si le lastimase en la boca— ¿O debería dirigirme a ti como baronesa Ettington?

Ella dejó de respirar. Esa voz... Como por arte de magia, Montrose se había despojado del acento escocés que había impregnado su conversación durante la cena. Conocía esa voz, estaba segura. Avanzó dos pasos hacia él, observándolo con cautela. Su ojo azul era como una fría antorcha, se deslizaba por su rostro, consumiéndola. Le pareció distinguir bajo su barba rizada un hoyuelo en la barbilla que ella conocía muy bien. Él sonrió y a ella se le detuvo el corazón. Allí estaba, uno de los dientes frontales levemente superpuesto sobre el otro. ¡Cuántas veces había recorrido con la lengua esa hendidura mientras se besaban! Sintió que las piernas se le convertían en manteca. Jadeó y el mundo comenzó a desvanecerse a su alrededor. Empezó a caer, tan rápido que los objetos del cuarto se convirtieron en un remolino de colores que amenazaba con tragársela.

Mascullando un juramento, Daniel la atrapó instantes antes de que tocara el suelo. Se sentó sobre la cama y la acomodó en su regazo, sintiendo su cuerpo cálido y sensual contra el suyo, ese maldito olor a orquídeas inundando sus fosas nasales. Ahí la tenía, de nuevo ante él, expuesta y vulnerable. La observó detenidamente. Jocelyn había florecido con los años hasta convertirse en

una mujer espléndida, de una belleza serena y chispeante que lo dejaba sin aliento. Su rostro había perdido la placidez de antaño y estaba más delgado, con la delicada estructura ósea perfectamente visible bajo la piel nívea, pero su cabello seguía siendo brillante y sedoso y tuvo que apretar los puños para resistir la tentación de enredar las manos entre sus hebras. Apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula. Había esperado ocho años para ese momento. Ocho largos años durante los que había renunciado a sí mismo, había luchado, planeado y perfilado su venganza con la precisión de un relojero. Pero lo que jamás había esperado era volver a sentir ese anhelo desesperado, esas ansias de poseerla y hacerla suya. Una avalancha de deseos que había creído olvidados pero que ahora resurgían con fuerza, como las llamas de una hoguera elevándose sobre las cenizas.

Daniel hizo crujir los puños, tratando de someter el latido descontrolado de su corazón. Se repitió a sí mismo que ya no la amaba: ya no era aquel joven idiota que había escalado un campanario para coger para ella una piedra en forma de corazón; ya no era el hombre enamorado que había sobrellevado su cautiverio y recorrido océanos para volver a verla. Se forzó a recordar su brutal traición y el odio comenzó a fluir de nuevo por sus venas, como un viejo amigo. *Solo hay una razón por la que estoy aquí. Venganza.*

Jocelyn comenzó a volver en sí. Parpadeó lentamente y clavó en él una mirada desenfocada.

—No... No puede ser... —musitó.

—Eso mismo dijiste tras mi primer regreso hace ocho años, justo antes de prometer que te casarías conmigo. Una promesa falsa, puesto que ya estabas comprometida con otro —escupió él con inquina.

Jocelyn tembló ante el veneno que destilaba su voz. Abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Advirtiendo que estaba sobre su regazo, comenzó a alejarse de él, reptando sobre la cama.

—Daniel...

—Douglas Montrose para ti, baronesa. Daniel Redfern, el hombre al que destruiste con tu falsedad y perfidia ya no existe. Hace años que yace muerto y enterrado.

—¿Falsedad y perfidia? —Ella alzó la mirada y una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla —. Yo solo quería salvarte, ¿no lo entiendes? Aquel hombre horrible...

—¿Qué hombre? —Daniel tensó los hombros.

—Un extranjero con la cara llena de cicatrices. Se presentó en mi casa y me mostró la declaración de una doncella alemana que aseguraba que habías asesinado a su señora a sangre fría, en Francia.

Harek. Daniel apretó los puños. Una horrible idea comenzaba a tomar forma en su mente.

—Prosigue.

—Me aseguró que la guardia real estaba buscando al culpable, que el rey Jorge jamás dejaría que un crimen así quedase impune. Me chantajeó. Me desposé con Dominic para evitar que aquella confesión firmada llegase a manos de la justicia. Aquel hombre me aseguró que si me convertía en la baronesa Ettington, destruiría su copia de la confesión y tú no serías condenado por tu crimen...

—¿Por mi crimen? —Daniel podía sentir la ira bullendo en su interior, como un volcán a punto de estallar—. ¿Mi crimen? ¿Acaso le creíste, Jocelyn? ¿Llegaste a pensar que yo era culpable?

Jocelyn se pasó la mano por la frente, como alguien tratando de luchar contra un mal pensamiento. Tragó saliva varias veces y su respuesta tardó en llegar más de lo que Daniel hubiese deseado.

—No...no le creí. Pero no tenía otra opción que hacer lo que me reclamaba: mi boda con el barón a cambio de su silencio. Le pedí a mi padre que organizara a toda prisa la fiesta de

compromiso aquella noche porque de lo contrario él hubiera acudido al Rey de inmediato. Estaba aterrorizada. En lo único en lo que podía pensar era en tu cabeza clavada en un poste en la Torre de Londres, en tu cuerpo pudriéndose a la vista de todos como los de los ajusticiados por crímenes de sangre.

—¡Maldita sea! —Daniel descargó un fuerte puñetazo contra la pared—. ¡Llegaste a dudar de mí! ¿Crees que yo habría obrado de ese modo si alguien te hubiera acusado de asesinato frente a mí? Yo no maté a esa mujer. Si hubieses esperado a hablar conmigo, juntos podríamos haber encontrado una solución; hacer que la justicia prevaleciera sobre las falsas acusaciones.

Jocelyn se encogió ante sus palabras. Su rostro se desmoronó como una montaña alcanzada por un rayo. Sus ojos transmitían miles de emociones a la par: culpa, vergüenza, miedo y un dolor tan grande que Daniel tuvo que forzarse a sí mismo a apartar la mirada. Cuando habló, lo hizo con un hilo de voz y el rostro oculto entre las manos.

—Hablas de justicia, Daniel, pero sabes tan bien como yo que en este mundo nuestro la verdad y el honor valen menos que una brizna de heno. He visto a hombres y mujeres de bien caer en desgracia por culpa de habladurías o acusaciones falsas. Yo solo... Yo solo trataba de salvarte. Quizá me precipité, pero he tenido que vivir con mis acciones todos estos años. He maldecido cada día pasado sin ti, cada noche alejada de tus brazos. —Su tono era suplicante y sus ojos estaban clavados en su rostro, buscando una señal del hombre que conocía. Daniel se levantó de la cama y trazó un círculo a su alrededor, acortando tanto la distancia entre ellos que casi podían tocarse. Jocelyn tenía la mirada fija en su parche de terciopelo, observándolo con una mezcla de horror y curiosidad. Daniel comprendió que si el silencio perduraba ella haría alguna locura, como alzar la mano para acariciarle el rostro. No podía dejar que eso sucediera. No podía permitir ningún resbalón o grieta en su plan.

—Ahórrate tus patéticos lamentos —dijo con tono brusco—. ¿Sabes cómo me enteré de que tu padre iba a anunciar tu compromiso con el barón? Escuché a dos hombres hablar de ello en una posada de Londres. ¿Puedes imaginar cómo me sentí? Acababa de reencontrarme contigo tras meses de penurias, me sentía dichoso y todo me estalló en la cara. Fue como descender a los infiernos de golpe.

—Daniel... Yo...

—Aquellos hombres también hablaron de algo más. Comentaron que tu compromiso con Ettington no era el primero para ti, que ya habías estado casada una vez y eras viuda. Te casaste con otro mientras yo me debatía entre la vida y la muerte en la bodega de un barco pirata.

Vio como el rostro de la joven palidecía al nombrar su primer matrimonio. Sus ojos se velaron de dolor y por un momento pareció que iba a decir algo. Pero después pareció cambiar de idea y agachó la cabeza, guardando silencio.

—Un día me prometiste que me esperarías —siguió diciendo él con voz tensa—. Rompiste tu promesa, Jocelyn. Ni siquiera esperaste un par de meses tras mi desaparición, cualquiera hubiera creído que tenías mucha prisa por desposarte con el primero que te lo pidiese.

Jocelyn alzó la mirada. Bajo el mar de dolor que humedecía sus ojos, brilló una chispa de ira.

—No traes más que reproches —murmuró—. ¿Y qué hay de ti? Aquella noche te vi a través del jardín, mientras mi padre anunciaba mi compromiso con Dominic. Por un momento llegué a creer que todo se arreglaría, que podríamos impedir aquella locura. Pero cuando volví a mirar en tu dirección ya no estabas; te habías esfumado. Huiste, Daniel. Desapareciste sin dejar rastro ¿Puedes reprocharme que por un momento llegase a dudar de tu inocencia?

Daniel no respondió. Se mordió el labio, comprendiendo que ella no sabía nada del ataque de los Landish y su mercenario. Al parecer, también ignoraba que era el propio William el que estaba

detrás de todo. Decidió dejar las cosas como estaban por el momento.

—Resulta increíble como una cadena de errores y malentendidos pueden ocasionar un sufrimiento tan grande —continuó ella retorciéndose las manos—. ¿A qué has venido, Daniel, si tanto me odias? ¿Por qué estás aquí después de tantos años? No es una visita de cortesía.

Él alzó una mano y trazó con el dedo índice el contorno de su barbilla. No fue una caricia amable ni tierna, más bien un gesto de desafío. El contacto les hizo estremecer a ambos.

—No, no es una visita de cortesía. Tengo negocios con tu *tío* Landish —recalcó el parentesco — como seguro que ya te habrán informado.

—¿Solo por eso?

Su mirada malévolamente hizo que se le erizase la piel de los brazos.

—Solo por eso. ¿O acaso pensabas que había vuelto a por ti? Ya no me interesas, baronesa, no más que cualquier mujerzuela que se me pueda ofrecer en una esquina de Londres. Los años no han sido piadosos contigo —dijo con crueldad.

Jocelyn se echó hacia atrás como si la hubiese golpeado. En sus mejillas habían aparecido dos manchas rojas. A grandes zancadas, se alejó hasta que la cómoda quedó entre los dos y señaló la puerta con gesto imperioso.

—Comprendo. Cualesquiera que sean los negocios que se trae con el tío de mi marido, dudo mucho que incluyan entrar a hurtadillas en la habitación de la señora de la casa. Le sugiero que se marche, lord Montrose —hizo hincapié en el nombre—. Antes de que llame al barón para que lo expulse.

—Dudo mucho que ese espantapájaros tenga coraje para vérselas conmigo —repuso Daniel con gesto burlón. A pesar de sus palabras, retrocedió hasta la puerta y la abrió.

—Que pase una buena noche, baronesa.

—Lo mismo digo. —Ella habló sin mirarlo—. Espero que disfrute de su estancia entre nosotros.

Daniel salió y cerró la puerta a sus espaldas. Solo entonces exhaló un hondo suspiro y relajó los hombros, que había mantenido tensos durante todo el encuentro. Apoyó la mejilla sobre la hoja de madera de la puerta, reviviendo su rostro y sus palabras, el modo en que había alzado la barbilla con altivez cuando le había dicho que disfrutase de su estancia.

—Eso haré —dijo para sí mismo—. No lo dudes. Eso haré.

CAPITULO 24

El amanecer sorprendió a Jocelyn sin haber pegado ojo. Había llorado lágrimas desconsoladas durante toda la noche, deteniéndose solo para comprobar varias veces que la puerta estuviese cerrada, como si ni siquiera la gruesa madera y el potente cerrojo fuesen suficientes para mantenerlo lejos de ella.

Apenas podía creer que él estuviera allí, en su propia casa, solo separado de ella por una delgada pared. ¡Cuántos días solitarios había pasado deseando su regreso, cuántas noches en vela anhelando sus abrazos! Y ahora, por segunda vez, Daniel Redfern había regresado de entre los muertos, pero no con promesas de amor, sino lleno de odio. Había renunciado incluso a su nombre y se había convertido en un desconocido, un hombre salvaje y peligroso que llevaba en el rostro la huella de mil peligros. ¿Dónde habría estado todos esos años? Y ese parche sobre su ojo derecho... ¿qué le había sucedido? ¿Y qué buscaba con su regreso? Un montón de preguntas sin respuesta bullían en su cabeza. Su única certeza era que él la odiaba y la despreciaba.

Jocelyn se escondió en sus habitaciones durante toda la mañana, aterrorizada ante la idea de encontrarse de nuevo con él. No bajó a desayunar y cuando Caroline llamó a su puerta preocupada ante su ausencia pretextó un dolor de cabeza. Pero sabía que no podía ocultarse para siempre. A la hora de comer, decidió hacer de tripas corazón y enfrentarse a sus miedos y a Daniel Redfern.

El ama de llaves había dispuesto un almuerzo de carnes frías, mariscos y frutas frescas apropiado para las temperaturas estivales. Jocelyn se sentó y trató de aplacar sus nervios entablando una conversación banal con Caroline, pero no tardó en darse cuenta de que la muchacha no le estaba prestando atención: sus mejillas estaban rojas y sus ojos brillaban tanto que Jocelyn temió que tuviese fiebre.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy de maravilla. ¿Has visto a lord Montrose? No ha bajado todavía. Quizá debería ir a sus habitaciones y ver si está bien...

Jocelyn apretó los labios.

—Estoy segura de que está perfectamente y no tardará en llegar. Caroline, ¿por qué estás tan nerviosa?

La joven se inclinó hacia ella con ojos brillantes.

—¡Oh, Lyn, es tan apuesto! ¡Tan varonil y elegante! Jamás en mi vida había visto un hombre como él.

Jocelyn sintió que se le secaba la boca. *No, por favor*, pensó. Caroline se inclinó hacia ella con aire confidencial.

—Te contaré un secreto, pero debes prometerme que no se lo revelarás a nadie.

—Te lo prometo.

—Anoche, después de la cena, se coló en nuestra propiedad y estuvo en mis habitaciones.

—¿Qué?

—Sí... —La miró con ojos brillantes y expresión extasiada—. Llamó a mi puerta cuando todos estaban ya dormidos. Por supuesto, yo no quería dejarle entrar, pero fue tan galante y

convinciente... Me dijo que se había fijado en mí, que llevaba meses sin ver una joven tan encantadora... ¿puedes creerlo, Lyn?

—¡Dios mío, Caroline! ¿Acaso se propasó contigo?

—¡Claro que no! Solo conversamos. Lord Montrose es todo un caballero.

Jocelyn no fue capaz de responder. Le sudaban las manos y el corazón se le había subido a la garganta.

—Creo que le gusto... —Caroline compuso una expresión soñadora—. Creo que quiere cortejarme. Y él me gusta a mí también. Me gusta muchísimo...

Jocelyn tragó saliva. Cada una de las palabras de su amiga era como una aguja que se le clavaba en el corazón. ¿Qué pretendía Daniel? ¿Acaso iba a servirse de la inocente Caroline para humillarla y hacerla sufrir? La idea de que quizá estuviera realmente interesado en la joven la golpeó como un puño de hierro. Deseó zarandear a Caroline, exigirle que se mantuviera alejada de él. *Él me pertenece*, aulló una voz en su mente. Y otra, mucho más tajante, respondió de inmediato: *Ya no, ya no*.

—Pero, querida, ¿qué pasa con Hugh Darnell? —preguntó con un hilo de voz—. Sé que le amas a él.

Una expresión dubitativa asomó a los ojos pardos de Caroline, que suspiró y negó con la cabeza.

—Bien sabes que mi padre jamás consentirá que me case con alguien como Hugh. Está obsesionado con la idea de que mi hermano y yo emparentemos con la nobleza. Lord Montrose tiene títulos. Además, desde su visita anoche es como... como...

Como si te hubiera hechizado, pensó Jocelyn con amargura.

—Pero apenas le conoces —insistió—. A veces, los caballeros... A veces sus intenciones no son lo que parecen.

—¿Cuestionas la honorabilidad de lord Montrose? —Caroline la miró enfadada—. ¿Tan increíble te resulta que se haya fijado en mí? Tú misma me dijiste hace unos días que debía tener coraje y perseguir mis sueños. ¿Por qué tratas de disuadirme ahora? ¿Acaso no quieres verme feliz?

La muchacha había ido alzando el tono de voz y algunos criados les dirigían miradas de reojo. Jocelyn le puso una mano en el brazo, conciliadora. Buscó en su mente algo más que decir, algún argumento que la convenciera sin ofenderla, pero la llegada de los hombres al comedor ahogó sus palabras. Dominic, con aire despistado; William, con su habitual expresión beligerante y Patrick con todo el aspecto de un hombre que acababa de pasar la noche entre tabernas y burdeles.

Y tras ellos, con semblante despejado y mirada de águila, elegantísimo con una camisa del blanco más puro, venía Daniel.

Daniel se adentró en el comedor como una fiera entrando en un circo romano, dispuesto para la batalla. Llevaba las manos cerradas en puños y la mandíbula tan tensa como la forja de un herrero. Divisó a Jocelyn, sentada a la mesa y hablando con Caroline, y muy a su pesar su corazón se saltó un latido. Maldijo entre dientes, furioso consigo mismo. Las cosas no debían haber ido de ese modo. Después de todos esos años, no debería sentir un vacío en el estómago ni la sangre hirviendo cada vez que la tenía delante, cada vez que recordaba los tiempos en que sus labios buscaban los suyos. Tenía que controlarse. Debía hacerlo. No había luchado tanto, huido de la justicia, robado a los de su clase y peleado en mil batallas para volver a sucumbir a sus

venenosos encantos. Tenía que centrarse en el objetivo que lo había llevado allí: la venganza.

Su mirada se encontró con la de Jocelyn y vio arder en ella la ira y el desconcierto. Adivinó el motivo: Caroline Landish debía haberle contado su visita de la noche anterior. Rio entre dientes, de pronto de mejor humor, mientras se sentaba exactamente frente a Jocelyn. Si ella supiera que esa era solo la primera parte de su plan...

Landish hizo sonar la campanilla y esa fue la señal para que las doncellas comenzasen a servir las viandas. Daniel lo contempló: ahí estaba, como un gallo pomposo, comportándose como el dueño de la casa frente a la pasividad del inútil de su sobrino. Estaba tan seguro de sí mismo que ni siquiera había sospechado de él cuando se presentó en su club con las falsas credenciales que lo atestiguaban como lord Douglas Montrose. No lo había reconocido y estaba muy lejos de sospechar que bajo la piel del escocés con el que pretendía hacer negocios se escondía su gran enemigo; el hombre que no descansaría hasta destruirlo. Esbozó una sonrisa maléfica y vio por el rabillo del ojo que Jocelyn tenía los suyos fijos en él.

—¿Se siente mal, baronesa? La veo un poco pálida —dijo con tono burlón.

—Estoy perfectamente —respondió ella con los labios apretados.

—Lord Montrose tiene razón. Tienes mal color, querida. ¿No has dormido bien? —Dominic le acarició la mejilla con expresión preocupada y Daniel aferró el mantel con tanta fuerza que estuvo a punto de rasgarlo. No soportaba ver a aquel inútil acariciando la piel que un día había sido suya. Ya no la amaba, se dijo, por supuesto que no, pero aun así... Jocelyn captó su gesto avinagrado y ensanchó la sonrisa que le dirigía a su esposo. De forma totalmente deliberada, tomó la mano del barón y le acarició los nudillos.

—Eres tan dulce, querido —ronroneó—. Te preocupas demasiado por mí.

Daniel se quitó con disimulo uno de sus zapatos de gamuza y alargó una pierna bajo la mesa. Su pie escaló implacable por la pierna de Jocelyn, acariciando la pantorrilla por encima de las medias de seda. Ella sufrió un violento ataque de tos.

—Quizá se haya enfriado, baronesa —atacó con una ceja alzada—. Esa tos no suena bien.

Ella lo fulminó con la mirada y soltó la mano de Dominic. Daniel sonrió, satisfecho por su pequeña victoria.

—Espero que mañana por la noche ya estés restablecida —comentó Landish dando un sorbo a su copa—. Celebraremos la fiesta de compromiso de Patrick y sería una lástima que la dueña de la casa se encontrase indispueta.

Jocelyn se detuvo con el tenedor a medio camino de la boca. ¡El compromiso! Hacía semanas que habían enviado las invitaciones para el baile de máscaras durante el cual se anunciarían los esponsales entre Patrick y Lillian Ashton. Con la conmoción de los últimos acontecimientos, se había olvidado por completo. Observó con atención a Daniel, que tenía la expresión satisfecha de un gato que acaba de comerse un ratón. Celebrar un baile de máscaras con él en la casa le parecía la peor idea del mundo.

—¿No será mejor posponerlo? —preguntó abruptamente.

—Claro que no. —Patrick la miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué habríamos de hacer eso?

—Bueno... —Jocelyn titubeó—. Hace exactamente un año de la desaparición de Emma Wilson. Todo el mundo estará consternado por su recuerdo. Sin duda será poco respetuoso con sus pobres padres celebrar una fiesta y...

—¡Tonterías! Los Wilson están invitados al baile y sin duda les servirá de distracción ante la tristeza. —Landish se giró hacia Daniel con ojos halagüeños—. Asistirá la flor y nata de la sociedad y será una fiesta por todo lo alto. Espero que usted también disfrute de nuestro pequeño festejo, lord Montrose.

Daniel bebió un sorbo de vino. Su mirada se agudizó y sus labios se estrecharon hasta el punto de convertirse en dos líneas tensas. Dedicó a Landish una lenta sonrisa.

—No le quepa duda, señor. Disfrutaré de esa fiesta como nunca antes en mi vida.

CAPITULO 25

Aquella callejuela en el East End de Londres, angosta y sucia, era una hilera interminable de burdeles, casas de juego y posadas de mala muerte. Daniel se abrió camino entre rufianes, rateros de poca monta y prostitutas que trataban de cortarle el paso ofreciéndole sus encantos. Empujó la puerta de la taberna, casi oculta entre las sombras, y el olor a sudor rancio y vino barato le golpeó en la cara. Ignorando las miradas curiosas, le hizo un gesto imperativo al mesonero para que le sirviese vino.

—¡Douglas Montrose! —exclamó una voz a sus espaldas. Daniel sonrió. Hacía meses que no oía esa voz. Se giró, y un torbellino de cabello rizado y oscuro fue a estrellarse contra su pecho.

—¡Bridget!

Se miraron el uno al otro, felices ante el reencuentro. Bridget seguía teniendo el aire intrépido de siempre y sus ojos oscuros brillaban de cariño.

—¡Vaya! Te pierdo de vista por un tiempo y vuelves transformado en el lord que una vez fuiste —comentó admirando sus caras vestiduras—. Las debutantes de esta temporada se pelearán por ti.

—Ninguna de ellas te llega a la suela de los zapatos, querida amiga —respondió Daniel risueño—. ¿Y tú? ¿Cómo va todo? ¿Han salido las cosas conforme a lo previsto?

Bridget asintió con la cabeza.

—Me trasladé a la campiña nada más recibir tu mensaje. Pero hablaremos más tarde; MacKellaig quiere verte. No ha dejado de preguntar por ti desde que se enteró de tu regreso a Londres.

—Ardo en deseos de ver al viejo zorro. —Daniel esbozó una sincera sonrisa—. ¿Dónde está?

—Sigue tan discreto como siempre y ha reservado un cuarto privado. Ven conmigo.

Bridget lo condujo hacia un estrecho pasillo flanqueado por cuartuchos que los clientes podían alquilar cuando no convenía que sus actividades llegasen a ojos y oídos indiscretos. MacKellaig estaba sentado junto al fuego con una jarra de en la mano, rodeado por algunos de sus hombres; en una estampa muy similar a la del día que Daniel lo había visto por primera vez. Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Ahora, los miembros de la Cofradía no lo recibieron con miradas hoscas, sino con gritos y carcajadas de alborozo. Cuando Malcolm se precipitó hacia él, no lo hizo para ponerle un puñal en el cuello sino para abrazarlo como el fiel amigo en el que se había convertido con el paso de los años.

Daniel los contempló a todos con cariño: Craig, Angus, Malcolm, el propio MacKellaig... Hombres rudos y sin educación, que no conocían otro lenguaje que el de la fuerza. Sin embargo, había más honra en el filo de sus cuchillos que en los flojos apretones de manos de los nobles.

MacKellaig lo observó a la luz de las llamas, con el aire de un padre orgulloso.

—¡Lord Douglas Montrose! Miradlo bien, amigos. Pulido y brillante desde los cabellos hasta la punta de las botas. ¡La imagen de un triunfador!

—Y de regreso entre los suyos. —Malcolm soltó una carcajada—. La cabra siempre acaba tirando al monte.

—Jamás volveré a ser uno de ellos. —Daniel le palmeó la espalda—. Mi lealtad siempre

estará con vosotros. Hace años hice un juramento y me mantendré fiel a él hasta la muerte.

—Entre ellos serás como una piraña nadando entre peces dorados —rio Malcolm provocando las carcajadas de todos.

El reencuentro duró varias horas durante las que los miembros de la Cofradía del Norte bebieron, rieron y se contaron unos a los otros sus mejores golpes. A menudo pasaban largas temporadas separados, viajando a solas por los intrincados caminos de Inglaterra, en busca de un buen botín. Pero siempre acudían a la llamada de MacKellaig y jamás dudaban en apoyarse o defenderse entre sí.

Pasaba ya de la madrugada cuando los últimos hombres, embriagados de vino, abandonaron el cuartucho en busca de un lecho o rumbo a los brazos de alguna meretriz. Solo quedaron Daniel, Bridget, Malcolm y el propio MacKellaig, que avivaba pensativo las llamas de la chimenea.

—De modo que aquí estás de nuevo —comenzó mirando a Daniel con atención.

—Aquí estoy.

—A punto de ejecutar tu venganza, tras todos estos años. ¿Cómo te han acogido? ¿No sospechan?

Daniel esbozó una sonrisa torcida.

—Ese perro de William no tiene la menor idea de que soy el hombre al que dio por muerto hace ocho años. Y está encantado de asociarse conmigo; nada hay más poderoso que mostrar un puñado de billetes ante un imbécil codicioso.

—No le subestimes. —MacKellaig alzó un dedo en el aire—. Por lo que sabemos de él, es un hombre peligroso. ¿Y ella? ¿Tu antigua prometida?

El rostro níveo de Jocelyn se coló en su mente como un fognazo. Daniel apartó la mirada, incómodo. Evitando responder, se volvió hacia Bridget.

—¿Has logrado introducirte en ese orfanato o lo que sea?

—Ya soy una más. —Ella sonrió—. Los niños me adoran.

—No me extraña. —Daniel esbozó una mueca irónica.

—Tal como me pediste, he mantenido los ojos y los oídos bien abiertos. No hay nada turbio en Los Cedros, puedes creerme. Solo es un lugar donde las madres en apuros pueden sentirse seguras mientras recomponen sus vidas. Y he tenido la ocasión de verla a ella un par de veces; me dio la impresión de que se preocupa sinceramente por esos pequeños. No parece una de esas aristócratas que se entregan a obras de caridad solo para matar el aburrimiento.

—Que no te engañen sus modales de ángel. —Daniel torció el gesto—. Ya ha demostrado que es un lobo con piel de cordero. ¿Y tú, Malcolm? ¿Has tenido suerte en tu cometido?

El pelirrojo asintió.

—He encontrado a la muchacha que nos interesa. Y la señora Gray nos ayudará en todo, ningún problema en ese aspecto. Sin embargo... —apretó los dientes—. Sin embargo, no he podido dar con el extranjero. Se esconde en los bajos fondos y es tan escurridizo como una serpiente.

—Harek siempre ha sido astuto, lo aprendió de su amo. Sigue buscando, antes o después tendrá que salir de su guarida.

—No dudes de que daremos con él.

Daniel asintió, complacido. Sus amigos habían cumplido con creces, pero el tampoco se había mantenido ocioso. Había pasado largas noches entre legajos y documentos, estudiando las cuentas de los Landish. Había más agujeros allí que en los dedos de un sastre. Bajo su fachada de hombre de mundo, Landish era un gestor pésimo que había invertido en proyectos fallidos y había perdido mucho dinero. Daniel esgrimó una sonrisa lobuna. Lo tenía en sus manos. Y además, no podía olvidarse del pequeño secreto de Dominic Guisbert...

—Les odio a todos —masculló—. A los Landish, al barón y, sobre todo, a ella.

—¿Estás seguro? —La pregunta de Bridget fue abrupta y lo sorprendió tanto que a punto estuvo de tirar sobre la mesa su vaso de vino. La observó con el ceño fruncido.

—Por supuesto que estoy seguro. ¿Qué quieres decir? No descansaré hasta que vea culminada mi venganza, hasta que su dolor sea tan grande que extirpe el mío de raíz.

Bridget se puso en pie y apuró su vaso de vino. De pronto, parecía triste y agotada, como una anciana.

—Sea, pues. Creo que ya basta de bebida por hoy. Me retiro a descansar. Solo te pido que no hagas nada de lo que puedas arrepentirte —zanjó mirando a Daniel por encima del hombro.

Los tres hombres la observaron mientras abandonaba el cuarto y cerraba la puerta a sus espaldas. Daniel se volvió hacia MacKellaig con expresión asombrada.

—¿A qué demonios vienen ahora esas dudas? No lo comprendo. Fue ella la que me animó en mi venganza, la que alentó cada uno de mis pasos en busca de mi objetivo.

—Lleva semanas muy rara, desde que se infiltró en Los Cedros —admitió Malcolm con expresión de desconcierto.

MacKellaig los miraba a ambos en silencio, con expresión astuta.

—Si tienes algo que decir, dilo —le retó Daniel.

—No hablaré aquí de las intimidaciones de Bridget —dijo el anciano—. Pero a ti te daré un consejo, aunque no me lo pidas. Soy ya muy viejo y sé que la venganza es un fruto muy dulce, pero uno ha de cuidarse de no abusar de ella hasta el punto de que se vuelva amarga.

—Para mí será como ambrosía, no lo dudes. Odio a esa mujer. La amé en el pasado, pero ahora me doy cuenta de que mi amor estaba destinado a alguien que no existía

—El velo entre el odio y el amor es tan fino como el filo de una navaja bien afilada. Procura no cortarte —zanjó MacKellaig dirigiéndole una mirada sombría.

Daniel no respondió. Su ojo estaba fijo en las llamas de la chimenea y en su brillo chispeante le parecía ver el de las lágrimas sobre las mejillas de Jocelyn.

CAPITULO 26

El salón de baile de Vanhill Park era una estancia majestuosa, de paredes rematadas con un fino trabajo de yesería y decenas de candelabros que parecían gotear de las paredes iluminando el ambiente. El baile de máscaras acababa de comenzar y los invitados giraban en parejas o se arremolinaban para conversar en torno a las mesas bien provistas de licores y confites.

Había máscaras de todo tipo: de animales selváticos y de aves del paraíso, de Polichinelas^[5] de serpientes o de inocentes palomas. Las exclamaciones de admiración y alborozo ante cada nuevo invitado rebotaban de un lado a otro de la estancia.

Jocelyn descendió por la escalinata del brazo de Dominic. Llevaba un vestido formal de raso color vino, de alta cintura y amplio vuelo gracias a la falda con crinolina. Como máscara, había escogido un sencillo antifaz de terciopelo bermellón que se ajustaba a los ángulos de su rostro y hacia juego con el de Dominic, aunque el de su esposo era de color negro. Como señora de la casa, no dejó ni un momento de saludar e intercambiar cortesías con los invitados, pero sus ojos recorrían la estancia sin cesar. Buscándolo a él.

Distinguió en el centro de la sala a lady Lillian, la prometida de Patrick, riendo muy animada entre un grupo de jovencitas entre las que también estaba Caroline. William Landish deambulaba por el salón hablando con unos y otros como si fuese el dueño y señor de la mansión. En cuanto a Patrick, lejos de prestarle atención a su prometida, se dedicaba a atisbar a través del pronunciado escote de Celia Gray, una dama viuda de reputación un tanto dudosa en la comarca.

De pronto, el ruidoso grupo de muchachas enmudeció y todas se quedaron petrificadas, mirando hacia un mismo punto. Incluso Celia Gray dejó de prestar atención a Patrick. Jocelyn no necesitaba darse la vuelta para saber quién era el objeto de su admiración, pero de todas formas lo hizo. Daniel acababa de hacer su aparición, soberbio con pantalones hechos a medida y chaleco de satén con unos bordados tan brillantes que parecían de plata pura. Tal vez lo fuesen, reflexionó Jocelyn. Bien sabía Dios que podía permitirse todo ese despilfarro, aunque no tenía ni idea de dónde le había venido toda aquella riqueza. Sobre su rostro, ocultando parcialmente su parche de terciopelo, relucía una máscara repujada en oro con retorcidos cuernos que formaban caracolas en torno a sus sienes. Jocelyn reconoció el disfraz: Alicihino^[6], el Demonio. Sin duda, una elección muy apropiada.

Como si un sexto sentido le avisase de su presencia, Daniel giró el cuello en su dirección y su ojo se clavó en ella, tan brillante como una estrella en llamas. La sometió a un escrutinio implacable. Jocelyn sintió que la nuca se le humedecía de sudor. No tenía derecho a mirarla así.

Tras un momento que a ella le pareció eterno, Daniel pareció tomar una decisión. Apartó la mirada de ella y avanzó con pasos de depredador hacia Celia Gray, cuya mano enguantada tomó para depositar un beso. Algunas personas murmuraron a su alrededor y Jocelyn sintió como si un cuchillo en llamas estuviese carbonizando sus entrañas. ¿Es que no le bastaba a Daniel con tratar de enloquecer a la pobre Caroline? ¿Tenía que flirtear también con la Gray cuyas artes amatorias, según se rumoreaba, superaban a las de las más hábiles cortesanas?

Ahogando un gemido de frustración y a la vez sintiéndose estúpida por lo que estaba a punto de

hacer, Jocelyn agarró a Dominic por la manga de la chaqueta y lo arrastró hasta el centro de salón.

—¿Qué haces? —El tono de asombro de su esposo era evidente.

—Bailar. Somos los anfitriones, debemos dar ejemplo.

Dominic le dirigió una mirada intrigada, pero no opuso resistencia. A pesar de lo ermitaño que se había vuelto en los últimos años, todavía era un experto bailarín y pronto ambos se encontraron danzando armoniosamente en el centro del salón, bajo las miradas de admiración de los invitados.

—Los barones hacen una pareja encantadora. ¡Tan compenetrados, como dos jóvenes recién casados! —oyó que comentaban un grupo de matronas a su lado. Sin poder evitarlo, Jocelyn sonrió.

Bajo el antifaz demoníaco, el ojo de Daniel se había convertido en una minúscula rendija. Si pudiera emitir llamas la pareja de anfitriones estaría ya reducida a cenizas. Los brazos de Dominic en torno a la cintura de Jocelyn, sus ojos en los suyos, la naturalidad con la que danzaban anticipándose uno a los movimientos del otro; todo ello era un triste recordatorio de que habían vivido juntos los últimos ocho años, de que se conocían, de que compartían lecho, de que eran marido y mujer.

Jocelyn giró la cabeza en su dirección y le dirigió una mirada arrogante. Daniel hizo crujir la mandíbula. De modo que la muy descarada le desafiaba. Solo el autodomínio cultivado a lo largo de los años le impidió lanzarse en su dirección para borrar de su hermoso rostro esa expresión de petulancia. Bien, si ella quería librar batalla, él desenvainaría sus mejores armas. Susurró al oído de Celia Gray las últimas indicaciones sobre el asunto que tenían entre manos y después atravesó el salón de baile, hasta situarse justo delante de ellos.

—Mis disculpas por la interrupción, barón —dijo con una impecable reverencia—. ¿Me permite un baile con la señora de la casa?

A pesar de la cortesía de sus palabras, su gesto era imperioso y su fría mirada no admitía un no por respuesta. Comprobó satisfecho que Ettington accedía de mala gana, con un seco cabeceo. *Por supuesto*, pensó Daniel con salvaje regocijo. *No puedes decir que no. Conozco tu pequeño secreto, barón.*

Sin miramientos, agarró a Jocelyn de su mano y la arrastró hacia el centro del salón, ignorando su mirada iracunda. Sus pechos subían y bajaban al ritmo de su respiración agitada y su familiar olor a orquídeas inundó sus fosas nasales. Estaban tan cerca que podía contar todas y cada una de las pecas que adornaban su rostro. Conteniendo el impulso de hundir la nariz en su fragante melena, Daniel esbozó una sonrisa torcida y se enfrentó a la mujer que se había convertido en su peor enemiga.

Dominic se recostó contra la pared y tomó con desgana una copa que le ofreció un criado. La fiesta todavía no había alcanzado su punto álgido y él ya se sentía hastiado y deseoso de que terminase. Había algo inusual en el ambiente, una extraña tensión que lo mantenía en vilo.

Algo va mal, pensó para sus adentros. *Muy mal.*

Buscó con la mirada a Jocelyn. Su esposa bailaba con Montrose en el centro de la sala, pero a pesar de que seguía a la perfección los pasos de la danza algo en sus gestos y su postura le llamó la atención. Estaba agitada; lo notaba en pequeños detalles como su barbilla temblorosa o las dos

manchas color escarlata que coronaban sus mejillas. Estaba claro que aquel escocés la alteraba profundamente. Pero... ¿por que motivo? Dominic repasó mentalmente todo lo que su tío le había contado sobre Montrose, cuyos antecedentes eran impecables y cuyo linaje, al parecer, se remontaba a los primeros *lairds*. Según William, la inversión de Montrose en los negocios familiares supondría el golpe de suerte que necesitaban tras varios reveses financieros. En su fuero interno, Dominic sabía que la mala gestión de su tío era la culpable de todos sus padecimientos financieros, pero él mismo no podía considerarse mejor que él. Cada vez que pensaba en lo que había hecho lo asaltaban la culpa y la vergüenza.

Dominic abatió los hombros, sintiéndose deprimido. ¿Por qué era tan cobarde? Ni siquiera podía considerarse un hombre, siempre huyendo de sus obligaciones y decepcionando a quienes le querían. Sabía que tenía que pedir ayuda; el opio se había convertido en su fiel compañero, la pipa en su única amante. Estaba marchitándose.

La música se hizo más lenta y vio como Montrose acercaba más a Jocelyn a su cuerpo. ¿Cómo se atrevía a propasarse de ese modo? Dejó la copa en una mesa, dispuesto a reclamarle que se comportase, pero en el último momento, algo en la expresión de su esposa le hizo detenerse. ¿Qué era lo que reflejaban sus ojos? ¿Miedo mezclado con... deseo? ¿Ira mezclada con atracción? ¿Cómo podía ser posible? No, Jocelyn no era ese tipo de mujer. A menos que...

No podía ser.

Una idea comenzó a tomar forma en su mente y él se apretó las sienes con los dedos. De pronto, varios bailarines se cruzaron en su campo de visión y cuando volvió a buscar a Montrose y a su esposa ambos habían desaparecido. Comenzó a avanzar por el salón, buscándolos, pero en ese preciso instante alguien se interpuso en su camino.

Un cuerpo grácil se estrelló contra el suyo y un dulce olor a madreSelva inundó sus fosas nasales.

Jocelyn era muy consciente de la mano de Daniel en su cintura, una mano grande y cálida que parecía querer traspasar las capas de seda y raso de su vestido. Percibió por el rabillo del ojo las miradas de algunas matronas, sin duda dispuestas a desmenuzar el comportamiento de la baronesa Ettington con su misterioso invitado, ávidas de algún escándalo. Trató de desasirse, pero su agarre era firme como el hierro.

—Veo que no piensas cesar en tus intentos de humillarme —masculló entre dientes.

—Una apreciación muy cierta, baronesa. Me alegra ver que lo has comprendido por fin.

—No te reconozco. Te has convertido en un ser malvado, vengativo, lujurioso e infame.

—Solo uno de esos calificativos es cierto, querida, y no pienso revelarte cuál. —Él la hizo girar con habilidad y la acercó más a su pecho. Jocelyn podía oler su perfume mezclado con el olor a brandy y tabaco. Su único ojo estaba fijo en los suyos, implacable y duro como un diamante. Se estremeció y comprobó con sorpresa que su cercanía le afectaba a él tanto como a ella. Su frente estaba perlada de sudor y su respiración era agitada, como la de un hombre a punto de ahogarse.

—¡Maldita sea! —La exclamación de Daniel la pilló por sorpresa. Rodeándole la cintura sin miramientos, la arrastró tras los pesados cortinones de terciopelo que bordeaban la estancia. Casi en volandas, como si pesase menos que una pluma, la empujó hasta la pequeña puerta que comunicaba con el pasillo y después volvió a cerrar a sus espaldas.

—¿Cómo te atreves? —Jocelyn se enfrentó a él, furiosa—. ¡No vuelvas a tocarme! ¿Me oyes?

Él parecía no escucharla. Avanzó hacia ella como una pantera, obligándola a retroceder hasta que su espalda chocó contra la pared. Estaba poseído por una fuerza extraña y su rostro estaba pálido bajo el antifaz demoníaco. La sujetó por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Ocho años. Durante ocho largos años he vivido en el infierno, atormentado por tu recuerdo. Y ahora... —Se detuvo, sin aliento.

—¿Y ahora? —preguntó Jocelyn en un susurro.

Él descargó un puño contra la pared.

—Jamás me libraré de ti —dijo con voz cargada de ira y dolor.

En su mirada, Jocelyn advirtió que decía la verdad. Abrió la boca para darle una respuesta, pero él se lanzó sobre ella y sus labios se estrellaron contra los suyos. Fue un beso brutal y ávido, el beso de un hombre que ha contenido su pasión durante demasiado tiempo. Jocelyn forcejeó y trató de liberarse, pero él le sujetaba la nuca con mano de hierro. Pronto todas sus defensas se desmoronaron entre oleadas de placer. Jocelyn gimió y ladeó el cuello, ofreciéndolo a sus besos y lametones. Daniel deslizó los dedos por su escote, acariciando la piel delicada y tirando del corpiño hasta que sus senos quedaron libres, con los pezones erguidos al aire. Con un gruñido de placer, tomó los sensibles picos entre sus labios, trazando círculos a su alrededor. Jocelyn arqueó la espalda, con las manos aferradas a su espalda. Sus corazones latían a la par, como antes, como si la separación durante ocho largos años jamás hubiera existido.

—Daniel...mi Daniel...—suspiró ella entre jadeos. Notó como él se tensaba entre sus brazos. Sus palabras tuvieron el efecto de romper el hechizo. Del mismo modo repentino en que la había acometido, Daniel se separó de ella, le tomó la barbilla con la mano y la obligó a mirarlo. No había ni pizca de calidez en su ojo, solo dolor, rencor y desconcierto.

—Yo ya no soy *tu* Daniel —dijo con una voz que era como un puñal—. Y tú ya no eres nada para mí. Me complace comprobar que la desvergüenza de la baronesa Ettington es tal que no tiene reparos en retozar semidesnuda con un huésped en un rincón oscuro, como una mujerzuela cualquiera.

—¿Q-qué? —Jocelyn lo miró. Sus palabras eran como fríos puñales que la desgarraban por dentro a medida que comprendía que aquello había sido una trampa. Había querido comprobar hasta qué punto tenía todavía poder sobre ella, y se había salido con la suya. De pronto la asaltó una terrible idea: ¿habría orquestado todo aquello para que alguien los descubriese y poder comprometer su reputación? Miró a su alrededor, asustada, pero el pasillo estaba vacío y envuelto en sombras.

—¡Eres un bastardo! —exclamó golpeándole el pecho con los puños.

—No te alteres, baronesa. —Él sorteó sus golpes con habilidad y expresión aburrida—. Y no te sorprendas tanto. Los besos y la pasión pueden esconder cuchillos afilados, como tú misma me demostraste hace ocho años.

—Maldito seas, Daniel Redfern. No sé qué te propones, pero no te saldrás con la tuya —dijo derrumbándose agotada contra la pared.

Él fingió un bostezo aburrido.

—Ya lo estoy haciendo, querida. Ya lo estoy haciendo —zanjó mientras regresaba al salón de baile, dejándola a solas.

Dominic estuvo a punto de perder el equilibrio. Abrió la boca para decirle a la persona con la que había chocado que se anduviese con más cuidado, pero las palabras murieron antes de salir de

su garganta. De pie ante él estaba una mujer desconocida, tan quieta como una estatua. Llevaba un vestido de terciopelo oscuro con falda abullonada por detrás y pronunciado escote que se ceñía a sus curvas y la hacía parecer un hermoso pájaro nocturno. Completaba su atuendo una máscara de largas plumas de brillantes colores que ocultaban todo su rostro, a excepción de sus labios carnosos. Su melena rizada y oscura caía sobre sus hombros como un torrente. Dominic se quedó petrificado, mirándola. Estaba seguro de que jamás la había visto, pero entonces... ¿Por qué su corazón latía de un modo tan descontrolado? ¿Por qué notaba el paladar seco? ¿Por qué las palmas de sus manos se habían puesto a sudar de pronto? Era como si su propio cuerpo se hubiese rebelado contra él.

—Disculpe mi torpeza, barón —dijo ella con voz suave.

Dominic trató de responder, pero una vez más, las palabras se negaron a acudir en su ayuda. Carraspeó, sintiéndose muy tonto, y ella esbozó una dulce sonrisa. Una mano morena de uñas cortas emergió bajo su vestido y se alzó ante él, en una invitación muda. Dominic pestañeó. ¿Aquello estaba sucediendo en realidad o era una visión fruto de los opiáceos? Su sentido común le decía que debía ignorarla y seguir buscando a Jocelyn, pero su voluntad, que jamás había sido fuerte, flaqueó también en ese momento.

Como en un sueño, se dejó conducir por ella y ambos comenzaron a bailar, mecidos por la música que, de repente, parecía haberse vuelto más melodiosa.

En el pasillo sumido en la penumbra, Jocelyn se apoyó en la peana de un jarrón y trató de serenarse. Las últimas palabras de Daniel, llenas de hielo y de desprecio, seguían resonando en su mente. Todavía podía sentir su rastro en todo su cuerpo; en los labios inflamados por sus besos, en su respiración agitada, en su piel enrojecida. Se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo ausente del baile; tenía que regresar o de lo contrario, más de un invitado sospecharía de su aspecto desaliñado y comenzarían las habladorías.

Se dirigió de nuevo al salón, tratando de arreglarse el peinado con los dedos. La música continuaba y vio a Dominic bailando con una muchacha disfrazada de pájaro que le resultó desconocida. Caroline bailaba también con un joven desgarrado, pero sus ojos ansiosos no dejaban de recorrer la sala de un lado a otro, sin duda buscando a lord Montrose. Jocelyn apretó los labios, entristecida.

Sonaron las últimas notas de la melodía y William Landish avanzó muy ufano hacia el centro de la sala y comenzó a golpear una copa con una cuchara para pedir silencio. Los violines enmudecieron. Las conversaciones se acallaron. Todos en la sala, desde el invitado más principal hasta el lacayo más humilde, aguardaron expectantes.

—Hoy es un gran día para mi familia —comenzó—. Para un padre no hay mayor orgullo que ver a sus hijos alcanzar sus sueños y mi primogénito se dispone a cumplir uno de ellos, al lado de la mujer que ama.

Patrick se adelantó con Lillian del brazo. Su rostro relucía de satisfacción y arrogancia. Jocelyn no pudo evitar recordar el día que su propio padre había anunciado su compromiso con Dominic: un enlace fraguado en la desesperación y la mentira. Se preguntó cuánto tiempo tardaría la ingenua Lillian en darse cuenta de que su boda no estaba fundada en el amor, sino en las ansias de los Landish por introducirse en la aristocracia como garrapatas en la piel de un caballo. Notó un movimiento por el rabillo del ojo y vio que Daniel acababa de pararse a su lado. Se envaró, recordando lo que había pasado entre ellos, pero él no la miraba y ni siquiera parecía haberse

percatado de su presencia. Su ojo estaba fijo en William Landish y su expresión daba miedo; parecía una fiera estudiando a su presa antes de atacar.

—Mi hijo Patrick desposará en tres meses a Lillian Ashton, una de las jóvenes más destacadas de Inglaterra. Deseémosles toda la felicidad del mun... —Landish detuvo su discurso de forma abrupta. Algunos murmullos sonaron en la estancia. Jocelyn estiró el cuello y divisó el origen de la interrupción: Celia Gray había avanzado hasta situarse frente a la pareja y los contemplaba a ambos con expresión resuelta y los brazos en jarras.

—Querido Patrick, qué cara más dura la tuya —dijo con una voz alta y firme que se oyó hasta en el último rincón.

—¿Disculpe? —Patrick le dirigió una mirada turbia.

—No es muy honorable de tu parte comprometerte con una mujer cuando todavía conservas en tu lecho el calor del cuerpo de otra —dijo Celia con expresión de reproche.

Lillian enrojeció violentamente y sus padres, lord y lady Ashton, fruncieron el ceño y apretaron los labios. Se escucharon algunos gritos de falsa sorpresa entre los invitados, incluso alguna risilla ahogada. Las matronas miraron a Patrick con reprobación, pero algunos jóvenes caballeros guiñaron los ojos y se dieron codazos entre sí. Patrick no perdió la compostura. La acusación de Celia, aunque dañina, no era suficiente para hundirlo. Era común y aceptable que los jóvenes se divirtiesen e incluso echasen una cana al aire antes del matrimonio; para eso estaban las mujeres de moral relajada, como la Gray.

—Vaya. —William Landish acudió en auxilio de su hijo—. Esto es lo que yo llamo una mujer despechada. No sé qué tipo de artes habrá desplegado usted para seducir a mi hijo, señora Gray, pero... ¿acaso pensaba que sus escauceos con una dama tan mundana como usted podrían desembocar en algo serio? —Su tono de desprecio era evidente y Jocelyn sintió que le ardía la sangre. William no era mejor que Celia Gray. La aludida, sin embargo, no parecía impresionada.

—¡Oh! Señor Landish, me temo que me ha entendido mal —dijo con voz meliflua—. No me refería a mí misma. Por supuesto, tal como usted ha dicho, alguien tan mundano como yo jamás consentiría en entablar relaciones con un niño encerrado en un cuerpo de hombre como su hijo —. Los invitados celebraron su ocurrencia con risas sarcásticas. Era indudable que la fiesta había tomado un cariz de lo más interesante.

—¿Cómo se atreve...? —Patrick se adelantó hacia ella, con el rostro crispado. Celia le ignoró.

—Ya puedes pasar, querida —dijo por encima de su hombro, dirigiéndose a alguien que aguardaba en el pasillo.

La puerta se abrió y las expresiones de hilaridad de los convidados se mudaron en asombro. La joven que acababa de hacer acto de presencia no iba enmascarada, llevaba un sencillo vestido de algodón blanco y su larga melena castaña caía suelta sobre sus hombros. En sus brazos, envuelto en una toquilla de hilo, dormía un bebé de mejillas sonrosadas.

—¡Emma! ¡Hija mía! —Un grito desgarró el aire y una mujer mayor se precipitó hacia la recién llegada y la envolvió en un abrazo tan fuerte que a punto estuvo de hacerla caer.

—¡Es Emma Wilson!

—¡Está viva! ¡Y tiene una criatura!

Las exclamaciones de asombro y sorpresa se sucedieron por toda la sala, mientras Emma y su madre se abrazaban llorando. Lord Wilson, el padre de la joven, se adelantó también hacia ellas, con el rostro transfigurado de incredulidad y alegría.

—¡Padre, madre, lo siento mucho! —Emma se retiró el pelo de la cara y apretó al bebé dormido contra su pecho—. Yo... siento mucho haberme fugado así. No podía soportar la vergüenza y...

—Nada de eso importa ahora, querida —respondió su padre con voz suave—. Cuéntanos qué ha sucedido.

—Yo lo contaré, si no tienen inconveniente. —Celia Gray se adelantó con expresión resuelta—. Encontré a la señorita Wilson hace un año, vagando desesperada cerca de mi propiedad. Se había escapado de su hogar y no sabía qué hacer ni a dónde acudir. Tras mucho insistir, conseguí que compartiese conmigo sus tribulaciones. La pobre había caído en las redes de un desalmado y estaba, como suele decirse, metida en un buen lío. Como es natural, temía la reacción de la gente al enterarse. —Celia Gray fulminó a todo el mundo con la mirada—. Jamás dejaré de dolerme que la vergüenza y la deshonra tengan que caer sobre una mujer que no ha hecho más que seguir los dictados de su corazón. La pobre Emma tuvo la mala suerte de que el destinatario de sus afectos era un ser abyecto que la abandonó nada más saber que llevaba un hijo en su vientre.

—¡Oh, hija mía! —sollozó lady Wilson, llevándose las manos a la cara.

—Patrick Landish. —Celia Gray lo apuntó con un dedo acusador—. Eres un hombre despreciable. Tu vileza es tal que no dudaste en comprometerte con otra mujer tras abandonar a esta joven con un hijo en sus entrañas. Eres tú, y no ella, el que debería recibir el escarnio y el desprecio de todos.

—¿Qué? —Patrick estaba pálido como un cadáver—. Yo nada tengo que ver con esto. No la escuches, Lillian... Yo...

Intentó tomar la mano de su prometida, pero Lillian, que había escuchado con expresión horrorizada la explicación de la señora Gray, se apartó de él como de un tizón ardiendo. También los otros invitados comenzaron a retroceder, asqueados, dejando a Patrick y a su padre solos en el centro de la sala.

—Esto es una locura. —William trató de darle a su voz un tono firme, pero su frente estaba cuajada de gotitas de sudor—. ¿Vamos a aceptar sin más la palabra de una mujerzuela que pretende poner en entredicho la reputación de mi hijo? ¡Sin duda son los celos y el despecho los que la obligan a hablar así!

Sus palabras parecieron sacar a Emma de su mutismo. Muy pálida, pero con la barbilla firme, apartó un poco la toquilla que cubría el rostro del bebé.

—Miradlo bien —dijo—. Tiene tu mentón y también tus orejas, Patrick. ¿Alguien puede negar que es tu hijo? Siento mucho haberos hecho pasar por este calvario, queridos padres —añadió volviéndose a lord y lady Wilson—. Estaba tan desesperada que estuve a punto de cometer una locura. Fue gracias a la señora Gray que logré sobreponerme; ella me acogió, me ocultó y me cuidó hasta que reuní fuerzas para enfrentarme al mundo. También siento haber arruinado tu fiesta de compromiso —dijo mirando a Lillian—. Pero es justo que sepas que estabas a punto de desposarte con un hombre vil.

—Mi querida niña... —Lady Wilson apenas podía contener sus sollozos—. No imagino el infierno por el que has pasado, pero sí sé que para tu padre y para mí tu ausencia ha supuesto la mayor de las condenas. No nos importa lo que hayas hecho en el pasado, estamos felices de que estés aquí. ¿Verdad, Robert?

—Efectivamente. —Lord Wilson barrió el salón con la mirada, como retando a alguien a contradecirle—. Pero esto no quedará aquí, Landish. Sus acciones no solo han humillado a mi hija, sino que han sumido a toda mi familia en el desconsuelo durante un año entero. Exijo una reparación.

—¿Pretende retornos en duelo, quizá? —William lo miró con desprecio, abandonando sus modales refinados—. Mi hijo no ha hecho nada que muchos de ustedes, amparados en su prestigio y riqueza, no hayan hecho antes. —Se dirigió a la puerta—. Vamos, hijo.

Con las barbillas alzadas y sus largas capas negras ondeando tras ellos, padre e hijo abandonaron el salón, mientras los murmullos subían de tono y los huéspedes comenzaban a desmenuzarse el que sin duda sería el escándalo más jugoso de la temporada.

Pasaba ya de la medianoche cuando Celia Gray regresó a su casa. Su carruaje había hecho un arduo viaje a través de los caminos embarrados de la campiña y ella estaba deseando quitarse los zapatos, tomarse una taza de leche caliente y reponerse de la agitada velada. Pero a pesar del agotamiento, estaba satisfecha consigo misma. Había hecho lo que debía. La pobre Emma merecía una nueva oportunidad, una vida feliz junto a su hijo sin sentir vergüenza o humillación. Se alegraba mucho de que sus padres la hubiesen recibido tan bien, algo que sin duda otros nobles que se decían honorables no habrían hecho. En cuanto a Patrick Landish... bien, ella ya tenía una edad y había lidiado en su vida con más de un hombre como él, monstruos arrogantes que creían que podían tratar a las mujeres como despojos. Merecía todo lo que le sucediese y más. Esperaba que todos en Londres recordasen su afrenta por mucho tiempo.

Su criada le salió al encuentro en el recibidor sujetando una vela encendida.

—Parece cansada, señora.

—Lo estoy. Ya no tengo edad para estos trotes.

—Pues tiene una visita. Hay un hombre esperándola en el salón. Le he dicho que estas no son horas apropiadas, pero ha insistido mucho en que debe hablar con usted.

Presa de la curiosidad, Celia entregó los guantes y la capa a la criada y se dirigió al salón. El visitante estaba de espaldas, pero reconoció los anchos hombros y el cabello ensortijado de lord Montrose, el misterioso escocés que se alojaba con los barones y que había extasiado a todas las jovencitas de la fiesta con su imponente presencia.

—¿Milord?

Él se dio la vuelta y el único ojo que le quedaba se clavó en ella. Su presencia intimidaba, pero sorprendentemente, su mirada era amable.

—Disculpe que me presente a estas horas, señora. Vengo a entregarle esto, junto con mi agradecimiento. —Le tendió una bolsa de monedas que, a juzgar por lo que abultaba, contenía una pequeña fortuna.

—¿A qué viene esto?

—Es por lo de esa muchacha, Emma Wilson. Gracias a usted, esta noche se ha hecho justicia.

Celia miró la bolsa, pero no la tomó. Recordó al visitante que había tenido varias semanas atrás; aquel hombre pelirrojo y flaco como un galgo que se había presentado en su casa sin anunciarse y les había dicho a ella y a Emma que conocía su secreto y que pronto iba a darse la oportunidad perfecta para desenmascarar a Patrick Landish ante todo el mundo. Ahora que lo pensaba, aquel pelirrojo tenía también acento escocés. Quizá fuese el criado de lord Montrose, razonó Celia.

—¿Qué interés tiene usted en este asunto? —preguntó con cautela.

—Ninguna. Solo me mueve el deseo de justicia.

—Puesto que ninguna relación le une con Emma Wilson, ha de tratarse de algún ajuste de cuentas con los Landish —tanteó Celia mirándolo con ojos entrecerrados.

—Es usted muy aguda. —Él sonrió.

Celia rechazó la bolsa de oro con un movimiento de la mano.

—Quédese con sus monedas, señor. Como bien ha dicho, esta noche se ha hecho justicia y eso

no tiene precio.

El hombre asintió una vez, mirándola con respeto. Después, se inclinó para besarle la mano y se dirigió a la salida.

Mientras lo miraba alejarse, Celia se preguntó cuáles serían las motivaciones de aquel hombre. Dudaba que sus caminos volviesen a cruzarse pero en caso de hacerlo, rezaba para que ambos volviesen a estar del mismo lado.

Horas más tarde, al filo de la madrugada, tres individuos embozados caminaban en dirección al puerto de Londres, por calles vacías a excepción de los ruidosos carros de los aguadores y algunos rufianes y prostitutas entregados a sus negocios al amparo de la noche.

El muelle era una extensión desierta en la que destacaban los mástiles de los cientos de barcos con diferentes enseñas. Los tres hombres se pararon frente a uno de ellos.

—Este es —dijo el más alto. Su pelo rojizo relucía bajo la luna como una pieza de cobre—. Saldrá a primera hora con destino a las costas portuguesas. No debe preocuparse de nada, señor Landish.

Patrick observó el barco con el ceño fruncido.

—No veo por qué he de huir en la oscuridad como un vulgar ladrón. Y todo por haber preñado a esa desgraciada. Como mi padre ha dicho, no es nada que muchos de esos nobles encopetados no hayan hecho antes.

—Ellos tienen algo de lo que nosotros carecemos. —William miró a su hijo con rabia—. Títulos. Quizá algún día, si la suerte nos sonríe, nuestra familia podrá salir impune de tropiezos como este. Pero por ahora lo mejor es que pongas tierra de por medio. Lord Montrose fue muy amable al ofrecerte este pasaje y un puesto de administrador de sus negocios en el continente.

—Sin duda. Al menos él no parecía escandalizado como los demás.

—Mi señor es un hombre de mundo. —El pelirrojo mostró un diente de oro en una sonrisa—. Y les ha tomado aprecio. No se preocupe, señor Patrick. Este viaje será una gran aventura para usted.

Silbando por lo bajo una tonadilla, Malcolm observó cómo los Landish se despedían y ayudó a Patrick a subir a cubierta. El barco se mecía levemente sobre las aguas oscuras y el silencio era casi completo. Con un último gesto de despedida a su hijo, William Landish se caló el sombrero y comenzó a alejarse por las calles envueltas en la niebla.

El ataque fue veloz y tomó a Patrick casi por sorpresa. Antes de que pudiera echar un vistazo a su alrededor, tenía el filo del cuchillo de Malcolm clavado en su cuello y la sangre manaba a borbotones.

—No luches, es inútil —siseó Malcolm sujetándolo por el pecho—. Acabo de seccionarte la yugular, te quedan apenas unos minutos de vida. Escúchame bien, gusano, Daniel Redfern te envía sus más cordiales saludos y espera que te pudras en el infierno.

Malcolm le observó dar sus últimos estertores y después se limpió el cuchillo ensangrentado en la capa.

—Uno de cuatro —dijo para sí mismo—. Estás cada vez más cerca, Daniel.

CAPITULO 26

—Érase una vez una princesa muy bella que vivía encerrada en su castillo. Un día logró escaparse al bosque y conoció a un hermoso príncipe. Pero no uno cualquiera: era el príncipe de las hadas. Se enamoraron y se comprometieron, pero una sombra oscurecía su felicidad. La princesa sabía que el príncipe estaba vinculado a su magia por un contrato de sangre, y por ello nunca sabía cuándo la dejaría y saldría navegando hacia mares lejanos, en busca de su destino...

Jocelyn narró el cuento con voz suave, sintiendo clavadas en su rostro las miradas expectantes de los niños. Solía adorar esos momentos en los que podía escaparse a Los Cedros para llenar sus pequeñas cabezas de historias y relatos, de reinos habitados por hechiceros, príncipes y princesas. No sabía decir quién disfrutaba más perdiéndose en esos mundos, ella o los pequeños.

Sin embargo, ese día era incapaz de concentrarse. Daniel ocupaba todos sus pensamientos; incluso el príncipe encantado del cuento, con su necesidad de partir hacia mares lejanos, le recordaba a él.

No podía quitarse de la cabeza lo sucedido entre ellos en el baile. Su mirada ardiente, que parecía traspasarla de deseo, sus manos por todo su cuerpo, acariciando e invadiendo, su erección presionando con ímpetu a través de su ropa. Y ella había sucumbido, había temblado entre sus brazos de ansia y deseo. Había olvidado que era el odio y no la pasión lo que conducía todos sus actos. Resopló, llena de rabia consigo misma. No podía volver a sucumbir. No soportaría que volviese a humillarla.

Sus pensamientos volaron a Emma Wilson. Sin duda, su sonado regreso se había convertido en la comidilla de la temporada y las matronas tendrían material para dimes y diretes por muchos meses. Según se decía, Emma se había instalado con su bebé en la casa de campo de sus padres, dispuesta a comenzar una nueva vida. Jocelyn se alegraba mucho por ella. Por supuesto, el compromiso de Patrick con la joven Lillian Ashton se había cancelado; para la pobre había sido una gran conmoción enterarse de la perfidia de su prometido y sus padres, muy desairados con los Landish, se la habían llevado a sus posesiones en la costa para que se repusiese de la decepción.

En cuanto a Patrick, la tierra parecía habérselo tragado. William había murmurado algo acerca de «poner tierra de por medio hasta que las aguas se calmasen», pero Jocelyn dudaba mucho de que nadie fuese a olvidar jamás sus monstruosas acciones. La caída en desgracia de los Landish era un hecho y solo esperaba que no les salpicase a ella ni a Dominic. Su esposo tendría que espabilar de una vez y tomar las riendas de sus negocios, pues ya nadie en Londres consentiría en tratar con su tío.

Tras despedirse uno a uno de los pequeños, Jocelyn salió de la estancia. Recorrió los pasillos a paso ligero, fijándose en que el enyesado estaba cada vez más estropeado y en la humedad que empezaba a rezumar de las paredes. Si no lo remediaban, el próximo invierno tendrían goteras. Se estremeció al pensar en lo indefensos que estaban.

El sonido de voces en uno de los dormitorios la hizo detenerse en seco en mitad del pasillo.

Escuchó con atención y su corazón comenzó a latir enloquecido. No, tenía que estar equivocada. ¿Era posible que su obsesión fuese tal que le hiciese oír su voz por todas partes? Se asomó por la rendija de la puerta entreabierta y se quedó sin aliento. Sus oídos no la habían engañado: Daniel estaba allí, en Los Cedros, en el único lugar que podía considerar suyo, en el sitio en el que se sentía segura. Y no estaba solo; Bridget, la nueva maestra, estaba con él. Conversaban con familiaridad, sonrientes, y el rostro de Daniel, cuyo perfil podía ver a través de la ranura, había perdido su rictus avinagrado para dar paso a una sonrisa que a Jocelyn le recordó al joven que había amado tantos años atrás. Él alzó una mano y recolocó uno de los rizos de Bridget tras su oreja, un gesto amable y rápido que implicaba confianza y cercanía. Jocelyn sintió que algo amargo y frío invadía su pecho. Volvió a cerrar la puerta con cuidado y se quedó pegada a la pared, muy quieta, tratando de dominar la oleada de sentimientos que la inundaban. Minutos después, la puerta volvió a abrirse y Daniel salió al pasillo. Un leve alzamiento de cejas y el latido casi imperceptible de un músculo en su barbilla fueron los únicos indicios visibles de que había reparado en su presencia. Sin dirigirse ni una sola palabra, pasó a su lado y se alejó con paso elástico, dejando tras de sí la sensación de que el aire se había vuelto más frío y despacible. Jocelyn se abrazó a sí misma. *Ya no importa, ya no*, se dijo con una voz que le sonaba falsa.

Como si sus pies tuviesen vida propia, entró en la estancia y se quedó mirando a Bridget, que había comenzado a arreglar la ropa blanca de los lechos dispuestos en hilera para los niños. La joven alzó la mirada, sobresaltada.

—¿Baronesa? ¿Puedo ayudarla en algo?

—He visto... Estaba en el pasillo y... —Jocelyn luchaba con las palabras. Bridget la estudió atentamente con sus grandes ojos oscuros y en un instante pareció hacerse cargo de la situación.

—No se preocupe, milady. Si teme que puede haber algo entre él y yo, le aseguro que no es así. Jocelyn se sintió turbada por las palabras de la joven.

—¿Qué te hace pensar que yo... que entre lord Montrose y yo...?

—Lord Montrose. —Bridget esbozó una sonrisa irónica—. Siempre he pensado que ha escogido un nombre horrible, ¿verdad? El suyo propio es mucho más bonito. Daniel Redfern; suena a nombre de caballero medieval.

Jocelyn abrió la boca, aturdida. Avanzó dos pasos hacia la muchacha, sin dar crédito a lo que oía.

—Tú le conoces —afirmó.

Bridget tardó en responder. Caminó hacia la ventana y alzó los postigos pintados de azul. Jocelyn distinguió sus rasgos iluminados por el sol, un rostro que exudaba firmeza. Por primera vez, advirtió que la joven no lo era tanto; quizá se acercaba ya a los treinta, como ella misma.

—Le conozco desde hace años. Muchos. De hecho, fui yo quien le salvó la vida cuando lo dieron por muerto.

—¿Qué? —Jocelyn se llevó la mano al pecho, horrorizada.

—Me refiero a la noche en la que perdió el ojo. La misma noche que usted se comprometió con el barón Ettington, milady.

—¿Qué estás diciendo? —Jocelyn la sujetó por los brazos—. ¿Qué le sucedió? ¡Cuéntamelo!

—A él no le gustaría que lo hiciese. De hecho, se enfadará mucho conmigo cuando se entere. Pero hay secretos que deben morir y otros a los que se les debe dar alas. William Landish lo atacó en el jardín la noche de su compromiso con el barón, ayudándose de su hijo y de Harek, su mercenario. Fue él quien asesinó a la dama alemana en Estrasburgo por orden de su amo; y el propio Landish le pagó mucho dinero a su doncella para que firmase una confesión falsa. Todo fue

una trampa perfectamente organizada.

Jocelyn tuvo que sujetarse a los barrotes de una de las camas. Las palabras de Bridget eran como losas que caían sobre su cabeza.

—Se lo contaré todo desde el principio, milady. Tras ser rescatado del barco pirata, Daniel acabó en la casa de Landish, en Nantes. William se había enterado por su hermana de que el barón Ettington mantenía una buena relación con una joven que acababa de heredar una gran fortuna y lady Theresa le confió sus esperanzas de que la amistad desembocase en boda. Sin embargo, Landish sabía que eso no sería posible si Daniel Redfern lograba regresar a Inglaterra. ¡Imagine su desconcierto al descubrir que el hombre al que había rescatado no era sino el prometido de la adinerada muchacha que podía salvar a su familia de la ruina!

Salvar a su familia de la ruina. Jocelyn tembló. Por supuesto, la herencia de tía Emily había sido el origen de todo.

—Con Daniel en sus manos, Landish comenzó a idear su plan. No podía hacerlo desaparecer sin más, pues a esas alturas eran ya muchos en Nantes los que sabían que el vizconde de Dunnam había regresado de entre los muertos. Y como no podía asesinarlo, decidió condenarlo: convertirlo en alguien a quien la Corona Inglesa recibiese no como un milagro rescatado del mar, sino como un asesino.

Jocelyn se pasó las manos por la cara. Durante años, había estado convencida de que lady Theresa había enviado a su casa a aquel extranjero con la confesión de la doncella, deseosa de procurarle a su hijo un matrimonio ventajoso. Y la realidad era que Landish había sido el único culpable: el hombre que había comido en su mesa y manejado los negocios familiares durante todo ese tiempo. El alcance de su traición la hizo tambalearse; todo era un vil teatro y ellos marionetas en sus manos.

—¿Cómo sabes tú todo esto? —preguntó bruscamente— ¿Qué tienes que ver en este asunto?

—Por aquel entonces, yo estaba empleada como criada en la casa de Landish. Jamás me fie de él. Sé reconocer a un hombre infame cuando lo veo y su actitud hacia Daniel Redfern no hizo más que acentuar mis sospechas. Desde el primer momento se encargó de aislarlo de todos; incluso llegó a ocultar bajo llave las cartas que Daniel había escrito para su familia y que le había confiado para que las enviase a Inglaterra.

—Apenas puedo creerlo —sollozó Jocelyn—. Es monstruoso.

—Estoy convencida de que su plan inicial era acusar a Daniel del asesinato de lady Renate en el propio lugar del crimen, apoyándose en el falso testimonio de su doncella, a la que él había comprado. Sin embargo, aquella noche Daniel sorprendió a Harek casi con las manos en la masa y el alboroto alertó a los hombres de la posada. Landish se vio obligado a fingir; simuló que entregaría a su criado a la justicia, aunque por supuesto, no lo hizo. Pero ese contratiempo alteró sus planes: Daniel no embarcaría hacia Inglaterra lleno de grilletes, tal como él había previsto en un principio, sino como un hombre libre. El objetivo de Landish era hacer que lo arrestaran una vez llegado a Londres. Ni siquiera estaba previsto que él llegase a verla a usted pero, por supuesto, Daniel se presentó en su casa nada más pisar tierra firme.

—Recibí un pañuelo suyo con el nombre del barco... —recordó Jocelyn—. Espera, tú acabas de decir que Landish ocultó todas sus cartas, que no envió ninguna.

—Fui yo misma quien envió ese pañuelo, milady —reconoció Bridget—. Me parecía importante avisarla de algún modo de su regreso.

—Pero ¿por qué no compartiste con Daniel tus sospechas sobre Landish? —preguntó Jocelyn alzando las manos—. ¿Por qué no lo pusiste en guardia?

Bridget meneó la cabeza, disgustada.

—Porque solo tenía sospechas, ninguna prueba en firme. Y yo no era más que una criada. ¿Cuánto valía mi palabra contra la suya? De descubrirse que no había enviado las cartas, Landish se hubiera limitado a alegar que había sido un simple descuido y yo hubiera acabado con mis huesos en la calle o algo peor. —Compuso una expresión pensativa, como recordando algún suceso triste del pasado—. Para los pobres, buscar la justicia y la verdad trae a veces terribles consecuencias.

Jocelyn buscó una respuesta sin encontrarla. Todavía era incapaz de asimilar todo lo que Bridget le había contado.

—Daniel ha vivido fuera de la ley durante todos estos años —continuó ella—. Se ha convertido por voluntad propia en aquello en lo que Landish quiso convertirle: un fugitivo. Pero ahora ha vuelto.

—Ahora ha vuelto —repitió Jocelyn despacio—. Ha vuelto para vengarse de todos nosotros.

Sintió que el pecho se le desgarraba por dentro. Ahora veía, tan claro como el cristal, lo que Daniel pretendía con su regreso: destruirlos a todos, a los que le habían destrozado la vida a sabiendas y a los otros que, como ella misma, habían contribuido a ello por miedo o debilidad. Empezó a llorar con desconsuelo y Bridget le ofreció un pañuelito que sacó de su bolsillo.

—Fui débil y estúpida al someterme al chantaje de aquel extranjero de las cicatrices, tan mansamente como una oveja en manos del matarife. Pero mi crimen no fue la maldad, como Daniel cree, sino la cobardía.

—Usted ya ha sufrido bastante, milady —Bridget la miró con simpatía—. Durante años, yo también la creí despreciable, cómplice de los Landish. Pero soy una mujer de mundo... y sé reconocer la sinceridad cuando la veo. Y también el amor.

—¿El amor? —Jocelyn la miró pestañeando entre las lágrimas.

—El amor, sí. Desde que él regresó, entre los dos ha brotado un fuego que amenaza con consumirlos.

—Quizá —respondió Jocelyn cabizbaja—. Pero es un fuego destructor de los que acaban carbonizándolo todo. No es un fuego cálido ni acogedor. Tal vez lo fue en el pasado, pero ya no.

—Incluso la más violenta de las hogueras se puede convertir en una lumbre cálida. ¿Tú le amas? —preguntó Bridget tuteándola.

—Con todo mi corazón. Pero él me odia.

—Lo hace porque desearía tenerte y se niega a sí mismo ese anhelo. Eso lo está destruyendo.

—Sabe que me desposeí con otro hombre mientras él estuvo cautivo con los piratas. Cree que no le esperé, que incumplí mi promesa.

—¿Y lo hiciste?

—Mi primer matrimonio solo tuvo como fin salvaguardar mi reputación. Todos daban a Daniel por muerto y yo llevaba un hijo suyo en mi vientre. Mi esposo se comprometió a hacerse pasar por el padre a cambio de mi dote. Como ves, siempre he sido un cobarde.

Bridget le acarició la mano, con los ojos brillantes de compasión.

—Yo no creo que seas cobarde. Y él tampoco fue siempre el hombre vengativo y lleno de rencor que es ahora. El verdadero Daniel, el que tú aprendiste a amar, sigue ahí, en algún lugar. Solo tienes que encontrarlo.

Jocelyn la miró con una chispa de esperanza.

—¿Crees que es posible?

—Lo creo.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó intrigada—. ¿Por qué tratas de ayudarme?

Bridget bajó la mirada. Sus mejillas del color del bronce habían palidecido.

—Quizá porque yo también, al igual que Daniel, me he pasado años persiguiendo un imposible.

CAPITULO 27

Eran las dos de la madrugada y Vanhill Park estaba envuelta en silencio. Jocelyn encendió una vela sobre una palmatoria y salió de su cuarto intentando que la madera no crujiera bajo sus pies desnudos. El camisón se arremolinaba a su paso. No era un camisón corriente, sino una lujosa prenda de raso y seda que había pertenecido a su ajuar. Era la primera vez que lo usaba y la fría tela le acariciaba la piel y le provocaba escalofríos. Por un momento dudó. ¿Qué estaba a punto de hacer? ¿Acaso se había vuelto loca? ¿Y si la humillaba de nuevo? Estuvo a punto de regresar, pero el fuego que la consumía por dentro le dio ímpetu y siguió avanzando.

Se detuvo ante la puerta del dormitorio de Daniel y llamó dos veces con los nudillos. El silencio era tal que podía oír los latidos histéricos de su corazón. La puerta se abrió con un crujido y él apareció ante sus ojos, serio y erguido, vestido con pantalones y una camisa de batista que destacaba el color de bronce de su piel.

—Por favor —dijo Jocelyn antes de que él pudiera pronunciar una sola palabra—. Déjame entrar.

Él la miró con una burlona ceja alzada, como si se dispusiese a soltarle alguna grosería, tal vez algo relacionado con escabullirse por los pasillos para colarse en la habitación de un hombre; pero al ver su rostro desencajado pareció pensárselo mejor y se apartó para que entrase, cerrando la puerta a sus espaldas. Después retrocedió, alejándose de ella y se apoyó en la pared, como si no se fiase de sí mismo si no mantenía las distancias.

—Tú dirás.

Jocelyn se acercó a la ventana de vidrio plomado y miró a la lejanía. El cielo estaba tan cuajado de estrellas que parecía un sudario lleno de diamantes. Las estrellas le recordaron las piedras corazón de su juventud y eso le dio coraje para encararse con él.

—Ahora lo sé todo —dijo—. Sé que no huiste la noche de mi compromiso; Landish te atacó dándote por muerto. Y yo, sin quererlo, fui la causa de tu desdicha. Pero he pagado por ello, créeme. Tú atravesaste un infierno para sobrevivir, pero yo tuve que vivir todos estos años con mis propios demonios. Ahora lo veo claro. Me creía valiente y fuerte, como las princesas de los cuentos que les narro a los niños de Los Cedros; como esa princesa encantada con la que tú me confundiste cuando nos conocimos aquella noche en los tejados de lord Kent, ¿recuerdas? Pero lo cierto es que siempre he sido débil y cobarde. Las princesas de mis relatos se enfrentan al ogro y yo me fui directa a meterme en sus fauces.

—Creo que ya somos mayorcitos para cuentos de hadas —gruñó Daniel, pero a Jocelyn le pareció advertir un brillo húmedo en su ojo. Se acercó a él y, muy despacio, alargó la mano hacia el parche de terciopelo que lo cubría. Él se puso tenso, pero no se movió. Retiró el parche con tanto cuidado como si manejase el ala de una mariposa; bajo el terciopelo la piel cicatrizada brillaba a la luz de la luna. Jocelyn tragó el nudo que se le había formado en la garganta y acarició con las yemas de los dedos aquella carne castigada y muerta. El pecho de Daniel subía y bajaba con esfuerzo, como un mar agitado. Finalmente, él se apartó de su tacto y volvió a ponerse el parche.

—Ya lo has visto. Ya has visto al ogro de tus cuentos —gruñó.

—Hemos pasado por muchas cosas, ya no somos los jóvenes inocentes que éramos. Pero también sé que no eres el monstruo que aparentas. No eres el ogro del cuento, Daniel, tú no.

—No sabes lo que dices.

—A los dos nos consume el mismo fuego, por mucho que tu finjas que disfrutas atormentándome. Aún se puede reparar el daño, Daniel. Escribiremos juntos al Rey, le contaremos la injusticia que se cometió hace ocho años. Haremos que los Landish paguen, limpiaremos tu nombre...

Él no le dejó continuar. Se abalanzó sobre ella tan veloz como un águila sobre un ratón. Sus labios buscaron los suyos mientras sus dedos desataban las cintas del camisón, que cayó arremolinado en torno a sus tobillos. Había afecto en sus gestos, casi reverencia. ¿Dónde estaba el hombre vengativo que deseaba hacerle daño? Las manos de Daniel recorrieron su cuerpo desde las mejillas hasta las caderas, regodeándose en los senos cuyos pezones se endurecieron al instante. Se miraron y fue como si cientos de bengalas hubiesen estallado entre ellos. Jocelyn vio en su expresión que la deseaba tanto como ella a él, que no podía esperar a hacerla suya.

Daniel la tomó por las nalgas y la alzó, apoyándola contra la cómoda. Sus bocas se buscaron de nuevo y se encontraron en un beso que les hizo retorcerse entre gemidos. Con movimientos pausados, él introdujo un dedo en su interior, y ella arqueó la espalda, estremecida de placer.

—Eres mía —gruñó él en su oído—. Incluso separado de ti por océanos de distancia podía sentir tu atracción, como el canto de una sirena.

Jocelyn no fue capaz de responder. Estaba sumida en un mar de sensaciones, inflamada por sus caricias y sus besos. Daniel se despojó de sus ropas y ella se estremeció ante la vista de aquella virilidad que se apretaba contra su vientre, ávido de poseerla. Sintió un latigazo de placer cuando él se introdujo en su interior, haciéndole recordar sensaciones que creía olvidadas. Sus besos se tornaron furiosos, salvajes, ambos estaban al límite, incapaces de contenerse. Cuando Jocelyn alcanzó el orgasmo él la siguió y ambos se convulsionaron de placer mientras la joven trataba de ahogar sus gemidos en el hombro de Daniel.

Permanecieron unidos y sin aliento durante un largo rato, recuperándose de la llamarada que había tardado ocho largos años en volver a encenderse. Después se tumbaron sobre la cama deshecha y dejaron que sus respiraciones se acoplasen. Jocelyn tuvo la sensación de que no deseaba moverse de allí nunca más.

Mucho más tarde, cuando solo faltaban unas horas para el amanecer, ella observó su rostro dormido a la luz de los rescoldos de la chimenea. Por primera vez desde que había regresado, parecía estar en paz.

—Te amo —murmuró.

Él no despertó ni se movió, pero a Jocelyn le pareció que una tenue sonrisa dulcificaba sus rasgos.

CAPITULO 28

Jocelyn despertó con los trinos de los pájaros que se filtraban a través de la ventana. Parpadeó, confusa al encontrarse desnuda entre unas sábanas que no eran las suyas. Después, los recuerdos de la noche anterior fueron llegando poco a poco y sus mejillas se colorearon al recordar todo lo que Daniel y ella habían hecho. Hundió la cabeza en la almohada, aspirando su olor masculino que todavía impregnaba las sábanas. No había nada comparable al roce de su piel con la suya, a sus labios entre sus piernas, a sus furiosas embestidas al poseerla, al delirio que se había apoderado de sus cuerpos. Daniel era capaz de llevarla al borde de la locura, de provocar en ella un aluvión de sensaciones que jamás había conocido antes.

Recordó que ella le había dicho que lo amaba, una confesión que había nacido de la pasión y la intimidad del momento. Él no le había respondido pero sus besos ardientes y sus tiernas caricias habían sido más expresivos que todas las palabras del mundo.

Sonriendo, se deslizó fuera de las mantas y se escabulló por el pasillo hasta su habitación. Sin molestarse en llamar a la doncella, se puso un sencillo vestido de tafeta y se cepilló el cabello hasta dejarlo liso y brillante. Después se encaminó hacia el comedor. Tenía tantos deseos de verlo de nuevo que apenas podía contener su impaciencia.

En el pasillo, se cruzó con William Landish que, al parecer, ya había desayunado. El tío de Dominic parecía haber recuperado parte de su arrogancia y el gesto avinagrado que lo había acompañado desde la marcha de Patrick había desaparecido como por ensalmo.

—Buenos días —saludó contento—. Hoy hace un día espléndido.

Ella lo miró con desprecio y tuvo que contenerse para no arañar aquel rostro odioso con sus propias manos ¡Y pensar que durante años había tenido tan cerca al causante de su desgracia! Pero ahora todo se arreglaría. Daniel y ella acudirían al Rey y el chantaje saldría a la luz. Después de tantos años, él recuperaría su honor y Landish pagaría por su crimen.

En el comedor, la mesa estaba puesta para el desayuno y Dominic, Caroline y Daniel se hallaban reunidos en torno a una fuente de tostadas. Jocelyn respondió con rigidez al saludo de su esposo, que tenía ojeras y expresión preocupada. Decidió que hablaría con él más tarde. A pesar de su distanciamiento, seguía considerándole su amigo y merecía saber quién era en realidad Douglas Montrose.

Miró con timidez a Daniel, que removía su té con una cucharilla. Ansiaba lanzarse a sus brazos, pero él ni siquiera levantó la cabeza para mirarla. Caroline, sentada a su lado, parecía feliz y la recibió con una gran sonrisa.

—¡Jocelyn! Al fin estás aquí. Tengo una noticia que darté. Una noticia maravillosa.

—Ah, ¿sí? —Algo en el tono de voz de la joven le provocó un escalofrío.

Caroline alzó una mano ante su rostro. En su dedo brillaba un enorme anillo con un zafiro engarzado, una pieza lujosa que parecía recién salida de una de las mejores joyerías de Londres. Jocelyn se quedó mirándolo, anonadada.

—¡Estamos comprometidos! —gorjeó Caroline—. Lord Montrose... quiero decir, Douglas, me ha pedido esta mañana que me case con él.

—¿Q-Qué? —Jocelyn trastabilló y tuvo que sujetarse al respaldo de una silla para no caer. No era verdad. No podía ser verdad.

Daniel alzó por fin la mirada de su taza de té. Su ojo estaba inexpresivo.

—¿No va a felicitarnos, baronesa? —preguntó con indiferencia.

Ella tragó saliva, incapaz de hablar. Los pensamientos se arremolinaban en su cerebro y la sangre se le agolpaba en las sienas. Lo sucedido entre ellos la noche anterior había sido una mentira. Una trampa. Él no había renunciado a su afán por castigarla y humillarla... No había nada de cierto en las palabras de Bridget, nada podía hacerse para avivar aquel fuego del que no quedaban más que cenizas malditas. Entendió de golpe la cara de satisfacción de Landish en el pasillo: el muy miserable veía reavivadas sus esperanzas de entrar en la nobleza a través del compromiso de su hija con Montrose, un lord escocés. No sabía quién era él en realidad, ni tampoco que esa boda llevaba implícita su caída, pues a Jocelyn no le quedaba la menor duda de que Daniel utilizaría de algún modo a Caroline para castigar a su padre. *Y para castigarme a mí*, pensó.

—¿Cuándo? —preguntó con voz monocorde.

—En dos semanas —respondió Daniel con rapidez—. Apenas puedo contener mi impaciencia por estar con la mujer que amo—. Acarició la mano de Caroline y Jocelyn sintió tal arcada que tuvo que sujetarse el estómago con las manos.

—Eso me recuerda que tengo que ir a Londres a hablar con mi sastre —continuó Daniel apurando su taza de té—. Te veo luego, querida—. Besó los nudillos de Caroline y pasó frente a Jocelyn sin mirarla siquiera. Ella sintió deseos de gritar. Contempló durante un momento a Caroline, que acariciaba la piedra de su anillo con el mimo de una madre meciendo a su recién nacido, y después giró sobre sus talones y salió precipitadamente del comedor.

Acorraló a Daniel en el pasillo, frente a la habitación donde la noche anterior habían dado rienda suelta a sus instintos. Lo agarró por un brazo y lo encaró con furia.

—No puedes casarte con ella.

—Querida, me temo que puedo hacer exactamente lo que me plazca.

—No la amas. Es la hija del hombre que te desfiguró. Ella...

—¿Quién ha dicho que voy a desposarme con ella para hacerla feliz? Un esposo puede ser la peor de las condenas.

Jocelyn negó con la cabeza. Recordó su breve matrimonio para ocultar su embarazo y lo infeliz que había sido en aquella relación sin amor.

—Deja a Caroline fuera de esto. Ella no te ha hecho nada.

—Quizá. Pero todavía tengo un par de cuentas pendientes con su padre.

—¿Y es justo que ella pague? ¿Cuándo te has convertido en una bestia? —Descargó los puños en su pecho, llorando con impotencia. Él la sujetó por las muñecas. El Daniel de antes, el que ella había creído atisbar entre las sábanas la noche anterior, parecía haber desaparecido para siempre.

—Puedes acabar con todos nosotros, pero tu odio hará que también te destruyas a ti mismo —lloró—. Anoche sentiste algo por mí. Algo muy similar al amor que una vez me tuviste. Lo vi en tu mirada.

Él la soltó de golpe, como si sus palabras le hubiesen provocado una descarga.

—Imaginaciones tuyas. No siento nada por ti. Nada. Anoche te tomé porque te me ofreciste, como hubiera hecho con cualquier mujerzuela del puerto para saciar mis instintos.

Sin dejarle responder, entró en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas. Solo entonces se permitió Daniel aflojar la tensión de sus hombros y solo entonces permitió que el dolor aflorase a su semblante. La había herido en lo más hondo, lo sabía. Había visto la rabia, la desesperación, la

congoja... cientos de emociones bullendo en sus preciosos ojos azules. ¿Por qué entonces no se sentía satisfecho? ¿Acaso no era ese su objetivo? ¿Por qué no sentía la gloriosa satisfacción que sigue al triunfo? La había visto romperse como una copa de cristal lanzada contra una pared. ¿Por qué se sentía como un miserable en lugar de feliz?

Todavía con los ojos fijos en la puerta que acababa de cerrarse, Jocelyn se secó las lágrimas. Había creído que podían construir un futuro juntos, renacer de sus cenizas, recuperar el amor que una vez se habían tenido. Pero él no tenía más que odio en su interior, un odio implacable. No quedaba nada sobre lo que construir un futuro juntos, ninguna esperanza. Para él, el odio era el único fuego que merecía la pena avivar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Caroline acababa de aparecer ante ella en el pasillo y la observaba con suspicacia, dejando oscilar su mirada entre ella y la puerta del cuarto de Daniel.

—No puedes casarte con él —espetó Jocelyn.

Caroline alzó la barbilla.

—¿Es eso lo que estás haciendo aquí, ante su puerta? ¿Has intentado disuadirle?

—Te hará daño. Convertirá tu vida en un infierno. Él no te ama, Caroline.

El rostro de la joven se transfiguró de ira.

—¿Cómo te atreves? Estás celosa, es eso. Te he visto mirarlo fijamente varias veces y vi como te sonrojabas cuando te sacó a bailar durante la fiesta. ¿Acaso hay tan poco amor en tu matrimonio con mi primo que tienes que buscarlo en otra parte? Creía que eras mi amiga, Jocelyn.

—Y lo soy. Solo trato de protegerte. Tú no sabes quién es ese hombre, no le conoces...

—¿Acaso tú sí? —interrumpió Caroline con gesto airado. Antes de que Jocelyn tuviese tiempo a responder, se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas, dejándola sola.

Agotada, Jocelyn se pasó las manos por la cara. Las palabras de la joven resonaban en su mente: *¿Acaso tú sí?* Era cierto. ¿Acaso conocía a ese hombre cruel en el que se había convertido el amor de su vida?

CAPITULO 29

Jocelyn entró en su habitación y cerró la puerta de un golpe. Sentía que le faltaba el aire. Cayó de rodillas, asaltada por el llanto. Sollozó hasta que se quedó sin fuerzas y después, sintiéndose agotada y desdichada, se secó las lágrimas con un pañuelo y se asomó a la ventana que daba a la extensa propiedad de Vanhill Park. Estaba tan ensimismada en su dolor que no advirtió a la persona que entraba en la habitación. Una mano larga y morena se posó en su hombro y ella se giró para enfrentarse con la mirada triste de su esposo.

—Eres muy desgraciada, ¿verdad? —preguntó Dominic con dulzura.

Jocelyn bajó la cabeza. Por supuesto que era desgraciada, todo su cuerpo era un apretado nudo de tristeza, pero se habían distanciado tanto en los últimos años que no sabía cómo compartir con él su dolor y su vergüenza.

—Le amas mucho. —No fue una pregunta, sino una afirmación—. A Douglas Montrose. O más bien debería decir a Daniel Redfern.

Jocelyn alzó la mirada, alarmada. Él no parecía enfadado. Se sentó a su lado y le puso una mano tranquilizadora en la rodilla.

—¿Cómo...? ¿cómo?

—¿Qué cómo lo supe? No fue difícil. Te conozco bien, aunque en todos estos años ambos nos hemos esforzado por cavar un foso entre los dos. En su presencia estabas tan agitada y fuera de ti misma que noté que algo extraño sucedía. Durante el baile os devorabais con la mirada; haría falta ser ciego o un inepto para no ver que entre vosotros brotaba una pasión arrolladora. Y cuando anoche te escabulliste por los pasillos para colarte en su cuarto, comprendí que solo podía ser él: Daniel Redfern.

Jocelyn ocultó el rostro entre las manos.

—Dios mío... Lo siento, lo siento.

—No lo sientas. Uno nunca debe avergonzarse de amar. Desde el primer momento sabíamos que no era el amor la base de nuestro matrimonio, sino el cariño y la amistad, aunque incluso estos han escaseado en los últimos años. Es natural que te lanzases a los brazos del único hombre que te robó el corazón hace tantos años.

—Y ahora ha vuelto para destrozármelo del todo —sollozó Jocelyn. Dominic le acarició el cabello y, de pronto, la conexión entre ellos que había muerto con los años pareció renacer. Ella volvió a ser la muchacha de antaño y él el hombre amable que le había entregado su amistad y le había enseñado a usar una ballesta.

Sin soltarle la mano, Jocelyn le contó todo lo sucedido, sin guardarse ni un detalle. Él la escuchó muy serio y después se frotó la nuca con gesto agotado.

—Debí prestarte más atención todo este tiempo, mantenerte a salvo. Mi adicción me ha dominado, me ha apartado del mundo y me ha obligado a hacer cosas de las que no me enorgullezco.

—Solo puedo reprocharte que permitieses que Landish se hiciese cargo de los negocios, arrastrándonos a todos con su mala gestión —admitió Jocelyn apretándole la mano.

—He mantenido en mi hogar a un asesino y le he dejado hacer y deshacer a su antojo. — Dominic descargó un puño contra la mesa. Su rostro, casi siempre pálido, estaba enrojecido por la ira—. Mi tío debe pagar por lo que hizo.

—¿Y por qué crees que Daniel está aquí? Va a hacernos pagar a todos. En su interior no hay más que deseo de venganza. Estoy convencida de que él ayudó a Emma Wilson a avergonzar a Patrick ante todos, a mí me ha humillado y rechazado y a William...no sé qué tiene previsto para él, pero creo que quiere servirse de Caroline para hundirlo. Quiere cazarnos uno por uno como si fuésemos liebres. Y en cuanto a ti...

—Ya lo ha hecho —interrumpió Dominic. Su frente estaba llena de gotitas de sudor—. Ya me ha cazado.

—¿Qué?

—Al principio no lo relacioné con él. Pero ahora, tras lo que me has contado, no me queda ninguna duda. Estamos arruinados, Lyn. He estado tratando de encontrar el modo de decírtelo.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido? —Jocelyn recordó el rostro ojeroso (más incluso de lo habitual) que su esposo había exhibido en los últimos días.

—Hace meses, en un club de Londres, un hombre entabló conversación conmigo. Era un norteño muy cordial que dijo llamarse Malcolm Dowry. Bebimos vino y, entre anécdotas y charlas, me contó que se dedicaba a los negocios inmobiliarios. Al parecer, conocía la existencia de una ganga en Londres, un inmenso solar a muy buen precio, perfecto para edificar. Parecía un negocio redondo, mucho mejor que los disparatados intentos de mi tío. De modo que le dije que estaba interesado. Pensé que...—Tragó saliva, nervioso—. Pensé que no podía desaprovechar una oportunidad así, que al fin podría demostrar que no soy un completo inútil.

Jocelyn le apretó la mano. No le gustaba nada el rumbo que estaba tomando aquella historia.

—El único problema era nuestra falta de fondos para hacer frente a la adquisición. El tal Malcolm me aseguró que conocía a un prestamista muy bueno, un anciano escocés que me ofrecería unas condiciones inmejorables. Él mismo se encargaría de tramitarlo todo, me dijo, pues le unía una gran amistad con ese hombre. Yo... debí sospechar. Pero no lo hice.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Jocelyn con un hilo de voz.

—Cuando fui a visitar el lugar...No había nada, ni solar ni terreno que se le pareciese, solo un páramo yermo. Me habían estafado. Y cuando traté de rescindir el préstamo...tampoco existía ningún prestamista en la dirección que Malcolm me había indicado; o si alguna vez había existido, se había esfumado.

—Continúa. —Jocelyn imaginó que se avecinaba la peor parte.

—Llamé a Abelard, y tras oír sus reproches por haber abordado una operación así sin consultarle, le pedí que destruyese los papeles. A fin de cuentas, todo había resultado ser una falsedad, o eso creía yo. Abelard me envió un mensajero dos horas después, muy agitado, informándome de que el contrato de préstamo no solo era legítimo, sino que llevaba una cláusula asociada: en caso de no hacerse efectivo, el prestamista se quedaría los inmuebles asociados al documento como garantía.

—¿Los inmuebles...? —Jocelyn sintió que se mareaba ante toda aquella palabrería.

—Vanhill Park. Los Cedros. Todas nuestras propiedades pertenecen ahora a ese prestamista que, si no me equivoco, no es otro que Daniel Redfern o uno de sus secuaces. Estamos en la ruina, Lyn.

Jocelyn jadeó. Su estómago se retorcía víctima de violentos retortijones. Así que ese era el golpe de gracia, arrebatándole todo lo suyo: su casa, Los Cedros, ese proyecto que tanto sudor y lágrimas le había costado sacar adelante. Se sentía enferma y vulnerable, como si de pronto

alguien la hubiese empujado al vacío.

—He sido un estúpido —reconoció Dominic mesándose los cabellos—. He caído en su trampa como un ratón.

Jocelyn le apretó la mano tan fuerte que le hizo daño.

—Todos hemos sido simple carnaza para sus propósitos. Primero Landish, ahora Daniel... Estoy harta, Dominic. Estoy cansada de soportar que nos hagan daño. ¿Quiere esta casa? Puede tenerla. Pero lucharé por Los Cedros con uñas y dientes. Llevaré el asunto hasta el Rey, si es necesario.

—Te ayudaré —le aseguró él.

Jocelyn se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la habitación. Sentía que se ahogaba en aquella estancia.

—Quiero que nos marchemos a Londres. Nos quedaremos con mis padres hasta que las cosas se solucionen. No pienso pasar ni un minuto más en esta casa.

Él se puso en pie.

—Pediré un carruaje. Le diré a la cocinera que te prepare un almuerzo frío para el camino. Llegarás a Londres mucho antes de que anochezca.

—¿Y tú? —Jocelyn lo miró, extrañada—. ¿No piensas venir conmigo?

—Por supuesto. Pero antes tengo que arreglar aquí un par de asuntos. Te seguiré a caballo en cuanto me sea posible.

La observó mientras guardaba algunas pertenencias en una bolsa y se ponía una capa de abrigo sobre el vestido. Ambos partieron sin dilaciones rumbo a los establos y Dominic dio las órdenes pertinentes. Cuando el carruaje se puso en marcha, él se despidió con la mano y se quedó mirándolo hasta que dobló un recodo y se perdió en la lejanía.

Después, con ademán resuelto, volvió a entrar en la casa. Tenía algo muy importante que hacer antes de partir él también hacia Londres.

No se percató de la figura embozada que espiaba desde los matorrales del jardín, como un lobo acechando a un cordero, con la mirada fija en el carruaje que se alejaba.

CAPITULO 30

Daniel estaba terminando de afeitarse cuando Dominic entró como una tromba en su habitación. Con una ceja alzada, observó su rostro congestionado de ira. Después, apartó la navaja de su rostro cubierto de espuma y esbozó una sonrisa.

—¿A qué debo el honor, barón? Adivino que su esposa ya le ha puesto al corriente y ambos han reflexionado hasta dar con el origen de su...repentina pobreza —sonrió ante su propia broma.

—Es usted un malnacido y un canalla —rezongó Dominic apretando los puños.

—Me han llamado cosas peores.

—He venido a advertirle que no se saldrá con la suya.

—Me temo que eso es exactamente lo que acabo de hacer, caballero.

Dominic observó sus nudillos apretados y su rostro en tensión.

—Si quería hacer pagar a Landish por su crimen, había mejores formas de conseguirlo. No permitiré que siga martirizando y humillando a mi esposa de ese modo.

—Déjeme decirle que he hecho *otras* cosas con la baronesa que ningún esposo que se precie debería permitir —retó Daniel con los labios apretados.

—¿Ningún esposo? No. Ningún hombre enamorado debería permitirlo, en eso estamos de acuerdo.

—Usted no la ama. —Daniel pareció sorprendido por la revelación.

—No la amo, ni ella a mí. Sin embargo, la quiero como a una hermana y no estoy dispuesto a permitir que siga dañándola. —Dominic introdujo la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó un pequeño objeto que sostuvo en su mano abierta—. ¿Ve esto? Jocelyn lo guardó todos estos años como una reliquia, como la más preciada de sus posesiones. Ella no lo sabe, pero la sorprendí muchas veces mirándolo como quien contempla a su propio corazón. Jamás miró nuestro anillo de bodas de ese modo.

Daniel observó el objeto con el rostro crispado: era el anillo engarzado con la piedra azul en forma de corazón que él había encontrado en Nantes, el que le había entregado tras pedirle matrimonio en el jardín, justo antes de que su mundo se derrumbase para siempre.

Dominic lo observaba fijamente y no le pasó desapercibida la sombra de aprensión que cruzó su ojo.

—Jocelyn jamás volvió a ser la misma tras tu desaparición —dijo tuteándolo—. Te amaba con locura y a pesar de todo lo que le has hecho, todavía lo hace. Se equivocó al sucumbir ciegamente al chantaje de aquel mercenario, pero ese fue su único error.

—Un error terrible —dijo Daniel con un hilo de voz.

—¿Acaso tu pasado es un lienzo en blanco? ¿Acaso no has hecho nada de lo que te arrepientas?

—Nada comparable a sus pecados. No fue solo un error. Me juró que me había esperado, pero era mentira. Mientras yo me consumía cautivo de los piratas, ella se apresuró a casarse con otro —dijo con una voz que rezumaba hostilidad.

—Y fue muy desgraciada. Solo lo hizo para darle una oportunidad a vuestro hijo.

—¿Qué? —Daniel se alegró de haber apartado la navaja de afeitarse, de lo contrario, se

hubiera rebanado su propio cuello de la impresión. Su frente se llenó de gotas de sudor.

—Le corresponde a ella contártelo todo, si es que quiere. —Dominic meneó la cabeza—. Jocelyn es una mujer propensa a guardar secretos y recuerdos.

El barón comenzó a alejarse hacia la puerta y se detuvo en el dintel.

—Quizá no todo esté perdido. Quizá aún estés a tiempo de recuperarla, pero si persistes en tu deseo de venganza, la perderás para siempre. Yo mismo me encargaré de protegerla y mantenerla alejada de ti.

Incapaz por primera vez en muchos años de formular una sola palabra, Daniel lo vio salir y cerrar a sus espaldas. Apretó en el puño el anillo con la piedra azul hasta que sus contornos quedaron grabados en su carne.

—¡Maldito seas! —bramó, aunque ni él mismo tenía claro si se refería a Dominic o a sí mismo.

Dominic entró en sus propias habitaciones y apoyó los codos en la mesa. Le dolían las sienas y las manos le temblaban como le sucedía siempre que el opio intentaba abrazarlo con sus largos tentáculos. La charla con Redfern le había dejado agotado. El hombre era un hueso duro de roer y él no tenía claro si pensaba entrar en razón o no. Pero de algo estaba seguro: de ahora en adelante protegería a Jocelyn, no dejaría que nadie más la dañase.

Echó un vistazo a la pipa que había dejado sobre la mesa. Sabía que tenía que alejarse de ese demonio humeante si quería volver a ser el hombre que había sido. Casi sin darse cuenta, su mano acarició la madera bruñida y sus fosas nasales se esponjaron ante la súbita necesidad.

—La última calada —dijo para sí mismo—. Solo una vez más. Después de esto, me convertiré en un hombre nuevo.

Aplastó con el pulgar el polvo de opio en la cazoleta y la encendió. El conocido olor, atrayente y nauseabundo a la vez, llenó la estancia. Dominic dio una profunda calada y, de inmediato, las piernas le fallaron y su vista se volvió borrosa. Salió de la habitación tambaleándose, intentando pedir un auxilio que no llegó a su boca. Ni siquiera tuvo tiempo de soltar la pipa antes de desplomarse en la escalinata, con las extremidades rígidas y los ojos en blanco.

CAPITULO 31

Con los puños tan apretados que le dolían, Daniel se dirigió a la habitación de Jocelyn. El pestillo no estaba echado, pero de haberlo estado, no hubiese dudado en abrir la puerta de una patada. Barrió la estancia con la mirada y sintió un molesto vacío en el estómago al darse cuenta de que ella no estaba allí; un vacío que se acentuó cuando vio que el ropero estaba entreabierto y faltaban algunos de sus vestidos. Daniel gruñó. En su mente se libraba una ardua batalla, un combate entre su orgullo y su corazón, entre su voluntad y sus deseos. Las palabras de Dominic se le clavaban como un montón de avispas furiosas.

¿Qué más había dicho el barón? Algo sobre que Jocelyn tenía tendencia a guardar tesoros y secretos.

Preso de un impulso, Daniel comenzó a abrir y cerrar cajones, provocando que medias, pañuelos y enaguas volasen por todas partes. Estaba fuera de sí y comenzaba a pensar que había sido un error hacerla suya, pues desde entonces su sangre hervía como un caldero del infierno y todo su cuerpo se rebelaba contra su ausencia. Esa mujer era como una adicción para él: su olor a orquídeas, su piel, sus besos...Daniel se sentía frustrado y confuso, incapaz de saborear aquella venganza por la que tanto había luchado y que ahora dejaba un regusto agrio en su interior. Tenía que contenerse o perdería la cordura, si es que no había comenzado a perderla ya.

Dio un violento manotazo sobre el secreter de Jocelyn, cuyos cajones saltaron por los aires revelando un sinfín de pequeños objetos: dedales, sortijas, puntillas y figuritas en miniatura. En el fondo de uno de los cajones había un envoltorio que parecía haber sido encajado allí por manos hábiles, con la intención de resguardarlo de miradas curiosas. Daniel se apropió de él con manos ávidas y rasgó el papel sin miramientos. Se quedó mirando lo que tenía en las manos: un pequeño jubón de lana azul primorosamente tejido. Lo estudió a la luz de la ventana y distinguió un nombre bordado con hilo en la parte interior:

Daniel.

Apretó la prenda en el puño mientras hacía crujir la mandíbula con tanta fuerza que se hizo daño. Daniel. Un bebé. Su hijo.

Solo se casó para dar una oportunidad a vuestro hijo, había dicho el barón.

¿Cuántos secretos más habría entre aquellas paredes? ¿Cuántos malentendidos? ¿Y cómo había podido él comportarse de un modo tan infame?

Por primera vez desde su regreso, Daniel se sintió vulnerable. Se llevó la mano al costado, a la cicatriz de la puñalada de Landish que ahora era apenas una línea blanca y delgada. Le palpitaba y le dolía como si le hubieran apuñalado de nuevo. ¿O quizá el dolor venía de más arriba, de su corazón?

Salió de la casa a trompicones y se dirigió al jardín, recorriendo el sendero de baldosas de piedra que discurría entre árboles centenarios. Cuando ya no pudo más se dejó caer de rodillas en la tierra y ocultó la cabeza entre las manos.

Estuvo en esa postura hasta que una larga sombra se cernió sobre él y una mano suave se posó sobre su hombro.

CAPITULO 32

Daniel alzó la vista y sintió una extraña mezcla de alivio y desolación al darse cuenta de que la recién llegada no era Jocelyn, sino Bridget, que lo contemplaba con el ceño más fruncido que había visto en su vida.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó él a bocajarro.

—Lo mismo podría preguntarte yo. Estás ridículo ahí hincado de rodillas, como si estuvieses rezando. Aunque por la expresión de tu rostro, es el arrepentimiento y no la oración lo que te ha postrado en el suelo.

—Tonterías. —Daniel se puso en pie y se sacudió la tierra—. Solo estaba echando un vistazo al jardín. Después de todo, esta propiedad me pertenece ahora. Estoy más feliz que nunca.

—Para ser un hombre tan feliz, tienes el ojo bastante enrojecido.

—El polen me produce alergia —repuso él con su expresión más petulante. Bridget puso los ojos en blanco y le golpeó con el dorso de la mano en la nuca.

—¡Ay! ¿Te has vuelto loca?

—Te quiero como a un hermano, Daniel, pero a veces me sacas de mis casillas. Estás tan embebido en tu afán de venganza que te dispones a cometer el mayor error de tu vida. Todavía la amas, admítelo.

—¡Sandeces! Ya no significa nada para mí.

Bridget lo fulminó con la mirada. Por si acaso, Daniel retrocedió un par de pasos.

—Ah, ¿sí? En ese caso no te importará nada que se haya marchado.

—¿A dónde? —Se inclinó hacia ella con el rostro descompuesto.

—Lo ignoro. Pero cuando venía hacia aquí me crucé con su carruaje.

Daniel ahogó una maldición. El diminuto jubón, que se había metido en el bolsillo de la chaqueta, parecía quemarle como un tizón ardiendo.

—¿De verdad vas a dejarla marchar? —oyó decir a Bridget a sus espaldas. Él la encaró con el ceño fruncido.

—Si quieres que te sea sincero, no te comprendo. Fuiste tú la que me alentaste a llevar a cabo mi venganza, tú la primera en ayudarme a mantener mi odio vivo y ardiendo. ¿Por qué este cambio ahora?

Bridget se encogió de hombros y desvió la mirada. A Daniel le dio la sensación de que le estaba ocultando algo.

—Es que a veces... a veces uno debe saber cuándo parar. Ya no somos tan jóvenes como antes, Daniel, y dentro de muchos años, si la vida es generosa con nosotros, seremos ancianos. ¿Quién se sentará a nuestro lado junto al fuego de la chimenea, quién nos tomará la mano? ¿Nos miraremos a un espejo y no veremos reflejado más que el odio que nos consume por dentro? —Meneó la cabeza con pesar y Daniel se la quedó mirando, asombrado. Parecía estar hablando de sí misma y sin embargo... ¿quién era el objeto de su odio?

Sintiendo sobre sus espaldas la mirada de su amigo, Bridget le hizo un gesto de despedida y comenzó a alejarse hacia la casa.

Mirando a un lado y a otro por si había algún criado cerca, trepó por la pared lateral cubierta de hiedra y utilizó una de las horquillas de su cabello para forzar la ventana del segundo piso; el mismo método que había utilizado para colarse en el baile de máscaras.

Una vez en el pasillo, apoyó la espalda contra la pared y respiró profundamente. ¿Qué buscaba? Ni ella misma lo sabía. Quizá solo quería verlo una vez más, quizá...

Algo extraño en la parte superior de la escalinata le hizo fruncir el ceño. Alguna criada parecía haberse dejado allí un montón de ropa sucia para la colada. Miró con atención y descubrió unas piernas y unos brazos que remataban en dos manos crispadas.

Ahogando un gemido de miedo, Bridget echó a correr mucho más rápido de lo que había corrido en cualquiera de sus mejores robos.

CAPITULO 33

Arrebujada en su chal, Jocelyn se dejaba mecer por el rítmico traqueteo del carruaje. Entre sus manos llevaba el saquito de arpillera con las piedras en forma de corazón, que para ella representaban su inocencia y su juventud perdidas. Juguetó con la piedra roja que tanto tiempo atrás Daniel había robado para ella del campanario de la iglesia y sus ojos se llenaron de lágrimas. Decidió que, en cuanto pudiera, se desharía de ellas. No hallaría ningún beneficio aferrándose al pasado.

Trató de animarse pensando en su familia. Sus padres les acogerían de buena gana tanto a Dominic como a ella, estaba segura. Quizá también podrían pasar una temporada en el Norte, visitando a Charlotte y a su familia. Se quedarían con ellos un tiempo y ella ejercería de tía consentidora. Con esfuerzo y tesón, resurgirían de sus cenizas y se construirían una vida nueva.

De repente, el carruaje se detuvo con una sacudida brusca que lo hizo vibrar y tambalearse. Estaban atravesando una zona boscosa y Jocelyn pensó que quizá la rueda había tropeado con alguna raíz. Abrió la portezuela, esperando ver al cochero supervisando la avería; pero el hombre había descendido del pescante y se alejaba del vehículo con paso sibilino, como un ladrón abandonando el lugar del crimen. A Jocelyn se le pusieron los pelos de punta.

—¡Eh! ¿A dónde vas? ¿Qué ha sucedido?

Él la miró por encima del hombro. Una sombra de lástima cruzó sus toscas facciones.

—Lo siento, milady. Mi hijo está enfermo y precisa medicinas y él me prometió que me pagaría muy bien. Lo siento mucho...

—¿Cómo? ¿Qué es lo que sientes? ¿Qué está pasando? —Jocelyn gritó y trató de seguirlo en vano; el hombre desapareció entre los árboles como una comadreja. Se quedó muy quieta, sin saber qué hacer. El día era nublado y desapacible y el bosque estaba lleno de sombras. ¿Quién era ese *él* al que el cochero había aludido? ¿Daniel? ¿Acaso había querido culminar su venganza obligándola a pasar la noche en el bosque? No, ni siquiera él podía ser tan retorcido. ¿O sí?

Un ruido entre los matorrales le reveló la presencia de un hombre. No, no era Daniel; pero su visión hizo que la sangre se le helase de terror en las venas. Hacía ocho años que no lo veía, pero no había sido capaz de olvidar su rostro: los ojillos agudos y diminutos, el pelo ralo, la mandíbula cuadrada, el rostro cetrino cuajado de horribles marcas. Harek.

Desesperada, miró a un lado y a otro buscando en vano un camino de huida. La imagen de su ballesta, que llevaba años encerrada en un armario, apareció fugaz en su mente. De nada le habían servido aquellas lecciones de Dominic, tanto tiempo atrás.

—No te atrevas a acercarte a mí —siseó mirándolo.

Él le dedicó una sonrisa torcida y olisqueó el aire como un perro.

—Hueles de maravilla —dijo con tono desagradable—. Puedo notar tu perfume desde aquí. Las señoritas de alcurnia siempre oléis como un pastel recién salido del horno, y yo jamás he estado con una mujer tan delicada.

Jocelyn gimió de terror y trató de correr, pero él se lanzó en su dirección. Sintió sus toscas manos en torno a su cintura, tan fuertes como cepos.

—Mi amo siempre me ha ordenado que me mantuviese alejado... Pero yo jamás pude olvidarte, desde nuestro primer encuentro. ¿Lo recuerdas? Estabas tan desesperada. Me suplicabas, y me encanta que las mujeres supliquen. Ahora nadie se interpondrá entre nosotros...

Gritando, Jocelyn luchó y pataleó, tratando de liberarse de su firme agarre. Su aliento fétido le golpeaba el rostro y sus ojos lujuriosos la miraban con lascivia. Una mano tanteó sus senos sobre el vestido, haciéndole daño, intentando atravesar las ballenas del corsé. Aterrorizada, ella redobló sus patadas.

—No tienes la más mínima oportunidad. Estamos solos. ¡Quieta, quieta!

Sujetándola con una mano, él comenzó a desabrocharse los pantalones con la otra y Jocelyn aprovechó el momento para arrearle una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas. No le hizo caer, que era lo que pretendía, pero sí tambalearse y soltarla mientras aullaba de furia y dolor. Ella no lo dudó; salió corriendo a través de la espesura, a ciegas, a sabiendas de que era su única oportunidad de huir. Lo oía tras ella, resollando y maldiciendo, y con cada rama que le arañaba la piel le parecía que era una de sus grandes manos que la atrapaba de nuevo.

De pronto, algo se interpuso en su camino, algo firme y duro que se estampó contra su pecho y le hizo perder el aliento.

CAPITULO 34

Dominic despertó con tal dolor de cabeza que sentía un enjambre de abejas zumbando en el interior de su cráneo. Soltó un gemido. Todos los músculos de su cuerpo le dolían como si le hubiesen dado una paliza y tenía un regusto metálico en el paladar. En su vida se había sentido tan mal.

Maldito opio, pensó.

Alguien con unas manos excepcionalmente suaves y pequeñas le pasaba un paño húmedo por la frente, con movimientos lentos y delicados. Sintió un alivio instantáneo. ¿Quién era aquel ser angelical? ¿Jocelyn? Imposible, pues él la había visto partir en el carruaje.

Abrió los ojos y percibió una figura inclinada sobre él. No, no era Jocelyn. La mujer que estaba a los pies de su cama tenía el cabello rizado y oscuro y su rostro... su rostro estaba cubierto por una máscara de plumas brillantes. El corazón empezó a latirle de un modo tan atolondrado que creyó que todos en la casa lo oirían. Era la mujer de la fiesta, la joven enmascarada que tras danzar entre sus brazos había desaparecido del salón como por ensalmo, dejándole con la sensación de que todo había sido un encantamiento. Su hada de exóticas plumas.

—Bienvenido al mundo de los vivos, barón —dijo ella—. Es ya la tercera vez que pronuncio estas palabras; parece que estoy condenada a atender a lores estúpidos en apuros —agregó como para sí misma.

Dominic no apartó los ojos de ella. No sabía a qué se refería con su extraño comentario y no le importaba que le hubiera llamado estúpido. Solo tenía ojos para sus labios carnosos y su nariz respingona bajo la máscara. Sus miradas se encontraron y una especie de calma se extendió entre ellos.

—Bebe. —Ella le tendió un vaso y sonrió ante su mueca—. Sí, sé que el sabor es horrible, pero es una receta depurativa que te hará sudar y expulsar todo ese veneno. ¿Sabes que suele decirse que para un adicto la mejor calada es a veces la última? Pues para ti esta ha estado a punto de serlo. ¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente como tú se castigue de tal modo?

Él alzó una mano trémula hacia su mejilla.

—¿Quién eres? —preguntó extasiado— ¿Eres real? ¿De dónde has salido?

Por toda respuesta, ella se quitó el antifaz de plumas.

Dominic se sintió agradecido de estar tumbado sobre una cama, pues el suelo comenzó a vibrar y la estancia entera se convirtió en una mancha borrosa. Lo único real era ella; ella y el repentino ardor que había brotado en su pecho como un fuego incandescente.

CAPITULO 35

Jocelyn alzó la mirada para ver con quién había chocado. Un olor conocido la envolvió y, por instinto, se aferró a aquel cuerpo firme y protector. Daniel. El alivio fue tal que sintió que le flaqueaban las rodillas. Daniel tenía fuego en la mirada y los hombros tan tensos como bloques de piedra. Harek, lejos de sentirse intimidado, le mostró los dientes en una expresión lobuna.

—¿De dónde sales, tuerto? Sigue tu camino. Nada hay aquí de tu incumbencia —dijo con desprecio.

Daniel le dirigió una mirada capaz de helar la sangre.

—Harek. Después de tantos años, volvemos a encontrarnos. Pero esta vez la suerte no estará de tu lado.

El extranjero frunció el ceño, confuso.

—¿Te conozco?

Daniel alzó la barbilla desafiándolo. Jocelyn vio como los rasgos del extranjero se crispaban de asombro y turbación.

—Tú. El maldito lord inglés. Deberías estar pudriéndote bajo tierra.

—He regresado de entre los muertos. Y ya es hora de que te dé tu merecido. Vas a pagar por tus crímenes de una vez por todas.

Se llevó la mano al cinto y Jocelyn vio el brillo plateado de un puñal que surcaba el aire. Harek esquivó la embestida con agilidad felina, pero no pudo evitar que el agudo filo le arañase el brazo, arrancando gruesas gotas de sangre. Las contempló por un momento con expresión sorprendida y luego se lamió la herida, como un lobo furioso.

—Maldito seas. Te voy a trocear como a un lechón.

—Nunca has sido bueno con las palabras, perro, esa cualidad corresponde a tu amo —repuso Daniel trazando círculos a su alrededor—. Y me temo que él también se quedará sin voz muy pronto.

Sin darle tiempo a responder, se lanzó sobre él blandiendo su cuchillo de recio mango trenzado. El ataque fue veloz, casi como un centelleo, y el único modo que Harek encontró de detenerlo fue sujetándole el brazo con todas sus fuerzas. Durante varios minutos que parecieron interminables, ambos forcejearon, midieron sus fuerzas, como dos hombres echando un pulso en una taberna, con el filo del cuchillo cortando el aire entre ellos. Hecha un ovillo en el suelo, Jocelyn contuvo el aliento. Si las fuerzas le fallaban Daniel acabaría con su propio cuchillo ensartado en el pecho.

Harek gruñía y resollaba, sirviéndose de su monumental fuerza. Pero los años de entrenamiento con MacKellaig habían dejado su huella y Daniel recurrió a uno de sus viejos trucos. Su pie se alzó del suelo veloz como un látigo y golpeó la pantorrilla de Harek, haciéndolo tambalearse. Esta distracción le dio ventaja para arrojarlo sobre él y apoyar firmemente el filo del puñal sobre su yugular. El gigante lo observó desde el suelo, con los ojos desorbitados.

—Mi señor vengará mi muerte, puedes estar seguro.

—Tu señor se encontrará contigo en el infierno —respondió Daniel descargando un salvaje

tajo contra su cuello.

Jocelyn notó que unos brazos la alzaban en volandas como si pesase menos que una pluma. Daniel la acomodó sobre su propia montura y después tomó de las riendas a los dos caballos del carruaje, atándolos a la grupa del suyo en una especie de caravana. Trepó a la silla de montar y Jocelyn se aferró a su cuello, aspirando su olor mientras su corazón latía desbocado, todavía aterrorizada por lo que acababa de suceder. La lucha, la sangre empapando la hierba, la muerte de Harek... Sobre todo, no podía sacarse de la cabeza la expresión de Daniel, esa fiereza de alguien acostumbrado a la sangre y a la muerte.

Cabalaron en silencio, adentrándose en el bosque. Jocelyn dormitó por momentos hasta que sintió que el caballo se detenía con un bufido y se incorporó para mirar a su alrededor, desorientada. Estaban en un claro entre la espesura, rodeados de helechos y maleza, y allí se erigía una rudimentaria cabaña de madera que, a juzgar por las telas de araña que cruzaban sus contraventanas, no había sido ocupada en mucho tiempo. Para su asombro, Daniel se sacó una herrumbrosa llave del bolsillo y abrió la puerta con un chasquido.

—Nunca me he separado de esta llave —dijo como hablando para sí—. En esta cabaña fue donde volví a la vida cuando Landish me abandonó dándome por muerto.

Jocelyn no hizo ningún comentario. Una vez más, se estremeció al imaginar todos sus padecimientos, todo el horror que le había convertido en el hombre implacable que ahora era. Se sentía agotada, física y mentalmente. Notaba las piernas temblorosas y la respiración entrecortada.

—Quisiera descansar un poco —murmuró.

—Por supuesto. Ha sido una experiencia horrible para ti. —Su amabilidad, después de lo cruel que había sido con ella desde su regreso, le sorprendió. Indicándole que esperase, él se dirigió al claro dónde había atado a los caballos y sacó de la silla del suyo un trozo de lino enrollado.

—Sábanas —explicó—. Con los años, me he acostumbrado a llevar conmigo lo necesario para hacerme un lecho limpio en cualquier lugar. Uno nunca sabe qué le deparará el destino.

Hizo la cama y la ayudó a tenderse entre las sábanas, alisando la tela en torno a su cuerpo. Sus movimientos eran suaves, dulces y atentos. Jocelyn cerró los ojos.

—Ha sido horrible. Si no hubieras aparecido...

—Ya era hora de que alguien le diese su merecido a ese perro. —Daniel endureció el gesto—. Jamás me hubiese perdonado si algo llegara a sucederte.

Su vehemencia y el tono apasionado de sus palabras la pusieron en guardia. ¿Era otro de sus trucos? ¿Una nueva trampa? A él no le importaba verla humillada, bien lo había demostrado. Pero lo cierto era que la había liberado de las garras de Harek, la había salvado de una muerte segura.

—Daniel...

—Shhhh... más tarde. Primero debes recuperarte de la conmoción. Descansa.

Se tumbó a su lado y le acarició el cabello con suavidad. Solo la fina sábana se interponía entre ellos y Jocelyn podía notar su cuerpo duro y firme pegado al de ella. Yacieron juntos por un rato hasta que sus músculos comenzaron a relajarse y Jocelyn se sumió en un inquieto duermevela, protegida por su presencia. Despertó un par de horas más tarde y se quedó mirando el rostro dormido de Daniel a su lado, sus facciones endurecidas por los años de lucha y vida itinerante.

Él parpadeó y la expresión de alerta de su ojo se suavizó al mirarla.

—¿Por qué lloras? —murmuró. Jocelyn se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas. Él recorrió el rastro de lágrimas con un pulgar y Jocelyn apartó el rostro.

—No me desposaré con Caroline Landish —dijo él de repente. Su ojo ardía como una llama azulada—. No puedo hacerlo. Esta mañana, cuando me di cuenta de que te habías marchado sentí como si alguien hubiese retirado el suelo bajo mis pies. He comprendido algo: vine aquí para vengarme, pero tú siempre has supuesto un peligro mayor para mí que yo para ti. No puedo desligarme de ti. Hay algo que me ata a ti, que me hace necesitarte a mi lado.

Ella le miró boquiabierta. Sus palabras brotaban entrecortadas, su pecho subía y bajaba con agitación.

—Estoy dispuesto a renunciar a mi venganza, a todo lo que tenía planeado —continuó Daniel—. Quiero que vivas conmigo en Vanhill Park, Lyn; necesito tenerte cerca. Podrás seguir administrando Los Cedros, si así lo deseas. Landish y su hija, por supuesto, tendrán que marcharse y también tu esposo. No voy a compartirte con nadie. Debes conseguir la anulación lo antes posible.

—¿Compartirme?

Jocelyn se estremeció mientras oleadas sucesivas de calor y frío recorrían su espina dorsal. Miró a Daniel y le pareció ver una tras otra sus múltiples facetas: el joven ilusionado, el demonio vengativo, el guerrero infatigable, el hombre consumido por el odio. ¿Pero quién era en realidad? ¿Acaso sonaban sus palabras como una declaración de amor? Desconcertada, dejó vagar la mirada por la estancia. Él había dejado su chaqueta sobre una tosca silla y de uno de sus bolsillos asomaba algo que inmediatamente captó su atención. Era una prenda azul de punto, una que ella había tejido, acariciado y mimado durante largas horas. El jubón de su bebé. Turbada, se enfrentó a él.

—No —dijo con voz firme. Se levantó y comenzó a ponerse los zapatos que había dejado bajo la cama.

—¿Cómo dices? —Él la miró asombrado.

—No voy a irme a vivir contigo ni deseo divorciarme de Dominic.

—Pero tú no le amas.

—Quizá no. Pero tampoco puedo amar al hombre sin alma en el que te has convertido. Perdí a mi Daniel hace mucho tiempo.

—Estoy aquí. —Él la sujetó por las muñecas—. He vuelto.

—Estás aquí porque te has convencido de que no soy la mujer perversa que creías. —Jocelyn señaló la prenda de punto con un movimiento de la cabeza—. Pero... ¿acaso sé yo si tú has dejado de ser el hombre vengativo que no ha dejado de atormentarme desde su regreso?

—¿Qué dices? —Él se pasó la mano por los cabellos—. ¿Deseas oírme decir que te amo? Lo hago, Jocelyn. Te amo.

Jocelyn levantó la vista y contempló su rostro transfigurado por el dolor. Como para confirmar sus palabras, una lágrima brotó de su único ojo y se deslizó hasta su mandíbula. Apretando los dientes para no unirse a su llanto, Jocelyn abrió la puerta de la cabaña.

—No dejaré que te marches. —Él fue tras ella.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Retenerme contra mi voluntad?

—Podría hacerlo. —Él le dirigió una mirada sombría—. ¿Por qué nos haces esto, Lyn?

Ella no contestó. ¿Por qué demonios la miraba con esa expresión de infinita tristeza? ¿Por qué, justo en aquel momento, parecía que el antiguo Daniel, el Daniel que ella amaba, intentaba asomarse tímidamente a aquel ojo azul que era como un tizón encendido?

—Porque hay momentos en los que una ha de hacer lo correcto, aunque duela —musitó ella antes de volverle la espalda.

El ojo de Dominic la siguió hasta que tomó las riendas de su caballo y montó de un ágil brinco.

No se despegó de ella mientras se alejaba sobre su montura, sorteando los árboles. Después, él cayó al suelo de rodillas y su rostro se descompuso como un cristal que se rompe en miles de pedazos.

CAPITULO 36

Horas después, Daniel descabalgó con agilidad en el patio de Vanhill Park y le entregó las riendas al mozo de cuadra. Cruzó en dos saltos la escalinata y se plantó en la puerta principal donde hizo sonar la aldaba con tres fuertes golpes.

La señora Bowen le abrió la puerta y lo miró como si en lugar de un hombre se hubiera presentado en su puerta un repugnante ciempiés. Como comité de bienvenida, resultaba de lo más disuasorio.

—Lady Jocelyn ha llegado hace media hora y se encuentra descansando —le informó con voz airada—. La cabalgata por el bosque la ha dejado agotada ya que, al parecer, su carruaje sufrió un percance. —Lo miró fijamente, como culpándolo por ello.

—No deseo turbar su descanso —la tranquilizó Daniel—. En realidad, es a la señorita Caroline a quien quiero ver.

El ceño de la señora Bowen se acentuó.

—Tengo derecho a verla, es mi prometida —insistió Daniel.

El ama de llaves se apartó a regañadientes, sin dejar de mirarlo fijamente.

—Poco orgulloso se sentiría su padre si viera en lo que se ha convertido, lord Redfern.

—¿Me ha reconocido? —La miró asombrado.

—Pocas cosas hay que se le escapen a la vieja Aggie. Mi señora no me ha dicho nada, por supuesto, pero basta con ver lo mucho que la afectado su presencia, y no para bien, precisamente. ¿Qué es lo que busca, señor? ¿Arruinarle la vida?

—No. Ya no. Esta vez voy a hacer lo correcto —aseguró Daniel.

La señora Bowen lo miró como valorando si debía fiarse de sus palabras.

—Pues no haga más daño. Desde que llegó, no dejan de suceder desgracias. Hasta el barón ha tenido que guardar cama por una indisposición.

—¿Está enfermo Ettington?

—Una indisposición leve, creo. Esa porquería que fuma le ha sentado mal. Una de las maestras de Los Cedros lo encontró desmayado y lo ha estado atendiendo sin descanso desde entonces. —Meneó la cabeza—. La verdad...las cosas que suceden en esta casa no son propias de una mansión de este calibre, no señor...

Daniel dejó que la buena mujer se alejase despotricando y se quedó pensando en sus palabras. ¿Una maestra de Los Cedros? ¿Atendiéndolo sin descanso? Una idea extravagante comenzó a tomar forma en su cabeza.

Caroline apareció en el recibidor en ese instante, interrumpiendo sus pensamientos. Llevaba un vestido primaveral festoneado de capullos de rosa y parecía muy joven e inocente.

—Pensé que jamás volvería a verte. Desapareciste tan de repente... ¿Qué está pasando, Douglas? —Lo miró con cautela.

—Lo siento. Tenemos que hablar, Caroline.

Ella bajó la cabeza y sus hombros se hundieron un poco.

—En realidad no quieres casarte conmigo, ¿verdad? —dijo con un hilillo de voz.

Daniel la miró conmovido. Se dio cuenta de lo dulce y joven que era, una niña ingenua con la que él había jugado como un gato martirizando un ratoncillo. Recordó sus intenciones de convertir su vida en un infierno, de servirse de ella para destruir lentamente a Landish. Apretó los labios, asqueado consigo mismo.

—Tu silencio es respuesta suficiente —dijo ella— ¿Sabes? Estos días he vivido como en un sueño y me he negado a aceptar la realidad. Pero tengo ojos en la cara y sé que Jocelyn y tú tenéis cuentas pendientes... sean del tipo que sean.

Él le tomó la mano y se la apretó.

—Eres maravillosa Caroline Landish, y yo un estúpido.

Ella le dedicó una sonrisa triste.

—Confieso que yo también estaba embelesada por tus títulos y porque mi padre te consideraba un buen partido. Siempre he tratado de buscar su aprobación, aunque mi corazón y mis deseos apuntasen en otra dirección. Alguien me dijo una vez que una debe luchar por lo que le hace feliz... Quizá para mí ha llegado la hora de hacerlo ya.

—Estoy seguro de que serás muy feliz. —Daniel rebuscó en su bolsillo y le tendió un legajo—. Estas son las cédulas de propiedad de esta casa y de Los Cedros. Jamás debieron salir de las manos a las que pertenecen. Entrégaselas a los barones, por favor.

—¿No piensas hablar con ella? —Caroline aceptó los papeles.

—Todavía no —respondió Daniel con gesto sombrío—. Estoy tratando de... de hacer lo correcto.

Con un gesto de despedida, se alejó en dirección a su salida habitual a través del seto del jardín. La ventana del cuarto de Jocelyn tenía las cortinas echadas y sintió que era una tortura estar tan cerca de ella y tener que alejarse. No había previsto volverse a enamorar de ese modo fiero e implacable, o quizá era que, a pesar de todo, nunca había dejado de amarla. Abatió los hombros, lleno de dolor. No importaba cuánto tuviera que esperar, esta vez le demostraría que su amor era real, que podrían empezar de nuevo. Tras pasarse años construyendo al hombre vengativo y lleno de odio, estaba dispuesto a destruirse a sí mismo para volver a ser el hombre que ella merecía.

Sumido en sus pensamientos, no advirtió que alguien caminaba hacia él hasta que una sombra oscureció el suelo a sus pies.

—¿Pensando en las musarañas, milord? —William Landish lo saludó con tono desagradable.

Daniel le dedicó una mirada cargada de odio. Ahí estaba el origen de todas sus desdichas. El hombre que lo había destruido todo.

—Le vi antes a través de la cristalera conversando con mi hija —siguió Landish—. ¿Acaso ultimaban los preparativos de la boda?

—Hablábamos de asuntos privados —respondió Daniel con un gruñido.

—Pues es una suerte que su matrimonio no se haya celebrado aún. No me gustaría que la pobre se quedase viuda tan joven... lord Redfern.

Daniel saltó hacia atrás como si le hubiesen quemado. Se puso en guardia inmediatamente, llevándose la mano al cinturón donde ocultaba su puñal.

—Demasiado tarde para eso. —Landish lo contempló con desinterés— Logró engañarme por un tiempo, pero hace días que sospecho de usted. Mis hombres encontraron el cuerpo de Harek hace una hora, en el bosque. Y el barco en el que se supone que debía marchar mi hijo jamás abandonó estos puertos. ¿Qué ha hecho con él, desgraciado?

—Yace en el fondo del océano, pasto de los peces —respondió Daniel sin inmutarse—. Quizá le gustaría reunirse con él.

Una fugaz sombra de dolor crispó las facciones de Landish, pero enseguida se repuso y su

rostro adquirió la expresión impasible de siempre.

—Eres tú el que pronto será pasto de las alimañas. Los cuervos de Londres se darán un festín con tus huesos. —Metió la mano en su bolsillo y agitó un papel en el aire—. Olvidas que aún tengo en mi poder mi arma más poderosa: la confesión que te hizo caer. ¡Guardias! —gritó alzando la voz— ¡A mí!

Media docena de hombres armados surgieron de entre los arbustos. Daniel intentó echar mano de su puñal, pero ellos eran más numerosos y más rápidos y muy pronto estuvo en el suelo, inmovilizado, con el rostro apretado contra la tierra árida.

—Lord Daniel Redfern, se le acusa del asesinato de lady Renate Jenssen, prima de Su Majestad, cometido hace ocho años —escuchó que decían sobre su cabeza.

CAPITULO 37

Jocelyn se terminó la taza de té que la señora Bowen le había llevado. El ama de llaves le había hablado de la indisposición de Dominic, y, a pesar de que le había asegurado que solo había sido un susto y que el barón se encontraba fuera de peligro, ella se había quedado preocupada y estaba deseando ir a verle.

En cuanto la mujer se retiró con la taza vacía, salió al pasillo y se asomó a la habitación de su esposo. Él estaba profundamente dormido y una sonrisa pacífica relajaba sus rasgos afilados. No estaba solo; a los pies de su cama había una mujer contemplándolo con una expresión tal que a Jocelyn se le encogió el corazón.

Era Bridget.

Jocelyn se quedó muy quieta en el umbral, observándolos. Los ojos de Bridget recorrían el rostro de su esposo como si pudieran beber de él y su mano le acariciaba la mejilla con cariño, con anhelo, con... ¿nostalgia?

En ese momento, como por ensalmo, las piezas se ordenaron en la mente de Jocelyn. Todo se aclaró en un instante.

Carraspeó, para llamar la atención de la joven, y ella se puso en pie sobresaltada.

—Milady...

—Shhhh... Dejémosle dormir. Ven conmigo.

Caminaron hasta el salón de costura y, por el camino, se cruzaron con una doncella a la que Jocelyn ordenó que les sirviera té. Adivinaba que ambas necesitarían tener la mente despejada para la conversación que se avecinaba.

—Sé que estaba en una posición comprometida con el barón —comenzó Bridget—. Pero juro que yo...

—Tranquila. —Jocelyn le tomó la mano—. Mi esposo lleva media vida sumido en la desolación, Bridget. ¿O debería llamarte Bertha?

Ella saltó como si se hubiese quemado.

—¡Lo sabes!

—Al veros juntos, comprendí que tenías que ser esa muchacha que le robó el corazón hace tantos años. Dominic me habló de ti hace mucho tiempo. Jamás ha podido olvidarte. Creyó que estabas muerta...

—No lo estoy.

—No. Y adivino que tu presencia en Los Cedros se debía a algo más que a tu deseo de ayudar a Daniel en sus propósitos, ¿verdad?

En ese momento entró la doncella con el servicio de té. Mientras lo disponía sobre la mesa, Jocelyn no separó ni un momento sus ojos de los de Bridget. En su mirada se libraba una batalla de sentimientos: miedo, alivio, recelo, deseos de sincerarse. Al parecer, ganaron los últimos porque en cuanto se retiró la doncella, Bridget comenzó a hablar.

—Mi madre se llamaba Victoria, un nombre muy poco apropiado pues nació para el fracaso. Se crio en las calles de Londres e hizo amistad con los hermanos Landish, William y Theresa, que

se habían quedado huérfanos y vivían en la pobreza, al igual que ella. Mi madre me contó que Theresa y ella eran las mejores amigas, casi como hermanas. Su fortuna dio un vuelco cuando ambas consiguieron sendos puestos de fregonas en la mansión del viejo barón Ettington. También William comenzaba a prosperar por aquel entonces, pues había pasado de ser mozo de cuadras a medrar en el gremio de comerciantes. Todo parecía ir bien, hasta que el barón comenzó a fijarse en Theresa, a la que sacaba casi treinta años. Al parecer, era una joven bellísima y además inteligente; sabía usar bien sus cartas. No es raro que los nobles seduzcan a sus sirvientas y después las abandonen, pero Theresa no iba a dejar que ese fuera su futuro. Era astuta, y contaba con el apoyo de su hermano William, cuyo mayor afán era medrar en sociedad.

Jocelyn asintió, animándola a seguir. Le costaba imaginarse a la arrogante lady Theresa como una joven desesperada y criada en la pobreza.

—El barón se enamoró locamente de Theresa y decidió desposarla. Al parecer, hubo muchas murmuraciones en la época, pues las grandes familias jamás ven con agrado que alguien nacido en la misera consiga colarse entre sus filas. Pero él la defendió a capa y espada y ella estaba dispuesta a prosperar. Aprendió modales, etiqueta... deseaba convertirse en una verdadera dama. Poco después nació Dominic, el heredero de la baronía Ettington. Todo parecía perfecto, casi como un cuento de hadas.

—¿Y qué sucedió?

—Mi madre seguía sirviendo en casa del barón, y también había formado su propia familia. Se casó con un aparcerero, mi padre, que murió poco después de mi nacimiento en una caída de caballo. Yo me crié en la mansión, aprendiendo el oficio de mi madre y... enamorándome del joven heredero. Al ser los únicos niños en la finca, entablamos una amistad que con los años fue convirtiéndose en más.

—Lo sé —interrumpió Jocelyn—. Dominic me lo contó.

—Era todo muy tierno, muy inocente. —Bridget adoptó una expresión soñadora—. Pero un día, el viejo barón Ettington comenzó a fijarse en mi madre. Ella todavía era hermosa y él jamás dejó de ser un libertino. Mi madre, en atención a su antigua amistad, se lo contó a la baronesa y lady Theresa montó en cólera. Quizá recordó que sus orígenes también eran humildes y vio peligrar su posición, quizá temió que el barón la repudiase y otra ocupase su lugar. El caso es que, con ayuda de su hermano, decidió cortar el problema de raíz.

Jocelyn se inclinó hacia ella, cada vez más intrigada por el relato.

—Recuerdo perfectamente la noche en que todo se derrumbó. Mi madre y yo dormíamos en las habitaciones del servicio cuando entraron unos hombres dando golpes y portazos, alguaciles, y la acusaron de haber robado joyas y otros objetos valiosos de sus señores. Se la llevaron arrastrándola a pesar de sus gritos y sus súplicas y jamás volví a verla. —Una lágrima se deslizó por su mejilla

—Dominic también me contó eso... —Jocelyn le acarició la mano.

—Todo era mentira. ¡Mi madre no había robado nada! Yo, como una estúpida, acudí a lady Theresa para interceder por ella. Recuerdo que la baronesa estaba en el salón de las visitas, vestida y enojada como una reina, acompañada de su hermano William y de Patrick, que por aquel entonces era un adolescente de mi edad. Cuando me lancé a sus pies para suplicarme, se limitó a sonreír con frialdad y a decirme que más me valdría mantener la boca cerrada o yo misma seguiría el camino de mi madre. Me mostró un documento firmado por un testigo que aseguraba haber presenciado los robos. Ese testigo era Dominic, su hijo.

—¿Qué? ¡Dominic jamás firmaría una cosa así!

—En aquel momento, yo lo creí. Mi madre pasó meses en una prisión oscura hasta que la

ahorcaron, sin juicio previo.

Jocelyn se puso en pie, agitada, retorciéndose las manos.

—Esa confesión era falsa. Dominic creyó que te habías marchado voluntariamente, que habías huido. Durante años se sintió perdido y su desesperación le llevó a caer en el opio. ¿No te das cuenta? Mostrándote ese papel, lady Theresa consiguió matar dos pájaros de un tiro: evitó que sus mentiras saliesen a la luz y te apartó a ti, una simple criada, de su hijo, que te amaba. Los Landish siempre han estado obsesionados con emparentar a su estirpe dentro de la nobleza.

Bridget asintió con tristeza.

—Al parecer, cuando Landish decidió utilizar una falsa confesión para acabar con Daniel, no era la primera vez que acudía a ese método. Tiene una gran habilidad para hacer que los demás carguen con sus culpas.

—¿Qué sucedió después? —preguntó Jocelyn.

—Me escapé y me puse a vivir en las calles. Estuve a punto de sucumbir aquel primer invierno, hasta que MacKellaig me encontró medio muerta de hambre y de frío y me recogió. Entré a formar parte de su Cofradía y ellos se convirtieron en mi auténtica familia. Años después, oí hablar de un comerciante inglés que había hecho fortuna con métodos poco ortodoxos en los puertos de Nantes. Algo en la forma en que me lo describieron llamó mi atención y pronto descubrí que era él, el mismísimo William Landish. Decidí entrar a su servicio haciéndome pasar por una doncella; quería tenerlo vigilado. Esperaba que, antes o después, surgiese la oportunidad de vengarme.

—Y así fue.

—Así fue; nada menos que de la mano de Daniel Redfern que brotó de las aguas cuando menos lo esperábamos. Cuando me di cuenta de que él también caía víctima de sus artimañas, lo alenté en su afán de venganza, di alas a ese odio que lo consumía. —Bridget alzó la barbilla—. Quizá actué mal al no revelarle a Daniel quién era yo: me figuré que, a través de su venganza, yo podría vivir la mía propia. Ambos teníamos un fin común: destruir a William Landish...y a todos los que nos habían hecho daño.

—Incluido Dominic —dijo Jocelyn con un hilo de voz—. También querías destruirlo a él.

Bridget se limitó a asentir. Por primera vez desde que la conocía, tenía aspecto de niña asustada.

—¿Y ahora? ¿Qué ha cambiado?

—A veces, una cree que dirige sus pasos a través de un camino perfectamente trazado y no es así. A veces una se da cuenta de que en realidad camina al borde del precipicio.

CAPITULO 38

Tras despedirse de Jocelyn, Bridget echó a caminar sin rumbo por las veredas del jardín de Vanhill Park. La diminuta daga de su anillo salía y entraba de la ranura por acción de sus dedos nerviosos. Tras su conversación, una batalla de sentimientos y anhelos se libraba entre su mente y su corazón. Todos los consejos que les había dado a Daniel y a ella parecían mucho más difíciles de seguir cuando se trataba de sí misma. Quizá en eso consistía el amor. En un mar de dudas que a veces se transformaba en huracán.

Un sonido armonioso le llegó desde la distancia y le hizo detenerse y aguzar el oído. Siguiéndolo, rodeó la casa hasta el otro lado y se quedó quieta y sin aliento. Dominic estaba ante ella, en aquel claro del jardín. Al parecer, se había recuperado ya hasta el punto de reunir fuerzas para vestirse y salir. Sobre su hombro, el mismo en el que apoyaba la ballesta que tan bien sabía disparar, había un violín de madera bruñida y de él surgía la música más maravillosa que Bridget había escuchado en su vida. Jamás hubiera imaginado que su virtuosismo llegase a tanto: en sus manos el violín parecía tener voz propia, narrar una melodía triste y apasionada a la vez. Bridget notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, podía sentir en su piel el modo apasionado con que Dominic se entregaba a la música.

Se quedó escuchando hasta que las últimas notas se desvanecieron en el aire. Sin volverse, él formuló una pregunta.

—¿Te ha gustado?

—Ha sido maravilloso.

Dominic se giró para encararla. Ambos sabían que tenían pendiente la conversación que habían dejado a medias en el dormitorio.

—Creí que jamás volvería a tenerte frente a mí, Bertha.

—Bridget. Bertha pertenece al pasado.

Dominic esbozó una de sus sonrisas irónicas y por un momento ella recordó al muchacho que había sido.

—Al parecer, a todos en esta casa nos persigue el pasado.

Se sentó con las piernas cruzadas y palmeó la hierba húmeda a su lado, invitándola a hacer lo mismo. El violín yacía en el suelo, entre ellos, como una barrera. A trompicones, primero con recelo y después con más soltura, Bridget rememoró por segunda vez en ese día el espinoso camino que la había llevado hasta allí. Su desesperación, sus anhelos, sus deseos de venganza... Todo quedó entre ellos, flotando tal como habían flotado minutos antes las notas de su violín.

—Un día, cuando apenas llevaba unas semanas fingiendo ser una maestra de Los Cedros, decidí que tenía que volver a verte —le confesó ella—. Me introduje en tu habitación por la noche... con los años he perfeccionado la técnica de colarme en cualquier sitio sin ser vista, y allí estabas, dormido e indefenso, tantos años después.

—¿Y qué pensaste? —preguntó Dominic en un susurro.

Por toda respuesta, Bridget alzó una mano frente a su rostro y la diminuta daga surgió de su anillo como un diente afilado.

—Pensé que podría matarte en ese mismo instante.

—¿Por qué no lo hiciste? —Él tragó saliva—¿Qué te detuvo?

—Tú —respondió ella—. Estabas soñando y, de repente, dijiste mi nombre. Lo pronunciabas como... como si estuvieras ahogándote en mitad de una tempestad y solo yo pudiera rescatarte. Comprendí en ese momento que el hombre que tenía ante mí no podía ser el muchacho que me había traicionado. Comprendí que no había ninguna deuda que pagar.

—Y no la hay. —Él le tomó la mano—. Durante años he vivido atormentado por tu ausencia, preguntándome por qué te habías ido así y culpándome por no haber sabido impedirlo. Ambos hemos sido víctimas de la perfidia de otros.

—Lo sé.

—Si hubieras confiado en mí en aquel entonces, habría encontrado el modo de ayudarte. Me hubiera enfrentado a mis padres, hubiera huido contigo de ser necesario. No me importa el título ni las riquezas.

—También lo sé. Ahora sí.

Dominic acarició el violín que yacía entre ellos.

—La canción que me has oído tocar la compuse para ti, hace años. En cada compás, imaginaba tu rostro, tus manos, tu cabello... Jamás hubiera imaginado que cuando volviese a tocarla tú serías la primera en oírlo.

Sus miradas se encontraron y fue como si el mundo se hubiera detenido. Muy despacio, él la tomó por la barbilla y se inclinó hasta que sus labios se encontraron. Ambos tuvieron la sensación de regresar al hogar al que pertenecían.

—¡Bridget! —Una voz ronca los hizo dar un brinco y separarse de golpe. Cuando se giraron, se encontraron con los ojos agudos de un hombre delgado y pelirrojo que acababa de trepar el seto y los miraba desde allí, encaramado como un mono.

—¿Qué demonios quieres, Malcolm? —preguntó ella a gritos.

—Lamento interrumpir tan bella escena, pero tienes que venir. —Él la contempló, serio—. Han detenido a Daniel.

CAPITULO 39

—Lo siento. Espero que puedas perdonarme por todas las cosas crueles que te dije.

Jocelyn miró con cariño el rostro anhelante de Caroline ante ella. Le apretó la mano, agradecida por su disculpa.

—Estaba fuera de mí —reconoció la muchacha—. Supongo que los celos hablaban por mi boca. Pensé que... pensé que ese compromiso haría que mi padre me aprobase por fin. —Meneó la cabeza con tristeza—. Lo siento. Cada vez veo con más claridad la persona horrible que es mi padre. No soportaría convertirme en él.

Jocelyn la abrazó.

—Nunca serás como tu padre. Y jamás debes dejar que el deseo de aprobación domine tus actos. Eso es algo que yo aprendí con el tiempo.

Caroline asintió y se inclinó hacia ella con aire conspiratorio.

—¿Vas a contarme quién es realidad ese hombre y qué le une a ti? Ya sabes que jamás le hago ascos a un buen cotilleo.

Jocelyn rio, divertida. Ahí estaba de nuevo la auténtica Caroline.

—Te lo contaré todo, pero en otro momento —advirtió—. Estoy viendo a través de la ventana cierto carruaje cuyo dueño no creo que desee visitarme a mí precisamente. Los criados tienen la lengua muy larga y la noticia de que ya no estás comprometida debe haber llegado ya a Hugh Darnell.

Caroline siguió la dirección de su dedo y enrojeció hasta la raíz del cabello. Se retorció las manos, nerviosa.

—¿Crees que me perdonará?

—No tengo la más mínima duda —respondió Jocelyn con una sonrisa. Y lo decía en serio. El amor del joven Darnell hacia Caroline era tan puro y brillante como el sol.

Muy nerviosa, la muchacha se levantó para ir al encuentro de Hugh. Ya en la puerta, miró a Jocelyn por encima del hombro.

—¿Y tú? ¿Estás dispuesta a perdonarlo a él?

Jocelyn se quedó muy quieta viéndola marchar, con sus palabras revoloteando sobre ella. ¿Estaba dispuesta? En la cabaña había tenido que reunir hasta el último resquicio de voluntad para alejarse de él. Se sentía como arrastrada por una tempestad; una lucha continua entre sus deseos, sus miedos, su orgullo... Era una batalla perpetua en la que no parecía haber ningún vencedor.

Pero lo amaba, de eso estaba segura. ¿Serían capaces de cruzar el abismo que los separaba?

En ese momento retumbaron fuertes pasos y golpes en la planta baja. Asustada, Jocelyn salió al pasillo y se asomó a la barandilla de la escalinata. Tres personas corrían a su encuentro, con los rostros desencajados de terror. Desde su posición no podía oír lo que gritaban, pero tuvo un mal presentimiento y la espalda se le llenó de sudor frío.

CAPITULO 40

Pasaba de la medianoche. La oscura taberna estaba cerrada al público y vacía a excepción de los miembros de la Cofradía del Norte, que sorbían cerveza sumidos en un silencio amargo. MacKellaig, sentado a la cabecera de la mesa, tenía el rostro tenso y sombrío, como un cuervo portador de un mal presagio. El humor de sus hombres no era mucho mejor.

—Creía que lo había planeado todo al milímetro —rezongó Angus descargando un puño sobre la mesa—. Pero ha acabado cayendo en su propia trampa.

—En la trampa de Landish, querrás decir —repuso Craig—. Debimos haberle rebanado el pescuezo cuando tuvimos la oportunidad.

—Las cosas se han puesto muy feas. —dijo MacKellaig—. Tengo informantes en las mazmorras de la Torre de Londres y me han dicho que Landish se ha ofrecido a matarlo personalmente.

—¿Cómo? —Los hombres se inclinaron hacia él, tensos.

—Le ha escrito al Rey y ha solicitado ser él mismo el que le coloque la soga al cuello. Según afirma, exige ese privilegio ya que la dama asesinada estaba bajo su protección cuando ocurrió el crimen.

—Maldito sea...

—El muy bastardo...

—¡Basta! —MacKellaig descargó un puño sobre la mesa—. Las lamentaciones no servirán de nada. Debemos idear un plan para rescatarlo, sea como sea. Es un miembro de la Cofradía del Norte; no vamos a dejar que lo cuelguen.

—¿Cómo? Las mazmorras son inexpugnables, están custodiadas día y noche...

Sonaron tres fuertes golpes y los hombres echaron mano a sus armas, dispuestos para el ataque. La puerta se abrió con un crujido dando paso a Malcolm, que llegaba acompañado de otras dos personas. Una era Bridget, la otra apenas se revelaba como una figura delgada embozada bajo una amplia capa.

—Tenemos que sacarlo de ahí —espetó Bridget por todo saludo.

—¿Y de qué crees que estamos hablando? ¿Qué es eso que nos traes bajo ese trapo?

La figura embozada se quitó la capucha y una melena rubia y rizada cayó en cascada sobre su espalda. Los hombres saltaron de sus asientos, empuñando sus armas.

—¡Ella!

—Esta mujer tiene la culpa de las desgracias de Daniel.

—¡Silencio! —aulló Bridget—. Callaos todos y escuchadla. Tenemos un plan.

Todos miraron a MacKellaig, buscando su aprobación. El anciano observó a Jocelyn con cautela, con los ojos entornados.

—¿Por qué íbamos a fiarnos de ti?

—Porque soy la única que puede ayudarle.

CAPITULO 41

La muchedumbre se agolpaba en las inmediaciones de Tower Hill^[7]. No cabía ni una aguja e incluso los nobles más altivos, aquellos que solían afirmar que la visión de la sangre les provocaba arcadas, habían dejado de lado sus recelos y estaban allí, dispuestos a no perderse ni un detalle del espectáculo.

No se hablaba de otra cosa en todo Londres. Daniel Redfern, que en otros tiempos había sido un digno heredero de su linaje y a quien se creía fallecido en el ataque al Marie Therese, había regresado ocho años después y no con honores y grandes faustos, sino convertido en un asesino implacable. Las lenguas no dejaban de moverse y murmurar, asegurando que su estancia entre los piratas lo había convertido en un salvaje, un hombre cruel que había dado rienda suelta a sus instintos atacando a aquella pobre dama, la prima de Su Majestad. *Esto es lo que suele suceder cuando uno sale de la civilización y vive entre las bestias*, decían agitando la cabeza con pesar.

Entre el público que se amontonaba en las gradas construidas con tablones de madera, destacaba una pareja que se había convertido en centro de todas las miradas. Los barones Ettington permanecían sentados, muy juntos, y al parecer, no estaban dispuestos a perderse el ahorcamiento público. Algo muy natural, razonaban las gentes, ya que el pérfido Redfern los había engañado también a ellos y había estado alojado en su mansión, haciéndose pasar por un noble escocés. Algunos de los que miraban fijamente a los barones, no podían dejar de advertir que el estuche del violín de Dominic descansaba en el regazo del barón; un objeto sin duda muy extravagante y fuera de lugar. Aunque lo cierto era que los barones siempre habían sido un poco peculiares, eso no podía negarse.

—¡Mirad! Ya traen al reo —advirtió un hombre entre la multitud.

Todas las miradas se concentraron en un mismo punto. Daniel Redfern avanzaba camino del patíbulo, lleno de cardenales y sudoroso, custodiado por varios hombres de armas y precedido por tres clérigos vestidos con sotanas oscuras. Su ojo escrutaba frenéticamente entre la multitud, y cuando divisó a Jocelyn sentada muy tiesa junto a su esposo, algo pareció romperse en su interior. Trastabilló y estuvo a punto de caer al suelo.

Landish, que caminaba a su lado, lo sujetó por un brazo, asegurándose de clavarle bien las uñas en la carne.

—¿Lo ves? Incluso ella va a disfrutar con tu muerte. Aquí termina todo, Redfern, tantos años después. Con tu cuello en la horca, que es el lugar al que pertenece. Te he vencido —siseó en su oído.

Daniel le escupió en el rostro.

—Quizá, pero no te ha sido fácil. Has perdido por el camino a tu hijo, tu prestigio, el afecto de tu única hija.

—Peajes que pagaré con gusto ante el placer de verte colgado y clamando por tu vida.

Daniel sintió que lo empujaban, llevándolo hasta el patíbulo casi en volandas. Lo encaramaron a un tosco tocón de madera y notó el tacto áspero de la cuerda en torno a su cuello, percibió como se cerraba con un nudo en torno a sus músculos. La mirada de Landish era brillante, ardiente de

satisfacción. Pronto daría la señal. Miró por última vez hacia la multitud, buscándola. ¿Serían ciertas las palabras de Landish? ¿Se regodearía ella también con su muerte? Su pelo rubio brillaba bajo el sol, tan sedoso, tan fragante... Incluso en aquel momento a Daniel le pareció percibir su olor a orquídeas, la calidez de su aliento. Cerró el ojo. Ese era el último recuerdo que quería llevarse consigo.

Landish le arreó una patada al tocón y los pies de Daniel quedaron suspendidos en el aire. Casi de inmediato notó que el aire comenzaba a faltarle, que la soga apretaba su cuello cada vez más. Intentó alzar las manos, pero las tenía atadas a la espalda. Jadeó, cada vez más cerca de la inconsciencia.

De pronto, un tumulto recorrió al público. Daniel reunió las últimas fuerzas que le quedaban para dirigir la mirada a la multitud. Se escucharon gritos y bramidos. Alguien se había puesto en pie. Alguien con una larga melena rubia y los ojos más hermosos del mundo. ¡Jocelyn! Su mente despertó del letargo ponzoñoso en el que estaba cayendo. Vio que ella sostenía algo en las manos; el estuche de un violín. ¿Qué era aquello? ¿Acaso se disponía a tocar una melodía de despedida? Lo abrió, y los gritos entre la multitud se redoblaron. No, no era un instrumento. Era un arma. Daniel dejó de luchar y se quedó muy quieto, mientras Jocelyn se colocaba la ballesta en el hombro y apuntaba directamente hacia él. Sus miradas se cruzaron. Una lágrima resbaló por la mejilla de Daniel. Y en ese momento, ella tensó la cuerda y disparó.

La flecha surcó el aire como un halcón, directa a su objetivo. El bramido de la multitud se convirtió en fragor. Daniel, que había cerrado el ojo, volvió a abrirlo presa del desconcierto; uno de los clérigos de la comitiva se había acercado a él y cortaba la soga con un afilado cuchillo que había sacado de la manga de su sotana. Tardó varios segundos en darse cuenta de que no era un sacerdote; era Bridget, cobijada bajo uno de sus disfraces.

—¡Vamos! ¡Deprisa! Malcolm nos espera con un caballo.

Corrieron lo más rápido que le permitieron sus fuerzas, amparados en el caos del momento, huyendo de la multitud que se concentraba en torno al cuerpo del hombre caído.

Jocelyn dejó que su mente se vaciase justo antes de disparar. Nada existía para ella, solo el hombre cuyo corazón estaba destinado a desangrarse, atravesado por su flecha. Notó que Dominic le ponía una mano tranquilizadora en el hombro y le susurraba unas palabras al oído:

—¿Recuerdas mis lecciones? La flecha es tu tercer brazo, tu fiel sirviente.

Tensó la cuerda y disparó. Dominic estaba en lo cierto: su fiel sirviente no le fallaría. Cerró los ojos por un instante y cuando volvió a abrirlos, William Landish yacía en el suelo, entre estertores, con la flecha clavada justo en el centro de su pecho.

Incluso desde aquel lugar alejado Jocelyn pudo ver la sangre brotando de la herida, en un generoso chorro rojizo. Varias personas corrieron hacia él y otras tantas la cercaron a ella, mirándola entre confusos y amenazantes. ¿Y Daniel? ¿Dónde estaba Daniel?

—¡Ha sido la baronesa Ettington!

—¡Ella le ha disparado!

Jocelyn podía sentir como un apretado nudo de gente se cernía en torno a ella, cortándole el paso. Alguien la empujó y otros la zarandearon. Unas manos fuertes le tiraron del brazo.

—¡La tengo! ¡Que venga la Guardia!

Jocelyn gimió, retorciéndose como un animalillo en un cepo. Por un momento, temió morir aplastada bajo cientos de pies furiosos. Algo resonó de pronto entre la multitud: el ruido de unos

cascos que se acercaban al galope. Un caballo atravesó sin miramientos entre la muchedumbre y unos brazos firmes la alzaron en volandas. Una voz conocida le hizo cosquillas en la oreja.

—Te tengo.

Alguien trató de arrastrarla de nuevo al suelo, tirándole de sus amplias faldas, pero el puño de Dominic, que se había mantenido a su lado en todo momento, cruzó el aire con decisión para estrellarse en el rostro de aquel ciudadano ávido de justicia.

Jocelyn se abrazó al pecho de Daniel mientras el caballo volaba, atravesando mares de brazos y piernas furiosas, rumbo a una libertad desconocida.

Dominic, frotándose el puño dolorido, los observó fijamente hasta que el corcel no fue más que un punto lejano en el horizonte. Entonces se limpió una lágrima que resbalaba por su mejilla.

—Huye, amiga mía, huye —susurró—. Volad lo más alto que podáis.

EPÍLOGO

**Cinco años después.
En una isla en medio del Pacífico.**

Mi querida Jocelyn,

Espero que esta carta llegue sana y salva a tus manos. Me aseguraron que el marinero al que se la confié era de fiar y que haría todo lo posible por entregárosela con discreción. ¡Ha pasado tanto tiempo y tengo tantas cosas que contarte! Has de saber que los sucesos que provocaron vuestra huida se convirtieron en la gran comidilla de la temporada en Londres. No creo que haya existido un escándalo comparable ni que vaya a existir en un futuro próximo. La huida del malvado lord Redfern y de la baronesa Ettington ha llenado las horas y ocupado las lenguas en veladas y salones durante todos estos meses, y son muchas las versiones que corren por la ciudad, a cual de ellas más disparatada. Unos dicen que Daniel te sedujo con su perfidia y que por eso lo salvaste de morir ajusticiado y afirman que vivís ocultos como salteadores de caminos en los bosques de Escocia. Otros, en cambio, afirman que cuando apuntaste con la ballesta, al que querías asesinar era al propio Redfern, tomándote la justicia por tu mano, y que la flecha se desvió provocando la muerte del pobre Landish. Estos mismos aseguran que Daniel te tomó como rehén y te mantiene cautiva en alguna mazmorra oscura, cargada de cadenas.

Lo que está claro es que tu acto ha causado sensación. ¡Una baronesa disparando como si se tratase de la hija pródiga de Guillermo Tell!

¡Cuántas historias y leyendas se cuentan en vuestro nombre! Pero solo unos pocos sabemos la verdad. Solo unos pocos recordamos que fue el amor la fuerza que dio brío a tu mano y precisión a tu arco.

En cuanto a mí, te diré que las cosas me van bien. El Rey dictó un bando en el que declaraba a Dominic como viudo y él se apresuró a pedirme matrimonio. ¡Ahora soy la baronesa Ettington! ¿Puedes creerlo? Si la vieja serpiente de lady Theresa se enterase, se revolvería en su tumba, estoy segura.

Al fin, tras tantos años, nuestro barco ha llegado a puerto y disfrutamos del amor que los actos de otros nos habían negado. Puedo asegurarte que ese fuego que ardía en mi pecho, animado por el odio, es ahora una hoguera amigable cuyas llamas solo destilan ternura y pasión. Estoy segura de que comprenderás mis palabras, porque Daniel y tú sois también la prueba viviente de que esto es posible.

¿Quieres saber algo más? Caroline Landish es ahora la señora de Hugh Darnell y las mejillas le brillan de felicidad día y noche. Nos hemos hecho buenas amigas y muchas veces paseamos por la campiña y nos acordamos de ti, pues todo en estos parajes está ligado a tu recuerdo.

También Los Cedros lleva tu huella, por supuesto. Te alegrará saber que el centro va viento en popa y que lo hemos reformado para dotarlo de más comodidades. Dominic ha vuelto a ser el hombre inteligente y capaz que nunca debió dejar de ser: sus negocios florecen y sus arrendatarios lo tienen en gran estima. No ha vuelto a tocar una pipa de opio y... ¡ay de él si lo hiciera! No estoy segura de si teme más a los malos efectos de la droga o a mi furia.

MacKellaig sigue en forma y con buena salud. Sus años le han obligado a dejar su cargo en la Cofradía, cargo que ocupa ahora Malcolm con el honor y la buena disposición que le caracterizan. MacKellaig se ha trasladado a vivir con nosotros. ¿Puedes creerlo? ¡Un ladrón de su talla en Vanhill Park! La mayoría del tiempo se comporta bien, aunque de vez en cuando desaparece alguna cucharilla de plata y entonces los gritos de la señora Bowen se escuchan hasta en Edimburgo.

¿Y tú, querida amiga? ¿Eres feliz? Vaya una pregunta, sé que lo eres. Lo sé porque el destino, tras tantos años esquivándote, al final te ha recompensado con el mayor de los premios.

Te confesaré algo: quizá algún día me canse de los salones de té y de las fiestas llenas de boato, y entonces convenceré a Dominic para que ambos nos echemos a los caminos en pos de esa vida libre y despreocupada que tanto nos complace. Pero tendrá que ser dentro de un tiempo, pues ahora una nueva vida se abre camino en mi vientre y me hace ilusión que mi hijo nazca entre algodones, en ese lugar privilegiado que es para mí todavía como un sueño.

Dominic te envía abrazos, sigue muy orgulloso de ti, su mejor alumna en el manejo de la ballesta.

Con mi sincero afecto, tu amiga.

Bridget Ladd, baronesa Ettington (¡Dios mío, qué bien suena este título!)

Jocelyn apartó la misiva con una sonrisa en los labios. Alzó la mirada y se dio cuenta de que sus mejillas estaban húmedas de lágrimas de felicidad. Bajo sus pies, la arena de aquella playa era suave y dorada y el mar se extendía más abajo, de color turquesa encrespado de plata. Era un paraíso en la tierra. Su casa estaba más arriba, sobre un pequeño promontorio. Daniel la había construido con sus propias manos y para Jocelyn no había mansión en el mundo que pudiera comparársele. También Daniel amaba aquel lugar, y mucho más ahora que había comenzado a abrirse camino en los ingenios azucareros, siguiendo el ejemplo de su antiguo amigo Montgomery.

Casi nunca tenían contacto con las personas de su pasado, aunque de vez en cuando llegaba una carta como la que tenía en sus manos, o alguna misiva de sus padres y su hermana Charlotte, las únicas personas sobre la tierra que conocían su paradero.

En ese momento, Daniel emergió de entre las olas donde se había zambullido, brillante y lustroso de humedad. En su pecho descubierto brillaban las antiguas cicatrices y ya no llevaba parche, ahora la mitad de su rostro exhibía sus heridas con orgullo. Para Jocelyn, era el hombre más hermoso del mundo.

—¿Carta de Inglaterra? —Se acercó a ella, salpicando gotitas—. ¿Qué noticias hay?

—Bridget va a tener un bebé y MacKellaig se ha aficionado a las cucharillas de plata —resumió Jocelyn provocándole una carcajada.

—¿De verdad que no añoras tu antigua vida? —preguntó él sentándose a su lado.

—Jamás. Este es nuestro paraíso, el lugar donde al fin hemos podido sanar nuestras heridas.

Él la miró.

—Te amo Jocelyn Berkely —dijo—. Y prometo que jamás dejaré de amarte. El destino nos ha dado la oportunidad de empezar de nuevo y ahora por fin lo entiendo: era esto lo que deseaba alcanzar durante tantos años: no la venganza, ni siquiera la justicia, sino esto. Nuestro hogar. Tú.

Se inclinó hacia ella, sonriendo contra su boca. Se besaron con ardor, mientras el mar se mecía a sus pies y sus lenguas se entrelazaban en una danza conocida.

—¡Ha nacido!

Una vocecilla resonó a sus espaldas y ambos se apresuraron a separarse. El niño, que había estado jugando unos pasos más atrás, corría hacia ellos alborozado, sujetando algo entre las manos. Teddy, su hijo, llevaba el nombre de aquel grumete valiente que había dado su vida por ayudar a Daniel y era a sus cuatro años un chiquillo muy despierto y vivaracho.

—¡Mamá, papá! ¡El pájaro ha nacido!

Les mostró un pequeño nido con un huevo del que despuntaba una cabecita desplumada y un pico hambriento. Lo habían encontrado días atrás en el suelo, tras una tormenta, y desde entonces el niño lo había vigilado día y noche, dándole calor con trapos calientes.

—¡Oh! ¡Qué encanto! —dijo Jocelyn inclinándose ante el recién nacido.

Daniel contempló con escepticismo a aquel ser chillón y desplumado.

—Yo lo encuentro bastante...poco agraciado.

—¿Qué dices? —El niño lo miró, ofendido—. ¡Es el mejor pájaro del mundo! Yo le enseñaré a volar, ¿verdad mamá?

—Por supuesto. También tendrás que alimentarlo. Yo creo que es un polluelo de loro, abundan por estas costas. Si le entrenas, podrá aprender a hablar e incluso imitar acentos. A tu padre se le da bien emular el acento escocés, él podrá enseñarle —rió. Daniel, a su lado, musitó algo muy parecido a «no pienso encargarme del condenado pájaro».

—Pensé que el huevo jamás iba a romperse —razonó el niño—. Pero al final lo ha hecho. Mamá me lo prometió y así ha sido. Ella siempre cumple sus promesas.

Se inclinó entre risas sobre su nuevo amigo, ajeno a la mirada cómplice que compartían sus padres.

—Es cierto —susurró Daniel—. Esta dama siempre cumple sus promesas.

FIN

[1] Jorge III del Reino Unido, también llamado El Rey Loco.

[2] Canción popular inglesa de la época.

[3] Edward Balfour, el villano esposo de Jocelyn, es un personaje de la novela *El destino de una dama*, también disponible en Amazon. Esta novela, al igual que *La promesa de una dama*, es autoconclusiva y puede leerse de forma independiente.

[4] Carlota de Mecklemburgo-Strelitz, de nacionalidad alemana, fue la esposa de Jorge III del Reino Unido. Era habitual que el séquito de damas de una reina se formase con mujeres pertenecientes a la nobleza y, a veces, con sus propias parientes.

[5] Personajes de la Comedia del Arte (tipo de teatro italiano surgido en el s.XVI) que se hicieron populares como disfraz en los bailes de máscaras en toda Europa.

[6] Es un personaje demoníaco de la *Divina Comedia* de Dante, representado con una máscara de retorcidos cuernos que se hizo popular en el siglo XVIII en los bailes de máscaras.

[7] Colina cercana a la Torre de Londres muy conocida por ser escenario de numerosas ejecuciones públicas en la época.